

ASUNTO PENDIENTE

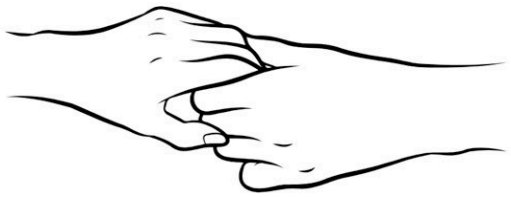
TITANES DE SAN FRANCISCO
LIBRO 1

MARCIA DM

ASUNTO PENDIENTE

MARCIA DM

TITANES DE SAN FRANCISCO #1



Copyright © 2025 by Marcia DM

Todos los derechos reservados.

Este libro electrónico está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro no puede ser revendido o regalado a otras personas a menos que se haya comprado una copia por separado. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en cualquier forma sin el permiso escrito, excepto en el caso de citas breves en artículos críticos y revisiones este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, son usados de manera ficticia y no debe ser interpretado como real. Cualquier parecido con hechos reales, lugares, organizaciones o personas vivas o muertas, es pura coincidencia.

Índice

Mensaje de Jareth:

1. Jareth
2. Jareth
3. Jareth
4. Jareth
5. Isadora
6. Jareth
7. Isadora
8. Jareth
9. Isadora
10. Jareth
11. Isadora
12. Jareth
13. Isadora
14. Jareth
15. Isadora
16. Jareth
17. Isadora
18. Jareth
19. Isadora
20. Jareth
21. Isadora
22. Jareth
23. Isadora
24. Jareth
25. Isadora
26. Jareth
27. Isadora
28. Jareth
29. Isadora
30. Jareth

31. Isadora
32. Jareth
33. Isadora
34. Jareth
35. Isadora
36. Jareth
37. Isadora
38. Jareth
39. Isadora
40. Jareth
41. Isadora
42. Jareth
43. Isadora
44. Jareth
45. Isadora
46. Jareth
47. Isadora
48. Jareth
49. Isadora
50. Jareth
51. Isadora
52. Jareth

Epílogo

Agradecimientos
Y ya que estás aquí…
Otras Obras de Marcia DM
Acerca de la Autora

Sinopsis

Jareth:

Pensé que era inmune a ella. Me equivoqué.

En San Francisco soy implacable, despiadado, invencible. Mi reputación es clara: nadie me desafía, nadie me arrebata el control, nadie toca lo que es mío.

Hasta que llega Isadora Taylor, la piedra en mi zapato.

Ahora que ella está aquí, cada interacción es una batalla y un deseo tan intenso que amenaza con destruir todo lo que construí.

Pero ambos sabemos que hay algo más, un asunto pendiente que ninguno se atreve a mencionar.

Isadora:

Toqué fondo.

Y no de la forma elegante con vino caro y terapia.

No, fondo real. El de dormir con una mochila como almohada y preguntarte si el peor día fue ayer o será mañana.

Entonces apareció él, Jareth Sullivan.

No sé si fue un castigo o una broma del universo con muy mal gusto, pero ahí estaba: un cactus con traje, impecable y con una solución.

¿Trabajo? Concedido. ¿Techo? También. ¿Paz mental? Eso ya es pedir demasiado.

Ahora compartimos espacio, tiempo… y esa tensión sofocante que convive con nosotros.

No quiero deberle nada.

Pero no sé si él vino a levantarme… o a terminar de romper lo poco que me queda.

Mensaje de Jareth:

Este libro no es políticamente correcto, ni lo intenta ser.
En serio, si te ofendes como una señora, mejor date media vuelta ahora mismo y ahórranos tiempo a ambos.
Porque luego te quejarás de que no se te avisó.

Bueno, aquí tienes tu aviso:

ESTE LIBRO NO ES POLÍTICAMENTE CORRECTO.

¿Quedó claro o te hago un dibujo?


PLAY
LIST





Ahora.

No la había visto en años, y aun así, un solo vistazo bastó para joderme el día por completo.

De todas las personas que podrían llamarse Isadora en la ciudad de San Francisco, tenía que ser *ella* a la que se refería Bernardo cuando llegamos a este estúpido restaurante lleno de *hippies* millonarios que se creen superiores por hacer comentarios controversiales en X.

Yo seré millonario, pero *nunca* un *hippie* hipócrita.

Por supuesto, ignoré el salto patético que hizo mi corazón al escuchar su nombre y la sensación de que el oxígeno se acababa a mi alrededor. Simplemente mantuve la expresión de aburrimiento absoluto que llevo tatuada en la cara desde que llegué a este mundo.

Isadora Taylor murió en cada camino neuronal de mi cerebro hace un tiempo ya, o al menos eso creía, porque cuando mi amigo señaló disimuladamente hacia la izquierda y mis ojos viajaron hasta allí con cierto descontento, todo se detuvo.

El tiempo.

Mi cuerpo.

El puto corazón casi me atraviesa el pecho.

Allí está ella, como un mal recuerdo con piernas eternas. Sus movimientos parecen naturales, relajados, pero yo sé la verdad: todo en ella es una mentira bien ensayada.

También ella disimula no estar afectada por mi presencia, y mejor que yo, he de reconocer.

En resumidas cuentas, estamos aquí porque Bernardo finalmente encontró una mujer que no se le tira a los pies, una mujer que lo engañó en una gala, le robó la cámara y pensó que venderla por internet era buena idea (no tiene muchas luces la pobrecita). Por supuesto, Bernardo la encontró, pero en vez denunciarla y dejar que se pudriera en la cárcel, como debería, la rastreó por la ciudad como un lobo en celo y aquí estamos, intentando hacer que la tipa le dé al menos la hora.

Caigo en cuenta de que la ladrona está aquí cuando bloquea el paisaje de un trauma pasado.

Mi mente vaga en preguntas innecesarias como ¿por qué demonios está aquí?, ¿por qué no está trabajando con César? o ¿cómo hace para ser más hermosa de lo que era antes?

Antes, cuando era mía y no la detestaba con cada fibra de mi ser.

Mi atención sobre Isadora se interrumpe cuando mi amigo agarra desesperadamente la muñeca de la ladrona para retenerla; realmente es patético.

—Espera, espera —ruega—, no puedes ignorarnos, por favor.

—Menuda escena de telenovela… —susurro con los brazos cruzados y voz aburrida.

Quiero irme de aquí, correr, tomar un Red Bull y volar lejos, pero no puedo hacerlo sin dejar en evidencia que aún me siento afectado por ella.

Afectado, torturado, acorralado.

—¿Qué quieres?

—Comida, ¿no, Jar? —dice Bernardo con una pizca de desesperación, abriendo el menú con manos inquietas—. Solo queremos comida, elige tú…

Nunca vi a mi amigo así, tan… lamentable. Me irrita y encima debo esforzarme por regular mis emociones descontroladas tras verla *y sentir* su presencia tan de cerca, como si fuese una fuerza oscura que intenta succionarme para siempre.

Mis ojos miran el menú sin leerlo.

—¿Hay algo que no sea grasoso en este lugar? —pregunto.

Esta es la cordialidad máxima que puedo ofrecer ahora mismo. De nada.

—¿Sabes qué? Llamaré a mi compañera para que os sirva.

No, no… ¡No la llames!

—¡No, no! Espera —dice Bernardo, e intenta calmarme—. Jar, vamos, no es el momento de ser un idiota.

Con un suspiro pesado e irritable, hago el esfuerzo de mirar el menú con algo más de atención solo para elegir algo al azar.

—Quiero la ensalada de arándanos.

La ladrona asiente y anota en su pequeña libreta negra.

—¿Y tú? —le pregunta a Bernardo con un tono autoritario. Ya me cae mal.

—¿Qué me recomiendas?

—Una vida… —susurro mirando el móvil. Debo hacer algo para distraerme, porque con mi visión perimetral puedo sentirla ir y venir entre las mesas, con su pelo negro moviéndose locamente a pesar de estar sujetado y su energía radioactiva destruyendo mis células poco a poco.

Necesito irme de aquí.

Irme.

Necesito irme.

—No sé, el sándwich de camarones.

—Listo entonces. —Harriet asiente y se retira mientras Buenardo la sigue con la mirada como quisiera hacer yo con Isadora, pero estoy absolutamente paralizado. Lo siento en los músculos, en la tensión de los hombros.

Al voltear de nuevo hacia la mesa se encuentra con mi rostro inexpresivo.

—No me juzgues… —ruega mi amigo.

—Es imposible no hacerlo, a veces creo sinceramente, Buenardo, que te gusta que la gente se aproveche de ti. ¿Qué demonios fue eso? ¿La camarera es una ladrona y eres tú quien está nervioso?

—Lo sé, lo sé… Solo quiero acercarme, presentarle una idea.

—¿Y por eso tengo que sentarme con mi pantalón Armani en esta silla pegajosa?

¿Por eso tengo que encontrarme con la mujer que tuvo mi corazón, lo masticó y lo escupió como si fuese un chicle usado?

Honestamente, este no es el mejor lugar para comer en la zona, ni debe ser el mejor para trabajar.

¿Por qué demonios está aquí? No puedo parar de hacerme esta pregunta.

—Vamos, Jar… —suplica—, es solo por hoy.

Bernardo no sabe lo que nos pasó, ni siquiera sabe que la conozco. Pero a él sí, lo suficiente para saber que, si se lo explico, pondrá esa cara de perrito triste que usa a veces y me dirá de irnos de aquí; y no soy tan idiota como para experimentar todo eso de forma voluntaria.

Tomo aire y entrelazo las manos sobre la mesa. No puedo dejarme gobernar así por ella, debo recuperar el control y hablar de finanzas, algo predecible, analizable, números, estadísticas… Eso siempre me ayuda.

—¡Isadora! —llama justo cuando ella pasa.

Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.

Miro fijamente mi mano, concentrándome en mis uñas prolijas, en la cutícula, los nudillos, las venas que sobresalen.

—¿Qué estás haciendo? No me hables, te dije que no iba a… —Isadora se silencia en el momento en que pone los ojos sobre mí, pero como Bernardo la interrumpe, no se da cuenta de que la tensión en sus hombros no es por su presencia, sino por la mía.

—Lo sé, lo sé, pero ayúdame, casi sale corriendo.

—Me imagino por qué será… —dice por lo bajo, insinuando que se fue por mí.

Yo iba a jugar a hacerme el idiota, fingir que no la había reconocido, pero esta… *mujer* acaba de abrir la puerta de un juego

completamente diferente, uno que domino a la perfección: el de la crueldad.

—Probablemente fue a buscar algo para desinfectar esta mesa —murmuro.

No solo me escucha, sino que también esperaba con hambre algo así que le permitiera atacarme con balas y cañones.

—Oh, lo siento, si no tiene estrellas Michelin, ¿entonces no sales de tu torre?

Levanto la mirada, sus ojos turquesa antinaturales casi me inmovilizan, pero no lo permito.

Soy más fuerte que eso y, fundamentalmente, no soy el mismo de antes.

—Mi problema en realidad es creer que una pueblerina tenga los mismos estándares salubres que yo. ¿De dónde es ese acento? ¿Arkansas? ¿Missouri?

Arkansas. Lo único bueno que generó ese lugar es a Isadora Taylor, por desgracia.

—Arkansas… Ya sabes, la tierra de personas sin dientes y relaciones incestuosas.

Joder.

No ha olvidado nuestra broma interna, algo que solo yo reconocería por el humor peculiar que compartíamos.

Abro la boca para responder, en un momento de flaqueza hasta sonrío, pero ella habla primero, mirando solamente a Bernardo e ignorando por completo mi cuerpo inerte sentado en estas sillas horribles.

Pero ¿de qué va?

—Te lo dije, fotógrafo, no cuentes conmigo para nada, suerte con Harriet. —Se da la vuelta y huye hacia la puerta de la cocina.

Qué estúpido.

¿Qué creíste, Jareth? ¿Que toda esa química entre los dos volvería en menos de un segundo?

Isadora fue y será la catástrofe más desgarradora que sufrió mi corazón alguna vez, y por alguna razón, sigo olvidándome de que cuando se trata de ella debo volverme el hombre más cruel que haya pisado esta tierra, por mi propio bien.

Es la única manera de preservarme y recordarme que no importa cuán deslumbrantes sean esos ojos, nunca voy a perdonar lo que me hizo.

Para mí está muerta y sepultada.



En aquel momento.

Desgraciadamente, acepté la invitación pensando que sería una buena excusa para emborracharme y bajar los altos niveles de cortisol que corren por mis venas. Sin embargo, lo que no imaginé fue el castigo de tener que escuchar a un montón de gente desafinando en un escenario como si esto fuese el séptimo círculo del infierno.

El letrero brillante sobre la barra dice «Kobra Karaoke», con luces de neón color morado que intentan darle un toque moderno, industrial, aunque, desde mi punto de vista, esto parece más la cueva de un hombre en plena crisis de la mediana edad con dardos desgastados clavados en la pared, pósteres de artistas que nadie conoce y luces LED al por mayor.

Estoy aquí con mis compañeros de Berkeley, mi universidad, para festejar el cumpleaños de uno de ellos, Michael, creo que era su nombre; nunca me molesté en aprenderme su apellido.

Las pantallas le muestran la letra a un tipo, erróneamente apasionado, que canta *November rain* de Guns N'Roses como si Axel

Rose se hubiera tragado una gaviota afónica.

A mí todo esto me da muchísima vergüenza ajena.

La idea de cantar frente a desconocidos me pica como sarna, sin embargo, nadie aquí parece estar de acuerdo con mi declaración.

—Jar, ¿dónde vas? —pregunta Judy cuando me ve huir de este desastre.

—A ahogar mis sentidos, el de la audición, especialmente.

Me siento en un taburete y pido un vaso del mejor whiskey que puede llegar a tener este lugar. No es mi elección usual, pero servirá por esta vez; dije emborracharme, no darme cirrosis.

Trago el líquido con calma, administrándolo, porque estoy seguro de que esta noche será larga y tediosa.

Ya tuvimos los exámenes de mitad de semestre y esto es justo lo que necesito para dejar de sentirme una Wikipedia orgánica.

Estoy de espaldas al escenario, sin embargo, los aplausos me dicen que, finalmente, el Axel Rose con cuerdas vocales hemorrágicas ha terminado su actuación y disfruto de unos minutos de paz.

Debería terminar este vaso y huir de aquí.

La siguiente canción comienza inmediatamente después.

El piano que suena al principio lo reconozco, por eso pongo los ojos en blanco y los refriego, porque es una canción de Alanis Morissette: *Thank U*.

Me preparo para que mis oídos sangren, esta canción tiene unos altos que solo Alanis puede lograr sin perforar el tímpano de los humanos, y eso solo en sus versiones de estudio; en vivo es un reto escucharla, lo sé, lo viví en carne propia.

Para mi sorpresa, la voz que canta suena bastante similar a la artista.

Suave y armoniosa.

Sin embargo, no volteo hasta que escucho una parte de la canción donde hay que gritar sin desafinar, todos aplauden de golpe, sorprendidos también por la habilidad de esta mujer.

Lentamente dejo el vaso sobre la barra y me enfoco en ella, se mueve similar a la artista, su pelo hasta es parecido, largo y de

textura lisa, excepto que el de ella es de un negro profundo que nunca vi.

Sus ojos están cerrados.

El micrófono descansa en el soporte, y con las dos manos llenas de anillos lo sujeta. A medida que avanza en la canción pareciera que soy el único que la está escuchando. Dejo que su rostro simétrico se grabe en mi retina, su piel bronceada y, sí, mis ojos recorren su cuerpo inconscientemente. Lleva unos vaqueros oscuros de tiro alto con tajos a la altura de las rodillas, unas botas estilo militar negras, de piel y bastante desgastadas, y una chaqueta de cuero que probablemente no le abrigue mucho; la usa solo para demostrarle al resto que es una chica rebelde con el corazón blindado.

Debo reconocer que la imagen vende, enciende y capta mi atención.

Mucho.

Esta canción expresa agradecimiento por situaciones y emociones que tuvieron un impacto en la artista con una sinceridad cruda que adopté como filosofía de vida hace muchos años.

Siempre termino cayendo en este tipo de mujer cuando me harto de las «si tienes Android, ni te acerques». Como si estuviera buscando pareja en una conferencia de Apple. Todos sabemos que el otro teléfono tiene más fama que calidad; debe ser porque la calidad la metieron en la caja… junto con el cargador que nunca incluyen.

Todos comienzan a aplaudir al ritmo de la canción y yo solo quiero matarlos por prohibirme escucharla nítidamente.

Cuando canta, suelta esos «oh, oh, oh» del final a la perfección, sin errar una sola nota. Abre los ojos y, extrañamente, se dirigen hacia donde estoy yo. Son tan claros que impresionan; los puedo ver en un microsegundo que una de las luces blancas le ilumina el rostro casi cegándola.

Hace una reverencia con una sonrisa y se baja del escenario. Algunas personas la detienen para felicitarla y se la ve muy incómoda recibiendo halagos.

Detesto a las personas que necesitan atención constante, aquellos con síndrome de *influencer* que van por la vida seduciendo cuan espejo se les cruce por el camino, así que esto es una ráfaga de aire fresco.

Yo vuelvo a enfocarme en mi vaso olvidado, dejando atrás esta sensación extraña de interés que no suelen darme los seres humanos. Termino todo el contenido de golpe justo cuando el taburete de al lado se arrastra sobre el suelo y alguien se sienta. Cuando miro hacia el costado, la encuentro levantando la mano para llamar la atención del hombre detrás de la barra, pero el tipo la ignora como si fuera un deporte olimpico,mientras atiende a otros clientes que aparentan tener más dinero y ganas de beber.

Por eso levanto la mano y lo llamo, haciendo que mire hacia mi lado.

—Otro para mí y lo que sea que ella desee —digo señalando con la cabeza. No la miro por una sola razón: no quiero espantarla.

Solo yo sé cómo Bernardo, Alex y Archie me traumaron con todo el tema de mis ojos.

—Marchando —responde el camarero.

—Gracias —dice ella—, pero puedo pagarme mis propias copas.

Curiosamente, su voz también es armoniosa cuando no está cantando.

—Lo sé —sigo sin mirarla—, esto es solo en forma de agradecimiento por cantar a Alanis Morissette sin darme depresión instantánea.

Dos compañeras de la universidad suben al escenario y comienzan a cantar *I'm a slave 4 U* de Britney Spears; no sé cómo demonios reconozco la canción, pero me llevaré ese dato a la tumba.

—Una cerveza —dice ella cuando el tipo deja el vaso con whiskey seco delante de mí—. Es verdad que Alanis es un poco depresiva, pero es innegable que es una de las mejores artistas femeninas del mundo.

—Nadie lo niega, los mejores artistas fueron personas extremadamente depresivas —respondo, mis ojos clavados en las botellas desplegadas frente a mí.

—¿Como cuáles?

—Kurt Cobain, Ian Curtis, Amy Winehouse…

Cuando el silencio entre los dos se alarga, es cuando finalmente tomo el coraje para mirarla. Absorberla por completo, sin restricción.

Mi mirada suele inhibir a la gente. Por desgracia, heredé el superpoder de mi padre, el de hundirte tres metros para abajo sin usar fuerza ni palabras, y lo que menos quiero en este momento es ahuyentar a esta criatura tan interesante.

Espero la reacción normal de mucha gente por la incomodidad, como la desviación de la mirada que algunos débiles suelen darme o hablar mirándome entre las cejas en vez de a las pupilas, pero ella mantiene sus ojos turquesa fijos en mí durante…

Uno…

Dos…

Tres…

Guau, cuatro segundos consecutivos.

Qué coño está pasando.

Un hombre de edad avanzada se mete entre los dos, apoyando el codo sobre la barra para hablarle exclusivamente a ella, su espalda hacia mí, dejándome fuera de la conversación.

Fuera de ella.

Respiro profundamente y aprieto los labios para no reír.

—¿Qué tal si yo invito a la segunda? —escucho—. Estoy seguro de que puedo ofrecerte algo mejor que un simple vaso de cerveza.

Me río por lo bajo, esperando ansiosamente la respuesta de esta mujer. Veamos si todo ese atuendo es puro ladrido y nada de mordida.

—¿Qué te hace pensar que una cerveza es algo simple? —la escucho decir, puedo ver sus brazos de golpe cruzados sobre la barra—. ¿Me estás llamando simple?

Vuelvo a reírme.

—No…, yo, lo que quise decir es que…

Coloco una mano sobre su hombro y cuando voltea digo:

—Lo que intentaste aquí fue tirar de los métodos de conquista que solías usar cuando eras soltero hace tantos años atrás. Déjame adivinar, el anillo está en el bolsillo derecho.

—¿De qué mierda estás hablando? —dice el hombre.

—En el izquierdo —corrige «Alanis»—. Puedo notar la forma bajo ese vaquero extraajustado, la última vez que vi unos vaqueros así los usaba mi abuela.

El hombre mira hacia abajo y da un paso hacia atrás, revelando finalmente lo que deseaba ver.

A ella.

—No es un anillo, es un condón —se defiende.

—¿Tan pequeñín? —pregunta «Alanis» con cara de puchero.

El hombre se queda sin habla.

—Déjame ahorrarte más humillación, viejo, vuelve a tu casa, que tu esposa debe estar esperándote despierta con tus hijos, preguntándose por qué tomó una decisión tan mala el día que dijo «sí, quiero».

—¿¡Y qué mierda sabes tú de mi esposa!? —grita haciendo que el camarero lo mire con una ceja arqueada a modo de advertencia.

—Pregúntale a ella… —respondo.

El camarero se acerca a la barra y el hombre retrocede.

—Idiotas… —agrega por lo bajo mientras se retira.

—Destrucción masiva al ego —se ríe ella al tiempo que se lleva el vaso a los labios.

Me pierdo unos segundos allí, reprimiendo el deseo que siento al imaginarme mordiendo su labio inferior.

—Atómica —añado—. ¿Era parte de tu grupo?

—No, no tengo grupo.

Es raro que la gente venga aquí sola, usualmente vienen grupos de trabajo, amigos o compañeros a hacer algo horrible conocido como «bonding».

—Déjame adivinar, hoy te despertaste y decidiste que era una buena idea venir a un karaoke en el medio del barrio chino *sola* a cantarles a extraños.

—No es mi primer rodeo —responde soltando aire lentamente de sus pulmones.

—Bajo mis estándares eso no es un rodeo, es un ensayo general para tu entierro social.

Se sonríe mirando hacia abajo, su pelo cae como una cortina sobre sus ojos.

—Y tú, ¿qué haces en un karaoke, entonces?

Miro sobre mi hombro a mis compañeros.

—Fui engañado, muy fácilmente debo admitir, por mis colegas.

—Oh, es mi turno de adivinar, dijeron «bar» y tú creíste que hablaban de un bar donde la música que se escucha es cantada por profesionales y no personas sin pudor.

—Exacto —respondo bebiendo de mi vaso—, todo era horrible, hasta que alguien cantó a Alanis.

—De una manera menos depresiva.

—De una manera perfecta —corrijo buscando esos ojos turquesa, ella observa los míos, simples y oscuros como mi alma, con mucho detenimiento. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, hasta que alguien desafina lo suficiente para hacer que cierre los ojos y romper ese segundo de paz—. ¿Por qué vienes a un karaoke entonces?

—Venir aquí es mucho más barato que ir al psicólogo, es como mi salida de emergencia cuando estoy a la deriva. Canto, grito, desahogo cosas estancadas ante extraños que no volveré a ver en mi vida, por ende, me siento mejor.

—Es una gran estrategia, y definitivamente menos retorcido que mi psicólogo. En mi última sesión dijo que me atraían las mujeres porque me gustaba mi madre.

«Alanis» escupe su cerveza en ese momento, soltando una risa que le hace cosas a mi estómago, cosas raras.

—¡Jareth! —grita alguien detrás de mí.

—Ahora no… —gruño por debajo ante la inconveniencia de mi compañero llamándome en este momento—. No eres de la ciudad, ¿no? —pregunto buscando reestablecer la conexión que estábamos teniendo.

—¿Cómo lo supiste?

—El acento. ¿Arkansas?

Ella me mira con sorpresa.

—¡Muy bien! ¿Has estado ahí?

—No si puedo evitarlo.

—Lo entiendo, somos conocidos por los problemas dentales y relaciones incestuosas.

—Así que, ¿cuál fue tu razón para irte?, ¿los dientes o tu tío?

—Ninguno —sonríe mirando hacia abajo—. Mi hermano estudia en la ciudad y yo lo seguí hasta aquí.

—¿Tú no estudias?

—No —*¿se ríe?, no entiendo por qué*—, trabajo y lo ayudo quizá con algunas cosas. ¿Tú?

—Estudio y pretendo trabajar en la compañía de mi padre también, lamentablemente.

—¿No te gusta?

—¿Ves estas esposas? —digo mostrando mis muñecas desnudas excepto por el Rolex que me regaló mi padre—. Son la prueba fehaciente.

—Yo solo veo las manos de un rico.

Su respuesta hace que analice mis manos con detenimiento, las apoyo sobre la barra. Las venas sobresalen con fuerza bajo la piel, marcadas como si quisieran mostrar un camino, mis uñas están prolijamente arregladas. No hay callos, ni lesiones en mi piel que denoten trabajo de fuerza. El reloj también fue una pista bastante clara.

Entiendo su punto.

—Alguien tiene que pagar por tu cerveza —respondo dándole el último trago al vaso.

—Dije que yo podía hacerlo, tú te ofreciste solito.

—Y tú te aprovechaste de mí —devuelvo perforándola con la mirada, a cambio ella me da una media sonrisa que viaja directamente a mi entrepierna.

—Jareth, ¿vamos? —escucho a una de mis compañeras decir detrás de mí.

Nuestras miradas siguen conectadas, por cierto.

—No, estoy ocupado.

Puedo oír murmullos de desaprobación detrás, que, por supuesto, me importan una mierda.

—¿Qué canción haría que te enamores de mí?

Ella levanta una ceja, y su boca se curva en una sonrisa lenta, casi burlona.

—¿Crees que soy tan fácil de impresionar?

—No —respondo con calma—, sin embargo, pienso que te encantará cuando lo logre.

Ella analiza mi rostro por unos segundos, hasta que contesta:

—*Just the way you are*, de Billy Joel.

Entonces me levanto y camino hacia el escenario.



En aquel momento.

Las luces cegadoras en mi rostro y la atención de extraños me incomodan como si tuviera un enorme dildo metido en el culo.

La mujer que intento impresionar está en la barra, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. No puede creer que esté haciendo esto después de haber hablado sin parar sobre cuán estúpido todo esto del karaoke me parece.

—Has caído bajo, Jareth… —me digo a mí mismo cuando escucho el piano que indica el comienzo de la canción.

La letra está desplegada delante de mí en un televisor que tiene toda una hilera de píxeles rotos e intento seguir los acordes sin que mis cuerdas vocales tiemblen.

De verdad, ¿quién coño cree que esto es divertido?

Ignoro a todos a mi alrededor, que me miran con caras asquerosamente alegres, y me concentro solo en ella.

No puedo creer lo que estoy haciendo, pero aparentemente por ella me convierto en un arrastrado.

«Alanis» se cubre el rostro con las dos manos, ocultando su risa, y yo suprimo la mía porque si no, me desconcentro de la canción y termino inventando palabras.

Me sorprendo afinando bastante bien; espero que esto funcione, porque nunca hice tanto esfuerzo para conquistar a una mujer, la estrategia suele ser decir «hola», pronunciar mi apellido y ya está.

Algo me dijo que con ella eso no surtiría efecto.

Cuando llego al final de la canción, sopla una trompeta horrorosamente ochentera y canto el último estribillo con seriedad para remarcar el mensaje de la letra, que dice que no quiero que me deslumbre, solo la quiero a ella tal como es.

La deseo tal como es, al menos esta noche.

La canción termina y extraños me aplauden, sin embargo, los únicos aplausos que cuentan son los de ella, como también su risa nerviosa mientras camino de vuelta a la barra.

Cuando me siento aparece un nuevo vaso frente a mí, ¿es el tercero o el segundo? Con razón pude hacer esa tarea titánica.

—¿Esto es un regalo por haberme esforzado tanto? —pregunto dando un sorbo, mi garganta está seca.

Ella se vuelve a sentar a mi lado con remanentes de su sonrisa.

—No, te estoy devolviendo el favor.

—Así que no estás tan impresionada conmigo, entonces.

—¿Por qué asumes eso?

—Bueno, después de semejante entretenimiento esperaba al menos un beso.

«Alanis» pone los ojos en blanco como si esto la irritara, sin embargo, deja un beso en mi mejilla tímidamente y por un segundo pienso en girar mi rostro para saborear sus labios, pero me abstengo.

Quiero jugar mis cartas con seriedad por alguna ilógica razón.



A la una de la mañana ya casi no hay nadie en el karaoke, excepto borrachos. Ergo, nosotros dos y dos tipos que no pueden dejar de besarse en el rincón más oscuro del lugar.

Durante este rato he aprendido que hace muchos chistes sobre ella misma, que juega con algo entre sus dedos cuando las conversaciones se ponen intensas y que me tiene absolutamente agarrado de los huevos.

Embobado.

Embrujado.

Encantado.

—Eres demasiado especial para estar perdiendo el tiempo con un desconocido con serios problemas de empatía un sábado por la noche.

—¿Especial? Por favor, lo único especial en mí es mi capacidad de encontrar descuentos secretos en Costco.

—¿Qué es Costco? —pregunto, tratando de sonar serio, aunque mi sonrisa lo arruina. Ella lo nota de inmediato y me da un codazo que casi me saca del taburete—. En serio, no estarías aquí atrapando mi atención. Créeme, no es fácil.

—Oh, qué privilegio el mío. ¡Atención, mundo! —grita hacia atrás, levantando las manos, aunque estamos completamente solos —. He atrapado al tipo que piensa que es único porque ninguna mujer le gusta… excepto, tal vez, la que lleva aguantándolo tres minutos.

—Tres horas —corrijo, señalando el reloj—. Y, por cierto, no hay «mundo». Estás gritándole al aire.

Ella voltea y mira la desolación en el karaoke, hasta que ve a los dos tipos y los señala.

—¡Ahí hay alguien!

—No creo que cuenten, están muy compenetrados intercambiando saliva.

Cuando se enfoca en mí otra vez, su sonrisa y liviandad desaparecen y la seriedad toma control.

—No quiero que me beses —suelta con cierto nerviosismo.

—¿Por qué no? —pregunto mirando sus labios, los mismos que vengo observando desde hace tres horas.

Ella hace lo mismo, solo que no lo admitirá nunca.

—Porque si el beso es muy bueno, tendré que acostarme contigo, digo, es evidente que estás más fuerte que un tren, pero me prometí a mí misma que iba a tomar mejores decisiones.

—Ajá… ¿y si el beso es malo?

—Peor, porque entonces toda esta fantasía que acabo de inventarme en mi cabeza sobre ti se vendría abajo instantáneamente y eso me deprimiría por al menos veinticuatro horas.

—En resumen, no puedo ganar en ninguna de las dos opciones —concluyo con gesto serio—. Eso sí que es deprimente.

—Al final te di la «depre» igual.

—Hagamos algo, salgamos de aquí, vayamos a otro sitio, sigamos conociéndonos y, si al final de la noche aún te gusto, solo te daré un beso, no importa cuánto implores por mi polla, me negaré.

Ella suelta una carcajada, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Y yo sigo con la mirada su cuello elongado, fascinado con la fantasía de acariciarlo.

—Está bien.

—Genial. Si me disculpas, tengo que ir a descargar el líquido que me he tomado, vuelvo en un segundo.

—Estaré aquí.

—No te muevas —susurro en su oído. Puedo ver su piel reaccionar a mi voz, erizándose.

—No lo haré.

—No me has dicho tu nombre aún.

—Es para ser misteriosa.

Asiento, admitiendo la eficiencia de su jugada y camino hacia el baño; debo pedir permiso a estos dos.

—¿Cuánto más vais a esperar? Id a un puto hotel de una vez —gruño y los aparto con el brazo.

Los dos dicen algo que no logro comprender, ni me interesa, yo tengo una misión, hacer mis necesidades, *rápido*.

Cuando me lavo las manos, me miro en el espejo —mi camiseta negra de All Saints está impoluta, como también mis vaqueros—, me acomodo el pelo negro y salgo rápido.

Patéticamente rápido.

Es la primera vez en mi vida que quiero pasar tiempo con una mujer y no solo porque la quiera follar.

Parece que los tipos escucharon mi consejo, porque no hay nadie al salir del baño.

Mi presa de esta noche está en la barra, con su móvil en el oído y un gesto preocupado en el rostro.

Mi casi sonrisa se desploma, porque esta estrategia es tan vieja como los televisores de este lugar.

Estoy siendo desechado de la manera más predecible, básica y aburrida que existe.

Y eso me enfada.

Cuando estoy a su lado, pretende decir algo como «Estaré allí en media hora, no te muevas».

Y yo cruzo los brazos, exasperado y desilusionado.

—Honestamente, esperaba una mejor técnica que esta de pretender que tienes una urgencia y debes escaparte de una cita horrible.

Ella levanta la mirada, actuando espectacularmente bien, pretendiendo que se había olvidado por completo de mí porque «está muy estresada».

—¿Qué? No, nada de eso, pero…

—Tienes que irte, lo sé. Tu amiga/hermana/prima está en aprietos y «debes ayudarla». —Levanto la mano para que el camarero tome la tarjeta negra de entre mis dedos, me cobre y pueda irme de aquí lo antes posible, solo para lamer mis heridas a escondidas después.

—No, no, es mi hermano, está borracho, no se siente bien. —Ella se levanta, y me molesta que deje el taburete sin acomodar bajo la barra como hice yo.

Finalmente, el hechizo comienza a romperse.

Gracias a Dios, no podría seguir mucho tiempo más con este nivel de fascinación, es agotador.

—¿Necesitas que te lleve? —pregunto entre dientes apretados, no puedo controlarme.

—No, gracias. —Parece precipitada, realmente angustiada. Bien por ella, quizá pueda ser actriz algún día, aunque el papel que está

haciendo es lamentable.

Cuando el camarero me devuelve la tarjeta, ella comienza a caminar hacia la puerta sin decirme una sola palabra.

Qué idiota soy, por supuesto que la única tipa que no está obsesionada con el yoga en esta ciudad se va sin mirar atrás.

Pero para mi sorpresa, se detiene y vuelve corriendo a la barra, coge una servilleta de papel y un bolígrafo pegoteado y escribe algo.

Me estampa la servilleta contra el pecho y gira sobre sus talones para comenzar a correr.

—¡Llámame! —grita por encima del hombro.

Y mi media sonrisa aparece otra vez.



En aquel momento.

La semana de exámenes está terminando, por eso estoy con el culo pegado en la silla y los codos fusionados al escritorio de mi habitación. A mi izquierda, una lámpara de mesa que apunta directamente al libro de administración de empresas.

¿Están mis ojos sobre el libro? Pues claro que no. Están sobre la maldita servilleta maltrecha, que tapa todo el texto que debería estar estudiando.

—Nunca vi algo así en mi vida —digo por lo bajo por décima vez, atónito.

Un mensaje encriptado por los rusos es más legible que esto, estoy seguro.

El bolígrafo que usó para escribir su número estaba viejo o algo le pasó a la tinta cuando tocó la superficie áspera de una servilleta de mala calidad. Si alguna vez tuviera que escribir una serie de números mientras me dan una descarga de electricidad, esta sería la forma en que los dibujaría.

Por supuesto, me obsesioné con este problema que se presentó desde la salida al karaoke. Transcribí todas las variables posibles, donde un cuatro podría ser un ocho, o el uno un siete. Llamé a al menos quince números.

Nunca atendió ella, la chica que me penetró la piel, las venas y hasta las moléculas del cuerpo como radioactividad.

Ella, la que no tiene nombre.

Tras semanas pensando, he llegado a dos teorías: una es que esta chica tiene un serio problema motriz, porque nadie puede escribir números tan deformes, o, quizá, mi segunda teoría es que este no es su número y esta monstruosidad de pulso fue una jugada maestra, algo que aprecio más que seguir aferrándome a esa ridícula llamada que creía tener.

Arrugo la servilleta y la dejo a un lado para concentrarme en el libro otra vez.

Esto es pura frustración *y distracción*; hace dos semanas que observo compulsivamente los números sin suerte alguna.

Al menos la casa donde vivo de alquiler está tranquila. La comparto con tres tipos muy básicos, y todos estudiamos hasta que se nos queman las pestañas para poder terminar con esta experiencia detestable que está siendo la universidad.

Horas después, me encuentro distraído una vez más, con el lápiz entre los dedos, dibujando.

Dibujándola.

No he podido borrar su rostro de mi mente, es lo único que quedó de ella y puedo decir que casi he logrado retratarla a la perfección.

Sus ojos definidos, la textura lisa de su pelo oscuro, hasta una pequeña cicatriz en la barbilla.

El dibujo es una de esas cosas que hago solo cuando estoy estresado. Es mi mayor secreto, ya que dibujar es de «ñoño» según las personas que me rodean, como el tirano de mi padre o los idiotas con los que tengo que convivir.

Por esa razón, lo mantengo escondido en el último cajón, bajo una montaña de libros que no volveré a leer en mi vida.



La fiesta ocurre en la casa de la fraternidad Omega Delta Gamma.

Milagrosamente fui invitado, digo eso porque he tenido discusiones intensas con al menos cuatro integrantes de esta fraternidad de idiotas; tres terminaron con el corazón roto, el cuarto término en el hospital. Pero César (podría llamarlo amigo, pero prefiero llamarlo compañero de casa) insistió en que debía salir.

No suelo aceptar consejos de cualquiera, pero en este caso, la alternativa era quedarme en mi habitación, viendo vídeos de YouTube de algún tipo que vive en medio de la nada y arregla objetos rotos.

Y solo yo sé cuántas veces miraría ese papel ilegible durante la noche.

Este lugar es un tugurio, las ventanas están tapadas con telas negras deshilachadas, el aire denso e irrespirable, una gran cantidad de gente bailando, con vasos rojos en la mano, derramando líquido por todos lados.

—No seas abuelo —dice César cuando ve mi cara de asco—, una vez que te acostumbras a la falta de oxígeno, te adaptas.

César es el típico hombre que piensa que todas las mujeres lo quieren follar, que deslumbra cada vez que abre la boca y que todos lo envidian, por eso, en estas fiestas comienza a comportarse como si fuese el rey del continente, o el césar, mejor dicho, cuando en realidad es un don nadie. Se mete en un tumulto de gente y comienza a bailar con una chica que se incomoda al momento, y esa es mi señal para ir a buscar algo de beber o moriré aquí de la vergüenza ajena que me ocasiona verlo.

Es en estos casos cuando realmente extraño a esos tres idiotas que llamo amigos; ellos se irían inmediatamente de aquí si vieran el ambiente.

Hay una cocina que no tiene una sola superficie que no esté cubierta por latas de cerveza, bolsas de patatas fritas a medio comer

y botellas de cosas alcohólicas, sobre todo baratas, que nadie debería meterse en el cuerpo. Me limito a abrir la nevera para agarrar una cerveza y salir de aquí.

Nunca sentí este nivel de idiotez masiva que tiene la gente de mi edad, ese descontrol sin etiqueta que veo a mi alrededor cuando observo mujeres con el maquillaje corrido, cantando a Beyoncé como si fuese una filósofa contemporánea, o los tipos, aplastando latas de cerveza con su frente y comportándose como simios en el periodo de celo.

Mi única meta es obtener mi título académico y comenzar mi carrera empresarial, así no dependo más de mi padre y todo lo que desea dictar en mi vida.

Por eso mis únicos amigos son los mismos tres tipos con los que me juntaba en el colegio, los únicos que soporto: Bernardo, Archie y Alex, aunque los tres están dispersados por el país en estos momentos, menos Bernardo, que no tengo idea de dónde está, probablemente durmiendo en una choza de alguna tribu recóndita en África; es fotógrafo, o al menos aspira a eso.

Tipos como César son pura utilería para pasar estos años hasta que finalmente me libere de mi padre y de los estudios.

Me detengo en seco cuando en mi vista perimetral detecto una cortina de pelo negro, no veo su rostro porque mira hacia abajo mientras revuelve un vaso de vidrio con varios colores.

Si estuviéramos en un laboratorio, esos colores vendrían con la etiqueta de «Cuidado, tóxico» adjunta, pero aquí es simplemente alcohol del malo o del único tipo que esta gente puede pagar.

El estómago me da una pequeña vuelta, nada extremo, pero tampoco puedo ignorarlo.

Le doy un sorbo a la lata esperando que levante la cabeza; no sería la primera vez que imagino que está allí cuando es una persona totalmente diferente.

Pero sus manos… Observé esas manos de dedos largos y delgados llenos de anillos sostener un vaso de cerveza durante tres horas.

La altura también dice que podría ser ella, sobresale del resto de la multitud como un faro en la costa.

Lentamente camino en su dirección. Está trabajando con ese trago, dándole un sorbo pequeño antes de agregarle tequila puro.

—Es insultante lo que estás haciendo.

Mi nueva obsesión se sobresalta y mira sobre su hombro lentamente para encontrarme allí, como un león en celo.

Quizá no sea tan diferente a estos simios.

—Es insultante haberle dado mi número a alguien y que nunca llame —devuelve como si fuese una diva, recoge el vaso y enfila hacia la puerta de la cocina.

Lejos de mí.

Lamentablemente para ella, soy más rápido y me interpongo en su camino.

—Llamé a todo puto San Francisco, mocosa insolente, tú me has dado el número equivocado aposta —replico reprimiendo la extraña sensación de furia y calentura.

—¿Estás seguro de que el que se está inventando excusas no eres tú?

—¡¿Por qué mierda pondría excusas si fui yo el que te invitó a seguir nuestra charla?!

—¡No lo sé, quizá te arrepentiste!

Nuestras voces comienzan a elevarse inclusive entre todo el griterío de esta fiesta, algunas personas voltean para vernos, por eso, la sujeto del brazo y la arrastro hasta el jardín de la casa, que no es jardín, es pura tierra sin césped y borrachos inconscientes sobre el barro.

La empujo levemente contra la pared, ella me maldice porque derrama un poco de ese líquido tóxico; todavía no sabe que le estoy haciendo un favor.

Busco dentro de mi chaqueta la servilleta y la dejo sobre su pecho, sin tocar las curvas de sus tetas, por supuesto.

Espero que no se pregunte por qué demonios tengo la servilleta conmigo.

—Tienes una letra de mierda —ladro.

Dejando el vaso en el suelo, abre la servilleta y señala cada número, recitándolos en voz alta como si yo fuese sordo.

—¿Eso es un cuatro? ¡Pero si es un nueve! —protesto señalando el papel arrugado.

—Es un cuatro, idiota —devuelve empujándome un poco, con la servilleta ahora sobre mi pecho, luego cruza los brazos.

¿Por qué me pone tanto verla enfadada?

Busco el móvil y marco el número que acaba de decir y lo llevo al oído. Inmediatamente suena su tono de llamada, que es, para mi sorpresa, la misma canción que canté en el karaoke.

Ella pone los ojos en blanco.

—Atiende el puto móvil —reto.

Cuando ella accede, lo lleva a su oído también.

—¿Hola?

—¿Qué haces aquí? —Mi tono no es amigable. Ella dijo que no iba a la universidad, entonces, por qué terminó en un ambiente como este.

—Alguien me invitó.

—¿Quién?

—No te importa

—Responde la puta pregunta.

Suspira irritada, y eso que todavía no me conoce enfadado de verdad.

—Mi hermano.

—¿Es uno de los que está tirado en el barro por casualidad?

Mira sus uñas mal pintadas de negro con detenimiento y responde como si yo fuese una molestia:

—No, y eso fue un caso aislado.

Los dos nos miramos fijamente tras ese comentario.

—¿Cómo te llamas? —le impongo, necesito saberlo—. Es irritante llamarte «Alanis» dentro de mi cabeza.

—¿Y cómo sabes que ese no es mi nombre?

Entrecierro los ojos, explorando su rostro.

—Sé que no te llamas así, dime tu nombre, mocosa.

El móvil en mi mano comienza a calentarse, *como yo.*

—Isadora —extiende la mano—, un gusto verte de nuevo, Jareth.

Una media sonrisa se desparrama por mi rostro y estrecho la mano con ella.

—No, Isadora, el gusto es enteramente mío.



En aquel momento.

No me creo especial solo porque un hombre tan guapo como él se fijara en mí. No debo sentir que logré algo solo por captar la atención de un hombre…

O al menos eso me enseñó mi compañera feminista del trabajo.

Ay, ¡pero un poco de exclusividad siento!, ¿es un pecado acaso? Es el chico más hermoso que vi en mi maldita vida.

Mi hermano me dijo una vez: «Tipos como este buscan retos, y cuando lo logran, te descartan y buscan el siguiente». Por eso soy precavida con Jareth, el chico antikaraoke que me llama «mocosa» como si fuese una niña malcriada.

No puedo ignorar la atracción que siento por él, pero sí puedo controlarla.

Creo… *(procede a pensar en él todas las noches cuando está sola).*

Cuando me fui del karaoke, lo hice enfadada, estaba pasando un buen momento con alguien que al fin me gustaba, algo inusual en

mí, ya que soy experta en sentir el «asquito» rápidamente con los hombres.

¿Qué es el «asquito»? Bueno, es el momento donde te das cuenta de que el hombre que te gusta usa cadenas de oro sobre su pecho peludo cuando quiere impresionarte.

También cuando dice cosas como «Al final me saliste barata» cuando salís a comer o «No has gastado tanto».

Asquito.

Oh, esta es buena, una vez uno me envió un *selfie*, su rostro muy serio, con la luz de la hora dorada y una margarita enterrada en el pelo, y luego escribió: «Déjame llevarte a volar», haciendo referencia a que era piloto y que quería follarme.

Puajj.

No sé qué es, probablemente se trate de mi inconsciente esquivando hombres para protegerme, pero esas cosas son demasiado. No estoy loca, ¿verdad?

Jareth aún no ha tenido ni un solo «asquito», eso me perturba y me intriga a la vez, me pregunto cuál será.

—Isadora… —repite mi nombre, probándolo en su boca, sus ojos intensos, fijos en mí—, debo colgar, tengo que conversar con una mujer que tengo delante de mí, una que vivió gratis dentro de mi mente durante dos semanas.

Termina la llamada abruptamente y guarda el móvil en el bolsillo de su chaqueta negra.

—Guau, sí que dejé una buena impresión, ¿eh?

—Es absolutamente fastidioso, ¿quieres irte de este lugar? El olor a hormonas y vómito no combinan bien.

No te rías.

No te rías, no fue tan gracioso.

La risa que se escapa de los labios es rápida, patética, y la reprimo a la velocidad de la luz.

—Mi hermano está aquí.

—A la mierda tu hermano —responde inmediatamente después.

Lo empujo un poco, ya que en algún momento decidió invadir mi espacio personal, y me agacho para levantar el vaso que dejé en el suelo.

—Un gusto verte de vuelta, Jareth. Supongo que tendrás que acostumbrarte a mi presencia en esa cabecita por un tiempo más —digo tocándole la frente y rodeándolo para irme.

Algo me dice que me aleje, que mi corazón se descontrola demasiado para mi gusto cuando está cerca y mi sentido del humor se degrada, ya que no está diciendo nada gracioso y, sin embargo, suelto risitas como si fuesen gratis.

—Qué pena —acepta la derrota—. No digas después que no intenté advertirte sobre el vómito que vas a llevarte como *souvenir* sobre tu ropa de rebelde.

Camina detrás de mí, o, mejor dicho, sigue mi caminar, mirando a nuestro alrededor con sospecha, como si realmente esperase que alguien lanzara un proyectil de bilis directo hacia mi cara. Cuando abro la puerta de la cocina, el sonido de todo el mundo parece explotar en mis oídos.

Jareth me arranca el vaso de la mano y lo deja en el cementerio de latas. Antes de que comience a protestar, lo suplanta con una lata de cerveza fría.

—No intentes ser alguien que no eres, tú no tomas cócteles frutales.

Intentaba tomar algo así para evitar que mi hermano hiciera el típico comentario de que «Hay bebidas de hombres y de mujeres».

Me apoyo contra la encimera y le doy un sorbo a la cerveza mientras lo observo. Dije que me iba a ir, sin embargo, sigo aquí y él sabe que no me iré, por eso la media sonrisa socarrona.

He recordado su rostro a la perfección, pero ahora estoy recolectando detalles que no había visto antes, como su quijada cincelada, su barba de tres días prolija y definida. Sus ojos son oscuros, de un negro tan profundo que parece absorber cada rayo de luz a nuestro alrededor, también son muy intimidantes, especialmente cuando une las cejas, enmarcándolos hermosamente. Puedo asegurar que esos ojos aparecieron en sueños esporádicos estas últimas semanas cuando creí que no iba a llamarme nunca.

—¿Qué haces aquí si crees que será una competencia de vómitos? —pregunto para distraerme de la manera intensa con la que me mira.

Nunca un hombre me ha mirado con tanta hambre como lo hace Jareth.

Y no sé cómo actuar ante eso.

En mi pueblo de Arkansas los muchachos son todos buenos samaritanos, que van a la iglesia todos los domingos por la mañana; el más aventurado se atrevió a decirme que sería una excelente madre, y ese fue el cumplido más raro que recibí.

Allí no tuve mucho éxito con los chicos, las mujeres que pasan el metro noventa dejan de ser atractivas cuando miran a los hombres desde arriba y no desde abajo.

Jareth y yo compartimos la misma estatura.

—Me convenció alguien. Ahora que volví a encontrarte, creo que debería darle las gracias al maldito. ¿Qué haces mañana por la tarde?

Sin ruedos, sin caminar con cuidado a mi alrededor para saber si tiene opciones conmigo. Jareth sabe que las tiene sin escuchar una sola palabra de mí.

—Trabajo —miento. No sé por qué. Bueno, en realidad sí sé, le tengo pavor y no estoy acostumbrada a dialogar con hombres que controlan la situación mejor que yo.

Puedo lidiar con idiotas que se creen los próximos Bill Gates del siglo XXI, machos con sobredosis de testosterona que no saben hablar de otra cosa que no sea macros, proteínas y criptos, convencidos de que son más alfa que el resto del zoológico humano. Incluso puedo soportar a los viejos en crisis existencial, cazando chicas de mi edad como si fueran pokémones raros.

Pero tipos como Jareth… Tipos como él saben que son deseados, que no tienen que esforzarse demasiado para obtener a la muchacha más bonita de la ciudad. Por eso su toxicidad me atrae como si fuera una feromona *premium* y me atraviesa el cerebro hasta dejarme en un coma hormonal que ni quiero ni puedo explicar.

Es que el tipo es devastador.

—Es una pena… —No cree una sola palabra de lo que estoy diciendo. Por supuesto que no, en esas horas donde charlamos sin parar, sentía que el tipo estaba escrutando mi alma.

Me sentí expuesta y observada, y eso nunca es bueno.

—¿Ibas a deslumbrarme con una cita exorbitante para enseñarme todo tu dinero?

—Mmm. —Me analiza de arriba abajo—. A ti no te impresiona el dinero —devuelve como si nos conociéramos hace años.

Tiene razón.

El dinero nunca fue algo que me deslumbrara, a diferencia de mi hermano, cuyo mundo parece girar en torno a él. Lo entiendo, una infancia marcada por la escasez puede moldearte de esa forma. Yo, en cambio, aprendí a valorar lo poco que tengo. No aspiro a lujos ni grandezas, solo sueño con una pequeña casa, un trabajo estable y una rutina que me permita disfrutar de algo tan simple (y tan inalcanzable) como una vida social normal.

Los fines de semana ocupados suelen dejarme fuera de todo. Hoy fue la excepción: una compañera necesitaba cubrir horas extras, y aproveché para decirle a mi hermano que al final sí podíamos vernos. Me dijo que estaría aquí, así que me apresuré a buscarlo.

Claro, no era exactamente lo que tenía en mente cuando planeé pasar tiempo con él. Sin embargo, quién iba a imaginar que, de todos los lugares de la ciudad, terminaría encontrándome de nuevo con Jareth.

—¿Qué harías para impresionarme entonces?

Apoya las dos manos sobre mis costados, encarcelándome entre él y la encimera y, mirándome los labios, susurra:

—Ya te he impresionado. ¿Recuerdas cuando te enamoraste de mí hace tan solo dos semanas? —*Joder*—. Pero supongo que, si tuviera que continuar con este proceso, te llevaría a un lugar acogedor, un lugar que no requiera vestirse elegante, a ti te gusta la ropa cómoda, aunque te importaría un comino no ir acorde a la ocasión.

¿Este tipo lee mentes o qué?

Su media sonrisa burlona me hace dudar seriamente si lo hace o no.

—Eso fue demasiado preciso, ¿has estado fantaseando con una cita?

—Oh, he estado fantaseando, Isadora, *créeme*.

Me muerdo los labios para no decir nada como:

A. Yo también.

B. Dime tu fantasía, no escatimes detalles.

C. Todas las de arriba.

Alguien pasa por detrás de Jareth y lo empuja, haciendo que nuestras narices se toquen.

—Maldito idiota… —dice por lo bajo mirando con odio al muchacho que camina tambaleando por la cocina.

Los dos lo vemos trastabillar, y cuando creo que está a punto de romperse la cabeza contra el cristal de la puerta trasera, Jareth lo ataja en el aire, maldiciéndolo al mismo tiempo.

—¡Ahí estás! —escucho la voz de mi hermano entre algunas personas—. Ven, Izzy.

Inconscientemente, mis ojos vuelven a Jareth.

No me mira a mí.

Su atención está clavada en César, pero hay algo calcinador en su mirada, como si su sola presencia encendiera un fuego que él no intentara apagar. Su mandíbula se tensa, y los músculos del cuello se le marcan bajo la piel, pero son sus ojos los que me roban el aliento: un brillo peligroso, tan intenso que parece capaz de consumirlo todo a su paso.



En aquel momento.

La veo irse con César, y mis pensamientos se desbocan, tropiezan unos con otros hasta caer de cabeza en el abismo de conclusiones erróneas.

Respiro hondo para obligar a mi cerebro a retomar su funcionamiento habitual y entonces me golpea.

César. Es. Su. Jodido. Hermano.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza, helándome la sangre. Mierda. No, esto es peor. Muchísimo peor. Porque mientras me ahogaba en celos estúpidos, la verdad me acaba de explotar en la cara.

—Me cago en todo, joder —gruño entre dientes, con una rabia que me quema vivo desde dentro.

Los observo moverse entre la gente que baila y pasan unos largos segundos hasta que yo, que he perdido la capacidad de hacerlo, los sigo como un hombre que aún no le han diagnosticado psicoticismo. Él le explica algo y ella asiente, sin embargo, de vez en cuando voltea y me busca entre la multitud.

Cuando nuestros ojos se conectan no puedo leer lo que siente, lo que piensa, y eso me desespera.

Esta revelación de que la mujer que vivió obsesivamente en mis dos cabezas es la hermana de mi compañero de casa acaba de joder todo mi plan de terminar esta noche entre sus piernas.

Y quizá no solo por esta noche, sino para siempre.

Recuerdo a César hablar de su hermana y explicarme que ella nunca venía a visitarlo a la casa porque le avergonzaba estar en un lugar donde predominaba la testosterona y la televisión encendida con deportes veinticuatro siete. Le resté importancia porque la familia de César me importaba una mierda.

Hasta este momento.

César la sienta a su lado en un sofá de dos cuerpos en lo que pretende ser un salón junto con otros sofás rotos y con manchas de derrames accidentales.

Mis otros compañeros de casa están allí, algunas mujeres de la uni también.

Me acerco sin ser obvio y paso por al lado de ellos, esperando que César me vea y crea que es su idea invitarme a esta conversación.

—¡Sully! Ven aquí —señala el espacio libre en el sofá a la derecha.

Qué predecible que es, siempre busca impresionarme, sabe de dónde vengo y de dónde viene mi familia, por eso está constantemente intentando alabar el suelo donde piso.

—Ella es mi hermana, Izzy.

Izzy.

Izzy… Qué manera de asesinar un nombre imponente. Isadora es el nombre de una reina, ¿cómo va a cometer semejante crimen?

Me siento y saludo:

—Soy Jareth. —Extiendo la mano hacia ella, mirándola seriamente.

Puedo ver cómo sus ojos brillan con picardía y nervios a pesar de caer en cuenta de la situación en la que nos encontramos.

—Un placer.

—No pierdas el tiempo, Sully —interrumpe César—, Izzy nunca recuerda el nombre de nadie, tiene la memoria de un pez.

Ella baja la mirada por un segundo cuando el resto se ríe.

De ella, no *con* ella.

—Algo me dice que el mío lo recordará —susurro.

Ella me escucha, por eso sus mejillas se encienden, pero su hermano está tan lleno de ego que la única voz que escucha es la propia.

—Izzy, ¿a qué uni asistes? —pregunta Judy a mi lado.

Antes de responder observa a su hermano. Como si estuviera pidiendo permiso.

¿Qué mierda estoy presenciando aquí?

—Ninguna —responde e inmediatamente después aprieta los labios—, yo… yo trabajo de camarera en una cafetería en Mission.

El hermano le golpea en la espalda como si ella fuese un hombre más en esta reunión.

—Dentro de poco la harán gerente, Izzy está llena de ambición.

Arqueo una ceja al ver esta interacción tan incómoda. ¿Dónde ha quedado la intrépida muchacha de hace unos minutos atrás?

Ella muestra una sonrisa tensa y asiente, guardando su pelo oscuro detrás de las orejas.

—¿Qué opinas de los salarios mínimos actuales? —pregunta Brad, intentando sonar como un defensor acérrimo de la justicia social—. Es aberrante que tengamos que soportar esta esclavitud moderna.

Qué arrogancia la suya, en un cuerpo tan insípido. Qué ganas de despojarlo de esa presuntuosidad.

—¿De verdad crees que ser camarera es una forma de esclavitud? —le interrumpo, mi voz cortante y directa. Varios en la mesa desvían la mirada hacia nosotros, anticipando que esto no acabará bien—. ¿O acaso eres tú quien ve ese trabajo como inferior y por eso te resulta tan fácil llamarlo esclavitud?

—No, eso no tiene nada que ver. Tengo amigas camareras…, muchas —replica, con una seguridad que casi da lástima.

—¿Piensas que codearte con quienes consideras de un nivel inferior te convierte en una especie de héroe social? —le respondo,

esbozando una sonrisa cínica—. Dime algo, Brad, ¿te da orgullo ir por ahí creyendo que eres parte del pueblo, cuando no has sufrido ni un día en tu vida?

La incomodidad se hace palpable. Los demás desvían la mirada, aunque sé que algunos disfrutan verlo arrinconado; Brad es conocido por ser el típico varón de familia adinerada que cree que ser comunista es guay y promulga sus creencias desde el yate del padre.

—No sabes nada de mi vida, Jareth —responde, forzando calma en su tono, aunque la rabia es evidente.

—Oh, pero sé lo suficiente —espeto, enarcando una ceja—. Sé lo que valen las acciones de la empresa de tu padre. Sé que no entraste aquí gracias a tu esfuerzo, sino por el dinero de tu familia. Esa camiseta de Balenciaga te delata. —Miro el logo en su pecho con desprecio—. Antes de exigir que alguien hable de su sueldo, mírate bien. Nada es más patético que un millonario intentando actuar como si entendiera al «pueblo».

—¡Tú también eres millonario! ¿Qué demonios estás diciendo? —Su voz suena frustrada, herida, y la soberbia con la que empezó se ha esfumado.

—Sí, pero yo no estoy molestando a nadie con mi falsa compasión —le respondo como si fuera algo obvio, con el mismo tono que usaría con un niño ingenuo y molesto.

Él se levanta de golpe, balbuciendo un «eres imposible» antes de desaparecer entre murmullos, derrotado.

Algunos segundos pasan en silencio, durante los cuales puedo sentir los ojos de César sobre mí y los de Isadora en el suelo, hasta que alguien pregunta: «¿Cómo quedaron los gigantes de San Francisco?», y la conversación gira en torno al deporte por un largo y tortuoso rato.



Aún no puedo superar cuán distintos son los hermanos.

Mientras César se esfuerza sobremanera por pertenecer al ambiente de esta universidad prestigiosa, usando ropa costosa, perfume francés e introduciendo palabras que nadie conoce en conversaciones mundanas, Isadora es sobria, su estilo es simple, el negro predominaba en su atuendo las dos veces que la he visto —aunque creo que está vestida exactamente igual que la última vez—, se la ve menos excéntrica, menos sedienta por encontrar un lugar en este ambiente que su hermano.

Quizá eso es lo que más me atrae de ella, que no busca impresionar a nadie y, lamentablemente, cada vez se encuentra menos esa gente.

Desde que estoy sentado en este nuevo sistema de tortura moderna, ergo, la conversación con un grupo de estudiantes que creen que pueden cambiar el mundo desde un sofá roto, Isadora ha hablado exactamente dos veces, porque el resto de las preguntas dirigidas a ella las responde César, como si fuese el titiritero de su mente.

Estoy defraudado, esperaba algo más combativo de su parte, quería espiar más de esa actitud fiera que mostraba conmigo.

Quizá si presiono…

—Izzy —llamo, haciendo que sus hombros se tensen al escuchar mi voz, hasta ahora estaba cumpliendo con el pacto no hablado entre los dos por el que pretendíamos no conocernos, *hasta ahora*—, ¿por qué no vives con César?

Su sonrisa falsa se desvanece poco a poco y la mía se expande.

César responde primero, obviamente.

—Acordamos que era mejor así. Izzy no quiere vivir entre bestias como nosotros, Sully.

Me quedo en silencio con los ojos enfocados en ella, esperando que responda.

—También César cree que podría ser una distracción para sus estudios —explica, como si eso tuviera sentido—. De todas maneras, no hay lugar allí para mí. —Ella mira a su hermano, esperando que confirme esto, pero César no dice una sola palabra.

El maldito no abre la boca porque sabe que sí hay lugar y que hace mucho que está disponible.

Arqueo una ceja y cruzo las piernas, apoyando el tobillo sobre la rodilla.

Sentirme victorioso es una droga.

—Pero ¿cómo? ¿No le has dicho que hay una habitación libre desde hace varios meses?

Isadora mira a su hermano de soslayo, él me mira con odio, pero lo enmascara rápidamente con una sonrisa liviana.

—No creo que sea buena idea, somos todos hombres.

—¿Crees que no sabremos comportarnos si hay una mujer en la casa? —presiono.

—Creo que Izzy no apreciará vivir entre chicos.

Ella se ríe, los demás también.

La razón por la cual yo no lo hago es simple, acabo de implantar una meta en mi cabeza y solo mis más allegados entienden lo que eso significa.



En aquel momento.

El mensaje llegó y le resté importancia.

Pero a medida que la rutina de mi día fue avanzando, que fui atendiendo mesas, sonriendo falsamente y riéndome de chistes sin gracia, la ansiedad se convirtió en una bolsa de ladrillos en mi estómago.

No te escondas, Izzy.

Joder.

Puedo escuchar su tono lánguido y oscuro en mi cerebro a pesar de ver solamente palabras en la pantalla del móvil. Como también la burla en el apodo o el deseo que me despierta entre las piernas.

Me muerdo el labio al imaginarlo susurrando esas palabras a mi oído, a pesar de que me habla mi jefa sobre el cambio de horario que tendré a partir del lunes.

Cuando desperté, el mensaje ya estaba en mi móvil, y es una consecuencia de la cobardía que sentí el sábado cuando entendí que Jareth es el famoso Sully del que mi hermano habla sin parar.

Sully me caía mal, porque a pesar de no conocerlo, podía ver como tenía a mi hermano comiendo de su mano.

«Sully dijo que la compañía de su padre está contratando *juniors*».

«Sully insinuó que puede darme un puesto de trabajo».

«Sully come una comida balanceada cada mañana, quiero hacer lo mismo».

Sully, Sully, Sully.

A la mierda Sully.

Excepto quizá porque *Sully* ahora es *Jareth* y soy yo la que estuvo en un bucle infinito hablando de él, para mis adentros:

«Jareth tiene el tipo de mente que me gusta».

«Jareth está delante de ti, deja de mirarlo así».

«Jareth parece arrancado de cada fantasía que has tenido».

Cuando caí en cuenta de que mi hermano era su amigo, todo se vino abajo, bueno, para mí al menos, porque a él no parece importarle mucho.

Por eso el mensaje de esta mañana comenzó liviano como una pluma y ahora pesa como el coliseo sobre mi mente.

Por supuesto que quiero responderle, pero qué y con qué propósito. No puedo tener algo con Sully, mi hermano me mataría, es más, el sábado, después de que me arrancara de la fiesta y me llevara a mi piso, me aclaró que Sully solo intentaba quedar bien con él, que no permitiera que toda esa actitud de caballero de armadura brillante se apoderase de mi cerebro.

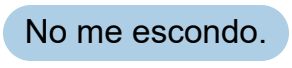
Abro el mensaje y lo miro obsesivamente.

Escribo y borro.

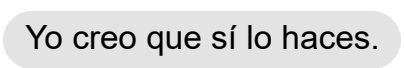
Comienzo otra vez.

Borro.

¡Joder!



Su respuesta es inmediata.



Yo creo que estás muy equivocado.

Demuéstramelo.

¿Cómo?

Dime dónde estás.

Siento una ola de adrenalina desde la cabeza hasta los pies.

Me pongo vulnerable por un segundo:

¿Y si te lo digo y decides que no vale la pena venir?

El corazón me late a toda prisa.

No debo nutrir esto raro que tenemos, no puede llegar a ningún lado, ¿para qué comenzarlo, entonces? ¿No?

Exacto, bien pensado Isa.

Genial, estoy hablando conmigo misma ahora.

Guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y recojo mis cosas, el turno acaba de terminar. Tras un largo día de trabajo, saludo a mis compañeros y salgo corriendo.

La calle es empinada y, entre el dolor que me genera en el culo caminar por aquí y el sonido de las máquinas rompiendo cemento a mi derecha, entierro mis auriculares en los oídos y escucho *Easy* de The Commodores a medida que observo esta ciudad que tanto dolor de cabeza me da, pero que amo profundamente.

Los murales se alzan en cada esquina, desbordando mis sentidos con colores que se entremezclan con el aroma a pan recién horneado y el café que escapa de las pequeñas cafeterías, donde personas teclean en ordenadores como si estuvieran salvando al mundo con cada correo. Hay un murmullo de voces en inglés, español y un par de idiomas más que aún no me atrevo a adivinar.

En Arkansas, si alguien murmuraba en otro idioma, todos hablaban a sus espaldas y lo observaban como mono con navaja.

A cada paso, me pregunto cómo cabe tanta vida en un solo lugar. En mi pueblo, el mayor evento del año es la feria de pepinillos en escabeche, y aquí parece que cada día es una celebración de algo.

Aunque extraño la calma, Mission me despierta algo, como si todo lo que me parecía «demasiado» en el pueblo, de repente aquí tuviera sentido.

El móvil vibra en mi bolsillo una vez más, el estómago reacciona como si fuese una niña inexperta. Cuando se trata de Jareth, no me reconozco.

Me resisto a agarrarlo por al menos cinco pasos; cuando lo hago, lo sostengo en la mano por tres más hasta que finalmente miro la pantalla y sonrío:

Ir es fácil…

responde él, y puedo imaginar la sonrisa confiada en sus labios.

…el problema es que tal vez no quieras que llegue tan cerca.

Por un segundo, considero decirle exactamente dónde estoy, pero me resisto.

¿Y si solo soy una distracción en tu camino?

Entonces, serías la mejor distracción que he tenido.

Miro a mi alrededor, como si por arte de magia fuera a aparecer de pronto. Respiro hondo antes de escribir:

Estoy en el Mission, frente al mural de las mariposas.
Pero dudo que te atrevas a encontrarme.

No apuestes contra un hombre obsesionado, Izzy.

Y de pronto siento que cada segundo cuenta mientras espero verlo aparecer, sin estar segura de si quiero que lo haga… o de si ya no puedo aguantar más.

Hice un pacto con mi autoestima, esperar diez minutos.

Ni un minuto más ni uno menos.

Estoy apoyada sobre el mural de las mariposas. Cruzo y descruzo los brazos con indecisión.

Quedan cinco minutos y me largo de aquí.

A pesar de disociarme cada vez que César hablaba de Sully, tengo recuerdos esporádicos de cosas puntuales que mencionó sobre él, como la cuna de donde proviene Jareth, que el tipo era millonario incluso antes de nacer, que suele ser despiadado con cualquiera que se interponga en su camino y que… tiene un Porsche.

Eso no lo sé por César, lo sé porque ese es el coche que viene a toda velocidad por la calle y frena de golpe delante de mí, baja la ventanilla lentamente y el estómago me da un vuelco al ver a Jareth, con su camisa arremangada hasta los antebrazos anchos, gafas negras y un semblante estúpidamente masculino.

¿Cuándo viajé al pasado y me volví una mujer neandertal que se deja llevar por feromonas?

—Isadora —llama con un tono irritado—, sube al coche.



En aquel momento.

Desde aquí, el lugar se ve bastante bien, supongo.

Una azotea en la ciudad con vista panorámica, un montón de rascacielos a lo lejos y un par de edificios aledaños antiguos de colores.

El ejemplo perfecto de gentrificación y el punto medio entre lo que le gusta a ella y lo que me gusta a mí.

La decoración tiene un encanto minimalista, asientos de cineasta rayados en blanco y negro alrededor de pequeñas fogatas, rodeados de vegetación muy frondosa y selvática. Todo se ve relajado y cómodo, casi como si alguien tratara de crear un ambiente «desenfadado» pero que en realidad, si miras bien, grita «exclusivo» solo por los acabados de los muebles, que reconozco fácilmente por tener la misma marca en casa de mi padre.

No creo que ella note el lujo silencioso que corre por debajo de toda esta onda bohemia falsa que la mayoría de los sanfranciscanos quiere o, mejor dicho, *pretende* tener. Pero tuve que tomar una decisión rápida después de estar todo el día esperando que me

respondiera un maldito mensaje, así que este fue el primer lugar que pensé que no podría odiar.

Pocas veces estuve tan sediento por una mujer, es absolutamente trágico y me odio por no dejar de pensar en ella inclusive cuando sé que está prohibida. Porque, seamos sinceros, César es un lamebotas cuando se trata de mí, pero no creo que esté de acuerdo con todo este tema de la fijación insana que tengo con su hermana.

El microsegundo de replantearme la situación se esfuma cuando me doy cuenta de que a Isadora le gusta este estilo, su mirada va de las fogatas a la ciudad al fondo, iluminada por el atardecer. No quería llevarla a un café igual a donde ella trabaja, quería algo extra.

Sí, sí, ya sé dónde trabaja, solo que no quiero que *ella* sepa que *yo* lo sé, no es tan difícil.

Nos sentamos en el rincón más alejado, intenta no mostrarse deslumbrada con ímpetu, pero puedo verlo en sus ojos turquesa, que brillan con admiración hasta que me encuentran mirándola fijamente.

—¿Cómo has estado? —pregunta.

Me quiero reír.

Nosotros no tenemos este tipo de conversación rápida y superficial, pero le voy a dar la oportunidad de pretender que no estamos desesperados por arrancarnos la ropa.

—Bien. —Mi respuesta es seca—. ¿Tú?

Se ríe con nerviosismo, así que a ella también le parece ridícula esta conversación tan ordinaria.

Tambaleándose sobre sus propias palabras como si las hubiese tenido retenidas junto con la respiración, dice de golpe:

—Mi hermano me llama así desde que era un bebé, todos en mi familia lo hacen.

Su necesidad de explicarse me da ganas de sonreír, pero no lo hago.

Aunque es adorable, no lo puedo negar.

—Ese apodo es demasiado inocente para alguien de tu calibre —digo aflojando la corbata negra de mi cuello, quizá parezca relajado y a gusto, pero por dentro estoy vibrando por la necesidad

prehistórica de cargarla sobre el hombro y follarla en la parte trasera del coche.

O, mejor aún, que ella me folle a mí.

—¿Y cómo deberían llamarme, entonces? ¿«Madame Isadora», como si fuese una dominatrix? —protesta.

—«Reina Isadora» me gusta más —corrijo—. Quizá puedas usarlo cuando te sientes sobre mi rostro como el súbdito irreverente que soy. —Guiño un ojo y sus mejillas se encienden de golpe como dos faros.

No quiero reconocer cuánto me gusta generar una reacción en ella; en las pocas conversaciones que tuvimos siempre pude sentir la coraza que lleva puesta.

Mientras pedimos comida, la encuentro arrancando una de las flores rojas de la planta a su lado, juega con ella entre los dedos, hasta que disimuladamente la guarda en su cazadora de cuero.

La llama de la fogata chispea y parpadea entre nosotros, proyectando sombras en nuestros rostros. Me recuerdo, casi en vano, no mirar el fuego tan intensamente… ni a ella. Lo último que necesito es que descubra lo que soy capaz de imaginar cuando la tengo tan cerca.

La pequeña sonrisa que se le escapa me desarma, y en ese momento sé que, si no cuido mis pensamientos, esta distancia precaria se va a desvanecer como una brasa en el viento.

—Explícame cómo dos hermanos pueden ser tan opuestos.

—¿No tienes hermanos? —pregunta mientras se lleva un vaso de agua que nadie pidió a los labios.

—Dios, no, soy hijo único, o el único reconocido al menos. Mi padre decidió traumarme a mí solo.

Ella arquea una ceja, pero no indaga más, y doy gracias por eso; debería ser más cuidadoso con lo que digo.

—Es bonito tener hermanos, al menos yo estoy agradecida, César es el único familiar con el que me llevo bien.

Ahora todo tiene un poco más de sentido.

—Por eso lo seguiste hasta aquí desde Arkansas. —*Porque es la única persona que tienes en tu vida,* pienso y no digo.

—Claro, él tiene su vida aquí y yo tengo a mi hermano.

—¿Y quién te tiene a ti? —Me inclino y apoyo los codos sobre las rodillas, ansioso por su respuesta.

Un camarero llega con dos vasos y algo para comer, los deja con cuidado en la zona alejada de la pequeña fogata y nos pregunta si necesitamos algo más.

—Que te vayas…

—Estamos bien, gracias.

Cada uno responde algo diferente. Ella no aprueba la manera en la que respondo, lo sé por su cara de pocos amigos.

—Nadie —dice con firmeza, casi con orgullo, respondiendo a mi pregunta sobre quién la tiene a ella.

Levanto mi vaso y tomo un sorbo, analizando lo que acaba de decir y cuánto quiero rectificarlo.

—No estaría tan seguro de ello.

—¿Ah, no?

—No, ¿cuántas veces pensaste en mí estos días? —Ella abre la boca lista para combatir mi arrogancia, pero la cierra de golpe—. La razón por la cual quería que nos viéramos era para proponerte algo.

Ella pincha unos quesos cortados milimétricamente y se los lleva a la boca. Mis ojos siguen el movimiento como un láser.

—¿Aquí viene la parte del contrato donde debo someterme a ti a cambio de dinero, atención y coches de lujo?

—No… ¿De dónde sacas esas cosas? —Por supuesto que sé de dónde las saca, solo le quiero hacer pasar un mal rato.

—No importa, ¿qué quieres? —se corrige avergonzada, pero me gusta saber que lee ese tipo de libros.

—Múdate a nuestra casa —lanzo la frase sin vacilar—. Así estarías más cerca de tu hermano y tendrías un alquiler más barato, y nosotros necesitamos un inquilino.

Se ríe y se atraganta con el queso vulgarmente. Le da un sorbo a su vaso para bajar el nudo que le provocó mi propuesta.

—¿Yo viviendo ahí? A César le daría un síncope.

—Ya lo hablé con él —aseguro, dejando que mi voz suene relajada, como si esto fuera solo una idea razonable entre adultos—. Está de acuerdo si tú lo estás.

Su rostro cambia a uno de confusión absoluta.

La incredulidad en su rostro es tan deliciosa como esperaba. Inclino ligeramente la cabeza, dejándole espacio para que su mente se deslice justo hacia donde quiero.

—¿César dijo eso?

Asiento despacio, disfrutando del incómodo silencio que se instala entre nosotros. Ella mira a su alrededor, como si las paredes pudieran darle respuestas. Pero no hay escapatoria.

—Obviamente nos puso algunas condiciones —añado, con aire despreocupado, sabiendo que eso solo intensifica su curiosidad—. Pero estaba feliz de que pudierais vivir juntos otra vez.

—¿Qué condiciones?

—Estupideces como no coquetear contigo o andar desnudo por la casa. —Hago una pausa deliberada y dejo que las palabras floten entre nosotros.

—¿Y todos se comprometieron a ello?

—Casi todos.

—¿Quién no?

Dejo que mi sonrisa se ensanche, lo suficiente para que parezca peligrosa.

—Adivina.



Elwood Sullivan, el tiburón de Silicon Valley, está sentado en la cabecera de una mesa diseñada para doce personas, aunque probablemente nunca haya albergado más de seis. Golpea suavemente la superficie con dos dedos, esa irritación fría que le caracteriza. Llego tarde a propósito. ¿Por qué otra razón me retrasaría? Soy puntual a un nivel enfermizo.

Solo quiero fastidiarlo.

Mi quinta madrastra está sentada a su lado derecho, lucha por sostener una copa de cristal con esas uñas de gel que podrían usarse como armas en un apocalipsis. El pelo rubio le llega hasta por

debajo de las tetas duras, solo por las extensiones importadas de Italia.

—¡Jaaaaaar! —chilla al verme—. Qué suerte que llegaste, ¿no, papi?

Puaj, aún no puse el culo en la silla y ya tengo ganas de vomitar.

—Debes aprender a gestionar mejor tu tiempo, Jareth, quince minutos tarde es inaceptable.

—Tienes razón, debería quejarme a alguna de las niñeras que me criaron por haberme hecho tan impuntual.

Eso, por supuesto, es una mentira descarada. Mónica, mi niñera favorita, fue lo más cercano que tuve a una madre. Desde que tenía siete años hasta que me largué a la universidad estuvo conmigo. Mi padre la despidió en cuanto me fui, como si nunca hubiera sido parte de mi vida. Ahora vive en San Mateo con su familia y viene a mi piso dos veces por semana a cocinarme y a ayudarme con las tareas del lugar.

Por supuesto que mi padre no sabe nada de esto.

El tiburón desaprueba la respuesta con un gruñido y la novia acaricia su brazo con esas uñas mortales para calmar el Kraken en su interior.

—¿Cómo ha ido tu día, Jar? —pregunta Janice, digo Ashley, joder, es que me recuerda a aquel personaje de los Muppets con esas pestañas sobrecargadas y sus ojos caídos.

—Atroz —lanzo la palabra con el mismo entusiasmo que tendría al masticar vidrio.

En vez de ser testigo de una victoria más en mi vida, estoy aquí con vosotros.

Isadora hoy se está mudando a su nueva habitación y yo debería estar regocijándome por cumplir con mi plan, pero estoy aquí, con una mujer hecha de plástico y un hombre que probablemente tenga al diablo en marcación rápida.

—Oh, lamento mucho escuchar eso, yo también tuve un día horrible, ¡le estaba explicando a tu padre que mi instructor de tenis decidió tomarse unas vacaciones de tres meses! No puedo esperar tres meses, es una locura, perderé mi entrenamiento, ¿no, papi?

Casi me río en voz alta, pero me contengo. Mi padre me lanza una mirada asesina, consciente de que su novia es insoportable pero incapaz de admitirlo, porque eso significaría que coincidimos en algo. Y antes muerto.

—Ya hablamos de esto, Ash, ve al club y pide una recomendación, seguro que ellos conocen a alguien.

Arrugo la nariz e, imitando su voz chillona, digo:

—¡Pero podría ser alguien feooo!

Todo el mundo sabe que Ashley se acuesta con el instructor, ni siquiera se molestan en disimular, y mi padre lo sabe también; no dice nada porque él afila la polla como lápiz nuevo en cada viaje que hace.

—Jareth… —advierte mi padre, y yo finjo sentir remordimiento con una reverencia y una mano en el corazón.

—Iré a ver la comida —dice Ashley pretendiendo estar dolida por mi burla y me deja solo con mi padre en el comedor más ostentoso en el que estuve.

Los padres de mis amigos también son millonarios, pero al menos tienen buen gusto. Mi padre, en cambio, vive en una mansión con un estilo que llamo «complejo de rey»: acabados rococó, cortinas que podrían aplastar a un hombre promedio y retratos suyos al estilo renacentista que nadie pidió. La biblioteca, por ejemplo, es infinita, llena de libros que nadie lee. Yo no he tocado ni uno, y creo que nunca he visto a mi padre dentro de esa habitación.

Ashley ha intentado, en vano, rediseñar la casa. Usó la vieja táctica de hacer que la otra persona piense que fue su idea.

Pero Ashley no sabe que Elwood Sullivan es más terco que una mula.

En el momento en que me gradúe, prenderé fuego a todos mis libros y apuntes y comenzaré mi vida, mi proyecto, opuesto al de mi padre.

La casa donde vivo no está mal, aunque odio compartir mi espacio, pero es diez mil veces mejor estar allí que aquí, con «Barbie cazafortunas» y «Kim Jong-insoportable».

Ahora con la presencia de Isadora quizá todo sea mejor, aunque sea por un año.

—Cómo van los estudios —«Kim» pregunta moviendo la copa de vino lentamente, sus ojos puestos ahí, nunca en mí.

Quizá se asuste si llega a notar lo parecido que somos.

—Van bien, en un año estaré graduado.

—Bien, ¿ya has decidido si vas a seguir en la compañía?

—No estoy seguro. —*Mentiras, mentiras, mentiras.*

No se lo digo solo para ahorrarme un argumento eterno sobre lo importante que es mi futuro.

El viejo no tiene idea del plan de negocios que ya he comenzado a sus espaldas.

Manejo de crisis: tipos como yo no solo quieren decirle a la gente qué hacer, quieren salvarles el culo y cobrarles por ello.

Los pasos de Ashley resuenan en el mármol, sus tacones anunciando su llegada antes de que aparezca en escena. Lleva una bandeja de comida que coloca en el centro de la mesa con un entusiasmo teatral, aplaudiendo como si hubiera logrado algo impresionante.

Aplaudir por traer comida. Ironías de esta casa, porque todos sabemos que ella no come.

Ni cocina.

Tanto mi padre como yo clavamos el tenedor sobre la carne y comemos en silencio.

Silencio.

En esta casa, el silencio no es una pausa ni un respiro. Es una forma de castigo. Es la manera en que mi padre construye muros entre nosotros.

Aquí, el silencio es un arma.

Y lo odio.

Lo odio más que la mansión de mal gusto en la que me crie, más que las hipocresías que flotan en cada conversación.

El silencio aquí es indiferencia.

Es manipulación.

El tratamiento del silencio es crueldad disfrazada de paz, y lo detesto con cada fibra de mi ser.



En aquel momento.

Seré honesta, esperaba otro tipo de ambiente.

Esperaba medias sucias tiradas en el suelo del salón, el abecedario cantado en eructos, pedos nauseabundos o pósteres de mujeres semidesnudas. Sin embargo, en la casa todos parecen… normales, maduros me atrevo a decir. He vivido solo tres días aquí y no hay eructos en la costa, ni música fuerte, y usualmente a las once de la noche todos se recluyen en sus dormitorios.

Lo que sí hay es una televisión encendida que parece sintonizar un solo canal, el de deportes, más bebidas energizantes de las que es seguro consumir y una pila de cajas de pizza vacías en la encimera.

Estos tipos parecen ser más serios de lo que imaginé, o de cómo César retrató su convivencia con ellos como muy primitiva. Quizá con los años eso fue cambiando, porque la mayoría está a punto de graduarse, tienen trabajos y se toman la vida con menos excesos.

Por esa razón, cierro la puerta delicadamente.

Mi nuevo turno en la cafetería es hasta las diez, pero está dentro de mis labores quedarme a limpiar para que al día siguiente esté todo perfecto.

Esta casa está más cerca de mi trabajo, es más barata y espaciosa. Tiene un jardín con piscina, por el amor de Dios, nunca creí poder tener ese lujo a un precio tan barato.

Los otros lugares donde compartí vivienda fueron una completa pesadilla. Sucios, ruidosos, maleducados, eso es lo que me tocaba por no tener un sueldo normal.

Subo las escaleras lentamente tras quitarme las zapatillas; por más que me esfuerce, la madera cruje bajo mis pies.

Arriba hay tres habitaciones, la de Tate, la de Jareth y la mía. Abajo hay dos más donde duermen mi hermano y Kevin, que es el dueño de la casa. Sí, con tan poca edad el tipo ya tiene casa y la alquila para tener algo de dinero aparte del que le envían los padres cada mes. Me dijo que los padres son dueños de un viñedo en Napa y por eso tienen tanto dinero.

Tate es el *hippie* de los cuatro, estudia diseño de interiores y su madre es una reconocida diseñadora en Los Ángeles.

Y Jareth…

No tengo idea, a Jareth no lo vi nunca desde que me mude aquí, lo cual, debo reconocer, hace que una parte de mí se sienta desilusionada.

Pero es lo mejor, especialmente si convivo con él y con mi hermano.

Apoyo la mano en la manija de mi habitación y abro muy despacio; todas las puertas de los dormitorios están cerradas, aunque hay luz que se desparrama por lo bajo.

Cierro con cuidado y enciendo una precaria lámpara de pie que compré en un Walmart para ver algo.

—¡Pero qué…! —grito al ver a Jareth acostado sobre mi cama, con cascos puestos y el móvil en la mano.

Con aburrimiento en sus ojos, se quita el auricular, como si acabara de interrumpirlo.

—Oh, llegaste.

—¡Qué coño, Jareth, casi me infarto! —siseo dejando mis cosas en el suelo.

—Estaba esperándote, luego me aburrí y me puse a ver porno.

—¡¿Qué?!

Voltea el móvil y hay un vídeo de un tipo soldando una pieza metálica a otra pieza.

Quiero reírme ante su cara inocente, pero no lo hago.

—Qué mal pensada…

—¿Tengo que poner cerradura a mi puerta? —Me siento en un sofá en el rincón opuesto de la cama para descansar los pies un rato.

—No seas aburrida, Isadora, los dos sabemos que necesitas un poco de divertimento en tu vida.

—¿Y tú eres capaz de darme eso? —me burlo.

—Naturalmente. —Guarda el móvil en el bolsillo de su pantalón de chándal y se deja los cascos colgando del cuello—. ¿Has comido ya?

—No.

—Bueno… —Se levanta y estira los brazos por sobre la cabeza, parte de su abdomen se hace visible, dejando a la vista los oblicuos bien definidos, y desaparece tras la puerta sin decir más.

Este tipo sí que está loco de la cabeza y de verdad debo considerar poner cerradura.

Me quito las medias lentamente, saboreando la sensación de libertad que se desliza por mi piel. Al estirar los dedos, un pequeño suspiro de alivio escapa de mis labios mientras me masajeo la planta de los pies, agradecida por ese instante de descanso después de tantas horas sin parar. Luego, con un movimiento rápido y experto, desabrocho el sostén por debajo de la camiseta y me libero de su presión. Lo lanzo hacia la cómoda con una mezcla de diversión y desprecio.

Solo que no cae sobre la cómoda, queda colgando de la cabeza de Jareth mientras sus dos manos sostienen una caja de pizza.

—¡Mierda! —grito levantándome de inmediato para descolgarlo.

Las cejas de Jareth están muy arriba.

—Creí que trabajabas en una cafetería.

Cierro la puerta rápidamente, arrastrándolo dentro.

—Lo hago, ¡¿qué tiene que ver?!

—Ese movimiento es de una estríper profesional, Isadora.

¿Qué hechizo conjura que, cuando dice mi nombre, pareciera que mi cuerpo se calienta a temperaturas infernales?

—¡No sabía que ibas a volver!

—Obviamente fui a buscar comida, compré una pizza, imaginé que tendrías hambre. —Camina hasta la cama, se sienta como si fuese de él y deja la caja sobre sus piernas.

La abre y espera a que tome una porción.

—Las cervezas están en tu penosa nevera. —Señala con la barbilla la nevera de mi antiguo piso, una negra de pintura saltada que me llega hasta la cadera. Se la compré a alguien por internet a diez dólares, fue una compra que me llenó de orgullo.

Efectivamente están allí, dos latas grandes y frías.

Cuando me siento de vuelta en el sofá, me doy cuenta de que no llevo sostén, se sintieron demasiado libres las chicas y los ojos de Jareth no se pierden el movimiento, por eso me quedo quieta.

—Creí que no estabas en la casa… —Mi curiosidad me gana antes de darme cuenta de lo que acabo de hacer: mostrar interés.

Jareth arquea una ceja, picardía en sus ojos negros.

—¿Me extrañaste?

Joderrrrr.

—No… —respondo como una niña encaprichada—. Simplemente me llamó la atención.

Por supuesto que quería verlo, por más que intente no pensar en él, no ansiar que aparezca en cada rincón de la ciudad donde camino, trabajo o vivo.

Jareth le da un mordisco a su porción y se acomoda mejor en la cama, con el brazo izquierdo sosteniendo su cabeza. Su bíceps se acentúa y hago el esfuerzo de mirarlo a los ojos, pero él atrapa ese microsegundo donde lo observo de otro modo. Se siente victorioso; odio eso…

—Esta cama no te queda, necesitas una más grande.

—El día que pueda pagarla, seguramente la compre.

Mis pies siempre sobresalen si no estoy en posición fetal.

—Mmm —mira la porción de pizza con interés, ignorando mi respuesta—, no tienes que esperar tanto, podrías comprarla a crédito.

—¿Y deberle mi alma al banco? Paso.

—Ah, claro, porque tu dignidad de millonaria en potencia no te lo permite —responde, llevándose la porción a la boca.

—Exacto. Dignidad primero, comodidad después. —Le hago una mueca, aunque su atención ya está fija en la comida.

—¿Sabes qué? Mejor yo te regalo la cama y así no puedes quejarte.

—No necesito caridad, gracias. —Cruzo los brazos.

—No es caridad, es inversión. Así cuando duerma aquí no tendré que quejarme.

—¿DORMIR AQUÍ? —Lo miro con los ojos muy abiertos—. ¿Tanta fe tienes?

—Es solo el curso natural de las cosas, tú quieres follarme, yo quiero lo mismo… —Sonríe, y el maldito parece estar disfrutando demasiado de mi indignación.

Mi corazón va rápido, él parece escucharlo y saborearlo, por esa media sonrisa estúpida que sigo alimentando.

—¿De verdad crees que voy a acostarme contigo después de enterarme de que eres amigo de mi hermano? —Mi voz suena rara, aunque intento mantenerla firme.

—¿Qué tiene que ver tu hermano? —pregunta, ladeando la cabeza, genuinamente confundido.

Su tranquilidad me enerva, como si nada en el mundo pudiera perturbarlo.

Siento que voy a explotar.

—¡Tiene todo que ver! ¡Es demasiado complicado! —exclamo, haciendo gestos frenéticos con las manos. Él sigue mis movimientos con una sonrisa que no tiene derecho a verse tan atractiva. Parece un perro al que le lanzan una pelota, atento, paciente, confiado en que va a ganar.

—Es complicado solo si se entera —dice por fin, con esa seguridad que desarma mis argumentos.

Mis brazos caen a los costados como si hubiera perdido el impulso.

—Jareth… —empiezo, con un tono que suena más como una súplica que un reproche.

Él no me contesta. En lugar de eso, toma la caja de pizza y la abre lentamente, como si el mundo no estuviera colapsando a mi alrededor. Sus ojos nunca dejan los míos, y ese contacto visual me quema mientras me levanto.

Estiro la mano hacia la pizza, esperando un respiro de la tensión asfixiante. Pero justo cuando mis dedos rozan el cartón, él cierra la caja de golpe.

—¿Qué haces? —pregunto, mi tono demasiado débil, casi tembloroso.

Sus dedos rozan los míos apenas un segundo, un roce que no debería significar nada, pero que hace que todo mi cuerpo se tense.

Mi mirada busca la suya, y en ese momento el aire cambia. Es más pesado, más denso, cargado de algo que no me atrevo a nombrar.

Jareth se yergue, sus hombros rígidos como si hubiera tomado una decisión. Su voz baja, rasposa, me alcanza antes de que lo haga su movimiento.

—¿Sabes? —dice, inclinándose hacia mí, su aliento me roza la piel—. Creo que necesitas un incentivo.

No tengo tiempo de procesarlo.

Su boca se estrella contra la mía, no con suavidad, sino con una urgencia que hace que mi corazón se detenga un segundo antes de latir con más fuerza.

Es un beso que no me da espacio para pensar, para resistirme, para hacer otra cosa que no sea hundirme en la tormenta que es Jareth.



En aquel momento.

Juego con el respaldo de la silla de mi habitación, moviéndome hacia delante y atrás, mientras me torturo con el recuerdo de la suavidad de sus labios y ese pequeño gemido que reprimió cuando empujé la lengua para acariciar la suya.

El golpe mental y físico cuando la besé fue tal que, cuando nuestras bocas se separaron, ella me miró con pánico absoluto, y yo… yo estaba agradecido por tener la caja de pizza sobre las piernas. Me levanté de la cama, dejé la caja en sus manos y hui de allí.

Los dos entendimos en ese momento que estábamos metidos en un gran problema.

No era solo flirteo para mí, y ella lo percibió.

Cuando volví a mi habitación pegué un portazo y me encerré en el baño, encendí la ducha y me quedé bajo el chorro de agua fría hasta que mi cuerpo empezó a temblar.

Lo siguiente que hice tiene que ver con la mano derecha y el hierro que me colgaba entre las piernas, pero no viene al caso.

Me hago la misma pregunta todo el tiempo, ¿qué tiene Isadora que despierta cosas tan potentes en mí? Cosas que no había sentido antes. Pareciera que abrí una puerta y un alud de fuego y posesión me inundaron con violencia.

El lápiz se desliza sobre el papel poroso, trazando líneas rápidas y decididas, como si con cada movimiento intentara poner orden en el caos que late en mi mente. No estoy dibujándola otra vez; decidí que hasta para mí sería demasiado llenar *otra* hoja con su rostro. Pero incluso mientras intento crear algo distinto, siento cómo su presencia se filtra en cada trazo, como una sombra que no logro sacudir.

La besé con fuerza, la sujeté de la nuca para que no pudiera escaparse de mi intensidad y ella devolvió el beso con el mismo fuego; estuvo a la altura de la circunstancia y más.

Isadora es imponente cuando deja que su verdadera personalidad florezca, y eso me fascina.

Escucho ese gemido otra vez en mis oídos, el momento en el que se sorprendió por el golpe de electricidad que sentimos cuando nuestros labios se tocaron; incluso yo, que nada me sorprende ya, quedé estúpido y atónito.

Mis dedos aprietan el lápiz con más fuerza de la necesaria, la tensión en mi pecho se derrama en el papel. La punta se quiebra de repente, un crujido seco que me devuelve a la realidad. Miro el dibujo arruinado, las líneas incompletas y el vacío que deja el grafito roto.

La frustración me invade como una ola imparable, y de un tirón arranco la página. Hago una bola de papel y la lanzo al cesto, como si deshacerme de ella pudiera calmarme.

Pero no lo hace, claro que no, no soy tan simple.

¡Ahh! Qué irritante.

Intenté demostrarme que solo era una fijación por aburrimiento, que era normal sentirme así de repetitivo cuando parecía ser lo único interesante que ocurría en mi vida. Pero luego tuve que inclinarme y besarla y joderme el cerebro, haciendo que explotase en miles de pedazos.

¿Cuál era la probabilidad de que me provocara algo extraño? Un cincuenta por ciento. Y, así y todo, me dejé llevar y la besé, y ahora todo cambió.

Debo reconocer que gracias a mi pequeña y poco saludable obsesión por resolver problemas allané el camino para poder estar con ella. ¿Cuál era mi problema? No tenerla cerca, simple. Rastrearla por la ciudad era un inconveniente, así que orquesté todo para que viviese en la habitación lindera a la mía.

Tuve que hacer promesas y negociar con Kevin para que le cobrase cierto monto de alquiler mientras yo pagaba el resto, tuve que pedirle a mi padre que aceptase a César como *junior* para quitarlo de en medio, ya que el tipo está todo el día en la casa.

¿Todo eso solo para qué? Para besarla y huir.

Hoy es su día libre, un miércoles, totalmente inoportuno para mi rigurosa rutina, pero aquí estoy, combatiendo mi necesidad de visitarla e invadirle la boca otra vez.

Dos golpecitos se escuchan en la puerta. Inmediatamente cierro el cuaderno de dibujo y lo guardo en el último cajón.

—Qué —gruño.

—¿Estás vestido? —Su voz se escucha del otro lado e inmediatamente me cambia el humor.

Si estuviera en un concurso de quién es el hombre más patético del planeta, estaría en segundo lugar, el primer puesto se lo llevaría mi padre.

—¿Quieres entrar y verificarlo por ti misma?

—Tengo miedo —dice—, es que soy alérgica al cacahuete.

Libero una carcajada y camino hacia la puerta.

Cacahuete, joder, qué sorpresa se va a llevar cuando me hunda en ella.

—¿Qué tal la berenjena? ¿También eres alérgica? —pregunto al abrir la puerta, me encuentro con su media sonrisa cómplice.

Su pelo largo está recogido en lo alto, algunos mechones caen hacia los costados de su rostro, su camiseta sin mangas tiene un escote pronunciado que, por supuesto, roba toda mi atención *y algunas neuronas*.

En un falso intento de modestia, colocó una camisa a cuadros encima, abierta y extragrande.

—Vamos a almorzar en el jardín, ¿quieres venir?

—¿Vamos? —Apoyo la mano en el dintel y ella traga saliva duramente.

—Sí, Tate y Kevin se sumaron a mi almuerzo. Si quieres… *Si puedes*, digo, no te sientas obligado, yo simplemente creí que…

—Ahórrate la vergüenza, Isadora, los dos sabemos que iré.



Podría estar disfrutando del aire fresco y absorbiendo vitamina D como un adulto funcional, pero ¿quién lo diría? Mi atención está fija en ella, hablando con emoción desbordada sobre banalidades del día a día mientras Tate le sigue el ritmo con un entusiasmo igual de contagioso.

El tipo siempre ha sido el epítome de lo social, demasiado «good vibes only» para mi gusto. A veces me recuerda a Archie, mi amigo por obligación de la escuela. ¿Por qué por obligación? Bueno, esa es una historia para otro día.

Kevin es un caso aparte: el cliché del tipo con más dinero que neuronas. Ahora mismo está demasiado entretenido devorando un montón de frituras amorfas, cortesía de Isadora, esas especialidades grasientas típicas de Arkansas que podrían ser cualquier cosa…, pero nadie se atreve a preguntar.

Parece enorgullecerse cuando alguien aprecia su comida, ya que los dos lucen extraeufóricos cuando saborean el pescado frito. Quisiera hacerlo también, pero no frente a estos dos. Cualquier cosa que diga probablemente sea impropio del personaje que suelo cargar como una segunda piel aquí, y, si quiero que esto funcione, debo jugar mis cartas con cuidado.

Eso no quita que quizá pueda mostrar mi agradecimiento de otras maneras.

Me adjudico la tarea de recoger los platos al final del almuerzo, Kevin se tiró a dormir al lado de la piscina después del «carbo-coma» y Tate dijo que tenía cosas que hacer para la uni.

Finalmente, todos se fueron a la mierda, que era mi mayor deseo.

Cargo el lavavajillas con precisión quirúrgica, encajando platos y tazas en los huecos como si de eso dependiera mi supervivencia en el campeonato mundial de tetris. Escucho que ella se aproxima y descansa la cadera en la encimera, mira su móvil o, mejor dicho, *pretende hacerlo*, porque dice casualmente:

—Tanta precisión solo significa una cosa: trauma.

Se escapa una pequeña sonrisa de mis labios, pero no digo nada al respecto.

—¿Tienes planes? —Me lavo las manos y las seco mirándola ansiosamente; sus ojos turquesa, del color del paraíso, me miran con curiosidad, leyendo algo en mi rostro—. Déjame cambiar de pregunta, ¿tienes parálisis en la lengua, Isadora?

Se despierta del letargo y, con gesto serio, dice:

—No, no tengo planes, pero lo que sea que me estés a punto de proponer, lo rechazaré, créeme, Jareth, es lo mejor, porque mi hermano ya me dijo que…

—Vamos al karaoke.

—¡Maldición!



Juraría que, si Bernardo, Alex o Archie me vieran, pensarían que un muchacho normal me poseyó el cuerpo, porque me duele la cara de tanto sonreír y las manos de aplaudir.

Lo hago también porque el resto del público está disperso y soy el único estúpido mirándola con adoración; me falta la baba chorreando para terminar de ser un hombre domado.

Sostiene el micrófono con fuerza mientras canta *Rehab* de Amy Winehouse.

Esta vez tenemos una mesa en la primera fila, hay varios vasos a medio terminar, una canasta de patatas fritas aniquiladas y muchas servilletas arrugadas.

Es impresionante la cantidad de servilletas que usa esta mujer solo para comer patatas fritas, al menos ocho, mientras yo tengo una sola, doblada prolijamente bajo mi vaso de cerveza.

Cuando canta la última palabra, todos aplauden y yo silbo incivilizadamente; nunca alenté a alguien en mi vida, pero en las películas suele verse así.

Ella se desploma a mi lado, exuberante de felicidad por el simple hecho de estar allí arriba y sentirse libre.

Ojalá pudiera sentirme así alguna vez, ligero y despreocupado, en lugar de llevar siempre ese peso invisible sobre los hombros, una nube negra que parece seguirme a todas partes, como un virus del que no puedo escapar.

—Gracias por alentarme. —Sonríe y yo deslizo una mano por su rostro para silenciarla—. ¡Ahora tú!

—No —me pongo serio—, ya hice el ridículo una vez y no pienso volver a hacerlo.

Otra persona se sube, lo que me distrae un segundo, hasta que siento el brazo de Isadora rodeando el mío. Mis ojos inmediatamente la encuentran, sorprendido por la cercanía; suele mantener distancia cada vez que estamos en la misma habitación.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí?



Camina en zigzag por el barrio chino, yo mantengo las manos en su atmósfera en caso de que finalmente termine tropezando.

—¿Por qué eres tan serio, Jareth, Sully, Jareth?

Definitivamente está borracha.

—¿Por qué eres tan charlatana cuando has bebido, Isadora? —Me empuja juguetonamente, pero en el intento casi cae.

—Porque es la única manera de hablarte sin que mis nervios tomen control.

Me detengo, pero sin alejar los brazos de ella.

—¿Te inhibo? —pregunto, inclinándome un poco más cerca, apenas dejando espacio entre nosotros.

Creí que no lo hacía, creí que ella podía mirarme a los ojos sin recular.

—Pfff, claro que sí. —Ríe—. Tú lo sabes, no te hagas el tonto.

Una familia ruidosa pasa junto a nosotros, cortando el momento como si el universo se hubiera cansado de nuestra tensión no resuelta. Frunzo el ceño, molesto por la interrupción, y, sin pensarlo dos veces, giro hacia el callejón más cercano y la llevo conmigo.

—¿Por qué nos metemos aquí? —pregunta, tambaleándose un poco mientras me sigue.

—Porque estoy harto de que todo el mundo se meta en medio.

Nos detenemos bajo una luz tenue del callejón que cualquiera confundiría con el de un país asiático, pero seguimos en la ciudad, el eco muriendo alrededor. Su risa se apaga, sus ojos de paraíso clavados en los míos, más sinceros de lo que nunca los he visto.

Es mi misión en la vida aparentar calma y control, pero cuando ella está presente, olvido quién soy.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a darme un beso épico y luego te darás a la fuga otra vez? —bromea, pero su voz tiembla ligeramente.

—No. Y eso no fue un beso épico.

Ella parpadea, su sonrisa desaparece mientras procesa lo que acabo de decir. En ese instante, la distancia entre nosotros parece tanto un abismo como una línea a punto de romperse. La observo un segundo más, grabando cada detalle: la forma en que su cabello cae desordenado sobre sus hombros, el leve sonrojo que no sé si atribuir al alcohol o a mis palabras.

—Este sí.

Entonces cierro la distancia, la atrapo por la cintura con las manos mientras mis labios buscan desesperadamente los suyos.

Ella responde como si hubiera estado esperando esto. Sus dedos se enredan en mi cabello, su risa ahogada se transforma en algo más eléctrico y demandante.

La arrastro como un salvaje hasta la pared y la sujeto el rostro. Mi lengua rompe la barrera de sus labios y saboreo la sensación aterciopelada de su boca, la tibieza de su cuerpo.

La necesidad de poseerla es como un cuchillo en el pecho que no me deja respirar.

El oxígeno no existe entre los dos, pero la electricidad chispea violentamente como el beso que nos estamos dando.

No hay espacio para dudas ni suavidad calculada; nuestro estilo es intenso, crudo, urgente, una combinación de hambre y entrega, donde ambos nos perdemos y nos encontramos en el mismo momento, pues sabemos que no tenemos escapatoria, esto va a pasar.

Cuando finalmente nos separamos, sus labios todavía están rojos y entreabiertos, sus ojos tienen un brillo nuevo, uno que casi me desarma.

Casi.

Le acaricio el labio inferior con el pulgar, mirándolo con hambre; aún no me siento saciado y temo nunca estarlo.

—No me iré a ningún lado, Isadora Taylor, espero que te hagas a la idea.



En aquel momento.

César está sentado en la mesa de la cocina desayunando algo atípico.

Cosas que en nuestra casa no solíamos comer porque eso era «de ricos» según mi madre, cosas como huevo y tocino, batido de proteínas y fruta cortada prolijamente.

Me pregunto si es algo más de las mil cosas que copia de Jareth.

Al mudarme con mi hermano, estaba segura de que ciertas costumbres familiares resonarían entre los dos. Platos que mi madre hace que honestamente me salen bastante parecidos, la costumbre de siempre de sentarnos todos después de comer en el salón a conversar. Pero César se ha transformado durante estos años en otra persona, no es malo necesariamente, pero sí es curioso.

Tras la escapada sorpresa al karaoke, desperté con la sensación de tener mil agujas clavadas en los ojos, un dolor de cabeza punzante y el estómago revuelto. A pesar de sentir que mi cuerpo había dejado de responder con normalidad, hice el esfuerzo de salir de la cama temprano para atrapar a mi hermano antes de que

saliera para la universidad. Bueno, no solo para eso, sino también para borrar la culpa que siento por haber pasado mi tarde con Jareth cuando César está constantemente advirtiéndome que no lo haga.

Para ser alguien a quien admira, es muy raro que sea tan insistente con eso.

César siempre fue de opinar con mucha soltura sobre los muchachos con los que solía relacionarme; según él, todos eran unos perdedores y me decía que yo debía enfocarme en mi carrera en vez de salir con tipos que lo único que querían hacer era jugar a la Play.

No estaba tan errado, la mayoría hoy están involucrados en pandillas o viven instalados en el único bar del pueblo, pero, entonces, no me queda claro a qué tipo de hombre debo buscar. Ahora que me gusta alguien que estudia y trabaja, tampoco le convence… ¿En qué quedamos? ¿Quiere que viva sola toda la vida? La idea no suena mal, pero a veces se necesita algo de compañía para no caer en la locura.

—¿Qué harás hoy? —pregunta César.

Me fuerzo a llevar la tostada a la boca y mastico lentamente un par de veces para contener las náuseas.

Debo dejar de beber si quiero seguir hablando con Jareth; no es sostenible este ataque al hígado.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, algo productivo… —Con una mano mira su móvil con atención, con la otra pincha huevo revuelto y se lo lleva a la boca.

Su tono hace que deje la tostada en el plato y me enfoque en él.

—Ehh… ¿trabajar? —retruco con el mismo tono.

Él detiene lo que estaba haciendo para atravesarme con la mirada; mi hermano tiene los ojos de mi padre, de un color almendra. Odio cuando me mira así, porque me recuerda a él, Joshua Taylor. Mi padre siempre me trató como si fuese una piedra en su zapato y no tuviera otro remedio más que soportarme.

—Sabes que el sarcasmo no te queda bien, Izzy, no lo fuerces.

—No lo hago, pero no entiendo a qué te refieres con «algo productivo», trabajo muchas horas, termino con dolor de espalda y de pies todas las noches, si eso no es ser productivo…

Suelta una risa socarrona y deja el cubierto en la mesa con lentitud para darse el gusto de parlotear otro monólogo sobre cómo debería ser mi vida.

—Y luego, ¿qué harás de tu vida, eh? ¿Serás una simple camarera hasta tus sesenta? ¿Hablaste con tu jefa de ese ascenso que te prometió hace meses?

Aquí vamos…

—No.

—¿Y qué estas…?

—César… —escucho su voz cargada con irritación junto a sus pasos pesados en la escalera, si ya sentía náuseas antes, ahora debo cubrirme la boca—. Nadie quiere escuchar tu puto mal humor desde temprano.

César se traga sus palabras volviendo a su plato, y yo me impresiono al ver lo sumiso que es frente a su amigo.

Hay una realidad que paso por alto a menudo, y es que César está acostumbrado a salirse con la suya, siempre. En casa era el rey, gracias a mi madre que le cortó la comida hasta que tuvo diecisiete, que le compró todo lo que quería, inclusive cuando no tenía dinero —lo sé porque hubo ahorros míos que desaparecieron de golpe y aparecieron en forma de PlayStation—.

Mi padre cree que César nos sacará el título de clase media para ponernos en el podio.

Mi madre nunca le levantó la voz, ni mucho menos le habló como lo ha hecho Jareth ahora.

—Es que anoche dormí fatal —se justifica.

—Yo dormí increíble —dice Jareth sirviéndose café en un termo para llevar, mira sobre su hombro y me suelta un guiño poco característico en él—. Hace mucho que no dormía tan profundamente.

Me hundo en la silla y me llevo la taza de café a la boca, ocultando mi rostro que probablemente esté rojo.

A pesar de mi necesitada borrachera, no he olvidado nada de lo que ocurrió anoche, no se me escapa ningún detalle de cómo me besó en el callejón del barrio chino, de su intensidad, de la pared

firme contra mi espalda, sus manos recorriendo mi cuerpo posesivamente.

De la promesa que hizo.

«No me iré a ningún lado, Isadora Taylor, espero que te hagas a la idea.»

Cuando volvimos, entramos por puertas separadas, yo por la de delante y él por la de atrás, por si mi hermano seguía despierto. Cuando cerré la puerta de mi habitación, me envió un mensaje que decía:

Si no puedes dormir, ya sabes dónde encontrarme.

No le respondí porque sabía que, si entraba al juego, iba a perder el control.

Acomodo mi garganta un par de veces.

—¿Y tú, Izzy? ¿Cómo dormiste? —habla César con un tono contrario al que usó cuando estábamos solos.

Me atraganto con el café y mi hermano me da palmaditas en la espalda para calmar la tos.

Jareth se apoya contra la encimera con una postura casual, pero su mirada lo traiciona. Mientras se lleva el café a la boca, sus ojos, apenas visibles por encima del borde del termo, me taladran como si fueran láseres, penetrantes y calculadores, exigiendo una respuesta antes de que la primera palabra logre formarse en mi mente.

—Normal. —Sin mirarlo puedo verlo negar con la cabeza, media sonrisa reprimida, mientras mira el móvil y escribe algo.

Mentirosa.

Apago la pantalla del móvil, ya que César mira con curiosidad.

Si esta es la tensión que vamos a vivir, entonces no sé si podré soportarlo, de verdad, no manejo bien la presión y la incomodidad.

—Bueno, es hora de enfrentar la mañana, adiós.

Oh, gracias a Dios.

—Espera, ¿puedes llevarme a la uni? —pregunta César levantándose de golpe—. Izzy, ¿puedes encargarte de mi plato? Tengo clase en media hora.

—Sí, claro.

—No —responde Jareth detrás de mí—, a menos que recojas tu propio plato como el adulto que eres.

Bueno, quizá sí pueda acostumbrarme a esto.



El turno en la cafetería transcurre pacíficamente, lo cual agradezco, porque mi mente va a la velocidad contraria.

Cuando César hace este tipo de cuestionamientos, siento cómo una niebla se instala en mi cabeza. Me pierdo intentando desmenuzar cada palabra suya, cada posible verdad incómoda escondida en su tono. ¿Debería sentirme culpable? ¿Debería ser más… ambiciosa? A veces creo que lo soy, pero no en la forma que él espera.

¿Es tan absurdo que alguien no tenga hambre por devorarse la vida a zancadas?

Tachando metas compulsivamente como si fueran una lista de supermercado…

Pero entonces imagino lo que él describe. Una carrera impecable, caminando con tacones por la avenida Mission, el último móvil en mano, pareciendo ocupada. ¿Es eso realmente lo que quiero? ¿O es lo que debería querer para encajar, para demostrar que estoy avanzando?

¿Qué es avanzar? ¿Quién lo determinó y por qué quiero matarlo?

No es que no quiera más de la vida, pero ¿qué pasa si mi «más» se ve diferente al del resto? Quizá mi hambre es *más* discreto, menos urgente. Tal vez se parece *más* a encontrar un rincón donde respirar en paz que a una carrera maratoniana en tacones. Tal vez no quiero que mi vida parezca de revista; tal vez quiero algo *más* real.

De golpe, las luces de un coche me iluminan mientras cruzo la calle, y debo parecer un ciervo a punto de morir.

Casi me infarto, pero antes de sentir el brazo izquierdo dormido, Jareth asoma la cabeza y hace señas para que suba.

Ignoro cómo mi cuerpo parece despertar por primera vez en el día y me subo sin protestar.

El olor a cuero y el perfume varonil que tiene su coche me invaden cuando me siento y me pongo el cinturón de seguridad.

Sin decir una palabra, acelera y nos adentramos por las calles oscuras de San Francisco.

Irradia una energía densa y sombría, un contraste absoluto con la ligereza de esta mañana. Su cuerpo está rígido, como si un resorte invisible lo mantuviera a punto de estallar. En su rostro hay una intensidad casi feroz: las cejas fruncidas, la mandíbula apretada. El traje negro y hecho a medida no ayuda, siento que es un adulto haciendo cosas de adulto mientras yo aún me siento una adolescente de veinte años.

Hay momentos en los que me pregunto si algo está roto en mí. ¿Debería querer esas cosas de adulto? ¿Hay una regla no escrita que dice que tener éxito es importante, es… fundamental? A veces siento que estoy fallando en un examen invisible al que ni siquiera sabía que estaba apuntada.

Siempre creí que cuando terminara el colegio iba a sentir el salto drástico entre la adolescencia y la realidad, pero es que me siento igual, uso la misma ropa, escucho la misma música y gasto mi dinero en cosas innecesarias como en un kit de bolígrafo y libreta de *Las supernenas*.

¡Era monísimo! Aunque aún no lo haya usado, estoy segura de que algún día lo haré y estaré feliz con mi compra.

—Me pregunto si en algún momento te dignarás a decirme qué haces aquí —suelto con valentía inesperada.

Sin mirarme, él responde:

—Yo me pregunto lo mismo.

Con el silencio surge una voz de fondo, un pódcast, creo, pero está tan bajo que no entiendo de qué habla, aunque suena serio.

Me distrae cuando bufa y pega la nuca al asiento con frustración.

—¿Qué ocurre?

Señala hacia delante.

El coche frente a nosotros va lento y en zigzag. No lo había notado porque mis ojos estaban clavados en él, sin vergüenza alguna.

Isa, contrólate.

—¿Crees que está borracho? —pregunto viendo cómo el coche sale y entra de su carril.

—Claro que no, el problema es que el idiota tiene el puto móvil en la mano mientras conduce y es tan engreído que cree que puede distraerse y operar una máquina al mismo tiempo.

Acelera de golpe, la calle tiene espacio para que lo adelante, pero en vez de eso, se detiene a su lado. Un hombre de unos cuarenta años conduce con el móvil pegado al volante y alterna los ojos entre la pantalla y la calle. Parece estar viendo vídeos de TikTok, y los pasa sin una sola preocupación en el mundo.

Jareth baja la ventanilla.

—Si así es como conduces, no quiero imaginar lo que debes ser follando. Mándale mis condolencias a tu novia, idiota.

El tipo del coche se queda con la boca abierta y Jareth acelera, el motor de su supercoche resuena con furia por las calles y yo debo disimular para que no vea mi risa.

Pero lo hace.

—¿Eso te hizo reír, querida Isadora?

—Sí, ¿has visto la cara de ese tipo? ¡Se sintió un estúpido!

Jareth se muestra sorprendido por mi reacción; luego, cuando desvía la mirada a la calle, parece perderse en el laberinto de su cabeza.

Me pregunto qué le pasó hoy para tener ese conflicto interno constante.

—¿Nunca se te ocurrió cantar profesionalmente? —suelta tras unos minutos de silencio.

Me río con vergüenza.

—Oh, no, no, es solo un hobby.

—Deberías —dice seriamente—, tienes una voz hermosa.

Mi estómago reacciona antes que el cerebro, dando un vuelco como una gimnasta artística en las olimpiadas.

Nadie me dijo eso, nunca.

Bueno, nadie sabe que me gusta cantar, es algo que comencé aquí, en San Francisco.

—No es algo que me interese, al menos no ahora.

—¿Y qué es lo que le interesa a Isadora Taylor? Aparte de mi rostro. —Me regala una sonrisa socarrona y chisto por lo bajo, pretendiendo estar en desacuerdo.

¡Obviamente me gusta mucho su estúpido y perfecto rostro! Así como su cuerpo, su estatura, su humor negro… *Detente, Isa.*

—Estuve todo el día haciéndome la misma pregunta. La realidad es que no lo sé, no tengo grandes ambiciones en la vida. Honestamente, anhelo tener lo que todo el mundo llama rutina, un trabajo con seguro médico, alquilar un piso en la ciudad quizá o una casita en las colinas.

Asiente pensativamente y luego agrega:

—Y por lo que pude deducir esta mañana, César no está de acuerdo con eso…

—No… —admito—. Aquello que dijiste en la fiesta el otro día dio en el clavo, él cree que es un trabajo inferior y no le gusta que yo lo tenga. Es agotador. Esa sensación de que todo lo que haces, o no haces, está bajo una lupa. Como si ser feliz con mi ritmo de vida no fuera suficiente. —Pareciera que de golpe estoy haciendo una purga de pensamientos. Jareth me escucha sin juzgar—. A veces añoro la simpleza de cuando no me importaban estas cosas, cuando solo soñaba con ser feliz, sin etiquetas ni metas definidas. Tal vez ahí es donde realmente quiero estar, en un lugar donde el éxito sea tan simple como disfrutar un día sin preguntas, ¿entiendes lo que quiero decir? Tú aparentas ser un tipo que sabe lo que quiere, Jareth, ¿Qué aspiraciones tienes?

Se acaricia la barbilla con el pulgar y el índice, piensa bien su respuesta mientras esperamos en un semáforo en rojo. Su rostro teñido con la luz led.

—Las aspiraciones y las motivaciones no son lo mismo, Isa. Mi aspiración es la independencia absoluta; la motivación es no tener que fingir una vez por semana que soporto a mi padre, ni aguantar a la novia del mes y su conversación sobre astrología mientras mastico un filete demasiado cocido.

—¿Esa es tu cruz, Sullivan? ¿Una madrastra que te obliga a hablar de Mercurio retrógrado?

—Es de esas personas que creen que la carta astral es una radiografía del alma. Si vuelvo a oír la frase «es tan Aries de tu parte», alguien va a resultar herido.

—¿No tienes buena relación con tu padre?

—No existe una relación, él solo ve una versión más joven de él, cree que pensamos parecido, que obramos de la misma manera, y no hay nada más alejado que esa fantasía. —El resentimiento se escapa entre los dientes, rojo y furioso, y algo me dice que tiene mucho que ver con el mal humor que lleva ahora.

—Trabajas para él, ¿no? Me dijo César que es un hombre muy exitoso.

—En los negocios es un genio, lo llaman «el tiburón de Silicon Valley» por una razón, pero toda esa habilidad invalidó cualquier otra emoción. Elwood Sullivan solo tiene una dimensión y es completamente desconocida para mí.

—¿Y tú cuántas dimensiones tienes, Jareth? —pregunto sintiéndome lo suficientemente valerosa.

—¿Quieres averiguarlo, Isadora?



En aquel momento.

Ignoro el murmullo, después de todo, no es mi intención violar la privacidad de nadie, pero cuando el tono cambia a uno que reconozco muy bien, me levanto de la silla y camino hacia la pared lindera como si fuese una vieja chismosa.

Apoyo la oreja sobre la superficie fría y escucho la conversación entre César y «el pensamiento incurable en mi cabeza», también conocida como Isadora, su hermana.

—No sabe lo que es el sacrificio —dice César—, como yo, que he estado con el culo pegado a una silla durante años para darle a nuestra familia un nombre. Joder, Izzy, no puedo creer que lo hayas puesto de ejemplo cuando me tienes a mí.

—No lo hice, solo mencioné cosas, César, no es para que te pongas a la defensiva.

—No lo hago, no me importa lo que pienses de mí, el tiempo solo te demostrará que en vez de seguir mi ejemplo…

Suspiro irritado, no sé de quién mierda hablan y no puedo creer que Isadora haya viajado desde el otro lado del país para soportar a

este idiota.

Que ella esté viviendo aquí me da una perspectiva totalmente diferente de lo que César es. Siempre lo consideré un tipo promedio, de esos de ego frágil, de masculinidad exagerada para aparentar ser el tipo que tiene el control.

Una especie de Elwood Sullivan, pero sin dinero.

Sigo escuchando:

—No quiero que pases tiempo con él, yo sabía que era un error que vinieras a vivir aquí.

La voz de Isadora se escucha bajita y distorsionada, pero la de César es alta y molesta.

—Amigos… Sí, claro. Tú no lo conoces como yo, Izzy, él quiere joderme la vida, siempre tuvo esa obsesión conmigo. Saldrás lastimada, recuerda mis palabras.

Se escucha un ruido fuerte, un cajón cerrándose, es posible que Isadora esté guardando su ropa, ya que la encontré esta mañana haciendo la colada.

—¿Has hablado con mamá? —la escucho claramente.

—Sí, si no la llamo yo, la mujer no tiene con quién hablar, ¿por qué no la llamas tú de vez en cuando, Izzy?

—Porque no es conmigo con quien quiere hablar, claramente. Cada vez que lo hago lo único que hace es preguntarme por ti.

Ahí tenemos el origen del narcisismo de César, entonces.

—Ahora resulta que una madre se interese por su hijo está mal.

Silencio.

Puedo imaginarla rogando por que la conversación se termine.

Por eso salgo de mi habitación y bajo las escaleras, verifico que no haya nadie en el salón ni en el garaje y hago lo que cualquier persona normal haría:

Corto la luz de la casa.

Corto la conversación.



Estoy sentado en el sofá del salón cuando escucho como uno por uno van saliendo de sus cuevas, enciendo el móvil e ilumino mi rostro malhumorado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta César a medida que baja la escalera.

—¿Me ves cara de electricista? —contesto sin apartar los ojos del móvil, pero por mi visión perimetral puedo verla siguiendo a su hermano.

Ni en la oscuridad se me escapa.

Tate se asoma por la escalera y dice:

—Lo tomaré como una señal para dejar de ver tiktoks. —Y se vuelve a su habitación.

Kevin directamente aparece con una linterna, bufando como si esto fuese algo de todos los días, y César lo sigue, en modo «tengo que arreglar todo en esta casa».

En el momento en que desaparecen tras la puerta actúo por instinto, sujeto la mano de Isadora y la arrastro conmigo al sofá.

Ella suelta un pequeño gritito que ahogo completamente cuando presiono los labios contra los suyos. La abrazo por la cintura con fuerza y dejo que mi mano acaricie su espalda por debajo de la camiseta.

Muero por tocarla, por sentir las curvas de sus tetas bajo la palma de la mano y apretar, por dejar que mi lengua se deslice sobre su pezón y morder, pero ahora no es el momento, por eso vuelco toda mi desesperación y hambre insaciable en un beso violento.

Joder, quiero follarla y hacerle cosas a su cuerpo que nunca ha experimentado.

Escucho a César y Kevin discutir sobre si dar electricidad otra vez y una teoría de que, si la luz saltó, por algo es.

Perfecto, cuanto más tiempo se tomen, más podré explorar.

Finalmente envuelve los brazos en mi cuello, señal universal de querer más. Su boca es exigente y no puedo evitar responderle con la misma necesidad. Como si estuviera reclamando algo que había estado esperando durante demasiado tiempo.

Las voces se silencian un segundo, sospecho que este momento celestial está a punto de culminar, y le muerdo el labio inferior prometiendo cosas que no puedo decir en voz alta.

La luz vuelve y me separo en el mismo instante en que los pasos de César y Kevin llegan hasta el salón.

Ella se sienta, toma aire y se acomoda el pelo alborotado.

Y yo me cubro la entrepierna con un cojín como un puto niñato.

César nos observa con curiosidad y ojos aburridos; pregunto:

—¿Qué era?

—No lo sabemos… —dice observándonos a los dos con cierta sospecha.

Como si supiera que mi lengua estuvo explorando la boca de su hermana segundos antes.

Como si supiera que seré un problema en su futuro y aún no sabe cómo resolverlo.



Salgo caminando rápidamente de mi despacho, mis ojos fijos en el móvil. Busco patéticamente su nombre entre mis contactos para hacerle una propuesta.

Hoy es miércoles, por ende, el único día donde puedo verla más de dos horas seguidas.

Pero me detengo cuando encuentro a César en el pasillo, bloqueando la salida con su traje *extra*grande y su pelo negro con gel *extra*fuerte.

¿Busca… intimidarme?

No te rías, Jareth, no te rías.

No tiene idea de la desesperación que siento por irme de aquí y las cosas que soy capaz de hacer con tal de quitarlo de mi camino.

—¿Ya te vas? —Su tono es acusatorio.

—¿Qué quieres? —Guardo el móvil en el bolsillo interno del traje y suspiro con evidente irritación al ver frustrado mi plan.

—Debe de ser genial ser el hijo del jefe, poder irte a la hora que quieras; sin embargo, solo te vas temprano los miércoles.

Observador el muchacho.

—¿Qué tan aburrida es tu vida que tienes que vivir a través de la mía, César?

El tipo da un paso adelante, y arqueo una ceja cuando veo el odio en sus ojos.

Tenemos la misma estatura, la misma edad y el mismo mal carácter.

Levanto la barbilla, guardo las manos en el bolsillo.

—No pienses que no sé lo que estás haciendo con Izzy. —Sus puños están cerrados. Nuestros zapatos se tocan, y lamento que mis impecables Oxford Ferragamo deban encontrarse con sus genéricos de Ross.

—Si realmente supieras lo que estoy haciendo con tu hermana, estarías traumado de por vida, César.

Sonrío con maldad cuando veo que levanta el puño, pero el pobre tiene tanta mala suerte que mi padre pasa caminando con su ejército de chupaculos detrás.

—¿Qué ocurre aquí? —demanda saber mi padre, nos observa alternativamente.

Dejo una mano pesada y fanfarrona sobre el hombro de César y, con una media sonrisa, respondo:

—Nada importante, padre, César acaba de aprender una lección, ¿no es así?

No se juega conmigo.

Amo ver cómo debe morderse la lengua en presencia del jefe, lo disfruto tanto que sonrío genuinamente.

César lo piensa bien por unos segundos, hasta que su rostro cambia por completo y da un paso atrás.

—Jareth tiene razón, señor Sullivan.

—Buen chico… —digo saludando a los dos, mi padre me observa irme mientras que César desaparece tras la puerta del baño.



En aquel momento.

—Mmm —digo con sospecha por lo bajo, el móvil entre mis manos mientras estoy tomando sol.

—¿Qué ocurre? —Jareth está sentado en una tumbona a mi lado, leyendo un libro.

Me encontró aquí cuando llegó del trabajo. Se cambió de ropa a una igual de rígida e impecable. En vez de un traje, un vaquero, y en vez de una camisa blanca, un polo del mismo color. Se sentó a mi lado y no dijo nada hasta este momento.

—Una conocida está comportándose raro en sus redes sociales, me pregunto si estará todo bien.

Deja el libro sobre sus piernas, se acomoda las gafas de sol y con aires de grandeza dice:

—Déjame adivinar; comenzó a publicar más *selfies* de lo normal, alguna foto muy arreglada, probablemente alguna de fiesta o algo que denote que está pasando «un buen momento», también pone frases de autoayuda como «Si alguien se aleja de ti, déjalo» y el

sábado por la noche subió una foto en el baño de su casa mostrando el culo y después la borró.

Me quito las gafas y lo miro estupefacta.

—¿Qué coño?

Vuelve a su libro con un suspiro irritado.

—La gente es tremendamente predecible, Isadora, y esa chica no es la excepción, acaba de terminar una relación y necesita decírselo al mundo entero.

—¿Eso crees? No lo sé, tiene pareja desde hace muchos años.

—Fíjate si ya borró las fotos con el ex o si todavía las tiene.

Rápidamente exploro el perfil.

—¡Joder! ¡El tipo ha desaparecido por completo! Jareth, ¿cómo te diste cuenta? —Me siento en la tumbona y lo miro casi con la boca abierta.

—Debes prestar más atención, querida Isadora, como a mí, ahora, que estoy haciendo un esfuerzo titánico al pretender leer este libro aburrido desde que llegué. —Lo lanza por los aires y cae al suelo, justo a borde de la piscina.

Siento que la cara se me calienta y no es por el sol.

Como hoy no tenía ganas de hacer nada, me senté aquí con mi pijama a dejar que el día soleado y la temperatura perfecta se ocuparan de recordarme lo agradable que puede ser la simpleza. Este tipo de clima no se da mucho por aquí, sin embargo, lo que realmente hizo el momento especial fue su presencia.

Hay algo en él que simplemente encaja conmigo.

Su compañía no espera conversaciones profundas ni risas exageradas, y tampoco trata de llenar los silencios incómodos, porque con él no hay tal cosa.

Es como compartir el aire sin miedo a que se agote. Y tengo la sensación de que a él le ocurre algo similar. Definitivamente es raro encontrar a alguien con quien puedas ser tú mismo sin sentir que debes ajustar algo de tu personalidad.

Me levanto con determinación.

—Mi atención es toda tuya.

Vuelve a subirse las gafas y me observa con aburrimiento.

—Mmm, cambié de parecer, ya no me hace falta. Gracias, igualmente.

Le lanzo un cojín y él se cubre el rostro con el brazo mientras suelta una carcajada.

—Eres un idiota.

—Lo sé, especialmente cuando estás en la misma habitación. —Su sonrisa se borra y se levanta para mirarme a los ojos, medimos lo mismo, pero su presencia es imponente al lado de la mía—. Quiero salir contigo.

—¿Ahora?

—Permanentemente.

Doy un paso atrás hasta que la tumbona me detiene.

—No lo sé, Jareth, mi hermano cree que tú…

—Tu hermano no me conoce en absoluto, nadie lo hace, pero por alguna razón inexplicable quiero que tú lo hagas. —Vuelve a achicar el espacio entre los dos, coloca el dedo índice bajo mi barbilla y la levanta un poco, su mirada cambia a una vulnerable, real, sin resguardo—. Sé que tú quieres también, no dejes que alguien tome decisiones por ti.

—No somos compatibles.

—Somos asquerosamente compatibles, déjate de decir estupideces.

Aprieto los labios para no reír.

No puedo decir que esto me sorprende, desde que lo conocí pienso en él, pienso en qué diría, imagino respuestas y me río sola porque disfruto de su persona, de su ser entero, con rudeza y malhumor incluidos.

—Está bien, pero… ¿podemos ser discretos? Realmente no quiero tener que lidiar con César.

—Lo que tú ordenes. —Me coge de la mano—. Vamos.

—¡Espera! ¡Espera! Estoy en pijama.

Me observa de pies a cabeza y asiente.

—Te espero en el coche, cinco minutos, Isadora, un minuto más y tiro tu puerta abajo.



Creo que he encontrado un patrón en las elecciones de Jareth.

Lugares simples pero con algo que los destaque del resto.

Este restaurante está ubicado en el puerto marítimo, por dentro no tiene absolutamente nada extraordinario, las mesas son igual a todos los restaurantes donde fui o trabajé, las sillas igual de incómodas que en todos lados, pero lo que lo hace único es la vista increíble del puerto, con los veleros esperando a sus dueños.

Claramente esto era una especie de depósito en la época de desarrollo marítimo de la ciudad, algo industrial, con ventanas con bordes de hierro oxidado por estar al lado del mar.

Detrás de los veleros está el famoso Golden Gate y las colinas verdes imponentes de California.

Me gusta el sonido del agua chocando con la orilla, el cambio gradual de los colores del cielo con el atardecer.

Cuando vuelvo a lo que vine, lo encuentro observándome con suavidad, algo que nunca creí ver en esos ojos tan intensos.

El cuerpo entero reacciona ante tanta atención, se siente extraña, no es indeseada, pero no sé cómo manejarla.

Estoy pensando seriamente en meter la cabeza bajo la mesa.

—¿Qué pasará cuando te gradúes?

—Comenzaré mi propio negocio, probablemente me mude a un piso en la ciudad, algo lejos de mi padre y cualquier familiar que lleve el apellido Sullivan.

Mi vaso con agua está sobre la mesa de madera y dibuja un círculo perfecto debajo, mientras Jareth lo deja sobre un posavasos.

—¿Por qué vives con compañeros de piso si puedes vivir solo?

Jareth mira el cielo teñido de naranja a través de la ventana.

—Me he pasado solo toda la vida, mi padre nunca estaba en casa y vivíamos en una mansión de ocho habitaciones, bueno, él lo sigue haciendo. Había algo en ese lugar tenebroso y un silencio

ensordecedor que detestaba. Mi única compañía eran las mujeres que cuidaban la casa y no siempre eran una compañía agradable.

Uno mis cejas, confundida por la ola de sentimientos protectores y violentos que quieren resurgir en mí.

—¿Te han maltratado?

Jareth vuelve a poner los ojos en mí, apoya los codos sobre la mesa y entrelaza los dedos perfectamente antes de responder.

—Lo han intentado —es todo lo que dice.

Presiento que quiere que aborte el tema y eso es lo que hago.

—¿Te gusta vivir acompañado, entonces?

Se encoge de hombros.

—Es diferente a lo que estoy acostumbrado, digamos que fue una experiencia que quería vivir, pero estoy listo para tener mi propio espacio, algo adaptado a mis gustos y costumbres.

—Entonces, ¿tendrás una torre embrujada donde llueva todos los días con rayos y truenos para acompañar el humor?

Me regala una media sonrisa.

—Algo así. ¿Quieres vivir conmigo?



Volvemos segundos antes de que mi hermano entre a la casa.

Para ese entonces yo estoy sola en mi habitación y él abre la puerta bruscamente, mira todo el lugar con detenimiento.

—¿Buscas algo?

Yo sé lo que busca, *o a quién*, a Jareth.

—No, vine a saludarte nada más, ¿ya has cenado?

—Sí, pero si quieres te hago compañía.

Sus hombros caen como si la idea fuese pesada para él, y por primera vez en mi vida me pregunto si mi hermano no desea mi compañía.

No lo creo, él sugirió mudarnos para no perder contacto.

—No te preocupes, estoy agotado, ¿quieres que mañana hagamos algo? No tengo clases por la mañana.

Sonrío desde la cama y asiento.

—Me encantaría.

Me devuelve una sonrisa y cierra la puerta tras él.

Horas después, mi habitación está a oscuras excepto por la pantalla del móvil, cometí el error de entrar a un canal de vídeos de personas haciendo el ridículo en el karaoke y debo ahogar la risa para no despertar al resto.

¿De qué te ríes?

—¡Joder! —Me cubro la boca, pero luego quito la mano y escribo:

Lo siento, estaba viendo vídeos graciosos.

Deja de responderme y me pregunto si lo puse de mal humor o, peor, lo desperté; pero entonces escucho la puerta y veo la silueta de su cuerpo asomándose.

Susurra:

—¿Puedo ver yo también?

Mi brazo se mueve solo para apartar las sábanas. Jareth cierra la puerta delicadamente y camina hacia mí despacio. Es la primera vez que lo veo en pijama, es un simple pantalón con una camiseta gris, no sé por qué esperaba algo más lujoso, quizá me acostumbré a que todo en él sea prolijo y perfecto.

Se desliza dentro y yo me quedo en el borde, el tipo es tan ancho como esta cama.

—Por cierto, tu cama nueva llega mañana.

—¡¿Qué has dicho?! —Clavo un codo en el colchón, pero estoy tan al borde que casi me caigo. Jareth me atrapa del brazo y me atrae hacia él, envolviéndome para que yo pueda apoyarme sobre su pecho—. ¡Jareth!

—Te dije que necesitabas una cama más grande, ya la compré, y no se puede devolver.

—¿¡Y qué le voy a decir a César cuando la vea!?

Jareth baja la mirada y deja un beso en mi cabeza.

—Dile que un tipo sediento por tu cuerpo te la regaló para poder fo… —Le cubro la boca.

—¡Shh!

—No se dará cuenta, te lo aseguro.

—No estoy tan segura.

—Muéstrame esos vídeos que tanto te hacen reír. —Acomodo el móvil cerca de su pelvis para que los dos podamos ver—. Bueno, pero si lo que querías era una foto de mi polla lo hubieras dicho antes.

—Cállate.

Por un rato vemos los vídeos y nos reímos a escondidas cuando la gente desafina; me gusta cuando otros saben que están haciendo el ridículo y pasan un buen momento.

Son las dos de la mañana cuando reviso la hora, entonces noto que Jareth está con los ojos cerrados, su respiración pausada y profunda.

Me acomodo sobre su pecho una vez más y cierro los ojos.



Me despierto sobresaltada, consciente al instante de que algo ha cambiado en mi posición. Jareth está pegado contra mi espalda, su brazo me aprieta posesivamente por la cintura. El corazón se me acelera, traicionando las mil promesas que me hice anoche sobre mantener el control.

—Buenos días, Isadora. —Su voz, todavía ronca por el sueño, vibra peligrosamente contra mi oído, desatando escalofríos por todo mi cuerpo—. Veo que ya estás despierta.

—¿Qué hora es? —balbuceo fingiendo desinterés, pero mi tono me traiciona y delata la lucha en mi cabeza contra las ganas absurdas de rendirme.

—Temprano —responde él, desliza los dedos para apartarme el pelo del cuello y deja un beso lento y descarado justo ahí, en el

punto que él ya sabe perfectamente que me derrite—. Pero tranquila, no pretendo que te levantes todavía.

Sus palabras caen lentas y pesadas, anticipando cada uno de mis pensamientos. Su mano abandona mi cintura y baja peligrosamente por mi abdomen, hacia el sur.

—Jareth…, todavía no ha salido el sol —intento protestar, pero hasta yo escucho mi voz quebrada y débil.

—Mejor, así tengo tiempo suficiente para hacer todo lo que planeé para ti —susurra con ese tono arrogante que siempre logra desarmarme por completo. Un brazo fuerte pasa por debajo de mi cuello y su mano se posa firme sobre mi boca—. Silencio, Isadora, o tu hermano nos arruinará la diversión.

Sus dedos me encuentran sin aviso, sin permisos, tocándome exactamente donde mi cuerpo lleva rogando por él toda la noche.

Me arqueo instintivamente y siento su polla dura presionándose contra mi trasero, y me odio un poco por la rapidez con la que cedo, incapaz de controlar el temblor que me recorre entera.

—Joder, estás completamente mojada. —Su voz es casi un gruñido bajo, profundo, que me regaña de una manera tan obscena que hace arder mi piel—. Esto no está bien, ¿verdad?

Desliza los dedos dentro de mí con precisión y lentitud tortuosa, arrancándome gemidos que apenas puedo contener. Mi cuerpo se estremece sin control, desesperado por más.

—¿Te atreves a gemir tan fuerte, con tu hermano en la habitación de abajo? —Su aliento me quema la nuca—. Qué desobediente eres, Isadora.

Mi mente colapsa, rendida ante el poder de sus caricias. Mi cuerpo se retuerce y busca más contacto, hambriento, insaciable.

—Dime, ¿quieres otro dedo? —susurra desafiante, y antes de que pueda reaccionar, empuja más profundo hasta tocar ese punto exacto que me roba la respiración.

Mis gemidos desesperados chocan contra su mano, mi cuerpo se entrega al placer absoluto y, cuando finalmente exploto, temblando y aferrándome a él como si fuera mi última oportunidad, sé que estoy perdida para siempre.

Cuando logro volver a respirar, giro con calma para mirarlo. Sus ojos están ardiendo de posesión y deseo, con un brillo oscuro que me paraliza. Nunca he sentido tanto miedo y anhelo al mismo tiempo.

Pero entonces Jareth, impredecible hasta el último instante, me sorprende con un beso lento y suave sobre mis labios todavía temblorosos.

—Que tengas un bonito día, reina —dice con descaro, se levanta de la cama y se va, dejándome aquí sola, desarmada y luchando por recomponerme.

Maldito seas, Jareth Sullivan.



En aquel momento.

Esconderse es de perdedor, pero por ella me convertiría en cualquier cosa que me pidiera. Podría ponerme una máscara, incluso la de un bufón trágico, de esos con una lágrima pintada en la mejilla; podría esconderme bajo su cama, detrás de las cortinas, y estaría conforme con eso.

Ella.

La que llegó a mi vida como si alguien hubiese moldeado mi alma gemela. La que, sin siquiera intentarlo, me transformó en un niño sin experiencia.

Con la excusa de que era solo un fin de semana, la traje a la casa de Big Sur, una de las tantas residencias que mi padre acumula por el país como si fueran trofeos olvidados. Este lugar está relativamente cerca de San Francisco, y sabía que le haría bien alejarse del ambiente tóxico.

No de mí, de su hermano.

César busca atraparnos todo el tiempo y no lo logra. Eso lo frustra, y su frustración se traduce en un control sofocante: inventa

salidas, pone a prueba nuestras mentiras, entra en su habitación sin avisar. El tipo está enfermo, y yo me encargo de intoxicarlo cada día un poco más.

Le salió un viaje de trabajo espontáneo (oh, casualidad) justo cuando quería venir aquí con ella.

Llevo dos tazas de café al balcón de madera, donde Isadora está sentada en un amplio sofá gris. Detrás de ella, las montañas y el mar imponente se funden en un cuadro perfecto, pero mi atención se centra en su pelo negro, moviéndose con el viento como si bailara solo para mí.

Me detengo en seco cuando algo en mi interior se retuerce.

Algo raro, algo que no reconozco dentro de mi limitado repertorio de sentimientos.

Mi energía debe llamarla, porque voltea hacia mí. Su cabello se interpone entre su rostro y mis ojos, y suelta una carcajada que me desarma.

—¿Crees que podré encontrar trabajo por aquí? —pregunta, explorando con la mirada este lugar que visita por primera vez.

Le entrego su taza y me siento a su lado.

Estratégicamente cerca.

—No creo que haya problema en contratarte, mientras no descubran tu letra.

Hunde un codo en mis costillas de forma juguetona.

—Oye, yo no tuve un profesor de caligrafía como tú.

—Evidentemente —susurro, llevándome la taza a los labios.

A ella le gusta mi humor seco, casi negro. Es de las pocas personas que se ríe cuando intento, con torpeza, provocar una sonrisa.

Dejo un brazo descansar sobre sus hombros. El viento y el ruido de las olas rompiendo en la orilla me gustan, pero más me gusta escucharlos con ella aquí.

—¿Por qué no vives aquí? —pregunta, clavando los ojos en el paisaje.

Podría decir una estupidez, un chiste incómodo sobre mi vida, pero algo en mí responde diferente cuando Isadora está cerca.

—Porque estaría completamente solo —confieso. Ella abandona el paisaje para mirarme, pero yo no me atrevo a devolverle la mirada.

—No eres de los que dicen «Mejor solo que mal acompañado».

—No soy de los que dicen frases cliché. Punto —respondo con un filo que apenas disfraza mi resentimiento. Pero luego, como si las palabras escaparan antes de que pudiera detenerlas, añado—: Estuve solo durante la mayor parte de mi vida. Más de una vez creí escuchar susurros…, esas cosas que la locura permite oír cuando no hay nadie más.

Hago una pausa, dejando que la confesión quede suspendida en el aire, pesada, imposible de ignorar.

—Por eso mi mayor miedo no es la muerte, ni el fracaso, ni perderlo todo. Es terminar en un lugar así, absolutamente solo, excepto por mi propia voz.

—¿Y qué dice esa voz a la que tienes tanto miedo? —pregunta, su voz tan armónica como el viento que nos rodea.

Eso sí hace que la mire.

Estoy tan acostumbrado a hablar con gente que no se preocupa una mierda por mi vida que una pregunta tan personal me deja desarmado.

—Que no merezco más de lo que me tocó vivir; que, por cómo soy, nadie quiere permanecer en mi vida más de cinco minutos antes de sentir que le succiono el alma.

Nunca dije esas palabras en voz alta, ni a Mónica, y me sorprende escucharlas, dar forma a pensamientos tan íntimos con los que cargué siempre.

—Yo no me siento así cuando estoy contigo. No sé si eso te ayuda, pero creo que deberías saberlo.

—No cantes victoria, querida Isadora, puede que algún día cambies de parecer.

—Puede ser —reflexiona mirando el mar infinito—. Nadie puede predecir lo que uno va a sentir en el futuro, pero ahora mismo, en este presente, en esta versión del universo donde tú y yo nos conocemos en un karaoke, solo puedo decir que me gustas lo suficiente para no poder imaginar otra versión de nosotros.

Esa es la señal.

La confirmación de que Isadora Taylor será mi ruina.

Borro el espacio entre nosotros y la beso. Ella responde inmediatamente, y el calor sube, el deseo consume, pero me obligo a detenerme antes de cometer un error. Debo recordarme que con ella todo debe ser especial, nada de buscar el placer por encima de todo lo demás. Cuando tome a Isadora, será porque ella me necesite tanto como yo la necesito.



Isadora

En aquel momento.

Es un hábito después de tantos meses esperarlo despierta, dejarlo que se infiltre en mi habitación y dormir juntos.

A veces me siento cargosa. Tal vez Jareth quiera estar un rato solo, no lo sé, mirar Instagram, leer las noticias, pero eso no ocurre porque, primero, no tiene redes sociales, y segundo, según él, no le importa una mierda lo que pase en el mundo, es de esos que tienen el poder mágico de decir «Si no puedo hacer algo al respecto, entonces, ¿para qué preocuparme?», cosa que me es imposible.

«Preocupación» es mi segundo nombre.

Me dijo que sus hobbies son una necesidad esporádica, algo que hace cuando está aburrido, y por la vida que lleva sé que esos momentos son escasos.

Cuando se abre la puerta, mi cuerpo reacciona inmediatamente.

Es el hombre más masculino que he visto en mi vida. De rasgos elegantes y un porte que solo alguien con su personalidad puede llevar y realmente adueñarse de la habitación.

—Deja de mirarme como si fuera un helado, a menos que quieras chuparme —dice cerrando la puerta tras él, el pestillo es lo siguiente.

—Quizá sea exactamente lo que quiero.

Se cruza de brazos y arquea una ceja.

—No juegues con mi polla, Isadora, sabes que tiene sentimientos y los puedes herir.

Ha sido tan cuidadoso con nuestra intimidad que a veces me pregunto si lo que tiene es miedo a ella.

Me hice la pregunta mil veces, cualquier tipo me hubiese follado en la primera oportunidad, pero Jareth me esquiva.

Lo cojo de la mano y lo llevo hasta la cama para sentarlo en el borde.

—¿Me dejas? —susurro mirando su entrepierna ya crecida.

—¿Estás segura de que es lo que quieres?

—Más que segura, llevo fantaseando con ello desde hace meses.

Deja su espalda caer y se cubre los ojos con el antebrazo.

—Joder, no digas esas cosas con tanta liviandad.

Tiro hacia abajo desde el elástico de su pijama, dejando que su polla emerja y rebote sobre su estómago.

Me arrodillo entre sus piernas, coloco un cojín bajo mis rodillas y observo con determinación.

Nunca creí que una polla me parecería hermosa, de verdad, me siento un hombre hablando del culo de una mujer, pero es perfecta, gruesa y fuerte.

—Deja de mirarla así, joder —gruñe mirando hacia abajo—, que me correré con solo tu mirada.

—Lo siento, es que… creí que… —La sujeto y dejo un beso, sin poder resistirme.

—¿Qué? Habla.

—Creí que había alguna razón específica por la cual no habías… querido… Ya sabes.

—Eres adulta, puedes decir «follar».

—Eso, follar. Por un segundo creí que quizá tenías vergüenza, pero ahora que la veo, no entiendo por qué.

—¿Creíste que no quería follarte porque la tenía pequeña, Isadora? Esa lógica es tan de mujer, sentirse avergonzada por tu

cuerpo… Joder. Primero, si vamos a tener esta conversación, prefiero que sea cuando mi polla no esté a punto de golpearte en la cara; segundo, la razón por la cual no… —Deslizo la boca y se silencia de golpe—. ¡Mierda!

No es una de mis actividades preferidas, o al menos no lo era hasta hoy. Lo puedo ver fuera de control mientras con la boca rodeo su parte más vulnerable.

Jareth gime y mueve la pelvis lentamente para entrar más profundo, su estómago se contrae, enseñando los abdominales, sus manos me acarician el rostro, el pelo.

—Oh, joder, no tienes idea de las veces que fantaseé con esto. —Sus ojos están clavados en mí, su boca entreabierta, gruñendo—. Ninguna se asemejaba a este momento.

Cuando finalmente llego hasta el fondo de mi garganta, él entierra la mano en mi pelo y guía el movimiento, perdiéndose en el placer.

Todo ese poder que emanaba al entrar, toda esa presencia y control de golpe cambiaron de dueño.

Cada segundo siento que se hace más grande, que abarca más espacio, y lucho contra las arcadas, pero, por él, soportar esto no es difícil, es algo que quiero.

No puedo dejar de mirarlo, de absorberlo.

Que un hombre tan serio y dominante como él suelte el control enteramente y se deje llevar por el placer es algo que fantaseaba con presenciar desde hace tiempo.

Sí, quizá sea mi lado más feroz, ese lado que a veces quiere resurgir y demostrar quién tiene el verdadero control aquí.

Los sonidos lo vuelven loco, se muerde los labios, sus ojos entrecerrados, y me esfuerzo por ir más adentro, lo que hace que murmure palabras de súplica que amo.

Puedo sentirlo cerca, en el precipicio entre el aumento del placer y la explosión, por eso dejo que me guíe, que busque el punto culminante.

—Mírate, combatiendo el tamaño dentro de tu boca… No te atragantes, amor. —Su voz es un afrodisiaco, puedo sentirme mojada y lista para él, es lo que más quiero en estos momentos—.

Si no quieres que me corra en tu boca, este es el momento de detenerte.

Pero no me detengo.

Ni siquiera lo considero.

Y Jareth cierra los ojos por un segundo y deja la cabeza caer contra el colchón.

—Oh joder…, joder, Isadora…, amor. —Su súplica hace que su cuerpo se contraiga, abre los ojos de golpe y observa cómo se corre y cómo lo recibo con tanto foco que parece inhumano.

Cuando termina parece que el alma le vuelve al cuerpo y me observa limpiándome las comisuras de los labios.

—Traga.

Eso hago.

Una pequeña sonrisa quiere aparecer en su boca, un momento especial, un ladrillo más que se rompe en la pared de su torre. Su rostro luego se vuelve serio, y presiento que lo que está a punto de decirme puede cambiarlo todo.

—Isadora, te…

Alguien golpea la puerta de golpe.

—Izzy, ¿estás despierta? —César está del otro lado.

El picaporte se mueve frenéticamente con sus intentos de abrirla.

—¡Un momento! —grito cuando entro en pánico y Jareth reacciona con frustración.

—¡¿Qué haces?!

—¡No lo sé!

—Izzy, ¿estás bien? —pregunta César.

Jareth se levanta y mira hacia todos lados.

—Cómo no hice un puto agujero en la pared, no lo entiendo —susurra examinando el cuarto, buscando un lugar para escapar, uno que no existe sin utilizar la puerta.

—Ahí, bajo la cama, rápido. —Jareth me mira con la peor cara de pocos amigos—. ¡Por favor!

—Solo lo hago porque lo pediste por favor… —suelta mientras se desliza debajo de la cama.

Estiro la colcha para que no se vea —el tipo no entra del todo— y solo cuando estoy segura abro la puerta.



—Nunca estás dormida a esta hora, perdona —dice César mientras se sienta en la cama.

Sus ojos recorren la habitación, y por un momento siento que puede ver las marcas invisibles que dejó Jareth. Las sábanas todavía llevan su forma y, aunque intento disimular, su sabor persiste en mi boca como un recordatorio hiriente.

También puedo sentirlo bajo la cama. Su energía es como una llama latente, y la situación es tan degradante que me duele por él.

—Ha sido un día de mucho trabajo —me excuso, esforzándome por mantener la calma—. ¿Estás bien? ¿Necesitabas algo?

—No, solo quería verte —responde mientras se deja caer sobre la cama, ocupando la posición que Jareth dejó hace solo segundos.

Trago saliva con nerviosismo, intentando bloquear la comparación que mi mente insiste en hacer.

—Siento que no tengo tiempo para nada últimamente —murmura.

Nunca eso te incentivó a buscarme, pienso, pero no lo digo.

—Trabajas muy duro… —expreso con un tono amable mientras mis ojos buscan, casi en pánico, cualquier rastro de Jareth. Ahí está: una zapatilla fuera de lugar. Me acerco rápidamente y la empujo con el pie bajo la cama, fingiendo acomodar el acolchado.

César no lo nota. Está demasiado ensimismado en sus pensamientos.

—Lo sé. Es agotador. Todo el día detrás de un escritorio, hablando por teléfono sin parar.

—No puedo imaginarlo —se me escapa con un deje de burla.

Error.

—¿No puedes? —replica, ofendido—. ¿De verdad crees que nuestros trabajos son comparables? Tu mayor error es confundir un pedido, mientras que el mío puede costar miles de dólares.

El silencio que sigue es roto por un ruido sordo. Una especie de tos.

Mi corazón se detiene.

César ladea la cabeza y escucha.

—Tienes razón —digo rápidamente, subiendo el volumen de mi voz para cubrir cualquier otro sonido—. No se compara, lo siento.

Él me estudia, sus ojos buscando algo que no encuentra.

—Lo siento, no quería explotar así. Es solo que tengo mucha presión.

—Lo sé, no te preocupes —apunto con un intento de sonrisa—, pero creo que deberías descansar. No necesitas venir a verme, estoy bien.

—¿Segura? No quiero dejarte sola aquí.

No estoy sola, literalmente.

—De verdad, estoy bien. Ve a descansar. Sabes que al final todo se calmará y podremos pasar más tiempo juntos.

Él asiente, algo más tranquilo. Se levanta y me da un abrazo que me sorprende por su calidez.

—Te extraño —dice.

Eso me hace sonreír, pero solo un poco.

—Yo también.

César camina hacia la puerta y, cuando estoy a punto de respirar aliviada, se detiene.

—¿Todo bien con Jareth?

Oh, joder.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que andaba molestando. Solo avísame si te incomoda.

—Oh, no, no te preocupes. Me trata lo justo y necesario, ya sabes, a lo Jareth.

Mi broma nerviosa suena tan falsa como la disculpa de un político.

—Mmm, no lo sé —duda César, frunciendo el ceño—. Puedo ver cómo te mira, Izzy. No me gusta, ten cuidado con él, no parece ser un tipo normal.

—¿Por qué dices eso?

—En la empresa dicen cosas de él. Lo llaman «Psicópata americano», como la película. Tiene un perfil extraño. Solo… ten cuidado, ¿vale?

—No te preocupes. No dejaré que me toque ni con un palo de cinco metros.

César se ríe.

—Esa es la Isadora que conozco. Bueno, dulces sueños, hermana.

—Igualmente.

La puerta se cierra y casi al instante Jareth sale de debajo de la cama. Su mirada es un huracán de ira.

—Siento que hayas tenido que escuchar eso —me excuso apresuradamente—. Si sirve de algo, yo no creo que seas un psicópata americano.

—¿Eso crees que es lo que me molesta? —gruñe, avanzando hacia mí con pasos lentos, casi depredadores—. Me molesta que tu hermano desmerezca tu trabajo constantemente. ¿De verdad crees que un «error» suyo puede costar millones? ¡Por favor! Tu hermano es asistente del asistente de un vendedor, Isadora.

Su voz es un látigo, y me quedo congelada mientras sigue hablando.

—Tu trabajo es agotador, es físico, requiere paciencia. ¡Eres amable incluso con gente que no lo merece! ¿Por qué permites que te hagan sentir menos?

—Soy una camarera, Jar, no una heroína.

Él suspira, frustrado, y coloca las manos en las caderas.

—El día que veas tu verdadero valor, te darás cuenta de cuánto tiempo has perdido desmereciéndote.

Algo en sus palabras me hace arder de rabia.

—¿Valor? —repito, incrédula.

—Eres importante —afirma—. Lo eres para mí, para el anciano que va a tu café cada día y a quien tratas como una persona, no como un fantasma. Eres importante para tus padres. Incluso para ese narcisista de tu hermano. La única persona para quien no eres importante es para ti misma, y eso me enfurece.

Sus palabras me dejan sin aliento. Lo veo girar hacia la puerta.

—¿No te quedas? —pregunto, con la voz rota.
—No, esta noche no.



En aquel momento.

Los gritos llegan a mis oídos como una descarga eléctrica y me hacen saltar de mi escritorio.

Isadora.

El corazón me late con fuerza mientras bajo las escaleras de dos en dos hasta detenerme a la mitad. La escena en la cocina me deja sin aire: César está gritándole tan cerca de su rostro que parece estar a punto de romperla.

Ella está asustada y arrinconada contra la encimera.

Un calor furioso me sube por el pecho, y doy el siguiente paso.

No pienso, solo actúo.

En un instante estoy en la escena, lo sujeto del traje barato que siempre lleva y lo arrojo con toda mi fuerza al otro lado de la cocina. Su cuerpo golpea la mesa con el desayuno y las sillas en un caos de madera y cerámica que estalla como un trueno en el silencio de la mañana.

—¡Jareth! —grita Isadora, su voz cargada de indignación—. ¡¿Pero qué has hecho?!

—¿Estás bien? —pregunto mientras la sujeto el rostro entre las manos. Sus mejillas están encendidas y sus ojos, llenos de rabia, me perforan.

—¡Déjame! —dice apartándome bruscamente antes de correr hacia César, que lucha por levantarse entre los restos de sillas y platos rotos. Me hierve la sangre al ver cómo lo ayuda a ponerse de pie.

—¡¿Qué mierda te pasa, Jareth?! —brama César cuando logra levantarse, con un corte sangrante en la ceja. Sus pasos pesados retumban contra el suelo mientras avanza hacia mí como un toro furioso.

—¡Te oí gritarle! ¡Todos te oímos! —suelto, mi voz resuena con la rabia contenida de años.

—¡¿Y eso te da derecho a ponerme las manos encima?! Qué eres, ¡¿alguna especie de animal?!

—Lo mismo podría preguntarte. ¡Es tu hermana! ¿Cómo te atreves a gritarle así, a arrinconarla de esa manera?

Mis palabras lo encienden aún más, y por un momento estoy seguro de que me va a atacar. Que lo haga, llevo tiempo deseando esto. Avanza hacia mí, pero antes de que pueda dar otro paso, Tate y Kevin aparecen y se interponen entre los dos. Tate me sujeta con fuerza mientras Kevin atrapa a César por los hombros.

—¡Eh! ¡Quietos los dos! —grita Kevin, su tono cortante llena la habitación—. ¡¿Qué mierda está pasando aquí?! Quiero explicaciones.

El silencio que sigue es un eco ensordecedor, roto solo por el crujir de los fragmentos de cerámica bajo los pies de Isadora.

—Yo… —empieza César, respirando con dificultad, pero su voz se quiebra al mirarme, sus ojos llenos de furia y algo más que no puedo identificar—. Yo solo…

—¿Solo qué? —lo interrumpo, aún con el pecho subiendo y bajando por la rabia—. ¿Solo estabas tratando de intimidarla?

Isadora da un paso al frente, su cuerpo se interpone entre nosotros.

—¡Basta, Jareth! —me grita, con lágrimas en los ojos—. Esto no ayuda en nada.

—¿Quieres que lo deje gritarte así?

—No lo entiendes… —susurra, pero su voz tiembla y su mirada cae al suelo, donde los restos de la mesa parecen un reflejo de la situación: un caos imposible de arreglar.

—Entonces explícamelo. Porque no me voy a quedar de brazos cruzados mientras este imbécil te trata como si fueras nada.

César intenta avanzar de nuevo, pero Kevin lo detiene con un empujón que lo obliga a retroceder.

—¡Ya basta, joder! —exclama Kevin, su tono imponente por encima de todos—. ¿Vais a calmaros o tengo que sacaros a ambos a patadas?

Mi pecho aún arde, pero las palabras de Kevin hacen que la realidad me golpee: Isadora está en medio de este desastre, con la mirada baja.

Y yo… yo no estoy seguro de si estoy ayudando o empeorando todo.

Tate suelta su agarre lentamente, como si estuviera evaluando si es seguro. Kevin lanza una última mirada a César antes de soltarlo también.

—Hablad o idos. Pero aquí no quiero más gritos ni golpes.

El silencio vuelve, pero esta vez está cargado, como una tormenta que no termina de desatarse.

—Isadora —susurro, dando un paso hacia ella, pero su mirada me detiene.

—Ahora no, Jareth —responde con voz firme, aunque sus ojos siguen húmedos.

Y esas palabras duelen más que cualquier golpe.



Pocas cosas alteran mi estado neutral y letárgico.

La última vez que sucedió fue cuando mi padre, sorprendentemente, recordó mi cumpleaños después de años sin

felicitarme y me regaló el mismo modelo de reloj que él usa todos los días. Nunca supe si fue un gesto genuino o si alguien se encargó de recordarle que aún existía.

Pero la versión actualizada de este extraño fenómeno está justo frente a mí: el mismo hombre, ahora mayor, esperando en la puerta de su mansión embrujada. Hay algo en su postura, en su rostro ansioso, que no cuadra. Mi padre nunca me esperó en la puerta, ni siquiera cuando era niño y llegaba a casa después de largos días de clase escoltado por un conductor porque él tenía cosas más importantes que hacer.

Algo no está bien.

Detengo el coche frente a la entrada y dejo el motor encendido por unos segundos extra, usando ese ruido constante como una excusa para retrasar lo inevitable. Desde aquí lo observo: el mismo traje impecable, la misma forma de mirar el reloj con irritación, como si el tiempo fuera un recurso que solo él tuviera derecho a gastar. Cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra, y ese gesto tan característico despierta una mezcla de incomodidad y resentimiento en mi interior.

Mi humor no está en su mejor momento, y lo sé. La última semana ha sido un desastre absoluto, desde los gritos hasta el silencio cortante que Isadora me regaló como si fuera un maldito tiempo compartido de esos que te ofrecen en las vacaciones, pero del que no puedes escapar ni aunque cambies de identidad.

Todo porque defendí a la mujer que amo.

Porque, aparentemente, protegerla de un idiota como César me convierte en un violento.

Respiro hondo y apago el motor. No estoy listo para esto, pero nunca lo estoy cuando se trata de mi padre. Cada encuentro con él es como intentar caminar por un campo minado. Y aunque no sé cuál será el detonante esta vez, el peso en mi pecho me dice que estoy a punto de descubrirlo.

Abro la puerta del coche y bajo con calma, como si alargar el momento pudiera darme una ventaja. Pero él no se mueve.

No hay un saludo, ni siquiera un gesto.

Al salir del coche, cierro la puerta con más fuerza de la necesaria y digo:

—¿Cuántos días te quedan?

—¿Disculpa? —Mi padre frunce el ceño, esa expresión que siempre me hace pensar que el sarcasmo y él son enemigos jurados. Si ha llegado su hora, prefiero dejar de filtrar lo que tengo para decirle.

—Que estés aquí solo puede significar que algo malo pasó.

—¿Y eso te alegra? Porque estás sonriendo… —responde mientras baja los escalones de la entrada hasta detenerse justo frente a mí. Su voz tiene ese filo que recuerdo de mi infancia, cuando podía cortar cualquier intento de defensa con solo un par de palabras.

Hoy ya lo vi por la mañana en la compañía. Su humor de perros era evidente, pero lo ignoré como he aprendido a hacerlo con los años.

—No estoy seguro —digo con una media sonrisa—. Supongo que depende de qué hayas dejado a mi nombre en el testamento.

Elwood me mira con decepción. Esa mirada que lleva años perfeccionando, como si le doliera más ver mi reflejo en sus propios pensamientos que cualquier cosa que yo pudiera hacer o decir.

—Quiero que sepas algo, y que lo sepas por mi boca primero. —Su tono es grave, cargado de una preocupación que, para ser honesto, no esperaba.

Lo miro, alzando una ceja.

—¿Qué hiciste ahora? ¿Matar a alguien? ¿Declararte en quiebra?

—Es importante, y quiero que me escuches sin interrumpir.

Sube las escaleras hacia la puerta, coloca la mano en el picaporte, pero no la abre.

Bueno, quizá convirtió la casa en la mansión Playboy, finalmente.

—Estoy escuchando… —digo, dejando que mi irritación coincida con la suya. Odio perder el tiempo con estupideces.

Elwood suspira profundamente, como si estuviera a punto de soltar una bomba y buscara el mejor ángulo para minimizar el impacto.

—Ashley me dejó.

Oh, Dios, gracias por tus pequeños milagros. La noticia es tan buena que casi sonrío, pero me contengo.

—¿La viagra ya no te sirve?

—¡No es eso, joder, Jareth! —gruñe, claramente ofendido—. ¿Cuándo te convertiste en un hombre tan vulgar?

—Probablemente cuando dejaste de pagar por mis modales.

Su mandíbula se tensa, pero no cae en la provocación. Eso solo significa que lo que va a decir es peor.

—Hoy llegó un estudio de ADN que tuve que hacer porque una mujer apareció en la oficina… diciendo que es la madre de mi hija.

¿Qué coño acaba de decir?

—Por supuesto que no le creí —continúa mi padre, cruzando los brazos como si se estuviera defendiendo ante un jurado invisible—. He tenido demasiados intentos de chantaje durante mi vida. Pero a ella… a ella la recuerdo.

—Ah, fue una buena follada, entonces.

—¡Jareth! —gruñe, su voz cargada de reproche.

—Hiciste la prueba de ADN, dio positivo y ahora debo compartir mi herencia con una desconocida, ¿es eso?

Mi padre aprieta los labios con fuerza, claramente molesto con mi actitud, pero no lo niega.

—La madre la dejó aquí esta tarde.

Mis cejas se levantan lentamente.

—¿Qué quieres decir con «la dejó aquí»? —Mi tono pierde el sarcasmo. Hay algo en esta situación que no me hace gracia, algo que remueve los recuerdos de mi infancia y los saca a la superficie como un cadáver flotando en el agua.

—Quiero decir que la dejó en la puerta, con cinco maletas y una mochila.

Me quedo mirándolo, intentando procesar lo que acaba de decir.

—Imagino que te dijo adónde iba o cómo contactarla, ¿no?

—No. No lo hizo. Solo me dijo que tenía que resolver cosas del pasado… y que volvería a por ella cuando lo hiciera.

—Joder… —gruño, chistando por lo bajo mientras me paso una mano por el cabello. La incredulidad me hierve en la sangre—.

Empiezo a creer que tu criterio con las mujeres deja mucho que desear.

Él no lo niega. No lo necesita.

—Quiero que la conozcas —dice finalmente, con un tono tenso que no puede ocultar—. Está en una de las habitaciones de invitados.

—¿La encerraste? —pregunto, afilando la mirada.

—¡No! Por supuesto que no. Pero… —duda, algo que no es nada común en él— necesito tu ayuda. No sé manejar niñas. Son… complicadas.

—Tampoco niños —murmuro por lo bajo, lo suficiente para que lo escuche.

Él suspira, el gesto tan exagerado que parece querer transmitir cuánto le pesa esta situación.

—¿Dónde está?



Toco la puerta dos veces, algo que nunca hago de esta manera: con delicadeza y tranquilidad. No es mi estilo, pero tampoco suelo tener que lidiar con adolescentes encerradas en habitaciones de mansiones embrujadas. Solo yo sé lo que apesta la realidad de ser hijo de Elwood Sullivan.

—¡Vete!

Gran comienzo.

—Hola —digo, tratando de sonar menos incómodo de lo que estoy—. ¿Puedes abrir la puerta?

—Ehh… no. —La respuesta llega rápida y con ese tono cargado de suficiencia adolescente que me da ganas de darme la vuelta e irme a la mierda—. Por algo está cerrada.

Me quedo en silencio un momento, contemplando seriamente la posibilidad de largarme. Pero recapacito. Esto no es diferente a una

negociación complicada en el trabajo, ¿verdad? Solo tengo que jugar bien mis cartas.

—Mira, si abres la puerta y me dejas entrar media hora, te daré cien dólares.

El silencio al otro lado es prometedor. Nadie puede resistirse al dinero.

—¿Cómo sé que no me estás engañando? —pregunta con ese tono cargado de desafío que ya me está agotando.

Abro mi cartera, saco un billete de cincuenta y lo deslizo por debajo de la puerta.

—Ahí tienes la mitad de lo prometido. Si abres la puerta, te daré la otra mitad.

El silencio al otro lado dura unos segundos, lo justo para que piense que gané. Pero no.

—Diez minutos.

Frunzo el ceño.

—No es lo que acordamos.

—No acordamos nada. Tú solo dijiste cosas y me regalaste dinero.

Definitivamente una Sullivan. No necesito una prueba de ADN para saberlo.

Suspiro, apoyando una mano contra la puerta como si estuviera negociando con un cliente particularmente difícil.

—Quince.

—Catorce y medio.

Después de un bufido y pasos pesados, el cerrojo suena y la puerta se abre lo suficiente para que vea su cara.

Una niña, que apenas me llega a la cintura, me observa con unos ojos oscuros desproporcionadamente grandes para su rostro. Su cabello negro cae como una nube descontrolada que le cubre el cuerpo hasta casi los muslos.

—¿Te llamas Samara? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta y cruzando los brazos con fuerza contra el pecho.

—Ja, ja, qué gracioso. Nunca escuché ese chiste en mi vida —responde sin emoción mientras se da la vuelta, se lanza en la cama y se coloca unos cascos a todo volumen.

¿Eso es Metallica?

Entro a la habitación, que es demasiado seria y aburrida para una niña. En un rincón encuentro las cinco maletas abandonadas, como si su mera existencia fuera un recordatorio de que todo esto es temporal. Desvío la mirada hacia ella y la atrapo observándome de reojo, con precaución.

Le hago una seña para que se quite los auriculares, y parece entender que no soy alguien que se repite.

—¿Cómo te llamas, niña?

—Ruby.

—¿Ruby? —repito con una sonrisa apenas perceptible, mis labios retraídos en un gesto de burla—. Tu madre te puso nombre de estríper.

Ella alza las cejas, completamente impasible, y contraataca sin dudar.

—Y tu padre te puso el nombre del rey de los Goblins.

La referencia me toma por sorpresa, pero no lo dejo ver. Qué demonios, conoce la película *Laberinto*.

—Veo que al menos tu madre te instruyó en cultura pop —digo mientras me siento en los pies de la cama, manteniendo cierta distancia—. ¿Sabes que soy el hijo de Elwood?

—No hace falta que lo jures —contesta con una expresión engreída—. Sois iguales.

Miro hacia la ventana y me aprieto la rodilla con ambas manos para no reírme.

—Ese fue el mejor insulto hasta ahora.

Ella pone una cara de satisfacción orgullosa, como si acabara de ganar un premio.

—«Samara» no estuvo mal, pero está muy trillado.

—¿Los niños del colegio te molestan con eso?

—Todo el tiempo. Aburren.

Asiento lentamente, observando su postura desafiante.

—Quizá, si te cortas el pelo, tendrían que buscar un sobrenombre nuevo.

—¡Eso le dije a mi madre! —dice con entusiasmo, sentándose derecha—. Pero nunca me dejaba cortármelo. ¿Crees que Elwood

me deje?

Me encojo de hombros.

—No lo sé, pero somos Sullivan. No le pedimos permiso a nadie.

Su sonrisa se ensancha, y por primera vez en el día no me siento hecho mierda.

Aunque algo me dice que esta niña es más Sullivan de lo que estoy preparado para manejar.



Los quince minutos se convirtieron en media hora. Ruby está completamente sumergida en contarme que odia a todo el mundo, pero especialmente a su madre y a su supuesto padre. Me gusta tener cosas en común con esta niña.

En algún punto de su monólogo, mencionó que tiene trece años, que es fanática de los Golden State Warriors y que quiere ser basquetbolista cuando sea mayor. Me reí un poco con eso, no porque dude de sus habilidades, sino porque no puedo evitar imaginarla usando su ira como ventaja en la cancha, abriéndose camino a empujones y anotando puntos solo por fastidiar.

Honestamente, pensé que sería imposible conectar con una niña.

Nunca tuve mano con los niños, bueno, en realidad nunca me relacioné con uno, mi contacto más cercano fue cuando en el café me miraba uno desde su cochecito y le saqué la lengua. Acto seguido lloró.

Ella tiene una personalidad tan fuerte, tan marcada para su corta edad, que por momentos olvido que apenas tiene trece.

Y, aunque no quiero admitirlo en voz alta, veo un poco de mí mismo en ella. Esa rebeldía, esa forma de escupir veneno al mundo antes de que el mundo tenga oportunidad de atacarte. Es como mirarme en un espejo más joven, y con el cabello mucho más alborotado.

—Entonces —digo, apoyando un brazo en la rodilla mientras la observo gesticular con entusiasmo sobre cómo Stephen Curry es el mejor jugador de la historia—, ¿qué más quieres ser además de basquetbolista?

—Nada. Eso o nada —responde con seguridad y se cruza de brazos, como si esa declaración fuera inquebrantable.

—No está mal tener un plan B, por si acaso —replico, aunque sé que es un consejo que yo nunca habría seguido a su edad.

—¿Tú tenías un plan B? —pregunta, arqueando una ceja con escepticismo.

Me río por lo bajo.

—No. Y probablemente por eso ahora estoy atrapado en esta casa hablando contigo.

Por primera vez, Ruby se ríe. Es una risa breve, pero auténtica, y por un segundo me doy cuenta de que conectar con ella no solo es posible, sino que puede que sea lo más fácil que he hecho en todo el día.

—¿Qué cosas tiene que hacer tu madre?

—Dijo que tiene que visitar a mi tío porque está muy enfermo, pero que cree que se recuperará pronto.

Lo dudo.

—¿Y mientras tanto estarás aquí?

—Le pregunté a mi amiga Kate si podía quedarme en su casa, pero su madre no la dejó. ¿Tú vives aquí?

—Joder, no. Me escapé hace tres años y no pienso volver.

La sinceridad de mis palabras parece caerle como un balde de agua fría. Baja la mirada y empieza a jugar con su móvil entre las manos. Algo en su gesto me provoca una culpa pegajosa que se instala en el pecho. Después de todo, sé muy bien lo intimidante que puede ser este lugar. Especialmente con el espíritu carroñero que ronda constantemente, también conocido como mi padre.

Suspiro, intentando suavizar la situación.

—Tranquila, Ruby. Solo son algunos años o hasta que vuelva tu madre. Además, eres rica. ¿Sabías eso?

—Sí, algo así me dijo mamá.

—Bueno, piensa en todas las cosas que puedes pedirle a Elwood. Solo tienes que ponerte pesada y, con tal de que te calles, te dará su tarjeta de crédito.

—¿Crees que me pagará entradas para ver a StrayKids?

La miro con una mezcla de confusión y resignación.

—No sé si quiero saber qué es eso, pero no te preocupes. —Me levanto y camino hacia la puerta, dándole la espalda mientras agrego—: Por cierto, ¿crees que puedes compartir la cena con nosotros?

—¿Qué vas a cocinar?

—¿Yo? —Me río, y ella se levanta de la cama para seguirme—. Absolutamente nada. Tenemos personas que hacen eso por nosotros.

Caminamos por el corredor, y no puedo evitar notar cómo sus zapatos de cuero negro, gastados y llenos de historia, contrastan con la alfombra roja impecable que se extiende bajo nuestros pies.

—¿Entonces no tengo que lavar más platos?

—No solo eso —digo, deteniéndome justo antes de llegar a la escalera; la miro con una sonrisa—, no tendrás que escuchar a Ashley en tu vida.

—¿Eso es bueno?

—Esa es la mejor noticia que podría darte.



En aquel momento.

—Esto no es lo que ordené —dice el esnob de los jueves, ese que aparece religiosamente con su Mac, su boina negra y esos libros de filosofía que claramente usa solo como escenografía, porque la ética y moral se la olvidó en la casa.

Toda su existencia parece diseñada para Pinterest, desde su tatuaje trillado de «carpe diem» hasta la manera en que cruza las piernas abarcando más lugar del que necesita.

—¿No pediste un café negro? —pregunto, aunque sé perfectamente que eso es lo que pide todos los malditos jueves.

—No. Esta vez pedí un café con leche y canela. Cámbialo. —Empuja la taza hacia mi mano, a pesar de que estoy cargando con una bandeja llena de tazas sucias de la mesa que acaba de pagar.

Qué jodido idiota.

—Oye —escucho detrás de mí, una voz que me golpea como un trueno y me petrifica en el acto—. ¿No te funcionan los ojos? Tiene las manos ocupadas.

Mi corazón se detiene.

Esa voz.

Esa maldita voz.

La extraño tanto que creo que podría llorar aquí mismo de alivio.

Está aquí.

Jareth está aquí. Y, por un instante, me atrevo a creer que tal vez no lo arruiné todo después de lo que pasó hace días.

—No te metas… —murmura el de la boina, sin siquiera mirarlo, como si fuera incapaz de captar la presencia que Jareth trae consigo.

Volteo lentamente, mi corazón latiendo con fuerza, y allí está. Sentado en la mesa más alejada, ocupando más espacio del que debería ser físicamente posible. Es su actitud, esa aura suya que parece decirle al mundo que ni se atreva a acercarse.

Su mirada se clava directamente en mí, y aunque no dice nada, su presencia habla más fuerte que cualquier palabra. Me traga una ola de emociones: alivio, nerviosismo y algo que no quiero nombrar porque no sé si estoy lista para admitirlo.

—¿Entonces? ¿No tienes ojos? —repite Jareth con un tono frío y cortante, sin quitarme la mirada de encima, pero claramente dirigiéndose al idiota de la boina.

—Que no es asunto tuyo, joder —responde el tipo, ajustando la pantalla de su Mac como si eso le diera más autoridad.

Ah, pobre hombre. No tiene idea de quién acaba de intervenir.

—Es asunto mío, porque es a mi novia a quien le estás hablando así.

El esnob lo mira y, aunque intenta mantener su actitud arrogante, no puede evitar retroceder un poco en su silla. La confianza que tenía hace segundos se tambalea bajo la intensidad de la mirada de Jareth, quien se levanta de su asiento lentamente, como un depredador que se toma su tiempo antes de atacar.

—Escucha, no es para tanto, solo quiero mi café con leche y canela —dice el tipo, ahora con un tono mucho menos firme.

—¿Puedes ver que está ocupada y no tiene por qué socorrerte como si fueses un niño en apuros? —demanda Jareth, cruzando los brazos, su postura tan relajada como amenazante.

Yo quiero intervenir, evitar que esto se salga de control, pero estoy demasiado atrapada entre el alivio de verlo y el miedo de lo

que pueda hacer si el idiota sigue tentando a la suerte.

—Es su trabajo, literalmente es una camarera que debe acatar órdenes —se exculpa el esnob, recuperando algo de su actitud petulante.

Jareth da un paso adelante y se coloca justo a mi lado; su presencia, un muro que me separa del cliente.

—Dime algo, ¿tus libros de filosofía no te enseñaron nada? ¿O los paseas por la vida para sentirte un intelectual? —Se gira hacia mí—. ¿Cómo puede ser que siempre los peores sean los que se tildan de buena gente? —pregunta mirándome con confusión.

El esnob vacila, claramente incómodo, y murmura algo sobre que no vale la pena seguir discutiendo. Luego se cruza de brazos y mira hacia otro lado, como si ignorar a Jareth lo hiciera desaparecer.

—Eso pensé —dice Jareth, su voz afilada antes de volver a mirarme y añadir—: ¿Puedo tomar un café aquí o estás demasiado ocupada lidiando con imbéciles?

—Estaré contigo en unos segundos.

—Vale.

Vuelve a su asiento, dejando un rastro de tensión en el aire que puedo sentir hasta en la piel.

El esnob me lanza una mirada furtiva, claramente molesto, pero no dice nada. Solo coge su taza y se hunde en su silla.

Respiro profundamente, intentando recuperar la compostura mientras llevo las tazas a la barra. Mis compañeras me miran con curiosidad, pero ninguna se atreve a decir nada.

Cuando finalmente me acerco a la mesa de Jareth, él está sentado como si nada hubiera pasado, con su habitual actitud de «el mundo me pertenece».

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, mi voz más firme de lo que esperaba.

Levanta la mirada hacia mí, y su sonrisa es apenas perceptible, pero lo suficientemente devastadora como para hacerme olvidar por un momento por qué estaba molesta.

—Vine a terminar con esta estupidez.

—¿Qué estupidez?

—Este juego de ignorarnos y pretender que el otro no existe, así que cuando estés lista, avísame y lo retomamos donde lo dejamos.

No sé si quiero matarlo o besarlo, pero sé que esto está lejos de terminar.



Salgo del trabajo con una mezcla de emoción y nervios.

Cinco días pasaron desde la última vez que hablamos.

Cinco días desde que lo tuve mientras gruñía y penetraba mi boca con lujuria.

Ahora Jareth me espera apoyado en su coche, vestido como si fuese un modelo de Calvin Klein con su camisa blanca arremangada hasta los antebrazos (estoy segura de que sabe perfectamente que eso vuelve loca a cualquier mujer), sus gafas de sol descansando en la punta de la nariz y una ceja levemente arqueada, con su expresión engreída de siempre.

—Tú dices que no te gusta la atención, sin embargo, consigues tenerla dondequiera que vayas —comento mientras camino hacia él como una polilla a la luz.

—No te equivoques, Isadora, si llamo la atención es porque busco capar la tuya solamente.

Siento las mejillas calentarse, pero freno todo eso que me provoca y me detengo a centímetros de su boca.

Sus ojos ónix observan mis labios con restricción.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo dije, vine a buscar lo que es mío. —Me coge de la mano y me arrastra hacia él, rompiendo con el poco espacio que había entre los dos, deja un beso suave sobre mis labios, uno que promete cosas muy interesantes—. Espero que tengas hambre.

En el coche, como siempre, suena un pódcast, un hombre habla sin parar, y puedo atrapar algunas palabras como mercado, bolsa y libre comercio.

Definitivamente no es mi estilo de pódcast, yo quiero escuchar historias de asesinos en serie y casos sin resolver.

—Así que novia, eh… —suelto mirándolo de reojo.

Jareth sonríe sin apartar la mirada del camino.

—Negarlo no tiene sentido, los dos sabemos lo que ocurre aquí.

Asiento lentamente, reflexionando sobre lo que está diciendo, supongo que sí somos pareja, solo que por alguna razón la palabra me da miedo.

—¿A dónde vamos?

—Pensé que podrías decidir tú esta vez.

—Si lo que buscabas era pelear de nuevo, me lo hubieras dicho —protesto, cruzándome de brazos, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa se me escape cuando él suelta una carcajada.

—No puede ser tan difícil decidir, Isadora. Vamos, algún lugar.

Honestamente, lo único que me apetece ahora mismo es estar en pijama, en un sofá, viendo una película con él. La imagen de sus brazos rodeándome mientras nos reímos de cualquier cosa me llena de una calidez extraña, pero se corta cuando posa una mano en mi pierna mientras conduce por las calles estrechas.

—¿Podemos simplemente quedarnos aquí? —pregunto, y mi voz sale más suave de lo que esperaba. *Siento que nunca estamos realmente solos.*

—Guau, no sabía que tenías fantasías en los coches —bromea, mirándome de reojo con esa sonrisa que parece hecha para enloquecerme—. Está bien, tú mandas, amor.

El lugar donde se detiene es una hamburguesería con estética de los años cincuenta, de esas con pedidos por ventanilla que parecen sacadas de una película antigua. Al pedir, se toma su tiempo, haciéndome elegir mientras el operador al otro lado espera con paciencia.

Con el motor apagado, el silencio se acomoda entre nosotros y llena el coche con una quietud que parece embolsarnos. Jareth fija la mirada en algún punto más allá del parabrisas, toma aire y lo suelta lentamente.

—Tengo una cita mañana.

Mi estómago reacciona como si me hubieran golpeado, y por un segundo me quedo completamente inmóvil, esperando que continúe. Pero no dice nada más, y eso me deja a merced de la ansiedad que sube como una ola gigante.

—¿Una cita? —pregunto, con un tono tan afilado que ni yo lo reconozco.

—Sí. Le prometí que la llevaría al salón de belleza.

¿Qué coño está pasando?

—Jareth… —Mi voz ahora es completamente distinta, mezcla incredulidad y alarma—. ¿Qué coño estás diciendo? ¿Quieres tener una relación abierta? Porque, mira, yo no soy de esas mujeres, no soy tan progresista, y si yo tengo una pareja, espero que…

Antes de que pueda terminar, comienza a reírse, esa risa grave y desarmante que me desinfla al momento.

—Me gusta verte posesiva conmigo. —Gira la cabeza para mirarme con esos ojos oscuros y su forma especial de dejarme sin defensas—. Cuando te enfadas, quiero besarte hasta que no puedas pensar.

Imposible no sonreír.

—¿Era un chiste?

—No —responde, su expresión se suaviza—. Mi padre me lanzó una bomba molotov. Apareció una niña con su ADN, y la madre la dejó en su casa. Se llama Ruby.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Su tono tranquilo, casi resignado, me impacta más de lo que debería. Sin pensar, mi mano busca su pierna y la aprieta ligeramente, queriendo transmitir algo, aunque no estoy segura de qué.

—Siempre supe que habría alguien ahí fuera con mi ADN —continúa, con una sonrisa pequeña pero sincera—. Pero igual me sorprendió.

—¿Ya la has conocido?

—Sí —dice, recostando la cabeza en el asiento con un suspiro. Por primera vez, lo veo sonreír con una mezcla de orgullo y ternura —. Es innegable que es hija de mi padre. Tiene trece años y es brava.

Su sonrisa es tan genuina que me encuentro imitándola sin darme cuenta. Tomo su mano con fuerza, queriendo anclarlo a este momento.

—Tienes una hermana —digo con emoción. Sé cuánto significa esto para él. Por primera vez, nunca más estará solo.

Sus ojos se clavan en los míos, y por un instante veo algo que nunca había visto antes: emoción pura, vulnerable. Algo en esa mirada me rompe un poco el corazón. No puedo imaginar la soledad que ha llevado consigo toda su vida y lo que Ruby debe significar para él ahora.

Me inclino y lo abrazo con fuerza.

Nos quedamos así durante un rato, en un silencio que lo dice todo, hasta que alguien golpea la ventanilla con el pedido y rompe el momento.

Jareth suelta una pequeña risa, como si el mundo hubiera decidido no dejarnos tener ni un minuto más de paz.



En aquel momento.

En conclusión, decidimos poner a César al día con lo que pasa entre nosotros.

Esta situación la inquieta, y me pregunto si reconoce que la reacción de su hermano no es apropiada. Creo que Isadora ve el mundo solo a través de la lente de César y eso acotó tanto su visión que cree que estamos a punto de traicionar a la patria por estar juntos.

Nada de eso me detiene.

Esto que siento por ella no es algo pasajero, algo que pueda desvanecerse fácilmente. Cada día se refuerza.

Soy un hombre que sabe lo que quiere y la quiere a ella. Punto.

Y teniendo en cuenta que mi contrato con Kevin termina pronto y planeo mudarme a la ciudad, es mejor decírselo al pobre lacayo ahora y no cuando nos encuentre en una situación más comprometedora como lo que pasó la otra vez, cuando tenía la cabeza de su hermana entre las piernas y mi semen en su boca.

Joder, lo recuerdo y debo controlarme.

No sé si esto de aplazar el deseo sea la mejor idea después de todo, cada vez es más difícil mantener las manos en los bolsillos, y ella no se queda atrás.

No hay nada mejor que ver a tu chica morderse los labios cuando la tocas.

En cuanto cruzamos el salón, algo no cuadra. Las luces están encendidas, aunque ya es tarde. Kevin está en los viñedos de sus padres, Tate dijo que iba a pasar el fin de semana en Los Ángeles.

Solo resta César.

Lo siguiente que noto me quema por dentro como un incendio descontrolado: la pared de la escalera está empapelada con algo que reconozco demasiado bien.

El fuego me recorre las venas cuando caigo en cuenta de lo que está ocurriendo.

Una sensación de culpa y vergüenza recae sobre mí de golpe, sentimientos nuevos.

Isadora frunce el ceño, confundida, y avanza lentamente hacia los dibujos que muestran su rostro en todas las formas posibles.

En todos los ángulos.

En diferentes escenarios.

—¿Jareth? —susurra mientras arranca uno de la pared. Los dedos le tiemblan, y puedo ver su desconcierto reflejado en su rostro—. No entiendo.

Sus ojos vagan por el resto de los dibujos, unos más explícitos que otros, mientras yo siento que el estómago se me cae al suelo.

Están todos.

Todos.

Mis dibujos de Isadora comenzaron como algo inofensivo, tierno incluso, pero con el tiempo se convirtieron en mi único escape. Un mecanismo para canalizar el deseo que me consume cada vez que la veo.

Algo que no planeaba mostrarle nunca a menos que manifestara indicios de que podrían parecerle interesantes.

Ahora están todos expuestos, como yo.

César baja por la escalera con una media sonrisa que planeo borrar de su rostro, está satisfecho por su trabajo y sabe

exactamente el daño que está causando.

—Eres hombre muerto —le digo con una tranquilidad escalofriante—. Dile adiós a tu carrera, Taylor.

Su sonrisa desaparece al instante, parece que su narcisismo no lo dejó ver más allá de su propio beneficio.

Que Isadora me deje.

—¿Qué está pasando? —inquiere Isadora.

—Pasa que tu novio tiene una mente retorcida. —César arranca otro de los dibujos de la pared y se lo entrega a Isadora al llegar al salón.

Hay dibujos eróticos. Pornográficos, en su mayoría. De ella y yo, en momentos que nunca sucedieron, pero que mi mente anhelaba.

—¿Tú dibujaste esto? —susurra Isadora, mirándome con una mezcla de incredulidad y decepción.

—Sí —admito, sintiendo cómo las palabras me pesan en la lengua—. En mi intimidad, pero esa palabra es algo que tu hermano parece desconocer.

—¡Te dije que tuvieras cuidado con él! —grita César, apuntándome como si acabara de cometer un crimen imperdonable.

Mis ojos están puestos en él y solo en él.

Quizá por fuera me vea calmo y relajado, pero en los bolsillos tengo las manos cerradas, clavándome las uñas en la palma para no explotar. Si por culpa de este idiota pierdo a Isadora, es probable que César termine en la sala de emergencias, en una operación de reconstrucción facial.

Isadora sostiene un dibujo en la mano. Es uno que recuerdo demasiado bien: ella, de rodillas en una cama, su rostro retorcido en una expresión de placer mientras un cuerpo masculino la penetra con fuerza y la tira del pelo. Es un dibujo tosco, hecho en una noche en la que mi autocontrol estaba colgando de un hilo.

—Nunca me dijiste que dibujabas… —murmura Isadora, sus ojos clavados en el papel, como si intentara descifrar algo en él.

César parece frustrarse aún más por su reacción, como si esperara que ella explotara de inmediato.

—Es un hobby, nada más. No significa nada —digo, encogiéndome de hombros, aunque el corazón me late con tanta

fuerza que siento que se me podría salir del pecho.

—Excepto que tienes una mente retorcida —agrega César, entregándole otro dibujo.

Este es peor.

Lo reconozco al instante.

Un ángulo desde arriba, enfocándose en los ojos de Isadora llenos de lágrimas mientras me chupa la polla hasta el fondo.

Esto fue antes de que ocurriera.

Tosco. Grotesco.

Qué estúpido fui.

Trago saliva con fuerza mientras Isadora me lanza una mirada rápida y comienza a arrancar los dibujos de la pared con movimientos frenéticos.

No entiendo si está enfadada, herida o simplemente abrumada.

—Amor… —intento explicarme, mi voz casi un susurro—. Esto es solo…

—¡No le digas «amor», idiota! —César me empuja, y aunque dejo que lo haga, mis ojos le advierten que no habrá una segunda vez.

—César —interviene Isadora al notar que la tensión en el ambiente amenaza con explotar—, déjame hablar con él.

Eso lo indigna aún más. Su control comienza a desmoronarse.

—¡No! Esto debería demostrarte que yo tenía razón. Aléjate de él.

Pero Isadora no se mueve. Ni siquiera lo mira. Está enfocada en mí, con los dibujos todavía entre las manos, esperando una respuesta que no sé si puedo darle.

Y, aunque el caos a nuestro alrededor parece insostenible, una cosa está clara: este momento cambiará todo.

Para bien o para mal.



En aquel momento.

No sé qué me sorprende más, si las escenas explícitas o el nivel de detalle en los dibujos de Jareth. Mientras arranco las páginas una por una, recojo sus fantasías, cada trazo cuenta una historia que me deja inquieta. Algunas son perturbadoras; otras son, sorprendentemente, sensuales.

Uno de los dibujos me atrapa más tiempo del que debería.

Él está acostado en lo que parece el lecho de un bosque, yo encima de él, desnuda. Mi cabello cae desordenado, cubriendo las partes más íntimas, pero dejando lo suficiente a la imaginación. Hay movimiento en el dibujo: sus dedos me presionan la pierna, mi rostro perdido en el placer, el de él serio, casi estudiándome.

Paso al siguiente dibujo. Al instante, un nudo en mi estómago. Es explícito, directo: mis piernas abiertas, mi cuerpo expuesto, dibujado con una precisión inquietante.

Dejo el trabajo a medias cuando escucho los gritos de César en el piso de abajo. Esta vez no están Kevin ni Tate para separarlos, y algo me dice que esto no terminará bien.

—Necesito hablar con él, a solas —repito, tratando de mantener la calma, pero César no parece dispuesto a escuchar.

Entonces, como si hubiera estado esperando el momento perfecto, mi hermano saca más papeles de su bolsillo y me los lanza. Una nueva pila de dibujos cae en mis manos.

—Otras mujeres. —Su voz está cargada de veneno—. Son otras mujeres en las mismas posiciones, con las mismas expresiones.

Las palabras tardan en hundirse, pero cuando lo hacen, me cortan el aliento.

—No eres especial —dice en el momento exacto en que Jareth camina hacia mí. Sin pensarlo, me arranca los dibujos de las manos y los mira, su rostro cambia al instante.

—Yo no hice esto —espeta, mirando a César con furia—. ¿De dónde mierda sacaste esto?

—De tu cajón. Ese donde escondes todo.

Jareth me mira. Por primera vez en todo este tiempo, veo preocupación real en sus ojos. No es solo preocupación, es miedo.

—Yo no hice esto, no sé quiénes son —insiste, desesperado, sus palabras salen rápidas, casi atropellándose.

Miro uno de los dibujos nuevamente. Es el mismo estilo, el mismo lápiz, la misma maldita perfección.

—Jareth…, solo dilo. No necesito que…

—¡Que yo no los dibujé! —me interrumpe, arrancando uno más de la pared—. Esto sí, me hago cargo. Soy un hombre y fantaseo contigo desde que te conocí. —Señala los dibujos en mis manos, su voz tiembla de rabia—. Pero esto no es mío. No sé cómo lo hizo, pero tu hermano está…

—Protegiéndola —César acaba la frase con un tono triunfal—. De idiotas como tú que creen que pueden manipular a mujeres indefensas. Déjame adivinar, ¿le pediste que mantuviera esta relación en secreto para que yo no me enterara? ¿O para que las otras mujeres no se dieran cuenta?

Esa última frase me golpea como un ladrillo, justo cuando Jareth pierde el control.

Antes de que pueda detenerlo, lo intercepta en los pies de la escalera, empujándolo con tanta fuerza que César se golpea la

cabeza contra los escalones.

—¡No! —grito, corriendo hacia ellos, pero ya están forcejeando, los dos lanzan golpes torpes que apenas conectan.

—¿Crees que puedes manipularla tan fácil? —gruñe Jareth, sosteniendo el cuello de César con ambas manos—. ¿Crees que eres el más inteligente en la habitación?

César se retuerce, tratando de liberarse, pero los brazos de Jareth son inamovibles.

No sé qué hacer.

Las manos me tiemblan mientras observo la escena, mi mente en blanco, hasta que respiro hondo y agarro a Jareth de los antebrazos.

—Por favor, detente —digo con calma, aunque mi voz se quiebra —. Amor, por favor.

Por un momento, parece no escucharme. Pero luego, sus ojos se enfocan en mí, y algo cambia. Se da cuenta de lo que está haciendo y suelta a César como si quemara.

Aprovechando el momento, César lo patea con todas sus fuerzas, haciéndolo caer hacia atrás. Jareth se desploma sobre la mesa de café, que se rompe en mil pedazos.

—¡Vete! —grita César, pateándolo mientras está en el suelo—. ¡Vete de esta casa y no vuelvas más!

Mi cuerpo actúa antes que mi mente, y me arrojo sobre Jareth para protegerlo.

Una de las patadas de César va directa a mi estómago, y el dolor me deja sin aire.

—¡Isadora, vete! —grita Jareth, cubriéndome con su cuerpo mientras yo apenas puedo moverme—. ¡Vete!

Pero no me muevo.

—Por favor, sube al coche y vete —le susurro, mis ojos llenos de lágrimas. Imploro con la mirada, rogándole que se aleje antes de que esto se ponga peor.

Jareth me mira por un largo segundo, como si pudiera escucharme sin palabras. Finalmente, asiente y se levanta con dificultad, tambaleándose hasta llegar a la puerta.

—No te quiero volver a ver cerca de ella, Jareth —grita César, su voz llena de rabia—. O prepárate para que Isadora haga una

denuncia por acoso.

—¡César! —grito con lágrimas corriendo por mi rostro, pero él no me escucha.

Jareth se detiene en el umbral y me mira una última vez. Sé lo que espera, lo que quiere de mí, pero mis pies están plantados en el suelo. No puedo moverme.

—Isadora… —insiste, su voz rota—. No quiero que te quedes sola con él.

César avanza como un tanque, listo para otro enfrentamiento, pero me interpongo, deteniéndolo con ambas manos.

—¡Por favor, vete! —le suplico a Jareth, mis palabras cargadas de desesperación.

Por un segundo, lo veo confundido, su mirada salta de mí a César, antes de que finalmente asienta y desaparezca tras la puerta.

Toda la energía abandona mi cuerpo. Mis piernas ceden y me desplomo de rodillas en el suelo, llorando con el rostro cubierto mientras el caos de los dibujos esparcidos me rodea.

—Espero que hayas aprendido a escucharme —dice César antes de marcharse a su habitación y dejarme sola en un mar de papeles rotos y sentimientos aún más destrozados.





5 AÑOS DESPUÉS.

Podría estar en mi casa, viendo un documental aburrido y monótono sobre la Segunda Guerra Mundial, y aun así, sería infinitamente más entretenido que estar aquí en la fiesta de Alex.

No solo tengo que soportar a toda esta gente demente de Silicon Valley que se ofende si no tomas leche de almendra, sino que Isadora Taylor está en la fiesta con la ladrona de Bernardo.

Las dos pertenecen a aquí tanto como yo a un concierto de Taylor Swift.

Esa es mi suerte, ¿no?

Ahora Isadora viene adjuntada a la ladrona como si fueran siamesas, y tengo que verle la cara, el cuerpo, las piernas…

Ya la insulté.

La aniquilé con los ojos, la hice sentir incómoda y la traté de inferior. Igual está aquí, actuando como si mi presencia no arruinara su existencia, como ella hace con la mía.

Lo más sabio sería ondear la bandera blanca, retirarme con altura, pero eso sería ceder territorio. Este es *mi* ambiente, *mi*

gente.

Ella pertenece a un solo lugar: el pasado.

Cuando abandono una conversación hipócrita con políticos corruptos, la encuentro caminando inocentemente por la casa de Alex, explorando con curiosidad.

Oh, no.

No lo voy a permitir.

Antes de planear lo que voy a hacer, doy grandes zancadas hacia ella. Se detiene cuando me ve aproximarme con furia en los ojos. Está en el salón, que en este momento está vacío, ya que todos decidieron salir al parque, momento perfecto para robar.

—Hay cámaras por toda la casa —advierto mirándola con desprecio.

Pareciera que mi insulto no le llega al cerebro, porque su rostro aburrido se mantiene exactamente igual.

—¿Y? ¿Apareceré en Only Fans?

—Que no se te ocurra hacer lo mismo que hizo tu amiga. —Su intento de uniforme negro esta impecable y muy adherido al cuerpo, un pantalón negro, una camisa del mismo color, lo único que no encaja son las botas militares con la punta de metal.

—¿Qué hizo? ¿Conquistar al millonario? —inquiere, su tono astuto, mira sobre mi hombro hacia la fiesta pretendiendo interesarse por alguien—. Tenía mis ojos puestos en Alex, pero lo vi con una muchacha —chista por lo bajo—. Se me escapó.

Trago la ira que burbujea en mi garganta e ignoro su enternecedor intento de darme celos.

—A menos que quieras hablar de cuántos *burpees* haces por día, te recomiendo que elijas a otro que sea lo suficientemente idiota como para darte atención —*como lo fui yo*—. Sabes a lo que me refiero. Si falta algo en esta casa, por más que sea un imán de una pizzería olvidado en un cajón, date por denunciada, Isadora.

Ella acaricia el respaldo del sofá, lo único que nos separa. Nada parece alterarla, nada la saca de sus casillas, y odio eso.

Odio que se vea espléndida.

Que su pelo brille como lo recordaba.

Que sonría sin sentir que se muere por dentro.

Que su corazón siga latiendo a pesar de que el mío ya no le pertenece.

—¿Cómo has estado? —pregunta.

Odio las conversaciones superficiales, ella lo sabe, lo hace para molestarme.

—Perfectamente bien. Ahora vete de aquí.

—Estoy esperando a Harriet, Jareth —responde, cansada de escucharme.

Mis puños se cierran con fuerza dentro de los bolsillos. No la quiero aquí, no creo poder soportarlo.

—Cuando terminéis con el trabajito, desaparece. —Giro sobre los talones, en busca de alguna bebida que alivie esto.

—Un placer verte otra vez, Sully —llama.

Sin voltear, respondo:

—No puedo decir lo mismo, Taylor.



5 AÑOS DESPUÉS.

—Es el momento, quizá. Mi estadía en el piso de Harriet ha caducado… —suspiro, sintiendo que la presión en mi pecho se intensifica—. Nunca pondría en compromiso la tutela de mi amiga con su hermano solo por no tener dónde vivir, y, de verdad, ese sofá es demasiado incómodo.

No entro.

Kat, a mi lado, se encoge de hombros mientras mastica con la paciencia de un monje.

—Lo que daría por el sofá abandonado en la calle Elm —murmura, su mirada vagando entre los transeúntes—, pero tiene pulgas.

Kat es mi nueva amiga. Es una mujer sin techo que suele merodear cerca de mi trabajo. A veces le dejo las sobras de la cafetería, otras veces nos quedamos charlando, y en ocasiones, la uso como psicóloga de turno.

«Nómade a la fuerza» se define ella misma.

Siempre dice que tuvo todo: la casa en las colinas del condado de Marín, el esposo adinerado, el yate y las risas fáciles con champán francés. Pero lo perdió todo cuando su marido desapareció durante una de las regatas más difíciles del mundo, la Vendée Globe. Lo sé porque ella lo susurra cada vez que mastica un bocado, como si la historia la persiguiera hasta en sus silencios. Según dice, las hermanas de su esposo movieron contactos y la dejaron en la calle, sin ver un solo dólar de la herencia. Sin familia, sin red de apoyo, terminó aquí, durmiendo entre cartones. Y aunque el tiempo y la vida la han tratado con dureza, hay algo en su porte, en su forma de hablar, que delata que alguna vez fue una de esas mujeres que ahora veo en los eventos a los que Jareth asiste.

Sí, a veces lo googleo. ¿Y qué? ¿Es un pecado?

—Ya le dije que estoy en busca de un piso, así no se infarta en el momento en que desaparezca —continúo, pateando una piedrita con la punta de la zapatilla—. El problema es que no tengo dinero, las deudas me están devorando viva, y mi jefe ya me dejó claro que no habrá aumento este año…

Kat me estudia con su mirada astuta, esa que ha visto la vida desde todos los ángulos posibles.

—Recuérdame, ¿por qué no podías vivir con tu amiga y su hermano?

—Ella es la tutora legal —explico, rascando con la suela un chicle pegado a los adoquines—. Es una situación delicada. No pueden vivir con ellos otras personas que no sean familia. Me las he estado arreglando durante tres meses, esquivando a la asistente social como si fuera un ninja: me escondí debajo de la cama, en el baño, hasta me fui de la casa cuando tocaba inspección. Pero la mujer esa tiene rayos láser en los ojos cuando se trata de Harriet. Así que lo mejor será decirle que encontré otro sitio y marcharme.

—¿Tiene novio? —pregunta Kat antes de darle otro mordisco a su sándwich, como si estuviéramos hablando del clima.

—Está en proceso de tenerlo. Por eso estoy tranquila, el tipo se desvive por ella.

Un chico en bici pasa y nos mira con curiosidad. ¿Acaso nunca ha visto a dos mujeres teniendo una crisis existencial en el banco de

una plaza?

—Eso es bueno —asiente Kat—, pero dile que cuando se case, que firme el prenupcial. No como hice yo.

—Sí, me lo has dicho antes. —*Unas mil veces, de hecho*—. ¿Dónde duermes por las noches?

Kat señala con el pulgar sobre su hombro derecho.

En el parque, bajo un árbol, hay una carpa remendada con ropa colgada sobre la tela. Junto a ella, un carrito de supermercado parece estar estacionado como si fuera su coche de lujo, repleto de bolsas y cajas.

—Es mi nueva casa. Alguien la abandonó en el parque y ahora es mía. Si algún día no tienes dónde dormir, toca cuatro veces, así sabré que eres tú.

—Pero no tiene puerta —digo, tragándome la risa.

—Es verdad… Entonces tendrás que cantar, me lo debes después de escuchar todos tus dramas gratis.

—¿Cantar? —Carraspeo.

No canto desde hace años, no desde…

—A veces dejan la puerta de la cocina del restaurante abierta y te escucho cuando sacas la basura. —Se encoge de hombros—. Deberías hacer algo con esa voz.

—Nah, es cosa del pasado —murmuro, esquivando el tema.

Desde que todo terminó con Jareth, no volví a un karaoke.

Joder.

Lo estoy viendo más estos días que en los últimos cinco años desde aquella noche maldita. Y cada vez que me lo cruzo, es más atractivo, más arrogante, más cruel. Si eso no es droga directa a las venas para una mujer, entonces no sé qué lo es.

Lo peor es que puedo notar que sigue dolido. Apenas me mira sin soltar veneno y, si estamos en el mismo sitio, me esquiva. Lo entiendo. Aquella noche vio mi peor versión, la cobarde.

—¿Cómo es vivir en la calle? —pregunto, dejando caer la espalda contra el banco.

—No está tan mal —dice Kat con una media sonrisa—. A veces puede ser inseguro, pero no siempre. Duermo en el parque, así que tengo los sonidos de la naturaleza.

—¿No hay borrachos gritando en la noche?
—Sí, son como una canción de cuna.
Oh, joder.
Trago en seco.
Si no encuentro dónde vivir, ese podría ser mi futuro.



Durante la semana, Kat se convierte en mi entrenadora personal de supervivencia callejera. Su estilo de enseñanza es una combinación entre una veterana de guerra y una *influencer*. Me da consejos, trucos y advertencias para no morir en el intento.

Algunos de sus consejos fueron: nunca duermas completamente expuesta, busca lugares con salida fácil y rápida. Si alguien se te acerca de noche, finge estar loca o rezar en voz alta. A la gente le asustan más los locos que los mendigos. No aceptes comida de desconocidos si te parece demasiado buena. No quieres descubrir qué había en ella cuando ya sea tarde.

Cada consejo viene con una mirada seria, como si estuviera transfiriéndome una sabiduría ancestral. Pero con cada lección, también dispara preguntas de su parte: «¿No tienes a nadie más a quien pedirle ayuda? ¿Has hablado con tu hermano? ¿Has pensado en volver a tu ciudad?».

Me gustaría decir que nunca lo he pensado, pero claro que lo he hecho. Lo he pensado mil veces. Y, sin embargo, siempre llego a la misma respuesta vaga, esa que me sirve como escudo para no tomar decisiones difíciles.

«Es complicado».

Siempre lo es.

Irme se siente… errado. Esta es mi ciudad ahora, la siento tan parte de mí como una extremidad. Sí, es una de las ciudades más costosas de Estados Unidos, está superpoblada, pero tiene vida.

Respira.

Y es todo lo contrario a la vida monótona y silenciosa que llevaba en Arkansas. Mencionar la parte donde mis padres siguen allí está de más. Obviamente no quiero estar en un ambiente tan tóxico.

Con mi hermano la cosa no está bien. De hecho, está tan jodida que ni siquiera sé por dónde empezar. Durante los últimos años, nuestra relación se ha convertido en una mezcla de resentimiento, distancia y préstamos que nunca veré de vuelta.

Él tenía sueños grandes, y yo fui la tonta que firmó los papeles para financiarlos. Crédito tras crédito, todos a mi nombre, porque «seré millonario y te pagaré todo de vuelta con intereses, Izzy». Y aquí estoy, preguntándome qué fue de su primera empresa mientras él ya tiene otra abierta. Nunca estoy segura de qué pasó con la anterior. ¿Quiebra? ¿Estafa?

De vez en cuando me llama. No para preguntar cómo estoy o qué es de mí, sino para asegurarse de que sigo respirando y para darme uno de sus sermones de vida como si él fuese un dios superior y conocedor.

No tengo tiempo para preocuparme por él.

Tengo que resolver mi propio presente.

Porque yo puedo sola.

Porque tengo que poder.



No puedo.

Tomé la decisión con la misma prisa con la que te arrancas una tirita del brazo, junté lo esencial y le dije a Harriet que había conseguido un lugar para vivir.

Mentiras, pero por ella y por Mason hago lo que sea necesario; ellos fueron más mi familia en estos últimos tres meses que los de mi sangre.

Sí, los voy a extrañar muchísimo, pero es hora de que Harriet despegue y encuentre en Bernardo eso que siempre buscó pero que

le dio miedo expresar.

Ellos van a estar bien, ahora debo enfocarme en mí.

Creí que sería más fácil.

Tenía claro que la calle sería solitaria durante la noche, sí, pero no así de hostil.

La ciudad cuando el sol se esconde es otro universo. Uno donde las reglas cambian y los dueños del territorio no son los mismos que durante el día. Los sintecho caminan con la seguridad de quien sabe moverse en su propia jungla, reclamando espacios con la misma naturalidad con la que otros reclaman una mesa en Yen's. Algunos revuelven en la basura con una desesperación mecánica, buscando comida, drogas o ambas cosas; otros van a la deriva, como yo, en busca de un lugar seguro.

Yo solo quiero un banco donde dormir, pero cada vez que intento cerrar los ojos, el instinto me grita que es una pésima idea.

¿Qué estoy haciendo?

No tendría que haber hecho esto. Fue imprudente y naif creer que esto era algo que podría hacer durante un tiempo; no tengo la experiencia o el carácter. Debería llamar a César, contarle la verdad y pedirle ayuda, solo por unos días, hasta conseguir algo fijo. Pero el simple hecho de imaginarlo frunciendo el ceño y soltando uno de sus sermones hace que prefiera soportar lo que sea antes que darle la satisfacción de decirme: «Te lo dije».

Kat no está en su carpa, pero sus consejos siguen ahí, revoloteando en mi mente, así que continúo buscando el lugar perfecto para dormir unas horas y mañana reanudaré la tarea de encontrar un piso que sea absurdamente barato.

Todas mis pertenencias, excepto por mi mochila, siguen en el piso de Harriet. No puedo ir a por ellas, no tengo dónde dejarlas, y alquilar un trastero está fuera de mi presupuesto.

De todas las malas decisiones que he tomado, esta se siente como la peor.

La ciudad sigue despierta, pero de una forma que me pone la piel de gallina. Los coches escasean, las luces de los faroles no iluminan tanto como creí, y las voces en la oscuridad parecen más peligrosas que nunca. Algunos sin techo deambulan por la avenida

gritando cosas que no entiendo. Muchos tienen problemas mentales, otros simplemente están demasiado ebrios para razonar.

Entonces lo veo.

Un hombre alto aparece de repente detrás de un árbol. La luz del farol ilumina su cara a medias, y cuando me ve, sonríe de lado. Sigue orinando sin ningún pudor mientras me observa.

Sin pensarlo busco el móvil en el bolsillo del vaquero y marco el número de César.

—¿Estás perdida? —La voz del tipo es rasposa—. ¿Quieres que te ayude?

—No, gracias. —Sigo caminando, mis pasos son más rápidos ahora. La llamada suena.

Atiende, César, vamos, atiende el maldito móvil.

—Vamos… —Su tono se vuelve más burlón—. Sé que me viste la polla y quieres probarla, ven.

Un nudo se me forma en el estómago.

Cuando no atiende, corto y lo vuelvo a llamar.

Estoy nerviosa, jodidamente nerviosa.

—Te pareció. Ahora déjame en paz —digo pretendiendo tener más carácter del que en realidad tengo.

Definitivamente no atiende.

Mis pasos se aceleran, los suyos también.

Ambos tenemos piernas largas, pero él camina con urgencia.

Lo siento demasiado cerca.

Y entonces su mano se aferra a mi hombro.

—¡No me toques! —grito mientras me giro y, sin pensarlo, le meto una patada en las pelotas.

El tipo suelta un gruñido gutural y se dobla sobre sí mismo, llevándose las manos a la entrepierna.

No me quedo a ver más.

Echo a correr.

Pero sus gritos me siguen, y cuando me doy cuenta, está detrás de mí otra vez.

¿Cómo mierda superó el dolor tan rápido?

Me agarra de la mochila y tira con fuerza.

Caigo al suelo de espaldas, y un dolor punzante me atraviesa el codo al chocar con la calle.

—¿Que no te toque? —Su cara está a centímetros de la mía, su aliento huele a alcohol barato, los dientes sin lavar—. ¿Crees que puedes decirme lo que puedo hacer?

Mi cuerpo se mueve por instinto.

Pongo las manos en su pecho y empujo con todas mis fuerzas. Se tambalea, pero no lo suficiente.

Estoy atrapada.

—¡Ayuda! —grito con todo lo que tengo en los pulmones—. ¡Ayuda!

Nadie viene.

Por supuesto que no.

Estoy sola.

La desesperación me hace reaccionar antes de pensar.

Levanto la pierna y le doy otra patada, esta vez con todas mis fuerzas. Mi pie se estrella directo en sus pelotas otra vez. El tipo suelta un aullido de dolor y se retuerce.

Me libero.

Empiezo a correr de nuevo, sin mirar atrás.

Un coche se detiene a mi lado de golpe, las llantas chillan contra el asfalto.

¿La policía? No.

Es un coche oscuro, y estoy tan asustada que sigo corriendo.

—¡Isadora!

Me congelo.

Reconozco esa voz.

Me doy la vuelta y entonces lo veo, Jareth se interpone entre el tipo y yo.

Una fracción de segundo después, su puño vuela.

El impacto es brutal.

El tipo se desploma en el suelo, inconsciente, y sin tomarse un segundo para ver lo que acaba de hacer, Jareth voltea y con ojos furiosos ordena:

—Sube al puto coche, ahora.



Por supuesto que esta es mi maldita suerte.

Parece ser que un hombre ya no puede salir a despejar la mente sin toparse con la persona que la arruinó en primer lugar.

¡Ahh!

Conducir me relaja, o me relajaba, mejor dicho.

Siempre ha tenido ese efecto y es una técnica terapéutica milenaria que ejerzo al menos dos veces por semana, aunque últimamente es casi todos los días. Me limpia la cabeza de pensamientos tóxicos, de esos que se aferran a tu cerebro como una canción mediocre que la radio insiste en repetir. Pero hoy, la maldita paz me dura menos que un respiro.

En la periferia de mi visión, algo se mueve en la mal iluminada avenida. Al principio no le doy importancia. Hasta que veo a una mujer corriendo y a un hombre derribándola como si pesara lo mismo que una pluma.

El instinto me golpea antes que la lógica, pero los jodidos estribos los pierdo por completo cuando reconozco quién es ella.

La secuencia de lo que hago ocurre en destellos: clavo los frenos, meto un puñetazo y, por último, veo al tipo tirado en el suelo, inconsciente.

Agarro el brazo de Isadora y la meto en el coche sin darle oportunidad de protestar. La puerta se cierra con un portazo.

Antes de subirme, giro hacia el tipo que despierta e intenta incorporarse.

—Agradece que no quiero mancharme la ropa —lanzo, mi voz grave y cargada de amenaza—. Si no, ahora mismo te estarían recogiendo con cuchara.

El tipo levanta las manos en un gesto patético de defensa, cubriéndose la cara como si realmente creyera que voy a desperdiciar mi tiempo en él.

Nadie se merece mi tiempo. Y mucho menos gratis.

—Sí, sí… Déjame en paz.

—Maldito idiota… —digo entre dientes, dándole la espalda y rodeando el coche.

Me siento, cierro la puerta tan fuerte que casi se descuelga y acelero por la avenida sin mirar atrás. Mis manos aprietan el volante con tanta fuerza que los nudillos se vuelven blancos.

—Jareth… —susurra con precaución.

—Ahora no, Isadora —gruño, intentando calmar mis palpitaciones. Me concentro en el semáforo, en el sonido de una ambulancia a lo lejos, las palmeras dividiendo la avenida, todo menos la persona sentada a mi lado, tensa y atenta a mi reacción.

Niego con la cabeza, irritado por la simple revelación de que cuando se trata de esta mujer, aún queda en mí un gramo de piedad.

Qué asco.

Lo hice porque es amiga de la ladrona, no hay otra explicación.

Cuando dejo de ver rojo, noto que ella está temblando y siento algo que algunos llaman «cargo de conciencia», no estoy seguro de que sea eso, ya que nunca lo he tenido.

Sin decirle nuestro rumbo, tomo control del presente otra vez, de mi respiración, de mi mente turbulenta, y conduzco hacia el único destino lógico tras una noche arruinada.

Mi hogar.



Las luces del estacionamiento subterráneo están encendidas, pero no hay un alma. Poca gente está despierta a estas horas un miércoles, excepto los tipos neuróticos como yo, bueno, y mujeres irreverentes como ella, supongo.

La pantalla del Aston Martin marca las dos de la mañana. El sonido del pódcast sobre autoayuda sigue de fondo, apenas un murmullo al que no había prestado atención hasta ahora. Lo silencio y lo elimino, no quiero que vea el título del episodio, aunque probablemente sea demasiado tarde.

—Explícame por qué coño caminabas sola por la calle a esta hora. —Mi tono sale más agresivo de lo que pretendía, pero la furia me carcome. ¿Por qué se pone frente al peligro así? Como si su vida no valiera nada.

Ella evita mi mirada y aferra su mochila contra el pecho. El temblor en sus manos se ha reducido, pero su pierna sigue moviéndose con ansiedad. Respira hondo, reconstruyendo ese caparazón que usa desde que la conozco.

—Oye, gracias por ayudarme, pero no te debo ninguna explicación.

—Y una mierda, Isadora. Casi te atacan… ¿Qué coño te pasa? ¿Estás drogada, alcoholizada?

Eso la enfada. Bien, es exactamente donde quería llevarla, verla catatónica no es óptimo en estos momentos.

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—Entonces dame una razón lógica. Porque si no, voy a asumir lo peor. Créeme, tengo una gran imaginación.

Ella exhala, irritada.

—Estoy en una… situación… *momentánea* de alojamiento.

—¿Alojamiento? —Frunzo el ceño—. ¿Qué tipo de situación?

—La falta de este —responde como si la respuesta fuese obvia y yo un tonto que no entiende lo que dice—. Gracias por ayudarme,

pero tengo que irme.

Intenta abrir la puerta, que, por supuesto, tiene el seguro echado. ¿Cree que la conversación terminó? No. Termina cuando *yo* lo decido.

—¿No tienes dónde vivir? —concluyo en voz alta—. Pensé que vivías con la ladrona.

—Harriet —corrige, con un brillo desafiante en los ojos paraíso, uno que no existía antes—. Deja de llamarla ladrona cuando no tienes idea de lo difícil que puede ser la vida para alguien que no nació con una cuchara de oro en la boca.

Pobrísimo intento de herirme. Espero más de ella la próxima vez.

Me quedo en silencio, cabreado, esperando que continúe de una vez.

—Viví con ella un tiempo, pero ya no puedo seguir allí.

—¿Por qué no?

—No importa. Tengo que buscar piso, pero no estoy encontrando nada por la zona.

—Por supuesto que no. Esta es una de las zonas más caras del país.

Ahora ella me lanza una mirada irritada.

—Lo sé, Jareth. Por eso me está tomando más tiempo de lo que creí —explica marcando cada sílaba y apretando los dientes.

¿Yo la saco de quicio? ¡¿Ella es la imprudente y se toma el tupé de mirarme como si estuviera loco?!

La observo, incrédulo y casi ofendido, digo casi porque debería importarme para ofenderme.

No es el caso.

—¿Y qué planeabas hacer? ¿Dormir en el banco de una plaza? —Sé que exagero, pero a estas alturas…

—Sí.

—¡¿Qué?! —Me llevo las dos manos a la cara y arrastro los dedos lentamente—. Dime que es un chiste.

—Pues no, tengo una amiga que vive en la calle, me dijo que podía quedarme con ella, pero no estaba en su carpa, así que decidí ir en busca de un lugar…

—No puedo creerlo —murmuro—. ¿Y César? ¿Por qué no lo llamaste a él?

Sé que César está en la ciudad. Sé cada paso que da, cada idea «brillante» que se le ocurre antes de que siquiera la ponga en marcha. Lo que él no entiende es que llevamos años jugando una partida de ajedrez, y siempre voy un movimiento por delante.

César Taylor tiene un problema, me tiene de enemigo. Y por eso nunca podrá ganar.

La desviación de su mirada me dice todo lo que necesito saber.

—César no es una opción.

—Ya… —Desbloqueo las puertas, la conversación ha terminado—. Vamos.

—¿Eh? ¿A dónde?

—¿A dónde crees? A mi piso.

Y después me trata *a mí* como tonto, bah.



Debo admitir que cuando me acusó de vivir en una torre, no estaba tan errada.

Esto no es un simple piso con vistas. Es un maldito trono.

Un depredador urbano necesita altura, control, dominio, y eso es exactamente lo que esta torre me da. Desde aquí, el mundo se ve pequeño, insignificante. Los ventanales que dominan la bahía de San Francisco fueron elegidos con precisión quirúrgica, cada ángulo grita poder y privilegio.

Cuando lo compré hace años, lo hice con la intención de que cada detalle reflejara exactamente lo que soy, quien soy.

Desde el salón, el Bay Bridge se extiende sobre la derecha como un recordatorio de que allá fuera la vida sigue, que la gente se mueve, trabaja, sueña… mientras yo disfruto de la calma en mi refugio exclusivo. Las luces en las colinas titilan en la distancia,

creando la ilusión de un horizonte infinito, como si este piso flotara sobre la ciudad.

Isadora se detiene en medio del salón y coloca las manos en la cintura, antes de escanear el lugar con una mirada que me es imposible descifrar.

—Lo has logrado —susurra, observando el paisaje con una mezcla de admiración y algo más… Algo que no quiero analizar demasiado.

—Dije que lo haría —gruño, recordándole que siempre cumplo con mi palabra, no como otras—. Ahí tienes un sofá, el baño es esa puerta. —Señalo con un gesto seco hacia la derecha.

¿Tengo una habitación de huéspedes? Por supuesto, es más, tengo dos, una donde mi hermana duerme al menos dos o tres noches por semana y otra que está abandonada.

¿Se merece pasar la noche en una cama? No.

Que se joda.

Ella decidió dejarme, estas son las consecuencias.

El sofá de líneas impecables se funde con el horizonte. Sobre las mesas de diseño, mis bonsáis, los únicos seres vivos en este piso que han recibido mi atención constante en los últimos años.

Isadora deja su mochila destrozada junto al sofá blanco y me mira.

—Gracias. Solo será por esta noche.

—Ajá… —devuelvo, ya caminando hacia mi habitación.

No quiero que esté aquí.

No quiero verla en el único lugar sagrado que poseo. No quiero ver cómo reacciona ante lo que he construido, porque sé que su opinión sigue teniendo peso en lugares recónditos dentro de mí que preferiría ignorar.

No quiero recordar que una vez tuvo mi corazón entre las manos y lo usó como una servilleta desechable antes de tirarlo a la basura.

Busco unas almohadas y unas mantas, lo mínimo para que pase la noche. Cuando vuelvo, la encuentro sentada en la oscuridad, mirando la inmensidad de la bahía como si tratara de descifrar el significado del universo en las luces lejanas.

—Toma. —Le lanzo el bulto, que atrapa sin esfuerzo. Sus botas dejan una marca en la alfombra blanca.

—Y quítate esas cosas —añado con frialdad—. No quiero suciedad en mi casa.

—Así que la obsesión con el orden y la limpieza sigue en pie —murmura, sin voltear a verme.

No respondo.

No quiero darle la satisfacción de una réplica.

Me vuelvo a mi habitación, huyendo de ella como un maldito cobarde.

Porque la verdad es que no me pertenezco cuando está cerca.

Y no sé si eso es bueno o malo.



Isadora

El sonido de una taza golpeando con fuerza contra la encimera me despierta con una descarga de adrenalina. Me enderezo en el sofá, el corazón acelerado, y parpadeo varias veces antes de recordar dónde estoy.

Oh, claro. Estoy en el mal humor matutino de Jareth.

No es como si pudiera olvidar dónde estoy, ni que estoy cerca de él. Es imposible. Solo alguien con la seguridad de Jareth podría tener un piso con este nivel de exposición o la absurda capacidad de levantarse a las cinco de la mañana por voluntad propia.

Lo encuentro de espaldas a mí, esperando que su lujosa máquina de café termine de llenar su taza negra. Toda la disposición del piso es abierta, sin paredes que dividan la cocina del salón ni del comedor. Por eso puedo verlo. *Y escucharlo* maldecir entre dientes algo sobre que se quedó dormido.

Joder, si a las cinco es quedarse dormido, entonces, ¿a qué hora se levanta?

El eco de la noche anterior sigue pesando en mi mente. Lo que pasó no volverá a ocurrir, fui imprudente, confié demasiado en el ser humano, y es hora de cambiar eso.

Es curioso como pegarse un susto de muerte puede poner en perspectiva todo. Cuando el tipo me sujetó de la mochila, mi cuerpo activó el modo pelea y mis extremidades comenzaron a moverse, esperando que, con un milagro, golpeara algo blando que lo inmovilizara un segundo.

Quién iba a decir que con lo que se encontró el tipo al final fue con los nudillos duros de Jareth Sullivan.

Nunca voy a admitir lo aliviada que me sentí al ver su estúpido y esculpido rostro.

Volviendo a las nuevas metas que me puse mientras observaba la ciudad desde la seguridad de un sillón donde sí entro (finalmente ese lugar existe), decidí que es hora de irme de San Francisco. Quizá mudarme a la zona de la bahía sea lo mejor, dicen que Antioch es bonito, allí los precios de los alquileres bajan y las oportunidades de trabajo siguen siendo las mismas. Probablemente extrañe a Harriet y a mi hermano, pero podría venir los fines de semana en tren.

—Ah… bien. Estás despierta. —El tono es entre aburrido y fastidiado, como si la situación no pudiera importarle menos.

—Sí —respondo con voz ronca mientras me siento lentamente como una momia que se levanta de una tumba. Aún es de noche fuera, lo que me hace sentir que he dormido menos de lo que realmente… Oh, espera. *Sí, solo dormí tres horas.*

Escucho el sonido de una sartén chocando con el fogón y espío por encima del sofá para ver qué hace. Rompe un huevo contra el borde y lo deja deslizarse en la sartén con una precisión digna de un vídeo ASMR de YouTube. Está vestido con ropa deportiva negra que resalta la dureza de su cuerpo, sus pectorales y una leve ondulación sobre su estómago. Ah, y tiene el entrecejo pasivo-agresivo.

Joder, alguien que me pague la terapia, no puede resultarme eso sexy.

—Me iré, no te preocupes —digo, más para tranquilizarme a mí misma que a él.

Claramente, Jareth no ha superado nada de lo que pasó entre nosotros, y lo entiendo. Si la situación hubiera sido al revés, yo estaría reaccionando igual.

—Ah, ¿sí? —Su tono gotea sarcasmo como ácido—. ¿Vas a caminar por la ciudad hasta que sea la hora de ir a *ese lugar* donde trabajas?

No se me escapa como dice «ese lugar» con desprecio y hastío. Tampoco el hecho de que no me mira mientras habla, pero deja una taza sobre la isla, toma otra para sí mismo y se la lleva a los labios mientras sigue observando el huevo cocerse.

Oh. ¿Eso es para mí?

—No quiero abusar de su generosidad, mi señor —devuelvo, poniéndome de pie con fingida solemnidad.

Finalmente me mira.

Esos ojos, esos malditos ojos que nunca he olvidado. Tampoco sus facciones afiladas, la quijada cincelada como si el tiempo no hiciera más que mejorarla. Jareth ha envejecido como el vino, y no es justo.

Yo, por el otro lado, tengo el pelo cortado como si lo hubiera hecho con los dientes, porque Harriet me prometió que después de ver un vídeo en YouTube podía hacerlo, así nos ahorrábamos el turno en el salón de belleza. Spoiler: quedó horrible. Mi vaquero está roto a la altura de la rodilla y no por moda, sino porque anoche lo rompí contra el cemento; y, con tres horas de sueño, no hay rutina facial que pueda reparar las ojeras negras como dos bolsas de Coca-Cola que me cuelgan de la cara.

No quería que me viera en mi peor momento.

Sirve dos platos y empuja el mío por la encimera hasta que choca con la taza. Él, en cambio, se queda de pie, comiendo rápido, como si tuviera algo mejor que hacer que compartir espacio conmigo.

—Vuelvo en una hora —anuncia, soltando su plato en el fregadero con un ruido sordo—. Intenta no destrozar mi piso, a menos que pienses pagármelo de alguna manera.

Oh, ¿chistes sexuales hacemos ahora?

—Lo intentaré —devuelvo, sentándome en un taburete frente a la isla—. Gracias por el desayuno.

Algo murmura por lo bajo antes de desaparecer por la puerta, pero no lo entiendo.

Y quizá sea mejor así.



Exactamente una hora después escucho la cerradura eléctrica de la puerta y mi estómago reacciona como si la Parca viniera a por mí.

Durante el tiempo que se fue, no hice prácticamente nada. Y no por falta de opciones, sino porque estoy bastante segura de que hay mil cámaras ocultas en este piso, apuntando a cada rincón elegante del lugar. Si hay algo que conozco de Jareth, es su necesidad de control.

Así que terminé el desayuno que hizo, limpié todo lo que usé y lo que él usó (porque si algo me enseñó la vida es que no hay peor humillación que escuchar a Jareth criticar tu falta de orden) y me senté en el sofá a apreciar el amanecer y cómo la ciudad empieza a despertarse.

Todos los miedos de anoche, la tensión y la adrenalina parecen borrarse con la luz del sol, con los coches en movimiento, la gente saliendo del metro y los comercios abriendo.

La noche y yo nunca nos llevamos bien, no sé cuándo comenzó el miedo, solo recuerdo la tranquilidad de la luz del día. Cuando me mudé a esta ciudad, intenté romper con ese miedo, ya que el movimiento en algunas zonas era elevando hasta altas horas de la madrugada, pero cuando todo cambió y Jareth se fue, bueno, todo eso volvió.

Escucho sus pasos por el suelo de roble y lo siguiente es un bufido, probablemente había olvidado que estaba aquí.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunto arrodillándome sobre el sofá, apoyo los brazos en el respaldo y lo observo tomar agua de una botella como si fuese un concurso de masculinidad.

Diez de diez, absolutamente sensual y varonil.

Joder.

Me aclaro la garganta y aparto la mirada antes de que mis pensamientos tomen un camino que no me puedo permitir.

Jareth deja la botella sobre la encimera con un golpe sordo y se apoya en la isla, pasándose una mano por el cabello húmedo.

—¿Y qué hiciste mientras no estaba? ¿Revisaste mis cosas? ¿Dejaste todo exactamente donde lo encontraste para que no me diera cuenta?

Pongo los ojos en blanco.

—Encontré la bóveda secreta donde escondes los cuerpos, la policía está en camino.

—Ja. Ja. —Su mirada se clava en mí, afilada—. Entonces, ¿qué hiciste realmente?

—Desayuné, limpié y ahora contemplaba cómo amanece el mundo desde tu castillo en las nubes.

Jareth levanta una ceja, como si no esperara que realmente hubiese limpiado.

—¿Y no tocaste nada?

—¿Quieres hacerme una prueba de huellas dactilares?

Cruza los brazos sobre el pecho, su postura lo suficientemente relajada para que cualquiera pensara que no le importa, pero yo sé que sí.

—No es mala idea.

—Si eso te tranquiliza… —Me levanto del sofá y camino hacia la cocina hasta detenerme justo frente a él—. Puedes revisar las cámaras.

Sus labios se curvan apenas, como si estuviera considerando tomarme en serio o no.

—No tengo cámaras en el piso.

—Por supuesto que las tienes.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Me acerco un poco más para mirarlo fijamente.

—Porque te conozco, Jareth, y tú no dejas nada sin vigilancia.

Su mandíbula se tensa, sus ojos recorren mi rostro con esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—Si te conociera menos, pensaría que es paranoia —murmura.

—Y si yo te conociera menos, pensaría que me miraste por las cámaras todo el tiempo mientras entrenabas.

Nos quedamos en silencio, el aire cargado de esa electricidad pesada que siempre existió entre nosotros.

Finalmente, Jareth suspira y vuelve a llenarse los pulmones de aire con una calma fingida.

—Entonces, ¿cuál es el plan, Isadora? ¿Seguir en mi casa hasta que te aburra?

Me cruzo de brazos, decidiendo no morder el anzuelo de su sarcasmo.

—No te preocupes. Pronto me iré.

—¿A dónde?

—Todavía no lo sé.

—Genial —dice, tomando un sorbo más—. Una mujer sin planes y con tendencia a meterse en problemas. Nada puede salir mal.

—¿Sabes qué, Jareth? —Me miro las uñas con detenimiento y libero una sonrisa afilada—. Puedes seguir siendo un imbécil todo lo que quieras, pero no necesito tu permiso.

Él apoya la botella con lentitud esta vez, su mirada se vuelve oscura, seria.

—No, Isadora, pero tampoco pienses que necesito tenerte en mi casa.

Silencio.

Me enderezo e ignoro el pinchazo en el pecho que sus palabras provocan.

—Tranquilo, tu acto de bondad fugaz termina en unos minutos.

Me doy la vuelta en dirección al sofá sin esperar una respuesta.

Porque sé que Jareth no dice las cosas por decirlas. Y aunque duela, también sé que lo merezco.

Sin decir más, se retira, probablemente a prepararse para ir a trabajar, mientras yo desaparezco tras las puerta del baño, para respirar con normalidad durante algunos minutos.

Poco tiempo después, Jareth aparece vestido como si estuviera a punto de cerrar un trato que vale más de lo que cualquiera de los mortales que caminan por la ciudad ganará en su vida. Un traje negro hecho a medida, sin una sola arruga, una corbata perfectamente ajustada, el cabello oscuro acomodado con precisión

milimétrica, su perfume caro dejando una estela que casi huele a poder. Su expresión es severa, su postura impenetrable.

—Mónica vendrá en una hora.

El nombre de una mujer en su boca me enciende todas las alarmas. No me muevo, no reacciono, sigo mirando mi móvil con fingido interés, como si no acabara de patearme el estómago con esa información.

—Genial —digo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Le diré que anoche tu actuación dejó mucho que desear y que necesitas algo para… —Levanto un dedo con intención y acompaño el gesto con un silbido bajo.

Jareth no se inmuta.

—Mejor dile que mi sentido común se fue de vacaciones, porque es la única explicación para que alguien como tú esté en mi piso.

El veneno en su voz es un dardo certero, pero no lo dejo ver.

—Adiós, Isadora —añade con frialdad—. Intenta no poner tu vida en peligro otra vez.

Levanto la vista justo a tiempo para encontrarme con su mirada afilada.

—No te preocupes. Esta noche he decidido que probaré la heroína, a ver cómo me va.

Con un portazo termina nuestra conversación y nuestra inesperada convivencia.



—Mónica —digo en cuanto escucho su voz en el altavoz del coche—. ¿Estás en camino?

Mónica fue mi última niñera. La mujer que me crio en mis peores años de adolescencia rebelde y que mi padre echó de casa el mismo día que partí a la universidad, como si su trabajo hubiera terminado en cuanto yo crucé la puerta.

Nunca perdimos el contacto. De vez en cuando la visitaba e intentaba compensar la frialdad de mi padre con regalos exuberantes, sabiendo que nada realmente podría borrar lo que él le hizo. Hasta que un día, en un ataque de honestidad, me confesó que la economía de su hogar iba en picado y que era hora de dejar su retiro a un lado para volver a trabajar.

Sin pensarlo, le propuse un trabajo de oficina. Algo sencillo, sin mucho movimiento. Consideré inventarle algún puesto en la compañía, pero la idea se desmoronó en cuanto me miró por encima de sus gafas gruesas y arqueó una ceja con ese gesto que decía: «No me subestimes, niño».

Así que mi siguiente propuesta fue más práctica: que se hiciera cargo de mi piso. Que gestionara las compras, la comida y que contratara a alguien para la limpieza, porque si había algo que no

iba a permitir era que se rompiera la espalda fregando el suelo por capricho mío.

Esa idea le gustó más. Finalmente, llegamos a un acuerdo.

Ese soy yo, tratos, acuerdos, beneficios mutuos. Lo aplico en mis negocios como en mi vida privada.

—Aún no —responde con naturalidad—. ¿Recuerdas que tengo cita con el cardiólogo?

Su tono fue el mismo que si me hubiera dicho «¿Recuerdas que tengo una vida, niñato?», y por eso es por lo que ella y yo funcionamos tan bien.

—Joder, lo olvidé —digo por lo bajo, pero esto es exactamente lo que quería escuchar—. Tómate el día.

¿Es coincidencia que lo diga porque Isadora está en mi casa? Por supuesto que no.

Todavía no decido qué hacer con Isadora. A pesar de que ella crea que tiene opciones.

—Jareth, no necesito tomarme el día. Será solo un rato.

—Lo digo en serio. El piso está ordenado, tengo comida para dos días más. Tómate el día, nos vemos mañana.

Ella suspira, el mismo suspiro que yo suelo hacer cuando la paciencia se me agota. Probablemente lo copié de ella cuando era niño.

—Está bien, pero…

—Pero nada, mándale saludos a Jeff. —*Su esposo*.

Corto la llamada antes de que siga discutiendo, puede ser muy cabezota cuando quiere.

Pongo la luz de giro y espero el semáforo mientras intento descifrar qué mierda hacer con esta extraña oportunidad que acaba de aterrizar en mi vida.

Porque yo no hago favores gratis a nadie.

Ni siquiera a Isadora.

La oficina de Leonet está viva.

El murmullo de la gente me relaja, las salas de reuniones ya están en funcionamiento, los empleados discuten soluciones en su camino al baño. Esto es el sonido del dinero acumulándose en mi cuenta bancaria.

Estoy aquí porque resuelvo problemas. Esa es mi especialidad.

Cuando una compañía adquiere (o, como me gusta llamarlo, *succiona*) otra empresa más pequeña, es mi trabajo llegar y diseccionar cada rincón hasta encontrar los errores, desmenuzarlos y dar soluciones. Y lo hago tan bien que me pagan cifras obscenas solo por escuchar mi opinión.

No es coincidencia que esta empresa en particular haya sido de César. Tampoco es casualidad que su incompetencia lo haya llevado a la bancarrota, lo que dejó la mesa servida para que Leonet viniera y se la comiera viva.

Los pequeños placeres de la vida: el café fuerte, ver crecer a tu bonsái y arruinar todo lo que César toca.

No me pagan por disfrutarlo, pero definitivamente es un extra.

—Buenos días, señor Sullivan. Hermosa mañana, ¿no? —dice Nanami, mi asistente, con esa energía irritantemente optimista al verme pasar.

—Dices eso porque no has visto lo que tengo en mi casa —respondo sin despegar la mirada del móvil, abro la puerta de mi despacho y la cierro en su cara.

No sé en qué estaba pensando cuando contraté a una asistente tan positiva. Tal vez quería probar si podía resistir la constante alegría sin perder la cabeza. Spoiler: no puedo.

Nanami entra segundos después, imperturbable, y espera a que acuse recibo de su presencia con esa sonrisa impecable, digna de un robot programado para ser cordial sin importar la situación.

El despacho que tengo no es el que todo el mundo asume basado en lo poco que me conocen. Si tuviera que compararlo con Alex, por ejemplo, que tiene un piso dentro de su despacho, con todas las comodidades de un hogar, como una televisión, una nevera, la PlayStation y todos esos juguetes de hombre adulto. La mía es simple, es momentánea y transaccional. Yo vengo aquí hasta

que acomodo el barco; una vez que lo dejo en funcionamiento, paso al siguiente.

Por eso un escritorio con algunas sillas para cuando tengo que dar malas noticias y privacidad tras cuatro paneles de cristal es todo lo que necesito.

El CEO quizá deba tener un despacho elegante, yo debo tener uno eficiente.

—La junta con el directorio sigue en pie.

—Lo sé. —Mi tono aburrido no la espanta.

—También tienes una reunión a las doce con Alexander.

Eso sí me hace levantar la vista.

—Le dije que no iba a ayudarlo.

—Lo sé, pero insistió y…

—Déjame adivinar. ¿Te prometió una suscripción de por vida a su aplicación de mierda?

Nanami pestañea y pone cara de haber sido atrapada con las manos en la masa.

—Creí que te pagaba lo suficiente como para poderte costear una mísera suscripción.

Ella vuelve a sonreír sin decir nada. Ni una palabra, solo esa maldita sonrisa que significa «tienes razón, pero igual lo hice».

Asiento, derrotado.

Con cero horas de sueño y una mente demasiado agotada para discutir, simplemente me dejo caer en la silla.

—Dile que tiene diez minutos, ni uno más. Suficiente con tener que verle la cara una vez por semana en el bar.

Nanami asiente con entusiasmo y se retira, dejando tras de sí un leve aroma a café y eficiencia.

Odio admitirlo, pero la maldita sabe salirse con la suya. La contraté hace unos años, cuando tuve que despedirla de una compañía tecnológica en Silicon Valley. Fue buena peleándome, dándome razones para que entendiera que estaba equivocado, y eso fue un reto. La puse a prueba asignándole las peores tareas, las más desafiantes, pero pudo con todo. A regañadientes accedí a que fuera mi asistente y ahora viaja conmigo de compañía en compañía. Tiene

un puesto a unos metros de mi despacho, desde donde vigila mis movimientos.

En cuanto cierra la puerta, abro en el ordenador las cámaras de mi piso. Sí, tengo cámaras; sí, le mentí a Isadora, pero no puedo perderme este espectáculo.

La veo salir del baño, con una muda de ropa que luce exactamente igual a lo que tenía antes, unos vaqueros y una camiseta negra. Ese estilo de «esfuerzo cero» todavía le favorece y eso me enerva. Su pelo liso cae mojado y pesado. Obviamente se peina con los dedos, porque si no, no sería Isadora. Mira por el ventanal la ciudad en movimiento.

Oh, no puedo esperar a ver lo que está a punto de pasar.

Hace mucho que no me sentía emocionado por algo.

Finalmente, levanta su mochila del suelo y se la cuelga de un solo hombro, porque, por supuesto, es demasiado «cool» para llevarla de los dos como una persona normal. Camina hacia la puerta con una determinación que, en cuestión de segundos, va a desmoronarse más rápido que la reputación de Blake Lively.

Cambio el ángulo de la cámara y disfruto cada segundo del desastre inminente.

Las cámaras las instalé después de que Ruby usara mi piso para hacer una fiesta en uno de mis viajes de negocios. Cuando volví estaba todo impecable, excepto por el detalle de unos calzoncillos enterrados en uno de mis sillones. Por supuesto, sabía que no eran míos por una simple razón: yo no uso ropa interior agujereada como un inadaptado social.

Después de la obligatoria conversación con Ruby sobre mejorar su criterio con los hombres, ella admitió que el tipo ni siquiera valía la pena.

El sofá terminó en el incinerador, naturalmente, y el nuevo es el que Isadora usó anoche.

Hablando de la innombrable, la observo concentrarse en la cerradura de la puerta, tocando botones y girando cosas con la misma habilidad que un bebé con un juguete nuevo. Subo el volumen del micrófono justo a tiempo para escucharla perder la paciencia.

—¡Joder! ¡Jareth! ¡¿Cómo se abre la puerta?! —grita.

Sabe que la estoy observando, ya no tiene sentido pretender lo contrario.

Abro el micrófono para responder.

—Necesitas un código —digo con el mismo tono condescendiente que uso cuando le explico a Mónica por cuarta vez cómo enviar un correo electrónico.

—¡¿Y qué estás esperando para dármelo?! —me grita, su voz vibrando de rabia. Mira hacia donde escuchó mi voz, sus ojos paraíso encendidos como si pudiera quemar la cámara con la mirada.

Oprimo el botón con calma.

—No.

—¡¿Qué coño quieres decir con «no»?! ¡Necesito salir!

—Intenta descifrarlo sola.

—Vete a la mierda. —Pone los brazos en jarra y, tras unos segundos, empieza a teclear frenéticamente.

—Tienes tres intentos. Si fallas, se bloquea hasta que la reinicie.

Suspira, cubriéndose el rostro con ambas manos antes de soltar un grito de frustración.

—¡Estoy llegando tarde al trabajo!

—No es mi problema.

—Creí que me querías fuera de tu castillo. —Se cruza de brazos y patea el suelo.

Clásico berrinche.

—Aún lo deseo, mocosa insolente, pero eso no significa que no vaya a alargar esto para torturarte todo lo que pueda. —*Porque así va a ser*—. Piensa bien las combinaciones, que hoy vuelvo tarde.

Me río al escucharla maldecirme creativamente, mi preferido es «CEO significa: Catador de Estiércol Oficial». No necesito explicarle que no soy un CEO, al menos no de la manera que ella cree que lo soy.

El primer intento falla, la fecha de mi cumpleaños.

—¿En serio? —me burlo—. ¿Qué tan predecible me crees?

Me insulta otra vez.

—Ufff, te quedan dos —le recuerdo disfrutando con una pizca de psicopatía.

—Cállate —responde, concentrándose en los botones de la cerradura. Oprime cuatro.

Error.

—Ay, Isidora, qué harás todo el día en mi torre, me pregunto. Último intento, piénsalo bien.

—¡Dame una pista al menos!

Me dejo caer en el respaldo de la silla, Nanami me mira desde el otro lado del cristal, asustada por verme sonreír. La ignoro con un movimiento de mano que claramente dice: «Métete en tus propios asuntos».

—Es un día importante —explico—, eso debería ser evidente.

Ella frunce el ceño, pensando.

—¿El día que se pagan los impuestos?

Me río por lo bajo para que no lo escuche.

—Es personal.

—Personal… —razona—. Personal… ¿El día que egresaste de la universidad?

—No.

—¿El día que me conociste?

—Inténtalo.

Con demasiada confianza, teclea los cuatro números. Me sorprende que recuerde el día exacto en el que nos conocimos.

Error.

—¡JODER, JARETH! JURO QUE…

Corto el micrófono cuando la veo tener un colapso emocional en vivo y en directo.

Justo en ese momento, Nanami abre la puerta con exasperación.

—El directorio está aquí.

Sonrío.

—Justo a tiempo.



—¡Jareth! —grito, golpeando la cámara con la palma abierta.

Nada.

Silencio absoluto.

A estas alturas, ya no sé qué más hacer. El maldito dejó de responder, no tengo su número y ahora estoy oficialmente encerrada en este piso.

Tuve que llamar a mi jefe y explicarle (sin que sonara como una mentira fabricada por un niño de diez años) que estaba atrapada en la casa de un conocido y que no iba a poder ir a trabajar hasta tarde. Por supuesto que no me creyó, y ahora tengo que compensarlo con horas extras y, seguramente, dolor de espalda.

Cuando era más joven creía que tenía dolor de espalda, ahora con veinticinco puedo afirmar que no tenía idea de lo que hablaba y seguro que a mis treinta voy a repetir lo mismo.

A los cincuenta no llego.

Sé que servir mesas no es un trabajo demandante. No estoy con una pala cavando la tierra, sudando bajo el sol o levantando muros, pero cuando llego a las doce horas de trabajo, a veces es tanto el dolor en la lumbar que me desespero. Ser alta no es genial como muchas chicas creen, con la profesión vienen complicaciones, como

la inclinación a identificarse con la letra *C* o encorvarse para estar a la misma altura que las demás personas; eso a la larga me genera dolor crónico y me obliga a ingerir copiosas cantidades de ibuprofeno.

Pero la verdadera desesperación empieza cuando me da hambre. Porque cuando tengo hambre, pierdo la cabeza. Y cuando pierdo la cabeza, hablo sola.

—¡Tengo hambre! —grito, mirando hacia el techo, suponiendo que en algún rincón oculto Jareth está escuchando y riéndose de mí. Espero que los vecinos llamen a la policía, porque si no como algo, es probable que incinere este lugar, no importa si yo muero en el proceso.

El silencio de esta maldita torre me empieza a dar escalofríos.

Como en todas las casas de ricos, la nevera no luce como una, sino que se camufla con el resto de la carpintería de la cocina, y por eso empiezo a abrir puertas como el fantasma de *El sexto sentido*. Finalmente la encuentro, y cuando la abro, me enfrento a una escena verdaderamente sacada de una peli de terror.

Todo está perfectamente ordenado. Demasiado ordenado. Los táperes de vidrio están etiquetados: «Cena martes», «Merienda jueves», «Frambuesas», «Arándanos», y un cajón entero que, de manera completamente innecesaria, está rotulado con la palabra «Cebolla».

¿Esto es lo que creo que es?

¿Es una nevera de Pinterest?

¡Me muero!

—¡Qué horror! —grito con la intención clara de que me escuche —. ¡¿Qué nivel de *meal prep bro* obsesivo tienes que ser para tener la nevera así de organizada?!

Nada.

Mi ofensa crece al notar la cantidad absurda de huevos, proteínas, bebidas energéticas y agua embotellada.

Abro uno de los táperes que dice «Cena martes» y lo reviso con precaución. No parece haber nada sospechoso: carne y brócoli, básicamente, ninguna alegría.

Levanto el táper en alto como si fuera un trofeo.

—¡Voy a comer tu cena de almuerzo! —anuncio, esperando que eso lo saque de quicio.

Nada.

Idiota.

Me dejo caer en el sofá con el táper apoyado sobre la barriga y alterno la mirada entre los coches pasando a toda velocidad por el Bay Bridge y el móvil sin ninguna intención específica.

Si Jareth cree que va a ganar esta partida, está muy equivocado.

Solo tiene que esperar a que termine de comer…



Para las cuatro de la tarde abro la puerta de su habitación con impunidad.

Que, por cierto, no es la puerta de su habitación, ¡es la puerta a un maldito corredor interminable con al menos veinte puertas más! Bueno, no veinte, pero conté cuatro en un ataque de histeria.

¡Me hizo dormir en el sofá teniendo todas estas camas increíbles para descansar! La última puerta es la habitación de la bestia, y no me sorprende encontrar la personalidad de un hotel de cinco estrellas. No es que haya estado en uno alguna vez, pero así me lo imagino.

Jareth despierta y no abre los ojos como cualquier mortal, los abre a la bahía, a la isla Yerba Buena y a la silueta imponente del Bay Bridge. Es un escenario diseñado para que cada mañana empiece con lujo y, así y todo, el tipo se despierta de mal humor.

Increíble.

Hacia la izquierda hay un pasillo que supongo que es un vestidor, recubierto a ambos lados con puertas elegantes de roble claro, y al final se puede ver una bañera blanca impoluta. Detrás, una ducha para diez personas y su bata blanca colgada prolijamente en la pared.

No hay nada que diga «Jareth» excepto el orden excesivo, la limpieza de un asesino en serie y unos cascos colgados en la pared.

Una de las habitaciones extra tiene un poco más de personalidad, hay algunos libros olvidados en la mesita de noche, una sudadera doblada a los pies de la cama y unas pantuflas rosas que resaltan dentro de todos los colores neutros.

Me pregunto si es de su hermana.

Nunca supe si había tenido relación con ella después de lo que Jareth me contó ese día, pero podría ser.

¿O tiene una habitación para las amantes que trae?

Puaj.

Finalmente, una oficina con un escritorio simple, un sofá elegante enfrente y algunos cuadros de mapas de la ciudad. Una alfombra gris contrasta con el suelo claro. Y, por supuesto, más bonsáis.

Conté al menos cuatro en toda la casa.

Y eso me da una gran idea.



A las seis de la tarde, finalmente puedo salir de la sala de reuniones.

Nanami ha desaparecido como si la tierra se la hubiera tragado. El resto de la oficina está casi vacía, salvo por algunos rezagados que se aferran a sus escritorios como si fueran salvavidas. Los típicos padres que prefieren trabajar hasta el cansancio antes que volver a casa y enfrentarse a una conversación con su esposa e hijos.

Recojo mi móvil del escritorio y veo una avalancha de notificaciones de la cámara de seguridad.

Isadora.

Abro la transmisión en vivo y el estómago se me cae al maldito suelo cuando la veo con unas tijeras cerca de una rama de Ali, mi *Ficus retusa*.

Oprimo el botón del micrófono mientras salgo disparado hacia el ascensor, corriendo por la oficina sin importarme quién está en mi camino.

—¡¿Isadora, qué mierda estás haciendo?! —Mi voz retumba en los altavoces.

Las puertas del ascensor se abren, entro a toda velocidad y las cierro justo en la cara de un idiota que me maldice.

Mi *Ficus retusa* es mi bonsái más sofisticado y costoso. Lo compré en una subasta por dieciocho mil dólares hace tres años. Fue mi primer bonsái, el que más cuidados necesita, mi obra maestra.

Y esa lunática lo está amenazando con unas putas tijeras.

—¡Estoy usando esta planta para llamar tu atención! —Su voz suena fuerte y clara a través del altavoz—. ¡Es mi rehén y no voy a dudar en cortarle una rama si no abres la puerta!

Dios. *Dios.*

El ascensor baja más lento que un perezoso con depresión.

—¡No es una planta, es un bonsái! —gruño, porque no puedo evitar corregirla, incluso en un momento como este—. ¡Deja esas tijeras ahora mismo!

—¡Abre la puerta!

No. No puedo.

Si lo hago, se viene abajo todo mi plan.

—¡Estoy en camino! No te comportes como una neurótica y deja de estresar a mi *Ficus*, joder.

Isadora inclina la cabeza hacia un lado y sonríe con un brillo de pura maldad en los ojos.

—Tic, tac, Jareth. O pierde una extremidad.

Mierda, mierda, mierda.

Esto se ha convertido en una toma de rehenes, y el rehén más valioso de mi vida es un árbol miniatura.

El ascensor sigue bajando mientras yo siento que mi presión arterial está a punto de explotar.

—¡Isadora, escúchame bien! —gruño, los nudillos blancos de tanto apretar el móvil—. ¡Si le cortas una sola rama a Ali, lo último por lo que vas a tener que preocuparte en esta vida es por cómo salir de mi maldito piso!

—¡Entonces abre la puerta! —Su voz suena divertida, como si estuviera disfrutando cada segundo de mi sufrimiento.

La veo a través de la cámara, sosteniendo las tijeras peligrosamente cerca de una rama con hojas simétricas que he

cultivado durante años.

—¿Sabes cuánto cuesta ese bonsái? —intento apelar a la lógica, aunque dudo que funcione.

—¿Sabes cuánto cuesta mi paciencia? —responde ella con una ceja en alto—. No tiene precio, Jareth. Y ya la perdiste.

El filo de las tijeras presiona una rama.

—¡NO! ¡JODER, ISADORA!

Las puertas del ascensor se abren y salgo disparado por el pasillo, el móvil aún está pegado a mi mano. Gracias a Dios por entrenar todas las mañanas, si no, no podría correr hacia el coche y salir a toda velocidad.

Dejo el móvil en el asiento del acompañante y, por primera vez en mi vida, voy pendiente de la pantalla mientras conduzco.

—¡Suelta esas tijeras ahora mismo o te juro que…!

Las bocinas de los coches intentan llamar mi atención ante mi conducción imprudente, pero nada es más importante que Ali.

—¿O qué? —pregunta con descaro, jugando con el filo—. ¿Me encerrarás más tiempo? Porque, sinceramente, no sé si mi situación puede empeorar en este castillo de control obsesivo tuyo.

Respiro hondo, intentando no perder completamente la cabeza. Esquivo coches, bocinazos y peatones que agitan las manos en el aire con odio.

Son solo diez cuadras.

Me quedan cinco.

—Si le haces algo a Ali, te juro por todo lo que es sagrado que me vas a deber veinte favores antes de que termine la semana.

—¿Veinte favores? —se burla—. No sabía que habíamos entrado en una mafia de bonsáis.

—Si cortas esa rama, te lo firmo ahora mismo. Me vas a deber.

Por primera vez, veo un destello de duda en su rostro.

Se muerde el labio, su mirada viaja de la cerradura al bonsái.

—… ¿De qué clase de favores estamos hablando? —pregunta con cautela.

Entro al estacionamiento subterráneo, aparco el Aston de forma pésima y corro hacia los ascensores.

—Los que yo decida.

Su sonrisa se ensancha peligrosamente.

Nunca me había planteado lo lejos que queda el ático del estacionamiento, pero este ascensor es más rápido que el otro. Estoy a pasos de la puerta, pero todavía no quiero darle lo que pide.

—¿Incluye que me liberes ahora mismo?

—Ni lo sueñes.

Aprieta las tijeras con más fuerza.

Joder.

Metiendo la clave en tiempo récord, abro la puerta con un golpe seco y la encuentro de pie junto a Ali, las tijeras aún en mano, sonriéndome como si esto fuera una jodida broma.

—Dame una razón de verdad para no hacerlo —desafía, con un brillo peligroso en los ojos.

Me acerco lento, con la paciencia de un hombre al borde de la histeria.

—Porque si cortas esa rama, Isadora, te aseguro que la venganza que tengo planeada va a hacer que esto parezca un juego de niños.

Ella me sostiene la mirada.

Los segundos pasan, tensos, eléctricos.

—Me has encerrado a propósito.

—Sí.

—¿Por qué?

¿Por qué? No lo sé, porque soy un idiota, porque no aprendo de mis errores del pasado, porque no puedo evitar querer resolverle los problemas a todo el mundo, porque no tengo amor propio, aparentemente.

—Siéntate, que tengo una propuesta para ofrecerte que no podrás rechazar.

—Suenas como el padrino.

Mis ojos ruegan que detenga este circo, y luego, con un suspiro dramático, suelta las tijeras sobre la mesa.

Mi alma vuelve al cuerpo.

Ella espera algo de mí, probablemente una explicación de por qué la dejé encerrada todo el día en mi piso cuando lo único que le dije fue que quería que se fuera lo antes posible. Pero antes escondo

la tijera en el cajón y pongo a Ali en el lugar exacto donde debe estar, por la cantidad de luz que debe darle.

Ella se sienta en la mesa del comedor, en la misma silla donde me siento todos los días, pero no es momento de comenzar otra discusión, tengo una propuesta que hacerle y es imperioso que la haga lo más atractiva posible.



La tensión es espesa, cargada de palabras no dichas y resentimientos que ninguno de los dos quiere desempolvar, pero que flotan en el aire como una maldita tormenta eléctrica.

—¿Tienes hambre? —pregunto en un intento de calmar las aguas, abriendo la nevera.

Pero el intento se va a la mierda en cuanto veo el caos absoluto en mi reino de orden.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria y giro lentamente la cabeza hacia ella, mirándola con sospecha.

Isadora me sostiene la mirada con la inocencia falsa de alguien que claramente ha cometido un crimen y no piensa confesarlo. Solo se encoge de hombros.

—Siempre tengo hambre.

—¿Y debo suponer que no sabes leer una etiqueta? ¿Era absolutamente necesario abrir todo y dejarlo en el lugar equivocado?

Empiezo a reorganizar cada táper en su sitio, aunque sé que Mónica va a poner el grito en el cielo cuando vea este desastre.

—Sigo esperando tu propuesta, Jareth.

Mi nombre en sus labios aún me duele, aunque no quiera admitirlo. Simplemente verla despierta cosas que creí haber enterrado hace mucho tiempo, pero tenerla aquí, en mi casa, en mi jodido territorio, me hace perder la cabeza. No sé qué hacer con mis extremidades, con mi respiración, con la forma en que el maldito aire se siente distinto cuando ella está cerca.

Así que me aferro a la única cosa que puedo controlar: la estructura.

Coloco dos manteles individuales blancos con precisión. Luego traigo los vasos y dos botellas de agua, pero después me arrepiento y agrego café a la ecuación. Ella observa todo con una mezcla de burla y curiosidad, pero no dice nada.

No todavía.

El poder que siente sobre mí ahora va a desaparecer en cuestión de segundos, en cuanto le diga lo que tengo planeado.

Dejo un plato con fruta entre nosotros. Es el único tentempié que se me ocurre, aunque estoy seguro de que ella sigue comiendo esas frituras que siempre hacía.

—Así que esto es lo que se siente cuando te sirven —dice con un tono que roza el resentimiento.

—Disfruta el momento, no volverá a ocurrir —respondo con la lengua afilada, porque ese siempre ha sido mi mecanismo de defensa. No voy a cambiar ahora que tengo treinta años, solo empeorará hasta que sea un viejo que no soporte ni la brisa que corre dentro de su casa.

Me siento frente a ella.

Solo nuestra postura ya marca lo diferentes que somos. Mientras yo estoy derecho, con las manos sobre las piernas, ella tiene un pie sobre la silla, la rodilla elevada y el codo apoyado allí. Le falta masticar chicle con la boca abierta para darle el toque a su imagen de chica rebelde urbana.

Definitivamente, ha sido perfeccionada con los años, como un escudo para que nadie sepa que, en el fondo, es una chica de pueblo.

Le doy un sorbo a mi café, pero no es lo que el cuerpo me pide. Lo que quiero es un vaso de whiskey, lleno hasta arriba.

—Estoy buscando a alguien que pueda recabar información dentro de la empresa en la que estoy trabajando en este momento.

Sus cejas se elevan hasta la línea del cabello.

—¿Trabajas para una empresa? Pensé que eras el dueño.

—Soy un facilitador.

—Háblame en un idioma normal, Jareth.

Me enderezo un poco más, controlando las ganas de enseñarle el idioma que verdaderamente quiero hablar. Tomo aire y le ruego a mi polla que no se deje llevar por los pensamientos que se amontonan en mi mente.

—Si supieras de qué trabajo, esto no sería tan difícil de entender —digo entre dientes apretados.

—No tengo por qué saber nada de tu vida. Hace cinco años que no te veo la cara.

Levanto la vista y la miro directamente.

—Y eso, ¿gracias a quién?

Su boca se abre, lista para escupir una respuesta fría e hiriente. Pero nada sale de allí. Por primera vez en toda la conversación, la dejo sin palabras. Y eso, eso me da una satisfacción oscura que no quiero analizar demasiado.

—Como decía —continúo con calma, sosteniendo la taza con ambas manos, deseando que fuera algo más fuerte que café—, la compañía está bajo análisis y hay información a la que yo no tengo acceso. Si alguien me viera escarbando, sería altamente sospechoso y podría alertar a ciertos personajes que están involucrados.

—¿Qué análisis? ¿Qué información? —dispara preguntas como una ametralladora.

Suspiro, al borde de un fastidio masivo.

La necesitas, no eches todo a perder.

—Te diré qué debes conseguir y tú me lo proporcionarás, simple.

—¿Y cómo demonios se supone que accederé a eso?

Coloco la taza en la mesa con un golpe seco y la miro.

—Aquí es donde deberías empezar a escuchar las condiciones que voy a poner, Isadora.

Ella baja la pierna de la silla y cruza los brazos sobre el pecho. Clara señal de que la conversación no está yendo en la dirección que quiero.

Así que cambio de táctica.

—Dijiste que hace tres meses vivías con la… —me detengo al recordar que, si quiero que esto funcione, tengo que hablar en su idioma— con Harriet.

—Así es. —El desafío en sus ojos me hierve la sangre.

Que alguien me recuerde por qué estoy haciendo esto.

—Y antes de eso, ¿dónde vivías?

—En una habitación en el barrio chino.

—¿Y te sacaron de allí porque…?

Dios, extraer información de ella es como arrancar a Excalibur de la piedra.

—No importa por qué, ve al grano.

Me recuesto en la silla y busco algo que elimine las ganas de abrirle la puerta para que se vaya de una vez.

—Déjame ver si entiendo lo que ocurre aquí: te sacaron de allí porque siempre pagabas tarde, lo que llevó al dueño del piso a decidir que no eras una buena compañera de alquiler. Luego fuiste con Harriet, creyendo que podrías ahorrar para encontrar un lugar mejor, pero tus deudas comenzaron a duplicarse con los intereses y ahora tienes una deuda que se come todo tu sueldo y un poco más. Así que, aunque tengas trabajo, estás en una situación de calle, prácticamente.

Sí, investigué toda la tarde entre reuniones aburridas qué mierda ocurría en la vida de mi ex. Algunos entran a Instagram y miran las fotos, yo entro a una base de datos a la que pocos tienen acceso para averiguar qué ocurrió con la vida financiera de Isadora.

Y, por supuesto, la respuesta es César, el Taylor con un sentido grandioso de importancia, que abusó del cariño que su hermana le tiene y le pidió una y otra vez que sacara créditos a su nombre para financiar sus «ideas brillantes».

El chiste se cuenta solo.

Ahora ella no quiere pedirle el dinero que le debe, a pesar de que César lo tiene, para aliviar su carga. Típica jugada narcisista de tener control sobre la economía de alguien para manejar los hilos a su antojo.

Todo lo que digo le cae como un chorro de agua fría. Ella baja la mirada hacia la mesa, su expresión cambia de la típica resistencia desafiante a algo más… vulnerable, y por un segundo, me olvido de que nos odiamos intensamente.

—No te estoy juzgando —digo con calma—. Estoy a punto de ofrecerte lo que siempre quisiste, a cambio de un beneficio propio.

Sus ojos paraíso se alzan hacia mí con cautela.

—¿Y eso es?

—Un trabajo estable, de oficina. Lunes a viernes, con seguro médico… y un lugar donde vivir hasta que regules tu situación económica.

Sus pupilas se dilatan por la sorpresa, sé que esto es más de lo que esperaba. Es exactamente lo que quisiera escuchar si esto fuera un sueño.

—¿Esto es legal?

Sonrío con burla.

—¿Desde cuándo te importa eso?

Ella entrecierra los ojos.

—¿Serás mi jefe?

—Seré el que te da órdenes.

Se muerde el interior de la mejilla, sopesando sus opciones.

—¿Y el lugar para vivir?

Apoyo los brazos sobre la mesa y la miro directamente a esos ojos que alguna vez fueron los dueños de mi alma.

Ya no.

—Supongo que haré el sacrificio de tenerte aquí hasta que saldes tus deudas y puedas buscar un lugar para ti sola.

Su risa explota con incredulidad.

—Como dije, será un sacrificio —respondo con indiferencia, encogiéndome de hombros—. La otra opción, por supuesto, es… —Me giro y señalo el ventanal. Debajo, la ciudad brilla, ruidosa y despiadada, con sus luces parpadeantes y su gente moviéndose sin rumbo fijo—. Puedes volver ahí fuera, vivir una vida insegura, sin poder dormir, con frío, con lluvia… y con hambre. Tú eliges, Isadora.

La veo tragar saliva, su mandíbula tensa. Sabe que tengo razón, pero odiará admitirlo.

—¿Cuál es el truco? —pregunta al fin, entrecerrando los ojos como si intentara descifrar qué demonios me traigo entre manos.

Sonrío, apenas.

—No hay truco. Esto es simple, te daré algunas tareas para que resuelvas y me consigas lo que necesito para dar por finalizado este trabajo.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Escuchar, mirar, pasar desapercibida y luego entregarme lo que te haya pedido.

¿Estoy siendo impreciso a propósito? Claro que sí.

—¿Y cuándo termines tu trabajo con la compañía? ¿Qué será de mí?

—Eso depende enteramente de ti, de tus contactos, de las ganas que tengas de seguir trabajando.

Isadora resopla, pero no está diciendo que no.

Lo está considerando.

—Es demasiado bueno para ser verdad, sé que hay algo que no estoy viendo ahora, pero en algún momento lo haré, Jareth.

—No es que le estuvieras vendiendo el alma al diablo…, aunque el contrato tiene términos similares.



Isadora

¿Dónde está el truco? Porque si hay algo que aprendí de Jareth, es que siempre hay un truco.

Es evidente que aquí el que tiene el poder es él, y odio cada segundo de esto.

Detesto encontrarme en una situación tan vulnerable. No es lo que quiero para mi vida, pero no hay opciones reales.

Es Jareth o la calle, y él lo dejó muy claro, con la frialdad de quien tiene una mano ganadora en póker y no necesita ni pestañear.

Bebe de su taza con la elegancia de un lord inglés, como si no acabara de ofrecerme algo sospechosamente bueno.

Pero, siendo honesta, esta podría ser mi oportunidad, mi gran momento. La posibilidad de salir de los mismos trabajos de siempre y encontrar algo parecido a la estabilidad económica. Podría ir al médico al fin por este dolor en la espalda que probablemente sea un mensaje de mi esqueleto diciéndome que deje de abusar de él. Podría dormir hasta el mediodía los domingos sin sentir que estoy llegando tarde a algo.

¡Incluso podría tener una rutina de sueño!

Joder. ¿Tendré libres los sábados?

Voy a llorar.

—¿Qué tipo de tareas vas a pedirme? —pregunto antes de aceptar.

Pero la sonrisa de Jareth, torcida y con esa sombra de cinismo que parece pegada a su rostro, me recorre la espalda como un escalofrío.

—Eso lo irás descubriendo poco a poco.

Oh, genial. Porque la incertidumbre es mi cosa favorita.

—Odio que seas tan impreciso —murmuro.

—Puedes decir que no, si tanto miedo te da.

Afilado.

Directo al ego.

Lo dice a propósito y lo sabemos los dos.

—No tengo miedo.

—Entonces di que sí.

Lo examino con inquietud. Su mirada severa. Su cabello negro, perfectamente acomodado. Su nariz angulosa. La nuez de Adán que sube y baja con cada sorbo de café.

Jareth es como un mapa que no había leído en mucho tiempo, pero cuyos caminos aún recuerdo. Lo reconozco. Su coraza, el peso de todo lo que ha perdido, la forma en la que oculta su vulnerabilidad detrás de su actitud implacable.

Recuerdo quién fue para mí.

Quién es.

Jareth es uno de esos arrepentimientos que cargo como un maldito tatuaje invisible.

El que dejé ir.

El que aparece en mi mente cada vez que suena una canción de Billy Joel.

Se fue de mi vida, pero nunca dejó de habitar mi mente.

A pesar de todo, sé que no me pondría en peligro. Es lo único a lo que podré aferrarme cuando las dudas intenten tomar control.

—¿Y si no puedo?

—¿Poder qué? ¿Trabajar? —se burla.

—No… —Dudo si decirlo o no—. Si no puedo hacer lo que sea que esperas de mí. No sé hacer otra cosa más que servir mesas, Jareth.

Él arquea una ceja con esa actitud de «sé cómo desarmarte con una sola mirada» que siempre ha tenido.

—Solo el tiempo lo dirá, Isadora.

Oh, genial. Más incertidumbre.

Mi nombre en sus labios tiene el mismo peso imponente de antes. Trae recuerdos, susurros en mi oído, la sensación de su mano sobre mi piel.

No puedo asegurarme de que convivir con él no despertará todo lo que he intentado enterrar en estos años. Está claro que a él no le pasa lo mismo. Sigue dolido y Jareth no perdona.

Me enderezo, igualando su postura, y estiro la mano sobre la mesa. Jareth resiste su sonrisa campeona, pero la coje.

—Trato hecho —dice, poniéndose de pie—. Nanami te llamará para hacer los arreglos necesarios.

Guarda la silla sin hacer ruido y se abrocha la chaqueta del traje con esa suavidad aristocrática que siempre ha tenido.

—¿Quién es Nanami?

—Un grano en el culo y también resulta ser mi secretaria. —Levanta su taza y la lleva a la cocina como si nada—. ¿Dónde están tus pertenencias? Si es que tienes algo.

—En casa de Harriet. Iré a buscarlas cuando pueda. ¿Me harás dormir en el sofá otra vez?

Mientras enjuaga la taza, me mira por sobre el hombro.

—Puedes quedarte en la habitación de la derecha.

—¿Quién usa la otra? Vi unas pantuflas rosas… —pregunto con fingida inocencia.

Jareth no se molesta ni en dignificar la pregunta con una respuesta.

Solo me ignora.

O sea que claramente hay una historia ahí.

Y yo la voy a descubrir.



El hotel de cinco estrellas no para de sorprenderme.

La suavidad de las sábanas… Joder, pero ¿qué es este lujo asiático? Y pensar que el maldito me hizo dormir en el sofá cuando podría haber estado aquí, donde los pies no me quedan colgando y la espalda no me suena como un maldito acordeón al tocar una superficie recta y suave.

Creo que nunca dormí en un colchón tan cómodo.

Bueno…, salvo el que Jareth me regaló, el mismo que César me obligó a vender.

Qué ironía que la historia se repita, no creo que sea casualidad que la comodidad me la vuelva a dar Jareth…

Estaba convencida de que él estaba absolutamente fuera de mi vida. Que, aunque viviéramos en la misma ciudad, jamás volveríamos a cruzarnos. Pero la vida es así. Le gusta poner obstáculos en tu camino solo para ver si tropiezas con las mismas decisiones de mierda y sus consecuencias.

Ahora, aquí estoy.

Desparramada como una estrella de mar en una cama digna de un rey, en el piso millonario de Jareth, a punto de trabajar para él, vivir con él y tener que lidiar con su cara de piedra y sus comentarios ácidos.

Me río por lo bajo, mi dignidad claramente se fue de vacaciones, es la única explicación.

¿Trabajar para el ex? Por supuesto. Cuéntame otra donde la protagonista toca fondo con más estilo.

Y lo peor: nadie puede saberlo.

Especialmente César, que tiene una extraña obsesión con Jareth.

Oh, y nuestros amigos en común… Agregados a la lista.

A Harriet la quiero como a una hermana, pero hay ciertas partes de mi pasado que desconoce. Y prefiero que siga así. Hay decisiones que hoy estoy pagando, y aunque sé que Harriet jamás me juzgaría, también sé que tengo una imagen de dureza y dignidad que, de alguna manera, quiero mantener ante ella.

La puerta de la habitación suena al mismo tiempo que se abre.

Con un suspiro irritado, Jareth aparece en el umbral. Sigue con su camisa blanca arremangada hasta los antebrazos, su pantalón

negro y esos zapatos pulidos de persona que tiene su vida resuelta. Se apoya contra el marco de la puerta y cruza los brazos.

Nos miramos sin decir una palabra.

Supongo que ver mi glorioso despliegue de estrella de mar en su habitación de invitados le está quemando algunas neuronas.

—¿Puedo ayudarte? —pregunto, sentándome. Estar acostada frente a él de repente se siente demasiado vulnerable.

Es temprano, pero después de probar esa ducha sacada del cielo, decidí ponerme el pijama: una simple camiseta extragrande con algunos agujeros en los hombros y la frase impresa: «Sí, soy alta. No, no juego baloncesto. El clima está perfecto aquí arriba».

Harriet y Mason me la regalaron por mi cumpleaños hace mucho. Harriet dijo que se cansó de escucharme responder lo mismo en Yen's, así que mandó hacerla. Lástima que en el trabajo nos hagan usar uniforme.

Oh, por cierto, mi trabajo, tendría que comunicarme con ellos, ¿no?

Los ojos de Jareth recorren la frase sin un gramo de gracia. Su sentido del humor claramente sigue en mantenimiento.

No espero que se ría. Él solo reserva eso para la gente que le cae bien.

Yo no soy esa gente.

—En esta casa la cena es a las siete y media —suelta, esperando que diga algo.

Miro hacia un lado, luego hacia el otro.

—Me alegro mucho por ti.

Pone los ojos en blanco y tengo que aguantarme la risa, enfadarlo puede llegar a convertirse en mi próximo pasatiempo favorito.

—Significa que debes estar en la mesa a esa hora.

—Ah, me estás in-vi-tan-do a cenar contigo —arrastro la palabra como si no me creyera mi propia suerte.

Honestamente, creí que iba a fingir que no existo durante esta convivencia temporal. Esto es toda una sorpresa.

—No. Te estoy in-for-man-do —imita, con esa voz irritante de profesor de primaria—. Ya que después coges cualquier táper

cuando claramente no corresponde al día etiquetado. —Mira alrededor, mi mochila en el suelo, mi ropa tirada sobre el pequeño escritorio frente a la cama—. Por cierto, hay reglas que deberás seguir si vas a convivir conmigo; recuerdo lo desordenada que eras.

Cruzo una pierna sobre la otra, los brazos detrás de la cabeza.

—No recuerdo que hubiera «reglas» cuando vivíamos en casa de Kevin.

—Eso es porque la casa de Kevin era un estercolero y esto es un piso de diez millones de dólares.

—Ohhh. —Abro la boca en una *O* perfecta, disfrutando el tic en su mandíbula. Sus ojos permanecen allí más de lo normal. *Sí, lo hice a propósito*—. No había notado la diferencia.

Jareth se aclara la garganta y saca su móvil del bolsillo trasero para leer.

Me mata saber que literalmente escribió las reglas en su móvil.

—Uno, no dejes tus cosas fuera de su lugar. Si usas algo, devuélvelo exactamente a donde estaba.

Miro la ropa tirada alrededor de la cama. Aún no tuve la energía para ordenarla.

—Ajá… Entonces, ¿qué hacemos con la toalla mojada que dejé en el respaldo de esa silla?

Jareth sigue mi mirada, su expresión es de puro horror existencial mientras se acerca a levantarla.

Por supuesto, la toalla ya está seca.

—La guardas, inmediatamente.

Le sonrío con maldad.

—Dos, nada de platos sucios en la cocina. Se lavan después de usarlos. Mónica es la señora que se encarga de la casa, tiene artrosis y no quiero hacer su vida más difícil. ¿Está claro?

—Mónica… —Frunzo el ceño—. ¿Por qué me suena su nombre?

—Solía trabajar para mi padre.

—Oh. ¡Tu niñera favorita! —Junto las manos en el pecho, formando un corazón con los dedos—. Jareth, sabía que tenías un lado amoroso.

—Tú lo dijiste: tenía.

—Qué trágico.

—Tres, nada de comida en la habitación.

Desvío la mirada hacia el envoltorio de la barra de proteína que me comí hace un rato. Aplastada y toda arrugada sobre la cama.

Jareth la ve al mismo tiempo que yo, cierra los ojos con paciencia forzada.

—Cuatro, nada de música a todo volumen después de las diez de la noche.

Finjo escribir en el aire.

—Diez en punto, hora de iniciar mi carrera como DJ.

Jareth resopla.

—Cinco, no camines con calzado por la casa, dejaré algo para que uses solo aquí.

Miro mis botas llenas de tierra sobre su carísima alfombra.

—Tienes que estar haciendo esto a propósito, joder, recuerdo que eras desorganizada pero esto ya es ridículo.

—Tal vez, pero tú tienes tus zapatos puestos.

—Isadora… —comienza, pero justo suena mi móvil.

Mason llama.



Isadora nunca había perdido el color del rostro tan rápido.

Eso me alerta. No debería, pero lo hace.

—¿Mason? —Su voz está tensa, alerta—. ¿Qué? Más despacio, pequeño, no estoy entendiendo nada.

Sus ojos paraíso se clavan en el suelo, como si ayudara a la concentración absoluta.

Mason… ¿Por qué me suena ese nombre? Alguien lo mencionó hace poco.

Pongo un pie dentro de la habitación justo cuando Isadora comienza a buscar desesperadamente ropa entre el desastre de prendas y pertenencias que ha ido acumulando. Ignoro el hecho de que sus piernas largas y desnudas son una distracción peligrosa y lanzo un par de vaqueros en su dirección.

Ella se sorprende, pero los atrapa en el aire sin dudar.

—No puedo creerlo —masculla—. No te preocupes por nada, voy a llamar a Bernardo.

¿Bernardo? ¿Qué coño tiene que ver él con esto?

Tras algunas palabras apresuradas para calmar el ambiente al otro lado de la línea, deja el móvil sobre la cama y se calza las botas

con la rapidez de alguien que está lista para incendiar el mundo si es necesario.

—¿Qué mierda pasó ahora? —gruño.

—Es Harriet, le tendieron una trampa. Una tal Sofía hizo una denuncia diciendo que Harriet robó la cámara de Bernardo. La policía fue a comprobarlo y se llevaron a Mason, junto con la agente que supervisa su caso.

Joder, dije que esa tipa estaba loca, nadie me escuchó.

—¿Mason es el hermano de Harriet?

—Sí, Jareth, ponte al día con la vida de Bernardo —ladra, incorporándose para salir disparada.

Paso frente a ella y la detengo sujetándola de la muñeca.

—Cálmate, joder. En este estado no vas a resolver nada, dijiste que ibas a llamar a Bernardo.

—Él tiene que testificar para que Harriet pueda salir.

Vuelve a intentar salir y vuelvo a detenerla.

—Bernardo está en El Cairo ahora mismo, probablemente durmiendo. No hay nada que puedas hacer en este momento.

Por supuesto, solo para llevarme la contraria, saca su móvil y lo llama. *Y*, *por supuesto*, el irritante y alegre mensaje de Bernardo aparece para decirle que deje un mensaje.

—Joder.

—Te lo dije.

Me doy cuenta de que sigo sosteniéndola y la suelto como si me quemara.

—Déjame llamar a mis abogados. Deben haber fijado una fianza, algo que la saque de ahí.

Isadora me mira con algo que no termino de entender.

—¿De verdad te vas a involucrar? —pregunta, conmovida por alguna maldita razón.

—¿Tengo alternativa? —El sarcasmo se me escapa entre los dientes—. No, así que deja que haga lo que mejor sé hacer.

—¿Obsesionarte con la limpieza?

Aprieto la mandíbula.

—No, Isadora. Resolverles los problemas a los demás.



Siempre se tocaba las puntas de los dedos cuando estaba nerviosa.

Pulgar con índice y luego los otros cuatro, como lo haría un pianista con abstinencia de música.

Ahora lo hace mientras estamos parados en el porche de la casa de los Daly, una pareja que da hogar a niños que momentáneamente no tienen a dónde ir.

La casa se ve un poco abandonada, la pintura vieja y saltada. Los detalles me llaman la atención: macetas pintadas de colores con frases positivas, claramente hechas por niños, dos sillas mecedoras con cojines bordados que dicen «Hogar dulce hogar». Supongo que para algunos niños esto los debe hacer sentir más a gusto, a mí me da escalofríos todo este positivismo vacío.

La puerta se abre, y una señora de rulos rubios nos observa con una ligera confusión. Supongo que mi cara de pocos amigos no ayuda, porque Isadora da un paso adelante y adopta un tono de voz que nunca había escuchado en ella.

—Soy Isadora Taylor, hablamos por teléfono hace un rato —dice con suavidad.

¿Qué coño? Conmigo nunca usó ese tono de *hippie* que vende cursos en Instagram sobre regulaciones emocionales.

—Oh, sí, Isadora… —La mujer vuelve a mirarme, sus ojos recorren mi traje con precaución.

—Él es Jareth, me trajo hasta aquí —agrega ella rápidamente.

Genial. Soy el chofer.

—Sí, adelante. Mason está comiendo algo, pobre ángel. No podía pasar bocado, pero lo convencí mágicamente.

—Esto es muy estresante para él —explica Isadora—. Esperemos que esta confusión se resuelva pronto.

La mujer asiente, pero antes de continuar hacia la cocina, murmura:

—¿Es verdad que su hermana es una ladrona? No quiero juzgar, pero a veces es mejor que…

Oh, joder. No quería meterme en esto.

—Oh, no, no se preocupe —se apura a aclarar Isadora cuando me siente abriendo la boca—, esto fue definitivamente un malentendido.

—Pero la policía dijo…

Mi paciencia se acaba.

—La policía asumió algo —mi voz resuena en la cocina, más grave de lo que pretendía, y la mujer se sobresalta ligeramente— que, por supuesto, era un error. Y la persona que ocasionó todo esto va a pasar mucho tiempo en la cárcel. Se lo aseguro, me encargaré personalmente de que así sea.

Los ojos de la señora Daly se agrandan al instante. No es tonta, entiende lo que acabo de decir entre líneas.

—Es por aquí —dice al fin, reanudando el camino a la cocina.

Cuando entramos, lo primero que veo es a Mason sentado en una mesa redonda con un mantel de plástico, las patas de la mesa son desiguales, lo que causa que sus cereales hundidos en leche se muevan como si estuvieran en una tormenta perfecta.

Lo segundo que veo es a Isadora arrojándose sobre él para abrazarlo. Pero no es un abrazo fraternal.

Es maternal.

Y eso me cortocircuita el cerebro.

El niño rompe en llanto, y ella lo consuela como si hubiera nacido para esto. Susurra palabras de calma, le promete que todo volverá a la normalidad, que no va a regresar a una casa de acogida.

Así que ya ha pasado por esto antes.

Mason me lanza una mirada de reojo, pero no pregunta quién soy. Isadora tampoco se molesta en presentarnos. Ella está completamente enfocada en él, en hablarle como si nada estuviera pasando, en incentivarlo a seguir comiendo.

La señora Daly los observa apoyada en la encimera, y yo desde la puerta, incómodo con la escena.

Pero luego Isadora limpia las lágrimas de Mason con la yema de sus dedos y le acomoda el cabello.

Tan… dulce y suave.

El aire en la cocina se siente denso, como si estuviera presenciando algo que no me corresponde. Como si Isadora y Mason compartieran un mundo del que yo nunca formé parte.

Ella sigue hablándole en voz baja, con un tono que no creí volver a escuchar, uno que ha usado conmigo en el pasado. Un tono que dice «Estoy aquí, todo va a estar bien» y que secretamente extraño.

Se sienta junto a Mason, su cuerpo inclinado hacia él, protegiéndolo de todo lo que esté fuera.

Isadora Taylor adoptó un papel que no esperaba: una cuidadora, un refugio.

Un hogar.

Y por algún motivo desconocido, esa imagen me golpea en el estómago con la fuerza de un maldito tren.

—¿Cómo está Harriet? —pregunta Mason con voz ahogada, su cuchara suspendida en el aire, como si la respuesta fuera más importante que su hambre.

Isadora le aprieta la mano libre.

—Va a estar bien —dice con seguridad, como si decirlo en voz alta fuera suficiente para hacerlo realidad—. Solo necesitamos tiempo para arreglar esto.

Mason asiente de forma pausada, pero sus dedos juegan con el borde del tazón, ansiosos.

Yo no digo nada porque no sé qué se supone que debo decir en una situación como esta. Puedo solucionar problemas. Puedo manipular una negociación para que alguien venda a su propia madre si es necesario, pero no sé cómo cojones manejar esto.

Sentimientos y toda esta mierda.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Mason de repente, mirándome con curiosidad.

Isadora ni siquiera voltea a verme, sigue concentrada en el niño.

—Él es… —empieza, pero se detiene.

Y la pausa me jode más de lo que debería, porque elige sus palabras.

¿Quién soy para ella? Lo que sigue no debería importarme. Y, sin embargo, cada célula de mi cuerpo espera su respuesta con

ansiedad.

—Es un amigo —termina al final, con un tono neutral, como si la palabra la incomodara en la boca.

No sé por qué, pero eso me molesta.

—Amigo es una palabra muy generosa —comento.

Mason me observa un segundo más y luego regresa a su tazón como si ya hubiera decidido que no soy relevante. Y tal vez no lo soy.

Pero entonces, Isadora finalmente me mira y ahí está.

Ese pequeño destello en sus ojos paraíso. Ese fuego que nunca desapareció, aunque lo cubra con una fachada de indiferencia.

—Jareth —dice con un tono que solo yo entiendo, uno que significa «deja de joder».

Pero yo no dejo de joder. No cuando la única forma de lidiar con lo que estoy sintiendo es volver a ser un témpano de hielo.

—Solo digo que no soy de los que hablan de sentimientos y escuchan problemas.

—Sí, ya lo sé, tu idea de resolver problemas es tirar dinero hasta que se solucionen solos.

—Funciona.

—No en este caso.

Isadora entrecierra los ojos y me escanea como si pudiera descifrar qué mierda me pasa.

Pero ni yo lo sé.



Intenté dormir, pero Isadora hizo lo imposible para que yo no lo hiciera.

La escuché caminar por la habitación, llamar a Bernardo, dejarle mensajes de voz, volver a marcar, ir al baño, regresar, suspirar, maldecir en voz baja.

A las cuatro de la mañana, mi paciencia se evaporó.

Abrí la puerta de su habitación con la peor cara de enardecido que pude reunir y señalé la cocina sin decir una palabra.

Ahora son las cuatro y media de la mañana. Isadora está sentada en la mesa del comedor, con una taza de café, removiendo el líquido con la cucharilla sin propósito real. El único sonido en la casa es el tic-tic metálico contra la cerámica.

Yo la atravieso con la mirada desde la isla de la cocina, el cuerpo inclinado hacia delante con los codos apoyados sobre el granito frío, midiendo cada centímetro de su maldita existencia.

—Te dije que no iba a atenderte —murmuro—. No suele tener señal cuando viaja a esos lugares.

—Tenía que comprobarlo por mí misma —responde sin levantar la vista, como si el contenido de su taza fuese más interesante que las ojeras que me oscurecen el rostro.

—No hay mucho que hacer durante la noche —digo, con la voz rasposa por el cansancio—. Mis abogados ya están al pendiente. Solo necesitamos que vuelva.

Ella sigue sin mirarme.

Yo sigo sin dejar de mirarla.

Desde esta distancia, me aseguro de mantener la vista en su cara y no en la camiseta que usa como pijama, que apenas cubre lo suficiente. Porque Isadora, por alguna razón, cree que andar con poca ropa por la casa es una profesión.

Y yo no tengo paciencia para esta jodida provocación involuntaria.

—Es fácil decir «No se puede hacer nada» cuando tu amigo no está en la cárcel, Jareth —murmura, su tono afilado, lleno de resentimiento.

—No, lo que es fácil es entrar en pánico en vez de usar la lógica y mantener el control —devuelvo, irguiéndome.

Mi paciencia tiene fecha de vencimiento, y esta conversación la está alcanzando.

—Me voy a cambiar —informo.

—¿Para qué?

Me detengo en seco y me giro lentamente.

—¿En qué momento te di a entender que te debo una explicación?

La pregunta la descoloca. Sus ojos finalmente suben hasta los míos y su pierna deja de moverse nerviosamente.

—Pero Bernardo…

—Llamará cuando vea las diez mil llamadas perdidas que le dejaste anoche.

Y algunas mías también, pero no le daré el placer de saberlo. Debo admitir que todo este tema me tiene un poco al borde; empeoró tras ver a Mason llorar, por alguna razón.

Doy media vuelta y sigo mi camino con largas zancadas llenas de furia, pero entonces…

El móvil suena.

Isadora se levanta de golpe, su instinto más rápido que su cerebro.

Yo ya estoy buscando el teléfono en mi bolsillo cuando veo el nombre en la pantalla.

—Es Bernardo —anuncio, llevándome el móvil al oído.

Siento la respiración de Isadora contenerse en el aire entre nosotros.

Y por primera vez en toda la noche, hay un mínimo de esperanza en sus ojos.



Harriet es una de las personas más resilientes que conozco.

Su vida ha sido una carrera de obstáculos, incendios que apagar, vértigos que controlar. Desde joven se hizo cargo de la tutela de su hermano menor, ocupando todos los roles que la vida le negó: madre, padre, tutora.

Por él, ha hecho lo impensado.

Ha trabajado hasta la madrugada, ha renunciado a cosas que nunca debería haber tenido que sacrificar y, sí, a veces ha robado para poder llegar a fin de mes.

Y, aun así, me dio un lugar donde vivir cuando me quedé sin nada.

La escucho llorar y le aprieto la mano con fuerza.

Porque ambas sabemos que, en momentos de crisis, una vuelve a la familia adoptiva, a la familia del corazón. Sus padres desaparecieron hace mucho, y los míos…, bueno, solo llaman cuando César no atiende el móvil.

Así que aquí estamos.

La dejo desahogarse, que su llanto arrastre todo lo que tuvo que enterrar los días que pasó en la cárcel.

Su mente sigue enredada en el caos, lo suficiente para no notar que estos últimos días no fui la amiga que debería haber sido.

Que le mentí cuando le dije que había conseguido un lugar donde vivir.

Que fingí que tenía un trabajo nuevo en camino.

Pero lo peor de todo… es no haberle contado mi historia con Jareth, porque no es cualquier historia.

Quizá por eso nunca le dije que alguna vez amé a un chico que besaba la tierra donde caminaba.

Que lo dejé ir.

Que soy débil cuando se trata de mi hermano.

Que, en vez de escuchar a mi corazón, me dejé influenciar por las opiniones de César, como si sus miedos fueran más válidos que mis propios sentimientos.

Quisiera contárselo ahora.

Decirle que estoy conviviendo con Jareth, que lo he visto más estos días que en los últimos cinco años, y que atacar a alguien a quien amaste tan profundamente es… confuso.

Pero no es el momento.

Harriet necesita consuelo.

Necesita a su hermano y necesita a Bernardo.

Aunque algo ocurrió entre ellos. Lo noto en la forma en que se evitan, en cómo sus cuerpos parecían mantener una distancia fría y medida la última vez que los vi juntos, como si hubieran estado a punto de quemarse y ahora no supieran si el fuego valió la pena.

No es mi historia.

No todavía.

Así que solo le aprieto la mano más fuerte y la dejo llorar.



Espero a Jareth en la puerta de su piso, solo porque el conserje se apiadó de mí y me dejó pasar más allá del vestíbulo.

Cuando me ve sentada al lado de la puerta, se detiene en seco.

Por un instante, parece olvidarse de que, de alguna manera, volví a su vida. Pero la sorpresa dura poco. Se recompone rápido y endurece el rostro hasta borrar cualquier expresión.

—¿Qué haces ahí tirada? Pareces una adicta.

Auch.

Avanza sin esperarme y marca el código en el teclado. La puerta se abre con un clic.

—Nunca me dijiste el código.

—Nunca lo adivinaste —gruñe mientras entra, deja sus pertenencias sobre la mesa del comedor.

Parece cansado, enfadado.

Sé que estuvo ayudando a Bernardo desde temprano, que fue a buscarlo al aeropuerto y después pasó el día atrapado en reuniones con sus abogados.

Su corbata está torcida, su camisa desaliñada, algo que nunca vi en él. Las ojeras oscuras marcan su piel, haciéndolo ver más agotado de lo normal.

Abre la nevera y se queda ahí, mirando el interior sin realmente ver nada.

No sé si es en forma de agradecimiento o si algún espíritu bondadoso toma posesión de mi cuerpo, pero camino hacia él y apoyo una mano en su brazo, lo aparto con suavidad y tomo el control.

Jareth se queda completamente inmóvil.

Su mirada baja hasta mi mano, como si fuera una especie de alucinación, pero no dice nada. No protesta. Simplemente se aparta y me observa en silencio.

Abro algunos táperes, intentando que coincidan con el día en el que estamos, y enciendo un fuego para recalentar la comida preparada.

Me pregunto si comer solo platos precocinados te termina succionando el alma.

Jareth se apoya contra la isla, con el móvil en la mano, pero sin mucho interés en la pantalla.

El silencio se expande entre nosotros, envolviendo el espacio, hasta que finalmente lo rompe:

—Si esto es un intento de envenenarme, al menos dame una muerte digna y no todo vomitado en la cama.

Me detengo un segundo, el cucharón en la mano.

Jareth siempre se pone a la defensiva y se vuelve más áspero cuando está incómodo.

—No te preocupes, lo he pensado para que sea un gran título sensacionalista en el periódico.

Jareth resopla con una mínima (mínima) curva en sus labios, una que no dura mucho.

Se queda ahí, mirándome preparar su cena como si no entendiera en qué momento llegamos a esto.

Y, la verdad…, yo tampoco.

Finalmente, se aleja y decide ignorar mi presencia. Lo observo mientras se entretiene con sus queridos bonsáis, limpiando sus hojas con una paciencia casi reverencial. Riega cada uno con cuidado, como si fueran lo único en este mundo que merece su delicadeza.

Pretendo no seguir cada uno de sus movimientos.

Pretendo no notar la contradicción en alguien como él, alguien que puede ser tan meticuloso, tan suave en su atención a algo tan pequeño… cuando el resto del tiempo se empeña en ser un muro de piedra.

Pero lo noto y luego recuerdo.

Recuerdo que alguna vez vi ese lado de Jareth. Que alguna vez esa paciencia y esa suavidad también fueron para mí, que fueron mías y que lo dejé ir.

Bajo la mirada y me enfoco en servir los platos del salteado asiático al wok, porque pensar en los errores (horrores) del pasado nunca terminó bien.



Se sorprende cuando me encuentra de pie contra la encimera a las seis de la mañana, a estas alturas uno diría que debería recordar que vivo en su casa, pero no, Jareth reacciona siempre como aquel día en Yen's cuando me vio después de cinco años.

Está con su ropa de entrenamiento y me esfuerzo para no analizar obsesivamente su cuerpo, su porte o sus antebrazos (que son para morirse). Su pelo negro esta revuelto, una gota de sudor le baja por el cuello.

—Creí que tu despertador no funcionaba —murmura mientras le da un trago a su botella de agua.

—Es muy temprano para tus látigos, Jareth. —Me masajeo los ojos hasta que hacen ese ruido asqueroso, señal de que debería parar—. Ignórame.

—Había olvidado lo insoportable que puede ser la mañana contigo. —Abre la nevera para sacar un batido de proteínas y lo sirve en un vaso.

—Hace años que trabajo por la tarde, deja que mi cuerpo se adapte, por el amor de Dios.

Se acerca y observa mi taza con una bolsita de té colgando.

—Deberías tomar café si quieres despertarte de verdad. —Se queda en silencio unos segundos y luego agrega—: la otra opción es que lo dejes en mis manos.

El tono sugerente hace que arquee una ceja.

Jareth no hace comentarios con doble sentido, así que esto tiene que ser algún tipo de trampa.

—¿Dejarlo en tus manos? —repito, llevándome la taza de té a los labios—. No sé, Jareth, tus manos parecen más aptas para firmar contratos y ahogar ilusiones que para despertar cuerpos dormidos.

Él no sonríe, pero hay algo en su mirada que se enciende.

—No sonabas así la última vez, ¿quieres recordarlo?

—No me interesa el experimento.

—Mentirosa.

Me detengo con la taza en el aire.

—¿Perdón?

Jareth se acerca. No con pasos lentos y controlados, no con su habitual aire de superioridad calculada.

Antes de que pueda moverme, me tiene acorralada entre la encimera y su cuerpo. Apoya las manos en la superficie a ambos lados de mí, atrapándome sin tocarme realmente.

Como aquella vez en la fiesta donde nos volvimos a encontrar.

—Tienes una gota té en el labio.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Aquí.

Sus ojos bajan a mi boca, su pulgar roza la comisura de mis labios.

El tacto es lento, dibujado a propósito.

El aire parece no encontrar su rumbo en mi garganta, podría empujarlo. *Debería empujarlo,* pero mi cuerpo no coopera. Porque una parte de mí (una muy maldita y traicionera parte de mí) se queda completamente quieta, esperando a ver qué hace después.

Jareth ladea la cabeza, sus labios a centímetros de los míos.

—Si vas a jugar conmigo, Isadora, al menos ten la decencia de admitir que lo disfrutas.

Su voz es baja, rasposa.

Siento el calor irradiando de su piel, el aroma familiar de su perfume francés, ese que alguna vez quedó impregnado en mis sábanas.

El estómago me da un vuelco, pero aprieto los dientes.

Con un movimiento calculado, meto un dedo en su batido de proteínas y lo arrastro por la comisura de su boca, devolviéndole la jugada.

—Tienes batido en los labios, Jareth.

Su mandíbula se tensa, pero no se aleja.

Mis dedos siguen ahí, a punto de convertirse en una locura si me dejo llevar un segundo más.

Hasta que él, con la paciencia de un hombre que sabe exactamente cómo joderme, saca la lengua y lame el rastro de batido de mi dedo.

Lento.

Provocativo.

Mi cerebro entra en cortocircuito.

—Gracias por avisar —murmura.

Luego, como si nada, se aparta y se lleva su batido, dejándome ahí, con la piel en llamas y una maldición en la punta de la lengua.

Maldito Jareth.



¿Qué es lo que hace que pierda el control?

Ella.

Siempre ha sido ella.

Mi maldición personal. El único ser en este maldito planeta capaz de sacarme de mi eje, de hacer que la racionalidad y el control (dos cosas en las que baso toda mi existencia) se evaporen en cuestión de segundos.

Toda esa pantomima de Nikita 2.0 no me la creo. Isadora nunca fue así, provocadora con erotismo sobreactuado. Sé quién es en realidad, siempre fue vergonzosa en todo lo que tenía que ver con la sensualidad, no hacía chistes de doble sentido ni buscaba llevarme hasta el colapso mental. Y yo, en aquella época, como un idiota, interpreté eso como una señal de que debía ir despacio con ella, mucho más despacio de lo que mi deseo me pedía. ¿Me arrepentí de tratarla como una reina intocable? No.

Pero lo cierto es que aprendí mucho, porque mi vida se divide en dos: a. I. / d. I.

Antes de Isadora. Después de Isadora.

Antes de Isadora, no esperaba nada de nadie. No creía en el amor ni en la necesidad de compartir la vida con otra persona. Mi

existencia giraba en torno a encontrar la independencia financiera y la certeza de que nadie podía joderme si yo no se lo permitía.

Durante Isadora… todo eso cambió.

Ella fue la primera que hizo que deseara algo más que dinero, más que éxito, más que simples encuentros sin sentido, más que eliminar a mi padre de mi vida.

Quería que fuera mía.

Quería mostrarle el mundo y hacerle entender que podía devorarlo si se lo proponía. Quería vivir con ella, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Respirarla, protegerla de las asperezas del mundo. Quería impresionarla con cosas que solo la impresionaban a ella, quería arrastrarla a una burbuja donde fuéramos nosotros dos contra el mundo.

De más está decir que todo eso no salió como esperaba y que toda esa estúpida teoría de la manifestación es una tremenda mierda, ya que son incontables las veces que fantaseé tenerlo todo y me quedé sin nada.

En fin, sigamos.

Después de Isadora, la vida tomó otro color. Uno más frío, pragmático y silencioso.

Aprendí a no volver a entregarme por completo a alguien que no supo valorar lo que podía entregar. A cerrar mi corazón bajo siete llaves. A no confundir el deseo con la necesidad de algo más. A entender que la intimidad es solo un intercambio de placer y que lo único especial en ello es lo bien que le sienta a mi estrés.

Después de Isadora, me enfoqué en lo que realmente importaba.

Ruby.

En darle una vida mejor que la pocilga en la que había estado atrapada con esa madre que, obviamente, nunca regresó. En mi papel como hermano, en ser el apoyo que necesitaba, sin marcarle el camino, sin presionarla, sin convertirla en una extensión de mis propios fracasos como intentó hacer mi padre.

Ergo, lo opuesto a César e Isadora.

Esa relación que se retroalimenta de toxinas, de falsedades disfrazadas de amor.

No sé si me enerva más que sigan viviendo con la misma dinámica o que ella todavía tenga el poder de hacerme sentir algo.

Lo que más me jode no es lo que aprendí después de ella. Lo que me jode es que, a pesar de todo, no la olvidé. La lógica dicta que, si te quemas con fuego, aprendes a no tocarlo de nuevo, pero con Isadora no funciona así.

Nunca funcionó.

Ella no es un fuego, es una jodida explosión. Una que deja cicatrices invisibles, que se meten bajo la piel y se quedan ahí, recordándote lo que alguna vez quisiste y nunca debiste querer.

Y ahora está aquí, *otra vez.*

En mi vida, en mi casa, en mi jodido espacio personal. Revolviendo sentimientos y pensamientos que los tenía muy bien enterrados. Ella está jugando a ser alguien que no es, a mostrarse indiferente cuando sus ojos me desafían en cada mirada. Cuando su boca se curva en esas sonrisas diseñadas para hacerme perder la paciencia.

Y lo peor es que lo está logrando.

La observo, la analizo, la descifro como siempre hice, creyendo que tengo el control cuando sé que ella es la única persona que me lo arrebata sin siquiera intentarlo.

Porque Isadora nunca tuvo que intentar nada conmigo, siempre fue el problema y la solución. Y aunque haya prometido que después de ella todo sería diferente…, aún me descubro deseando que no lo fuera.

El silencio en el coche hace que piense en todas estas estupideces, se siente pesado el ambiente, cargado de preguntas que Isadora no formula en voz alta, pero que puedo ver en la manera en que aprieta los labios y juega con los botones de su camisa.

No tiene idea de lo que le espera.

Por eso se vistió haciendo un esfuerzo sobrehumano por encajar.

Sin vaqueros rotos, sin camisetas extragrandes, sin esa actitud de «me importa una mierda» que siempre la ha definido. Hoy lleva el cabello recogido en una coleta alta, su pelo negro cae recto sobre

el hombro izquierdo, una camisa negra abotonada hasta el cuello y unos pantalones del mismo color que han visto mejores días.

Son tan cortos que dejan ver sus tobillos, y por alguna razón, eso me molesta.

Arqueo una ceja, pero enmascaro rápidamente el rechazo que me produce verla vestida como alguien que quiere encajar en vez de como la «rompe-reglas» que suele ser.

Mi mente va a la velocidad de un tornado, arrojándome preguntas que no quiero responder.

¿Por qué me hago esto? ¿Qué clase de castigo me estoy imponiendo?

¿Podría haber buscado a alguien más que no desestabilice mi mundo entero para solucionar mis problemas?

La respuesta es evidente, esto no lo hago por mí, y sigo hacia delante de todos modos.

Cuando se pone el cinturón de seguridad, noto que sus hombros están rígidos y se toca el cabello compulsivamente. Isadora vive con ansiedad constante, así que decido bajar la tensión con ayuda de la radio.

Dentro del coche, las noticias de Silicon Valley llenan el espacio entre nosotros. Fuera, la niebla oculta los rascacielos. Un típico día depresivo y frío en San Francisco, con la sobrepoblación evidenciándose en cada esquina.

—¿Tengo que adivinar de qué se trata mi nuevo trabajo? —suelta de repente.

Hoy está brava.

—No —respondo sin mirarla a pesar de que todos mis instintos dictan lo contrario—. Iba a explicártelo en este momento. —Puedo sentir su mirada en mi perfil, afilada y llena de desconfianza—. Tu trabajo no será algo normal —continúo—. Va a requerir de ti mucha cabeza, astucia y picardía.

Eso le llama la atención lo suficiente como para hacer que se gire por completo hacia mí.

—Jareth…, ¿a dónde coño me estás metiendo?

Una media sonrisa se desliza por mi rostro, lenta y maliciosa.

Entro al estacionamiento subterráneo y apago el motor antes de responder.

—Tu trabajo será una prueba que debe pasar la compañía. En la jerga, se llama «prueba de penetración».

Isadora arquea una ceja, divertida.

—¿Penetración? —repite, arrastrando la palabra con intenciones obvias—. ¿Qué tipo de penetración?

Depende de cuál te guste.

Me trago la respuesta antes de que salga de mi boca, suficiente jugueteo con lo que pasó hoy en la mañana.

—Tienes que poner a prueba la seguridad de la compañía. Yo te daré una tarea y tú debes llegar al objetivo haciendo lo que sea necesario para lograrlo.

Su expresión se vuelve más alerta.

—¿Lo necesario…? —repasa la frase en su cabeza—. ¿Así como… algo ilegal?

—Podría llamarse ilegal, sí —admito, metiendo la mano en el bolsillo de mi traje y sacando una tarjeta blanca—. Pero estarás protegida por esto.

Se la muestro.

Isadora la toma con precaución y frunce el ceño al leerla.

—Es una «tarjeta para salir de la cárcel», funciona como inmunidad dentro de la empresa. Es un permiso para operar dentro de ciertos límites en caso de que te atrapen in fraganti.

Ella parpadea varias veces y suelta un suspiro largo, luego se masajea los ojos con las yemas de los dedos.

—Joder, Jareth, pero ¿en dónde me estás metiendo?

Puedo ver cómo su ansiedad se eleva, cómo su mente empieza a ir a mil por hora, buscando todas las formas en que esto podría salir mal.

La veo respirar hondo, intentar calmarse, pero su instinto le está gritando que corra en la dirección opuesta.

—En un trabajo con un salario generoso y un horario fijo —le recuerdo con calma.

—No suena como eso —murmura, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¿Dónde mierda me metí?

Me encuentro dándole una palmada en la pierna. Ella no reacciona, todavía atrapada en su pánico interno.

—Prepárate para conocer la zona gris de las compañías.

Y algo en su expresión cambia.



—El fin de tu trabajo es notificarme cuán vulnerable es la seguridad física de la compañía: entradas, contraseñas, esas cosas. Tú tienes algo que nadie aquí dentro tiene, que es calle. Tienes la astucia de alguien que no creció con todo servido a sus pies, y eso es exactamente lo que necesito para saber cómo de expuestos estamos a un hackeo, robo o invasión.

Lo miro fijamente.

¿Está diciéndome que me contrató para ser… una especie de delincuente de prueba?

—¿Pero qué demonios hacen aquí? —pregunto, mirando por la ventanilla. Solo veo cemento gris y más cemento gris del estacionamiento subterráneo.

—No importa, lo importante es probar diferentes niveles de vulnerabilidad.

Tengo la tarjeta en la mano y la giro con nerviosismo entre los dedos.

—¿Entonces? ¿Debo entrar y listo?

—Sí, pero esta oficina tiene tarjetas de acceso. Debes encontrar la manera de obtener una. Puede que te tome un día o simplemente

horas. Lo único que necesito es que entres y me reportes lo que hiciste.

Me quiero reír, de verdad, pero las ganas de vomitar de los nervios me lo impiden.

Este hombre está loco, siempre lo estuvo. No sé por qué creí que iba a ofrecerme un trabajo normal.

—Jareth, no sé qué piensas de mí, pero ¿ingresar a una oficina ilegalmente? No tengo idea de cómo hacer eso, soy simplemente una camarera.

Jareth gira la cabeza hacia mí con esa intensidad en los ojos que me hace querer hundirme en el asiento.

—No eres solo una cosa, Isadora. —Su voz es grave, segura, como si no tuviera una sola duda en el mundo. Y luego, con una confianza absurda en mis inexistentes habilidades criminales, suelta —: Confío en que harás un buen trabajo.

Abre la puerta del coche para bajar, pero lo sujeto del brazo con fuerza antes de que lo haga.

No sé en qué estoy pensando.

Lo único que sé es que a él no le gusta que lo sujeten o que yo lo haga. Sin embargo, mi ansiedad está disparada y no se me ocurre una mejor idea que aferrarme a la única persona que podría darme alguna pista de qué demonios hacer.

—No sé por dónde empezar, Jareth. —Suena a súplica, y odio eso.

Odio mostrarme así con él, pero más aún odio fallar.

Es por eso por lo que me aferro a lo que conozco. Porque fallar me trae recuerdos que no quiero abrir como un maldito libro lleno de páginas tachadas. Prefiero no intentarlo a intentarlo y fracasar.

Jareth suspira irritado. Me estudia un momento y, contra todo pronóstico, se compadece.

—Hay un tipo llamado Elmer Parrish. Es fácil de reconocer, lo que tiene de engreído, lo tiene de mal gusto. Se viste como hípster a pesar de que la moda pasó hace veinte años; gracias a Dios, nadie quiere leñadores usando un Mac en un Starbucks. Tiene una barba tupida, roja. Su pelo debe ser del mismo color, pero siempre lleva gorra, así que no estoy seguro.

—Vale, hasta ahora me has dado la descripción de todos los tipos que trabajan en San Francisco.

Jareth ignora mi interrupción.

—Le gusta decir que el tren llega tarde, pero se pasa una hora en la cafetería de la esquina mirando por la ventana y flirteando con cualquier cosa que tenga piernas y un orificio. Él es la persona más vulnerable y que más detesto de esta oficina, es la cabeza del departamento de finanzas.

Hace una pausa y, con su particular manera de lanzar sentencias como si fueran verdades absolutas, remata—: Aprovéchate de ello. Nos vemos dentro.

Y, sin más, abre la puerta, baja del coche y camina hacia los ascensores como si no tuviera un solo problema. Mientras tanto, yo me quedo sentada, con una tarjeta en una mano y una crisis existencial en la otra.



Estas cafeterías son una copia forzada del Starbucks, pero con el intento desesperado de parecer auténticas. Para eso, incorporaron dos cosas que los jóvenes de hoy aman: plantas y animales. Hay una pared con un jardín vertical y frondoso al fondo, algunos clientes tienen perros a sus pies mientras toman café, y hay carteles en la pared de ladrillos con frases como «Rompiendo el trauma generacional», «Mamá de plantas» y «No tendré una casa, pero ¿qué tal una deuda?».

No creo que ningún adulto mayor entienda estos chistes, ya que ellos se niegan a ir al psicólogo, no entienden por qué los jóvenes no quieren tener hijos ni la situación económica del país. El *marketing* claramente está dirigido a mujeres, no hay duda. De fondo suena música pop escandalosamente alegre, el tipo de melodía que, si te agarra en un mal día, puede penetrarte el cerebro y repetirse como un disco rayado en tu mente hasta que llores, suplicando que pare.

Detrás del mostrador solo hay mujeres trabajando, moviéndose como un enjambre perfectamente sincronizado. Se gritan comandos, pedidos y nombres de clientes sin detenerse un solo segundo.

Al otro lado del mostrador, la fila es larga y homogénea: rostros cansados, dormidos o irritados por la espera.

Yen's se suele poner así durante el mediodía, caótico y demandante. Sé que es agotador tener que lidiar con personas que se creen los protagonistas de la historia de todos.

Uno de esos rostros destaca entre el resto, barba roja, boina verde oscura.

Ahí estás, Elmer Parrish.

Está anteúltimo en la fila y mira su reloj digital compulsivamente. Pero no creo que sea para ver la hora, no, lo que hace es mirar notificaciones y responder mensajes hablándole a su muñeca como si fuera James Bond en una misión encubierta, en vez de usar su móvil como cualquier humano normal.

Dios, qué ridículo.

Pero tengo que admitirlo: nadie es mejor que Jareth para leer a la gente, y esta vez dio en el blanco.

Elmer Parrish exuda fanfarronería, exuda «el asquito». Lo delata su porte, la forma en la que voltea a mirarle el culo a las mujeres que recogen su pedido. Y el infame levantamiento de cejas que hace después, como si nunca en su vida hubiese visto un trasero tan magnífico.

Los conozco.

Me he cruzado con estos tipos demasiadas veces, sé cómo funcionan y creo que Jareth lo sabe también, por eso me envió a «operarlo».

Estoy sentada en una de las mesas del fondo, pretendiendo mirar el móvil cada vez que sus ojos rondan por la zona donde estoy, no quiero que me note todavía. Pero desde aquí, veo algo interesante.

Una tarjeta de acceso colgada de su vaquero. Y ahora, la gran pregunta: ¿cómo demonios se la saco?

Plan A: el método clásico.

Podría tropezarme con él, fingir un accidente y quitarle la tarjeta en el proceso. Pero viendo la forma en que se mueve,

probablemente termine con su mano en mi cintura y un «bueno, preciosa, al menos dime tu nombre» susurrado en el oído.

No, descartado.

Plan B: el engaño directo.

Podría hacerme la despistada, acercarme y decirle que se le cayó algo para obligarlo a revisar. Pero, considerando que es el tipo de hombre que usa una boina verde como si se sintiera un Peaky Blinders, dudo que tenga el instinto de revisar otra cosa que no sea su propio reflejo.

Y también está el factor (fundamental) de que no quiero arriesgarme a una conversación larga.

Plan C: la distracción perfecta.

Mi única opción es hacer que se mueva lo suficiente como para que pueda agarrar la tarjeta sin que lo note. Así como una ladrona de guante blanco.

Miro alrededor y ahí está mi solución: un enorme dispensador de azúcar en sobres.

Me levanto y camino hacia él como si solo fuera una clienta más en busca de su dosis de cafeína. Tomo un puñado de sobres de azúcar y camino cerca de él, fingiendo que reviso el móvil.

Cuando estoy justo a su lado, dejo caer los sobres al suelo con torpeza exagerada.

—¡Ay, Dios!, ¡qué torpe soy! —exclamo con una risa nerviosa.

Elmer, siendo Elmer, instintivamente gira para mirarme y, por supuesto, su primer reflejo es ofrecerse a ayudarme.

—Tranquila, preciosa, yo te ayudo.

Apenas se agacha para recoger los sobres, me percato de que su tarjeta está mal colgada en su vaquero y con solo un poco de astucia, puedo desengancharla del todo y atraparla antes de que toque el suelo.

Mi corazón salta, pero mantengo la compostura.

Me inclino rápido y comienzo a recoger los sobres con una mano mientras deslizo la tarjeta dentro del bolsillo trasero de mi vaquero con la otra.

—Eres un caballero —digo con una sonrisa amplia, estirando con fingida timidez de mi chaqueta para asegurarme de que no se vea

nada.

—Ya no quedan muchos como yo —responde, guiñándome un ojo.

Alguien que me traiga un cubo, que voy a vomitar.

Con mi premio asegurado y la dosis exacta de falsa coquetería utilizada, me alejo de la escena con la tarjeta en el bolsillo y una pregunta rondándome la cabeza.

¿De verdad creí que esto sería un problema? Me río para mis adentros mientras salgo del café.

Entro al edificio pretendiendo que hago esto todos los días.

No camino. *Desfilo.*

Saludo al de seguridad con la confianza de quien realmente tiene derecho a estar aquí, como si hubiéramos compartido unas copas el fin de semana pasado. El tipo me devuelve la energía sin dudarlo, aunque está clarísimo que no tiene ni idea de dónde me conoce.

Bendita sea la gente educada.

Paso la tarjeta por el torno y sigo hasta el ascensor con la actitud de alguien que tiene reuniones importantes en su despacho inexistente.

Todo va perfecto hasta que…

Mierda.

No sé a qué planta tengo que ir.

Saco el móvil para escribirle mientras las puertas del ascensor se cierran, pero una mano se interpone en el último segundo para detenerlas.

Levanto la mirada.

—¡¿Tate?!



Tate ha cambiado por completo.

La última vez que lo vi fue el día que me mudé de la casa de Kevin. Nos dimos un abrazo y prometimos no perder el contacto.

Pero, como suele pasar, todo eso se fue a la mierda.

—¡Por Dios, Isa! —Su abrazo viene de golpe. Deja que las puertas del ascensor se cierren, dejándonos solos—. ¡¿Qué haces aquí?! ¡Qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo, hombre!

Finalmente nos soltamos para mirarnos de nuevo, como quien busca las diferencias en una foto de «antes y después», y Tate definitivamente está en su mejor momento.

Musculoso, bien vestido, pero sin usar traje. Su pelo arreglado y unas gafas de marco negro que le dan un toque absurdamente masculino a su cara perfecta.

—¿Sabes que Jareth trabaja en este edificio? —pregunta mientras pulsa un número en el ascensor, evitándome tener que enviar ese mensaje desesperado.

—Sí, de hecho, voy a verlo.

—¿De veras? ¡Yo también! —Me da un golpecito en el hombro—. Jareth no puede evitar ser él, ¿sabes a lo que me refiero?

Se acomoda justo enfrente de la puerta y ajusta la ropa con un gesto automático. Es muy coqueto.

Y no, no sé a qué se refiere.

—¿Qué quieres decir? —Mi sonrisa empieza a desvanecerse.

—Oh, ya sabes, Jareth siempre es muy generoso…, aunque le encanta ocultarlo.

Se inclina ligeramente hacia mí, listo para soltar chisme.

—Nos encontramos hace dos años en un bar y le conté que estaba teniendo algunos problemas financieros. Entre otras cosas que ya te contaré cuando nos pongamos al día, y al día siguiente, a las siete de la mañana, mi móvil empieza a sonar. Yo, todo confundido, aún borracho, sin entender nada. Bueno, el caso es que me llama para ofrecerme trabajo en sus empresas. Así que aquí estoy, trabajando codo a codo con él.

Lo escucho atenta.

Recuerdo que Tate estudiaba diseño de interiores, pero nunca más supe de él. Ni siquiera lo sigo en redes.

—¿Y qué haces?

—Le doy un diseño nuevo a las oficinas que compra… o algo así. No tengo muy claro cuál es el papel de Jareth —el ascensor sigue subiendo; vamos a la planta veinticinco—, pero él tiene muy claro qué quiere y yo lo llevo a la realidad. Luego vengo con mi equipo y transformamos el lugar en algo más… habitable. Menos estilo «trabajo esclavizante» y más «mira qué bonitos colores, quédate a trabajar».

Me río.

No recordaba a Tate tan extrovertido.

—Creo que entiendo a qué te refieres con «generoso». Conmigo hizo algo parecido, de hecho, hoy es mi primer día.

Tate suelta un pequeño festejo que, de alguna manera, termina emocionándome a mí también.

—¡Te irá genial! Aparte, sabes que eres su punto débil, nunca pudo disimularlo contigo, fue una lástima que hayan terminado así las cosas; por cierto, nunca supe que pasó.

Junto las cejas.

¿Tate sabe que fuimos pareja?

El día que todo explotó él no estaba en la casa, lo recuerdo bien.

—¿Su punto débil? —Me río por lo bajo.

—Sí, ¿no te acuerdas que pagaba la mitad de tu alquiler?

Mi estómago cae directo a los pies, y justo en ese momento, las puertas se abren.

Al otro lado, de brazos cruzados, esperando como la parca en un traje impecable.

Jareth.



Tate balbucea sin parar en la sala de reuniones, algo sobre el significado de los colores, combinaciones óptimas para el rendimiento y la concentración prolongada para cerebros criados en TikTok, probablemente toda esa información está sacada de un artículo mediocre de LinkedIn.

Ni mis ojos ni mi cerebro pretenden escucharlo. Mi atención está fija en lo que hay dentro de mi despacho, a unos metros de aquí.

La persona que está ahí.

Isadora. Mi mente ruge con la misma intensidad ardiente de antes, con la misma posesión asfixiante que siempre tuve con ella.

La puerta de cristal del despacho me deja verla con claridad. Sentada en *mi silla* como si le perteneciera, como si el cuero negro y el respaldo alto fueran hechos a su medida y no a la mía. Una pierna cruzada sobre la otra, su móvil en la mano, la cabeza ligeramente ladeada descansando en su puño, en un gesto de absoluto aburrimiento. Pareciera una reina harta de sus súbditos incompetentes en vez de una novata en la oficina de uno de los hombres más influyentes de San Francisco.

Sí, hablo de mí, no me rompí la espalda trabajando para ser humilde ahora.

Hombres y mujeres la observan disimuladamente cuando pasan por la puerta y cuchichean después, sacando conclusiones erróneas sobre quién es esa mujer.

Ella los mira pasar mientras mastica chicle y hace un globo rosa, no le importa una mierda lo que esos extraños piensen de ella, y su descaro me da una jodida satisfacción que no quiero analizar demasiado.

Yo sabía que iba a poder con la «misión», lo supe desde el principio y creo que ella también, porque no era ella quien dudaba de sí misma en primer lugar, era César, eran sus padres. Era la gente que la ha subestimado toda su vida, los que creen que no es capaz, que tiene limitaciones o que «solo sirve para una cosa», como suele repetir. Esas voces no pertenecen a su cabeza, son voces dañinas que la rodean, que la encerraron en un cubo y le hicieron creer que ella no puede apuntar a más.

Quizá, finalmente, sea momento de mostrarle cuán equivocada está. No con palabras, con hechos, con cada misión que le voy a dar y con cada una que va a completar con éxito.

—Jareth, ¿qué opinas? —Tate interrumpe mi línea de pensamiento con su voz molesta.

Le devuelvo una mirada perezosa.

—Que suenas como Alexander…

—Alexander… ¿tu amigo?

Asiento lentamente, apartando los ojos de ella. Tate sigue el movimiento.

—Tiene las ideas más innecesarias para su compañía. —Me incorporo sobre la mesa, entrelazo los dedos y miro a Tate a los ojos —. ¿Tienes media hora más disponible?

Mira su reloj, pretendiendo tener que verificar qué tan apretada está su agenda.

—Sí.

Asiento una vez más.

—Traeré a alguien para que comiences el proyecto, háblalo con ella, haz lo que tengas que hacer —miro hacia la oficina llena de cuerpos que pretenden trabajar, sé que lo hacen solo porque estoy

mirándolos— para que de una vez por todas esto deje de ser el patio de un colegio.

—Lo pides, lo tienes, jefe —dice dándome un guiño y luego varios pestañeos.

—No hagas eso, no pretendas flirtear conmigo.

—No puedo evitarlo, verte así tan macho alfa con Isa me enciende.

Ya estoy de pie para cuando termina de decir chorradas.

—Tengo que irme.

—¿Es difícil? —pregunta Tate.

Miro por sobre mi hombro.

—¿Difícil?

Mira hacia mi despacho y señala con la barbilla.

—Tenerla contigo otra vez.

—Si ese fuese el caso, significaría que me importa —suelto mientras me abro paso hacia la salida.

Tate sigue balbuceando algo sobre que no le respondí verdaderamente, pero ya no lo escucho, mis pasos resuenan en la alfombra de la oficina mientras me dirijo directo a mi despacho.

Isadora ni siquiera finge sorpresa cuando abro la puerta de golpe, simplemente deja el móvil sobre *mi* escritorio y me mira, con ese brillo de desafío en los ojos. Pareciera que espera algún comentario amargo de mi parte, algo como… «Levántate de mi jodida silla». Pero no lo hago, porque hay algo en la imagen que me hace darme cuenta (y creo que ella también se percata) de que, por primera vez, está sentada en mi mundo y que quizá no le desagrada tanto como debería.

Y a mí tampoco.

Me siento del otro lado del escritorio por primera vez en mi vida.

Ella entrelaza los dedos, mastica el chicle y une las cejas.

—Ni lo intentes —digo.

—¿Qué cosa? —Parece desinflarse.

—Estabas a punto de hacer una pésima imitación mía, ahórrate la vergüenza. —Cruzo las piernas a la altura del tobillo y la observo detenidamente—. Te dije que era un idiota.

—¿Elmer? Peca de algo que muchos hombres tienen.

—¿Y eso es?

—Seguridad en demasía, tanta te hace ver como un idiota.

Arqueo una ceja, pero anoto mentalmente lo que dice.

—¿Dónde está la tarjeta?

Busca en su bolsillo trasero y la deja entre los dos. La recojo y observo el nombre del futuro exleoneter (así decidieron llamar a los empleados de Leonet; «hormigas trabajadoras» era muy fuerte).

—Fue más fácil de lo que pensé —suelta mirándose las uñas, una costumbre que tiene para demostrar que lo que dice no le importa mucho cuando en realidad sí.

Yo juego con la tarjeta en la mano mientras pienso cómo concienciar a los empleados de dejar de ser tan inocentes cuando se trata de la seguridad física de la empresa.

La puerta se abre, Nanami entra envalentonada, con su tablet en mano, mirando fijamente la pantalla. Se detiene en seco cuando comienza a hablarle a la persona que está sentada en mi silla y descubre que no soy yo.

—¿Quién eres? —pregunta bruscamente.

Isadora me mira, y cuando Nanami sigue la mirada, me encuentra sentado a su lado.

—¡Ah! —se asusta—. Joder, casi me infarto.

Suspiro controlando mi irritación, miro a Isadora y ordeno:

—Respóndele.

Mi ex se levanta y estira la mano hacia Nanami.

—Soy Isadora, un placer…

—Nanami —responde mi asistente—. Estabas sentada en la silla del jefe.

Isadora voltea y mira la silla con detenimiento.

—No tiene su nombre.

Nanami me mira ofendida como una «Karen» cuando su comida llega fría.

—La vez que me encontraste sentada en tu silla me diste el sermón más largo de mi vida.

—No lo recuerdo —me defiendo.

—¿Quieres sentarte? —invita Isadora, y esa es mi señal para levantarme.

—Dejad de molestar las dos. —Paso por al lado de Isadora, evitando con mucha habilidad tocarla en ningún lado—. Nanami, qué se te ofrece.

No se le escapa que no sabe quién mierda es la lánguida parada en mi despacho; al lado de ella, Isadora parece una gigante.

—Tu siguiente reunión se ha suspendido, Arthur tuvo una emergencia familiar.

—Excelente —murmuro mirando el móvil, las dos se quedan en un silencio que me juzga como un verdugo—. ¿Qué? Significa que todos nos iremos más temprano —defiendo.

Entre ellas intercambian una mirada y comparten un gesto de resignación.

—¿De verdad puedo irme? —pregunta Nanami controlando la emoción en su cuerpo.

—No —contesto aún enfocado en el móvil y respondiendo un mensaje a Ruby—. Isadora, siéntate, tenemos que definir algunas cosas.

Nanami se queda parada allí, esperando que empiece a hablar.

—Vete.

Cuantas menos personas sepan lo que hace Isadora, mejor. Me refiero a su trabajo, no lo que le hace a mi mente.

Nanami hace una mueca de dramatismo, pero se lleva la tablet contra el pecho como si la hubieran sentenciado a muerte.

—No sé qué me da más miedo, que me despidas o que me obligues a quedarme.

—Si sigues aquí en diez segundos, serán ambas.

—¡Ya me voy, jefe frío y despiadado!

Gira sobre sus talones y desaparece por la puerta, cerrándola con un golpe que me deja claro que tendrá algo sarcástico que decir sobre esto más tarde.

Isadora ya está sentada de nuevo, con las piernas cruzadas y una expresión que fluctúa entre la diversión y el fastidio.

—Mmm, Jareth Sullivan pretende ser un tirano, pero tiene una amistad con su asistente.

—No te hagas la graciosa —respondo—. Y no somos amigos, Nanami trabaja de la manera exacta que necesito que trabaje, pero

no quiero desviarme del tema, tenemos que definir cómo vas a moverte dentro de la empresa sin levantar sospechas, y sentándote en mi silla no es la manera.

—Ah, ¿tienes miedo de que todos piensen que soy la amante del jefe?

—Isadora…

—Del jefe frío y despiadado —se burla, imitando a Nanami.

Aprieto la mandíbula.

Voy a necesitar más paciencia de la que creí.

Pero al mismo tiempo, esta interacción me trae recuerdos, recuerdos que enterré porque eran demasiado dolorosos para recordar.

Ella no confió en ti, ella eligió no creerte.

Me inclino sobre el escritorio y entrelazo los dedos sobre la superficie, igual a como ella intentó imitarme antes.

—Vas a ser una empleada temporal en el área de documentación y control de activos. Tu pase dirá que eres parte del equipo de administración de inventarios, lo que significa que tendrás acceso a ciertas áreas sin levantar sospechas.

—Déjame adivinar —Isadora tamborilea los dedos en el escritorio —, lo que realmente tengo que hacer es fijarme en cosas que no están donde deberían estar.

—Por momentos, por otros necesitarás ingeniártelas para encontrarlas.

—Y conseguir la información que quieras sin que parezca que la estoy buscando.

—Sigues sorprendiéndome, Isadora.

—Es mi talento natural.

—Tu talento natural es molestarme hasta el límite de mi paciencia.

—No, ese es mi talento favorito —aclara con sus ojos turquesa brillando con picardía.

Debo cerrar los ojos un segundo y tomar aire.

Ella apoya los codos en el escritorio y me sostiene la mirada con la barbilla apoyada en las manos.

—¿Sabes qué es lo que más me intriga de todo esto, Jareth?

—Ilumíname. —Miro el monitor un segundo para regular mis emociones.

—Que podrías haber elegido a cualquiera para esto, pero me elegiste a mí.

Cruzo los brazos y me recuesto en la silla; la evalúo con calma.

—Quizá me gusta ver qué tan lejos puedes llegar.

Ella gira la cabeza y sonríe de lado.

—O quizá… todavía no puedes evitar quererme cerca.

No respondo.

Porque la verdad es que no tengo idea de cuál de las dos es la verdadera razón.



Isadora

A medida que me acerco a la puerta del piso, comienzo a escuchar voces, risas.

Risa femenina y masculina.

Claro, por eso no me da el código del piso. El tipo trae mujeres aquí para pasar un buen rato.

No debería sorprenderme, Jareth tiene la elegancia y la astucia de un villano de esos que te hacen plantearte tu ética, moral y hasta tu sentido común.

Detengo los nudillos en el aire. Tocar el timbre nunca me ha gustado; siempre he sido más de llamar con la mano directamente, se siente más personal, hacer algún ritmo, algo que diga que soy yo, pero me frena una fuerza invisible.

Una incomodidad en el estómago.

Una sensación tonta y molesta al pensar que quizá Jareth está con alguien.

No me sorprendería que hiciera alguna jugada así. Traer a una mujer solo para demostrarme que me tiene superada, que mi presencia le da exactamente igual, que está tan por encima de todo esto que ni siquiera se molestó en advertirme.

Sería una forma perfecta de dejarme claro que no tengo cabida en su mundo.

Trago saliva con dificultad y enderezo la espalda.

Desfila como lo haría Maléfica y camina directo a tu habitación. No salgas de allí hasta que los sonidos desaparezcan. No importa cuánta hambre tengas.

Toc, toc.

Las risas se ahogan.

Silencio.

Y este es el momento en el que Jareth recuerda que su ex vive con él y que ahora tiene una nueva muñeca con la que quiere jugar.

Joder, tendría que haberme dado la vuelta.

Después de que prácticamente me echara de su oficina, fui a buscar a Kat. Pero sigo sin poder encontrarla, comienzo a preocuparme por ella. Desde que trabajo en Yen's, Kat es dueña del barrio, es muy raro que no esté en ningún lado. Luego pasé por casa de Harriet para recoger un poco de ropa; no estaba allí, tampoco Mason, pero me dijo que pasara y que hiciera lo que tuviera que hacer.

Creo que le dolió de verdad que me fuera.

—Está abierto —gruñe Jareth al mismo tiempo que la puerta emite un sonido electrónico al desbloquearse.

Ahora ya no se le escucha tan alegre.

Cuando entro, el silencio sigue flotando en el aire, un murmullo, dos personas riendo por lo bajo.

Derecha, Isadora. No des más vueltas.

Aparezco en el comedor, pero no están allí, por supuesto que no, ¿quién sienta a una cita en la mesa del comedor? La llevas al salón, pones música y tomas algo.

Y eso es exactamente lo que encuentro.

Jareth está sentado en el sofá, con un brazo apoyado relajadamente sobre el respaldo. Su camisa blanca sigue impecable a pesar de ser el final del día, salvo por las mangas levantadas hasta los antebrazos que parece que van a reventar.

Cuando sus ojos se posan en mí, parece decepcionado con mi presencia, triste diría.

Encantador.

De espaldas a mí, una muchacha de pelo negro azabache y con un corte pixie perfectamente marcado.

Cuando se gira, veo la cara más perfecta y adorable que he visto en mi vida y mi autoestima se desploma como mi dignidad cuando intento ser misteriosa y termino contando toda mi vida en cinco minutos.

Nariz pequeña, ojos grandes y enmarcados por un ejército de pestañas.

Prácticamente un hada urbana.

—¡Hola! —dice alegremente.

Se levanta y, para colmo, tiene estilo. Su estética es muy Billie Eilish: camiseta extragrande de los Golden State Warriors, pantalones cortos rotos y botas militares.

Inmediatamente me enfado porque me encanta su atuendo.

¿Así que, aparte de ser preciosa, también tiene estilo? Joder.

—Hola. —Extiendo la mano, manteniendo una distancia segura entre nosotras—. Soy Isadora.

La idiota que lo dejó ir, por si no sabías.

—Lo sé. —Sonríe con complicidad a Jareth. Genial, entonces sabe que soy una idiota—. Soy Ruby.

Ruby.

Oh…

Parpadeo y reconfiguro mi visión de ella no como una potencial nueva pareja de Jareth, sino como su hermana.

Ohhhhhhhhh. ¡Ruby! No «Ruby, posible destructora de mi mundo», sino «Ruby, hermana de Jareth». ¡Uff! Qué susto.

Recuerdo que Jareth mencionó que era pequeña, pero…

Le lanzo una mirada a él, que observa nuestra interacción como si fuese lo más divertido que ha visto en su vida.

—Recuerdo que Jareth hablaba de ti.

Ruby pone los ojos en blanco y se ríe por lo bajo.

—¿A ti también te contó cómo me hacía pis en la cama cuando era pequeña o solo se lo dijo a sus amigos varones?

Jareth pone la misma cara inexpresiva de siempre y se lleva un vaso a la boca. La imagen de control y autoridad que carga

naturalmente despierta partes de mi cuerpo que estaban más dormidas que una momia.

—Solo se lo dije a Archie, y ya se le olvidó seguro.

—¡Justo al que me gustaba! —se queja, dándole un puñetazo en la pierna.

Jareth ni se inmuta.

—Qué casualidad —responde sin gracia.

Y ahí está.

La combinación genética perfecta entre el sarcasmo y la impertinencia.

Ruby se deja caer de vuelta en el sofá y se acomoda como si esto fuera una reunión casual entre amigos y no un momento ligeramente incómodo en el que yo acabo de asumir que su hermano estaba con otra mujer.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Jareth, con ese tono seco de «no me interesa la respuesta, pero socialmente tengo que preguntar».

—Vivo aquí —respondo con una sonrisa falsa.

Ruby se ríe por lo bajo.

Jareth me observa como si estuviera considerando si tirarme por la ventana sería legalmente cuestionable.

—Pensé que habías reconsiderado ir a vivir con tu amiga en la calle.

Cruzo los brazos y relajo mi postura.

—Lo pensé, pero entonces recordé que es más divertido venir y joderte la vida.

Jareth entorna los ojos dándome a entender que no moleste ahora que su hermana está aquí.

Ruby nos mira a ambos con los ojos entrecerrados. Nos está analizando.

—Vale, esto es raro —dice, y se estira para agarrar su móvil de la mesa de café—. Lo que significa que necesito más detalles.

—No hay detalles —responde Jareth con rapidez.

Ruby le lanza una mirada de incredulidad y luego me apunta con un dedo.

—Si vives aquí y él te quiere ver lo menos posible, pero te trajo de vuelta, eso solo puede significar dos cosas.

—¿Y eso es…? —Levanto las cejas, siguiéndole el juego.

—Uno: le debes dinero.

—No —respondemos los dos al mismo tiempo.

Aunque las palabras de Tate quedaron resonando en mi mente, algo relacionado al alquiler.

—Dos: os acostasteis alguna vez y la cosa acabó mal.

El vaso en la mano de Jareth se detiene a medio camino hacia su boca.

La garganta se me cierra un poco, pero mantengo la compostura.

—Ah, veo que he tocado un punto sensible. —Ruby chasquea la lengua y se incorpora, claramente entretenida con la situación—. Es eso, ¿verdad? Sois ex.

—No tiene importancia —interviene Jareth con la mandíbula tensa.

Ruby lo ignora por completo.

—¡Dios mío, esto es buenísimo! —Me señala con entusiasmo—. ¿Eras su novia?

—Hace mucho —respondo, viendo cómo Jareth aprieta el vaso un poco más fuerte.

—¡Eso explica tantas cosas! —Ruby se ríe y se gira hacia su hermano—. ¿Por qué nunca me contaste esto?

—Porque no tiene importancia —repite él, su tono es un cuchillo bien afilado que se clava en mis tripas.

Ruby pone cara de fastidio, murmurando algo sobre que su hermano es un imbécil.

Jareth deja el vaso sobre el posavasos con demasiada precisión y me clava la mirada.

—¿Necesitabas algo o solo has venido a ser insoportable?

Ruby levanta la mano.

—Si la opción es ser insoportable, voto por eso.

—No tienes voto —responde Jareth sin mirarla.

—Lo que le diría un hermano aburrido a su hermana favorita —canta Ruby.

Cruzo los brazos y le sostengo la mirada a Jareth.

—Solo quería saber si hay algún código de vestimenta para el trabajo. —Invento.

Él me estudia con esos ojos que, a pesar de la molestia evidente, parecen leerme con más profundidad de la que me gustaría.

—No robes tarjetas de acceso en pantalones cortos y estarás bien.

Ruby se ríe.

Me doy la vuelta para irme, pero justo cuando estoy a punto de salir de la sala, escucho su voz:

—Isadora.

Me detengo.

Me giro lo justo para verlo.

—Cenamos en media hora, estate lista.



—¡Qué patatas cocidas tan deliciosas! —dice Ruby con un acento inglés exagerado, recreando a la perfección la escena de Orgullo y Prejuicio donde el señor Collins intenta ser encantador y solo consigue ser insufrible.

Mi risa sale reprimida y rasposa cuando veo la cara de pocos amigos de Jareth.

—Mañana vuelve Mónica —explica con seriedad, como si de verdad fuera una amenaza y no solo un dato.

Ruby me busca con la mirada y pregunta:

—¿Ya la conociste?

—No, aún no —respondo, cortando un trozo de pollo con demasiada dedicación.

—Prepárate. Si crees que Jareth es estructurado, vas a conocer la razón por la cual es así.

Jareth deja sus cubiertos sobre la mesa con un golpe seco.

—Prefiero ser estructurado a ser un desmadre caminante como tú.

—Pero con estilo —agrego por lo bajo.

Ruby choca los cinco conmigo sin dudarlo. Su sonrisa es amplia y fresca, lo opuesto a Jareth en todos los sentidos.

—Dime, Isa, ¿a qué te dedicas?

—A joderme la vida —susurra Jareth.

Ruby lo observa de reojo, analizando la brusquedad de su hermano, supongo que está acostumbrada.

—Estoy trabajando para Jareth en estos momentos —explico, evitando entrar en detalles.

—Oh… —Ruby se acoda sobre la mesa, su expresión se llena de picardía—. Así que tú también te cuelgas del poder de mi hermano.

¡¿Qué?!

El silencio es inmediato.

Jareth levanta la cabeza con calma mortal y clava sus ojos negros en su hermana.

Yo, por mi parte, me hundo en la silla, abrumada por el comentario inesperado.

—Ruby… —advierte Jareth, su tono afilado.

—¿Qué? Es verdad. Todas las mujeres con las que estuviste demostraron que solo querían tu dinero y poder. Ella es solo una ex que se enteró de en qué te convertiste y quiere…

—Suficiente, Ruby. —La voz de Jareth retumba en la habitación, pura rabia contenida—. ¿Qué mierda te pasa? No hables así.

Y ahí está.

El momento en el que Ruby cambia su cara de maldad a una sonrisa radiante.

Oh.

Ohhhhh.

Entiendo lo que acaba de pasar.

Y por eso me hundo aún más en la silla.

—¿Por qué? ¿No te gusta? —pregunta Ruby con inocencia fingida.

—No —arremete Jareth de inmediato, sin darse cuenta de que acaba de pisar la trampa.

—Entonces, ¿por qué lo haces tú?

Jareth frunce el ceño, realmente confundido, y luego… cae la ficha, se activan sus neuronas.

—No te metas, Ruby. Termina ya.

Ruby me mira y me guiña un ojo, y en ese momento sé que no soy la única persona en esta mesa que ha entendido lo que acaba de pasar.

Jareth está demasiado ocupado controlando su cabreo como para darse cuenta, así que hago un esfuerzo por cambiar de tema antes de que esto se vuelva aún más incómodo.

—¿Y tú, Ruby? ¿Qué haces?

—Último año de instituto. No veo la hora de terminar y largarme de ese centro lleno de «criptobros» e *influencers*.

Jareth gruñe, intentando recuperar su fachada imperturbable.

—Es el mejor colegio de la zona de la bahía.

—Y por eso está lleno de «nepo babies», Jar. Tú no sabes lo que es ese lugar.

—¿Acoso escolar? —pregunto, sintiéndome extrañamente protectora con esta chica que conocí hace menos de una hora.

Ruby se encoge de hombros con indiferencia.

—Eso es lo de menos, a mí ya nadie me jode porque tengo el apellido Sullivan.

Jareth le lanza una mirada de satisfacción contenida.

—Y porque me encargué de destruir a los padres de todos los idiotas que intentaron meterse contigo.

Su tono es sereno, casi relajado.

Pero me está mirando a mí.

Nuestras miradas se enganchan por más segundos de lo normal.

Y ahí está otra vez.

Ese magnetismo que me hace sentir que, si no rompo el contacto visual ya mismo, voy a decir o hacer algo de lo que no estoy segura, así que aparto la vista.

—Asher Lewis todavía me gruñe cuando me ve, no supera lo que le hiciste a su padre —dice Ruby con un deje de diversión antes de inclinarse sobre la mesa y bajar la voz, dirigiéndose solo a mí—. Asher me sacaba fotos en clase y, con inteligencia artificial, las editaba para hacer ver que estaba desnuda. Las vendía por OnlyFans.

Me llevo la mano directamente a la boca en un reflejo de puro horror.

Jareth asiente con lentitud, los nudillos apretando el vaso con más fuerza de la necesaria.

—El colegio me comentó el tema; por supuesto, ninguno de ellos movió un puto dedo.

—¿Y qué hiciste? —inquiero, necesito saber el desenlace.

Ruby se ríe y, por primera vez, Jareth le sigue el juego.

—Le pagué a un grupo de *hackers* para que tomaran posesión de la empresa de su padre, a cambio de una suma millonaria, obviamente. Usé la oportunidad para borrar todas las imágenes de Ruby… y reemplazarlas por imágenes de él en las mismas condiciones.

—Bueno, excepto por la parte pequeñita que le agregaron. —La carcajada de Ruby resuena en el comedor.

Yo intento contenerme, pero es imposible.

Jareth se inclina hacia delante y choca el puño con su hermana.

—Nadie se mete con un Sullivan sin pagar las consecuencias.

—Nadie.

Esta camaradería me recuerda a Harriet y Mason. Ese vínculo que solo los hermanos tienen, ese tipo de lealtad que no necesita explicaciones.

Y, sin pensarlo, agarro mi móvil y le envío un mensaje a César.

ISADORA:

¡Hola! Reportándome, sigo viva.

CÉSAR:

Estoy en un evento, te llamo luego.



El alma de este piso cobra vida.

Siempre lo hace cuando Ruby viene a visitarme, y eso es lo que más me gusta de su presencia. Ambos queremos vivir juntos, pero nuestro padre le prohibió abandonar esa casa al menos hasta que cumpla los dieciocho, que será dentro de poco, y entonces se irá a la universidad.

No me sorprende que mi padre sea ese tipo de manipulador, que obligue al resto a pasar un mal rato, después de todo, está en su ADN.

Sin embargo, con Ruby algo cambió en él, algo evolucionó en el viejo.

Su personalidad sigue siendo calculadora y fría, pero con ella intentó ser distinto, el problema es que Ruby no tardó en ver todo lo que él le ocultaba y, con su carácter, pues, fue completamente imposible domar a una mujer que venía de una situación como la que ella vivió.

Una madre que subía fotos pretendiendo ser rica y agradable con ella cuando en realidad era negligente, de esas que ponen en su biografía de Instagram «mamá de…» antes de su nombre porque no vaya a ser que el resto piense que son humanas primero. La tipa la

obligaba a sacarse fotos inclusive cuando ella no quería, la sobreexponía a las redes sin tener en cuenta que internet es un hormiguero de enfermos mentales. La arruinó mentalmente haciéndola tomar conciencia de su cuerpo, de las calorías, le ponía filtros para que no se le vieran las ojeras.

No sé qué espero de alguien que eligió voluntariamente acostarse con mi padre.

Agradezco secretamente que esa idiota no haya vuelto nunca más, y aunque Ruby extraña ese lado femenino en su vida, sé que está contenta por no tener una voz tan tóxica quemándole la cabeza.

Ahora me tiene a mí, que la mantengo con los pies sobre la tierra a pesar de ser rica a esta edad; también tiene a Mónica, que, aunque la critique, la quiere muchísimo.

Ruby, quiera admitirlo o no, ha sido una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida, y no se me escapa la forma en que Isadora nos observaba durante la cena. Ese anhelo por tener una relación de hermanos como la que tenemos los dos.

Ella imaginaba en su mente que César sería un hermano protector, un compañero que estaría toda la vida a su lado, pero lo único que encontró fue un narcisista soberbio que vive de vender una imagen tan irreal como el culo de un *influencer* de *fitness*.

Pero eso es otro tema, uno que poco a poco estoy haciendo que desaparezca.

Escucho un murmullo al otro lado de la pared, Isadora está hablando con alguien y no puedo evitar levantarme de la cama y apoyar la oreja en la pared como el perdedor que siempre fui cuando se trata de ella.

Se escucha alejado y enlatado.

—Lo sé, lo siento, solo quería saber cómo estabas. Claro, entiendo, estás muy ocupado. ¿Yo? Yo estoy bien, ya sabes. Estoy viviendo en un lugar nuevo, tengo un trabajo nuevo también que me entusiasm… Oh, sí, no hay problema, luego hablamos.

Qué error fue escuchar esta conversación.

Porque ahora camino por mi habitación como un león enjaulado, intentando calmar la furia que me consume.

—Ese imbécil… —gruño por lo bajo.

Me detengo.

Un sonido que no identifico sale de su habitación y vuelvo a la pared a escuchar.

Llorando, Isadora está llorando.



Mi instinto dice que abra la puerta sin preguntar. Que entre, la mire a los ojos y le diga todo lo que no debería decirle. Pero debo aprender a respetar sus malditos límites, así que toco dos veces.

No responde, pero la luz está encendida.

—Sé que estás despierta —digo con voz baja pero firme—. Tu voz retumbó por todo el maldito piso, Isadora.

Al otro lado, suena apagada. Rota.

—¿Qué quieres…?

Buena pregunta. ¿Qué quiero? ¿Qué coño estoy haciendo aquí como un imbécil con insomnio y el orgullo herido?

—Nada. Adiós —ladro y me devuelvo de inmediato.

Pero apenas doy un paso, me topo de frente con Ruby de brazos cruzados, mirada inquisitiva y una ceja arqueada con una perfección que da miedo.

—¡¿Qué?! —siseo.

Ella no dice nada, solo señala la puerta de Isadora como si estuviera apuntando a mi destino inevitable.

Y golpea el pie contra el piso.

—¡No quiere compañía! —insisto, señalando la puerta como si fuera un cartel de advertencia.

—Eso decimos todas las que queremos compañía —susurra con el tono de quien ha visto demasiados dramas coreanos para su edad.

Y sin darme tiempo para replicar, me da la vuelta con ambas manos en mis hombros y me empuja hacia la puerta. Golpea tres

veces con la autoridad de un general… y sale corriendo como un perro con la cola entre las piernas.

—¡Ruby! —digo entre dientes apretados.

—Jareth… —La voz de Isadora suena desde dentro, más enfadada que antes.

Me masajeo los ojos con furia.

Esto es una trampa emocional, lo sé, me estoy poniendo en peligro, pero igual abro la puerta.

La encuentro en medio de la cama, rodeada por una escena que podría competir con cualquier telenovela: una caja de pañuelos desechables, varios bollos alrededor como cráteres de un bombardeo emocional, y ella, con los ojos hinchados y la nariz roja.

No dice nada.

Ni yo.

Solo la miro.

Y por primera vez en mucho tiempo, dejo de pensar en cómo me puede joder el momento y me concentro en cómo se siente ella.

Derrotada.

Y eso… eso no va con Isadora.

Cierro la puerta detrás de mí con un suave clic y, sin decir palabra, me acerco.

Porque a veces lo que alguien asegura no necesitar es exactamente lo que más está esperando.



Isadora

Sus ojos parecen suavizarse cuando me ve.

Joder, debo estar dando la peor imagen de mi vida si alguien como Jareth siente compasión por mí.

Camina hasta los pies de la cama y se sienta ahí, mirando mis pañuelos usados con asco.

—Eres una máquina de mocos.

Y eso es todo lo que necesito para reír hasta ahogarme.

Él me observa con una media sonrisa, satisfecho, aparentemente, por hacerme reír y no llorar.

—¿Todo el piso se enteró de que lloré?

—Los espíritus de Alcatraz se enteraron de que lloraste, Isadora. —*Tengo que aprender a ser más silenciosa*—. Qué ocurre.

No hace una pregunta, demanda una respuesta, y eso es tan Jareth que se siente como estar en casa.

Me cubro la boca cuando empieza a hacer ese temblor patético que avisa de que estoy a punto de llorar y niego con la cabeza.

Jareth se acerca hasta estar a mi lado y me retira la mano.

—Isadora, te he visto en situaciones más comprometidas que un poco de llanto.

—¿Cómo cuáles? —Mi voz acongojada.

—Como cuando te encontré en el baño afeitándote las piernas en el lavabo mientras cantabas *Baby shark*.

Me cubro el rostro con un cojín.

—Hablé con mi hermano —digo detrás de la tela.

Lentamente baja el cojín hasta dejarlo entre mis piernas.

Sus ojos cambian, como si recordarle a mi hermano reflotara los peores sentimientos que el humano puede sentir, pero no dice nada al respecto.

—¿Y?

—Soy una tonta, por un segundo creí poder tener eso que tienes con Ruby, pero lo único que logré fue que me volviese a explicar cómo no entiendo cuán ocupado está o cuánto peso tiene sobre los hombros. A veces siento que me odia, que soy una carga para él.

—¿Estamos hablando del tipo que sacó créditos a tu nombre?

—Eso fue… —comienzo a defenderme.

—En tres ocasiones —indica con firmeza—. ¿Cuántas veces dijo que te iba a ayudar a pagarlos?

Mi silencio hace que se refriegue los ojos y suspire con pesadez.

—Odio admitirlo, pero eres demasiado buena con él para lo poco que te ha dado.

—Obrar solo porque esperas conseguir algo de vuelta tampoco es…

—Pero dar sin recibir todo el tiempo, y más cuando estás hasta la coronilla de deudas, no es bueno tampoco, es hora de que abras los ojos. César no es el tipo de persona que crees que es.

Por un segundo dejo que sus palabras penetren en mi cerebro. Recapitulo todo lo que viví con mi hermano en estos últimos años. Me aferro a los momentos de oro, cuando está de buen humor y todo fluye naturalmente, pero esos momentos son tan escasos que a veces me pregunto si fueron ciertos.

El silencio se estira entre los dos, los ojos de Jareth siguen puestos en mí, como si analizara cada pensamiento que tengo.

—¿Qué? —pregunto, con un hilo de voz, sin mirarlo.

Está observándome como si hubiera algo que no logra resolver.

—¿Por qué insistes en ponerte al final de la fila? —interpela al fin, con la voz más baja, casi… suave.

Esa pregunta me golpea más fuerte que cualquier otra.

—No lo sé. —Y es la verdad. No tengo una respuesta inteligente, ni una justificación con traumas bien redactados—. Supongo que, si me pongo al final…, nadie lo nota.

Jareth suelta una risa corta, sin burla, más bien… con tristeza.

—Yo lo noto.

Los labios me tiemblan otra vez. Como si toda esta conversación fuera un campo minado emocional y él lo transitara con zapatos de plomo.

Me froto los ojos con los puños y me recuesto contra el respaldo de la cama.

—Solo porque me viste en Yen's —susurro, tragando el nudo que me ahoga—. César es todo lo que me queda.

—No —contesta sin dudarlo—. No es todo lo que te queda.

Lo miro, y sus ojos no solo están analizándome.

—Tienes a Harriet —sigue—, te tienes a ti misma y… —hace una pausa, y algo se quiebra en su expresión— y, lamentablemente, me tienes a mí también.

Mi corazón salta como si no hubiese estado preparado para oír eso.

No es una confesión.

No es una declaración.

Pero tampoco es nada.

—Estás diciendo muchas cosas peligrosas fuera de tu carácter —digo, en voz baja.

—Lo sé —responde, sin una pizca de arrepentimiento.

Y entonces, en ese silencio que se forma mientras nuestras respiraciones se cruzan en el aire de la habitación, siento algo distinto.

No es alivio.

No es paz.

Es algo como… un ancla.



Los ruidos son bruscos.

Platos chocando, sartenes rebotando, sillas arrastrándose con saña por el suelo.

Me incorporo en la cama con el corazón palpitando como si hubiera soñado que me atropellaba un tren de cocina industrial. Tengo el pelo más alborotado que un nido de pájaros y el cerebro colgando de un hilo.

Alguien golpea la puerta.

—¿Isa? —La voz de Ruby suena como si ya fuera por su tercer café del día—. ¿Duermes?

—¿Alguien puede dormir con estos ruidos? —gruño, con voz de ultratumba.

La puerta se abre y aparece Ruby, con su propio nido en la cabeza.

Bueno, eso me consuela un poco.

—Mónica está aquí, y cuando Mónica está aquí, dormir está mal visto. Si quieres caerle bien, te recomiendo que te levantes.

—¿Mal visto? ¿Es una vampira?

Ruby se ríe y se tapa la boca como si hablar mal de Mónica pudiera invocar su presencia. Luego mira hacia atrás, como si, efectivamente, esperara verla flotando por el pasillo.

—Algo así…

—¿Qué hora es? —pregunto, sin querer saber la respuesta.

—Las seis, me voy en una hora, ven a desayunar conmigo.

Se va corriendo y deja la puerta entreabierta y a mí en medio de mi miseria existencial.

¿Qué tienen los Sullivan con imponer comidas como si fueran contratos legales?

Me quedo ahí, sentada al borde de la cama, mirando a la nada mientras el ruido en la cocina sigue como si estuvieran reventando

cacerolas contra la pared por diversión. Mi humor se va volviendo más espeso con cada golpe metálico.

Entonces escucho pasos rápidos en el pasillo. Giro la cabeza y lo veo pasar por la puerta.

Jareth.

Espiando.

¿Espiando? ¿Qué somos, adolescentes en un campamento?

Sus pasos se detienen, retrocede y, un segundo después, empuja la puerta con la mano.

—¿Estás lista para la tarea que te daré hoy? —pregunta. Todavía lleva su ropa deportiva, el pelo algo despeinado, insoportablemente sensual con cero esfuerzo de su parte.

—¿Involucra estar lejos de estos ruidos? —devuelvo con toda la mala leche acumulada por mi insomnio.

Baja la mirada, reprimiendo una sonrisa.

—Estoy seguro de que Mónica y tú os llevaréis genial.

—¿Lo dices porque cree que las personas que duermen hasta después de las seis de la mañana merecen el infierno?

Jareth no responde, solo me lanza esa mirada suya que significa «me diviertes más de lo que admito y no sé qué hacer con eso». Y yo…, bueno, me pongo de pie porque, al parecer, hoy se juega otra ronda de «no perder la compostura delante de Jareth Sullivan».

La cocina parece sacada de una revista, todo reluce. Huele a pan recién horneado y amenaza emocional.

Ruby me arrastra con ella como si esto fuera una misión secreta y no un desayuno familiar. Yo intento alisarme el pelo con las manos, cosa inútil, y usar mi cara más neutral, esa que dice: «No soy un peligro, solo soy pobre y tengo ansiedad».

Y entonces la veo.

Mónica.

Erguida frente a la isla de la cocina como si estuviera en un programa culinario y también en una posición de poder político. Lleva un delantal blanco impecable, el pelo gris recogido, labios pintados de un rojo que grita: «No soy joven, soy intimidante».

—Buenos días —dice con una sonrisa tan blanca como afilada—. Tú debes ser… Isadora.

—Sí —respondo, intentando no sonar culpable de absolutamente todo.

Mónica asiente mientras prepara una taza.

—¿Tomas…café?

—Claro —digo. ¿Qué otra respuesta puede darse ante una mujer que pronuncia «café» como si fuera una prueba de carácter?

Sirve el líquido oscuro con movimientos precisos, elegantes, y me alcanza la taza con la suavidad de quien está a punto de soltar un comentario que arruine tu autoestima por una semana.

—¿Cómo lo tomas?

El café revela mucho de una persona, cómo lo pide, cuánto necesita; lo sé por los años que llevo trabajando en hostelería. Hay varias teorías sobre las personas y las bebidas que eligen.

Dicen que si tomas café amargo eres estricto y no te gustan los cambios. Si lo tomas con leche, eres indeciso y vas a lo seguro, siempre, si lo haces demasiado personalizado, eres probablemente perfeccionista y si lo tomas instantáneo, eres un psicópata, todos sabemos eso.

Todo eso lo aprendí con los años que llevo sirviéndole a la gente.

Las teorías que tengo sin infinitas, como la de las servilletas, esa es interesante.

Con Harriet dijimos que cuando las parejas se sientan a comer, si son realmente una pareja perfecta, una de las personas usa una montaña de servilletas, mientras que la otra solo usa una.

—Gracias… Lo tomo con azúcar —respondo.

—Ah, dulzón. Interesante.

Ruby ya está sentada, comiéndose una tostada como si todo esto fuera entretenimiento de primera fila.

—¿Ya tienes esa mirada de rayos X, Moni? —interviene con la boca llena—. Todavía no nos dijo si cree en la astrología o en las constelaciones familiares, relájate.

—Solo intento conocer a alguien que, según Jareth, va a estar bastante presente en esta casa —responde Mónica sin apartar los ojos de mí.

Yo decido beber. Quema, obviamente, pero ¿quién necesita una lengua que funcione?

—¿Y tú, Isadora? ¿Qué sabes hacer?

Una pregunta simple. Inocente, pero yo sé qué es esto: una bomba camuflada.

—Bueno…, lo básico. Trabajé muchos años en atención al cliente, tengo buena memoria, buena observación, soy organizada…

—Humilde —interrumpe Mónica.

—También —contesto, al borde de querer meter la cabeza en el horno.

—¿Te gusta cocinar?

¿Qué es esto? ¿El cuestionario de la revista *Ama* de los sesenta?

—Sí. Bueno, me gusta más cuando tengo tiempo para hacerlo.

—Ah, claro. El tiempo. Qué lujo, ¿no?

Y ahí está. El disparo limpio.

Ruby carraspea.

—Las tostadas están geniales.

—Oh, sí —dice Mónica, volviendo a sonreír—. Las amas de casa tenemos nuestros pequeños trucos.

En ese momento entra Jareth, con su ropa de oficina, su calma fingida y su capacidad de hacer como si no pasara nada.

—¿Ya habéis desayunado todas?

—Estamos en ello —responde Mónica, luego me mira—. ¿Viste qué guapo está? Siempre me esfuerzo para que su ropa esté perfecta.

¿Siempre? ¿Qué tan literal es eso? ¿Lo viste crecer o planchaste su alma también?

Jareth me lanza una mirada rápida. Una que dice: «Por favor, no digas nada que haga explotar a nadie».

Lo siento, Jareth. Yo soy un incendio controlado, por ahora.



El coche huele a cuero y a perfume caro. Jareth conduce como si fuera parte del paisaje de la ciudad, una extensión del volante, con

la radio bajita reproduciendo *True* de Spandau Ballet.

Inmediatamente comienzo a susurrar la canción, siempre amé los acordes y la voz del cantante; es perfecta para el karaoke.

Jareth no dice nada, solo sube el volumen, obviamente esperando que me calle, pero lo único que logra es que cante más fuerte.

Hasta que no aparece el saxo típico de los ochenta en la canción no me detengo, y cuando miro de reojo a Jareth, lo encuentro modulando la letra en completo silencio.

Sé que la está disfrutando como yo.

Cuando termina baja un poco el volumen.

—Dormiste poco —dice Jareth sin mirarme, los ojos fijos en el semáforo.

—Qué observador —respondo, sin disimular el sarcasmo, no tengo energía para ser encantadora.

—¿Qué te pareció Mónica? —pregunta, como si hablara del clima.

—¿La verdad o la versión diplomática?

—Sorpréndeme.

—Si tuviera que elegir entre un desayuno con ella o una colonoscopía, tendría que pensarlo un poco.

Una sonrisa se le escapa por la comisura de los labios y eso me da una satisfacción inesperada.

—Le caíste bien —comenta, como si eso fuera fácil de lograr.

—¿Sí? ¿Antes o después de preguntarme si sabía cocinar y subrayar que el tiempo libre es un lujo?

—Después —afirma, acelerando suavemente cuando cambia el semáforo—. Pocas personas pueden con el carácter de Mónica.

Yo parpadeo.

Él sigue conduciendo, tranquilo, como si no acabara de revelarme que Mónica es una especie de prueba viviente y yo… yo la pasé sin saberlo.

—¿Era una prueba? —pregunto, bajito.

—¿Una prueba de que? —devuelve, mirando por el espejo retrovisor.

—No lo sé, de algo.

Sus ojos negros me miran de soslayo, entendiendo perfectamente lo que dije entre líneas.

—Puede ser —finalmente admite.

Siento que mi ego se infla como un globo, pero no digo nada. Solo apoyo la cabeza contra la ventana y dejo escapar una sonrisa muda.

Una victoria interna. Pequeña, pero mía.

Llegamos al edificio, estaciona con la precisión de quien ha hecho esto mil veces.

Apaga el motor.

—Vamos —dice.

—Claro —respondo, con la tranquilidad de quien pasó el filtro Mónica y vivió para contarlo.

Y cuando me bajo del coche, piso el suelo como si llevara una corona invisible en la cabeza.



Miro sobre mi hombro mientras avanzo con paso firme hacia el ascensor.

—¿Tienes la tarjeta?

Isadora camina detrás de mí con una seguridad renovada, completamente opuesta al desastre emocional que fue anoche.

—Sí, capitán —responde con ironía militar, haciendo un pequeño saludo que me provoca a partes iguales una sonrisa involuntaria y unas ganas de asesinarla.

Me regaño a mí mismo por dejarla ganar otra vez. No puede conquistarme. No.

Las puertas del ascensor se abren y entramos. En el momento en que comienzan a cerrarse, un pobre desgraciado intenta llamar nuestra atención levantando una mano. Sin pensarlo dos veces, presiono rápidamente el botón para cerrar las puertas antes de que pueda entrar. Lo último que veo es su rostro irritado mientras le dedico una sonrisa insolente.

Que se joda.

Isadora no nota mi pequeño acto de maldad, está demasiado ocupada revisándose las uñas, pero viajar solo con ella es infinitamente más llevadero que soportar a algún tipo intentando

flirtear con ella delante de mis narices. No es que me importe, por supuesto, pero no necesito presenciar ese espectáculo patético tan temprano.

El ascensor se detiene inesperadamente en la segunda planta y una multitud se apresura a entrar, empujándonos contra el fondo.

—Maldito ascensor —gruño en voz baja.

Isadora me lanza una mirada cargada de desaprobación, pero no dice nada.

En la siguiente planta, la situación empeora. Cuatro personas más entran, empujándonos aún más atrás. Isadora queda atrapada contra la pared y, anticipando que esto se pondrá peor, doy un paso adelante para interponerme entre ella y el resto del mundo.

—Somos como sardinas en lata —comenta ella con un tono ligero, riéndose discretamente.

¿En serio?

—¿Te parece divertido? —pregunto molesto mientras mi pecho roza inevitablemente el suyo.

Los dos miramos en direcciones opuestas, evitando un contacto visual que sería fatal en estas condiciones.

—Muchísimo, me encanta verte incómodo —susurra con satisfacción.

Dos mujeres están gritando sus conversaciones personales sin el menor pudor, así que me acerco peligrosamente al oído de mi nueva empleada y susurro:

—¿Quieres que te enseñe lo que realmente es estar incómoda, reina?

Isadora arquea una ceja, retadora, y se atreve a girar la cabeza para enfrentarme directamente, con los labios rozando casi mi mejilla.

—Si piensas que mirarme la boca como si fuese el último sorbo de whiskey en un bar vacío va a incomodarme, entonces no me conoces tanto como crees, Sullivan.

Maldita sea.

No sé cómo diablos tiene tanta confianza cuando apenas ayer estaba hecha un manojo de nervios. El ascensor se detiene

finalmente en nuestra planta, y sin esperar un segundo más, la tomo de la muñeca y la guío hacia fuera.

—Vamos, no quiero llegar tarde porque estabas demasiado ocupada imaginando cosas sobre mi boca —digo en voz alta para que todos me escuchen.

Ella ríe con descaro mientras salimos.

—No proyectes tus fantasías en mí, Jareth. Si quieres un beso, solo tienes que pedirlo, aunque probablemente te diga que no.

—Claro, sigue diciéndote eso —respondo con una sonrisa arrogante, sintiendo que, por primera vez en el día, recupero algo de control sobre esta situación absurda.

Cuando noto los ojos inquisidores de Nanami clavados en mi mano, aún sujetando la muñeca de Isadora, la suelto de golpe como si fuese puro veneno. Mi asistente arquea una ceja tan alto que casi toca el techo.

—Nanami —saludo con toda la formalidad que soy capaz de fingir, ignorando su juicio silencioso mientras camino hacia mi oficina.

Isadora ralentiza su paso, cediéndole espacio a Nanami para que me alcance con sus pisadas rápidas y molestas.

—Buenos días, Jareth. ¿Recuerdas que tienes la agenda apretada?

Abro la puerta de mi despacho y me desplomo tras el escritorio, sin disimular mi fastidio.

—¿Ese es tu trabajo ahora? ¿Recordarme cada cinco minutos que tengo cosas que hacer?

—Básicamente, sí, para eso me pagas.

—Entonces no puedo esperar a que la inteligencia artificial haga lo suyo y te reemplace pronto.

—Muy gracioso —ironiza ella—, ¿algo más?

—No era una broma —respondo seco, y desvío mi atención hacia la reina imperial que entra con porte altivo y se cruza de brazos frente a mi escritorio, esperando instrucciones—. Siéntate, Isadora, tienes exactamente quince minutos de mi tiempo.

Ella lo hace con una gracia irritante, acomodándose en la silla y cruzando las piernas lentamente. Por un segundo olvido cómo se

respira.

Vuelvo la mirada hacia Nanami y la ruego telepáticamente que se esfume lo antes posible. Funciona, porque suelta un resoplido dramático y se retira murmurando algo sobre volver en quince minutos exactos.

Cuando estoy a punto de hablar, Isadora me gana la delantera:

—¿Alguna vez has despedido a alguien?

Arqueo una ceja con incredulidad.

—Todo el tiempo; es parte del encanto de mi trabajo.

—¿Y alguna vez lo hiciste en forma de poesía?

Frunzo el ceño, confundido ante semejante idiotez.

—¿De qué mierda hablas? Claro que no. ¿Tengo pinta de trovador?

Ella se inclina hacia delante, apoyando los codos sobre el escritorio, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Y no te mueres por intentarlo?

—No, Isadora —gruño—. Tengo treinta años, no quince, joder.

Ella se deja caer hacia atrás con teatral desilusión y suspira dramáticamente.

—Eres un viejo gruñón.

Me pellizco el puente de la nariz con frustración, reprimiendo una sonrisa que amenaza con arruinar mi fachada de hombre duro.

—Y tú eres una cría insoportable. Ahora escucha lo que tienes que hacer…



Isadora

Las instrucciones de Jareth eran claras y también, francamente, una reverenda molestia.

No sé qué cree que soy. ¿Una espía encubierta con licencia para manipular abuelos y vulnerar la ciberseguridad de oficinistas con colesterol alto?

Bueno. Aparentemente, eso es exactamente lo que soy.

Porque logré que el equipo de contabilidad me invitara a almorzar, compuesto en su mayoría por adultos mayores con cero por ciento de onda, pero cien por ciento de humanidad.

Los dos hombres que lideran el área llevan chalecos de lana, pañuelos de tela en el bolsillo (que usan de verdad y con bastante frecuencia) y pantalones tan altos que deben rozarles las axilas.

Pero son amables, mucho más que el promedio de tiburones trajeados que habitan esta oficina.

—¿No te gusta tu comida, Isadora? —pregunta Charles, señalando mi táper lleno de arroz y cosas varias.

—Oh, sí, me encanta, solo que como lento —miento con una sonrisa que me tensa la mandíbula.

La verdad es que estaba distraída.

Observando.

Estudiando.

Jareth me pidió que evaluara vulnerabilidades, y yo…, bueno, estoy en medio de una mesa larga para ocho personas, de las cuales cuatro tienen más de sesenta años y no han mirado el móvil ni una sola vez en todo este rato.

Eso en sí ya es información valiosa.

Diane me sonríe con esa dulzura de abuela que anticipa preguntas con trasfondo interrogador.

Siento venir la cruzada de la Santa Inquisición contable.

—¿Qué es lo que haces específicamente en Leonet, Isadora? —pregunta, entrelazando los dedos arrugados como quien pretende interés, pero está lista para oler la mentira.

Por suerte, yo también tengo armas, y una de ellas es identificar a una abuela que ama hablar de sí misma a kilómetros de distancia.

—Soy *junior analyst properformance* —respondo con toda la seriedad del mundo, inventando un título que suena a todo y nada —. Aún estoy aprendiendo, pero es muy importante para mí.

Diane asiente con una mezcla de aprobación y confusión. Sé que está a punto de disparar otra pregunta, así que la intercepto rápido.

—¿Te costó sentirte cómoda en tu especialización, Diane? Sé que tienes mucha experiencia.

La cara se le ilumina como un árbol de Navidad.

—¡Oh, sí! En mi época no era normal trabajar tantas horas teniendo una familia. Pero por suerte todo cambió. Tú lo tienes fácil, gracias a todo lo que hicimos las mujeres de mi generación.

—Me lo imagino —digo apretando los labios para no hacer un comentario sarcástico—. ¿Qué fue lo peor que te pasó en una oficina?

El resto se incorpora disimuladamente a la conversación. Estamos en una emboscada emocional y nadie quiere perdérsela.

—Uf… Mi memoria ya no es lo que era —se ríe, buscando la complicidad de Charles.

—Te entiendo —apunta él—. Con la tecnología pensé que todo sería más fácil, pero resulta que tengo que memorizar una contraseña para cada cosa. ¡Es un disparate!

—¡Y no puedes usar siempre la misma! —salta Larry, a mi lado.

—Yo ya perdí esa batalla —añade Charles—. Lo analógico es más fácil.

—¿Post-its por todos lados? —Diane le toma el brazo y le guiña con picardía.

—¡Claro que sí!

Todos ríen.

Yo también, pero por dentro la culpa me da vueltas en el estómago, porque sé que vine a aprovecharme de ellos y no lo merecen.

Quince minutos después y el táper al fin vacío, anuncio que tengo que prepararme para una reunión. Me despiden con sonrisas y amabilidad genuina.

Camino despacio, no hacia el ala de Jareth y sus peces gordos (descubrí que así los llaman). Giro al pasillo donde están sus oficinas, sus cubículos, sus vidas.

Me muevo entre fotos de nietos, tazas de «Mejor abuelo del mundo», y peluches pegados con cinta.

Diane tiene dibujos de niños cubriendo las paredes. Larry tiene todo simétrico y perfecto.

Y Charles… Charles es un caos adorable.

El caos que tal vez me dé la clave.

Me siento en su silla, el monitor está bloqueado. Necesito una contraseña y solo tengo tres intentos antes de bloquear el sistema, según Jareth.

Miro los post-its. Uno dice «1234»; otro, «abcd1234». ¿De verdad? ¿Estas son las mentes que cuidan la contabilidad de una empresa multimillonaria?

Intento el primero.

Nada.

Segundo intento.

Tampoco.

El corazón me late tan fuerte que me dan ganas de pedirle que se calle.

Justo cuando estoy a punto de arriesgarme al tercer intento, escucho voces, la puerta, pasos. Me agacho tan rápido que creo que me disloqué algo.

—Oh, ¡aquí está! —dice Diane, reconociendo lo que imagino que será su móvil—. Mi hija siempre dice que lo dejo en todos lados, pero yo no necesito tenerlo pegado a la mano todo el día.

—Claro, las nuevas generaciones se sienten desnudas sin él. Nosotros sin el reloj, ¿te acuerdas?

—¡Totalmente! —ríen mientras se alejan.

Sigo agachada, con la frente pegada al escritorio como si fuera parte del mobiliario.

Cuando por fin me atrevo a asomar la cabeza y asegurarme de que estoy sola, veo algo tirado en el suelo.

Un post-it amarillo.

Arrugado y pisoteado por las rueditas de la silla.

Pero aún se lee: «Ch4713sEv4n5».

Charles Evans.

Tiene que ser ese.

Con los dedos temblando, lo tecleo. La pantalla parpadea.

Enter.

Sesión iniciada.

El sistema se abre frente a mí.

Y por primera vez desde que empecé esta locura, siento que el aire vuelve a entrar en mis pulmones.



Buscar a Jareth es la parte más fácil de mi trabajo.

Él no se esconde, no se dispersa, o está en su despacho como un rey moderno con muebles minimalistas o en una sala de reuniones, sentado en la cabecera como si la mesa fuese su trono.

Hoy está en lo segundo.

Lo descubro rápidamente, pero lo más inquietante es que él me ve primero y me sigue con la mirada como si fuera una figura salida de un cuadro antiguo, de esos que te miran, aunque camines por toda la habitación.

Su rostro es estoico, inmóvil. Pretende escuchar a una mujer que expone algo con pasión, pero sus ojos no están en ella.

Le señalo que voy a su despacho, él asiente apenas y, sin interrumpir el hilo de la conversación, le responde algo a la mujer. Jareth puede dividir el cerebro en secciones. Una de ellas está siempre conectada a mí. Y eso… me asusta.

Me acomodo en una de las sillas frente a su escritorio y saco el móvil. Pienso en Harriet, hace días que no hablamos y eso me pesa. Pero también me alivia saber que, poco a poco, las cosas están encontrando su lugar. Incluso yo, en este mundo corporativo.

Justo cuando estoy a punto de escribirle un mensaje, el teléfono vibra con una llamada inesperada.

César.

Mi cuerpo reacciona antes que el cerebro.

—Ey —saludo, intentando sonar neutra.

Escuchar el tono de su voz en los primeros segundos es fundamental. Es como predecir el clima: ¿hay sol, hay tormenta, viene granizo?

—Hola, hermanita. —Suena bien, ligero. Un día soleado—. Ayer no pude hablar mucho, pero hoy estoy más tranquilo. ¿Qué haces?

—Estoy en mi nuevo trabajo —respondo con cautela. Mis respuestas con él salen con cinturón de seguridad últimamente.

—¿Puedes hablar?

Mi mirada va directa al cristal que da a la sala de reuniones.

Ahí está, a más de diez metros, pero sus ojos siguen en mí, como si tuviera un radar. El contacto visual me sacude la espalda como una descarga, como el primer día cuando lo conocí en el karaoke.

Aquel día, cuando creí que había encontrado a alguien por primera vez que no me había dado el «asquito» y lo perdí ese mismo día, ya que mi hermano se había emborrachado y me llamó para que lo ayudase.

—Sí, estoy esperando a mi jefe —respondo, sin detalles. Lo último que necesito es que César descubra que estoy trabajando para su enemigo número uno—. ¿Quieres que nos veamos hoy?

Hay un silencio.

Uno pequeño, pero significativo.

—Sí, sí… Ven a mi piso, estoy libre a partir de las siete.

—Perfecto. Nos vemos luego —digo, escondiendo el nudo en la garganta bajo una sonrisa falsa que nadie puede ver.

Cuelgo y, por reflejo, vuelvo a mirar a Jareth.

Sigue ahí.

Ahora con el ceño fruncido. ¿Lo vio todo? ¿Importa?

Sí.

Maldita sea, sí importa.



Minutos después, entra en su despacho escribiendo mensajes con rapidez. Sin mirarme, se sienta y deja el móvil sobre la superficie perfectamente ordenada de su escritorio.

—¿Qué tienes para mí?

Abro la boca para responder, pero me detengo en seco, tirando de unas riendas imaginarias al comentario fuera de lugar que estaba a punto de soltar, uno que involucraba mi cuerpo y su poder sobre él.

—¿Sabías que hay personas mayores trabajando en esta empresa?

Jareth coge de nuevo el móvil y sigue escribiendo mensajes.

—¿Vas a discriminarlas? —pregunta sin levantar la vista.

—No, no. —Me incorporo, apoyando los codos sobre las rodillas —. Me parece genial que contratéis a gente mayor, pero eso conlleva ciertos… riesgos.

—¿Como cuáles?

—La memoria y las contraseñas.

Finalmente tengo toda su atención, guarda el móvil en el bolsillo interior de su traje.

—Expláyate.

—La mayoría tiene dificultades para recordar muchas contraseñas, y la empresa les obliga a cambiarlas cada quince días.

—Es el protocolo de seguridad estándar en cualquier compañía.

—Lo sé, pero si queréis ser inclusivos, también deberíais tener en cuenta lo complicado que puede ser para ellos.

—¿Y qué propones?

—Pues no lo sé, algo que les ayude a llevar un registro seguro de sus claves. Quizá una aplicación en la que solo tengan que recordar una contraseña maestra, y que esa les genere el resto para cada plataforma. Que les avise cuándo tienen que cambiarlas y que impida usar cosas como «abc123».

Jareth asiente lentamente, procesando lo que digo.

—Acabas de inventar una aplicación.

Me río.

—Solo era una idea.

—¿Y cómo crees que empezó Facebook? Mark tuvo una idea. No fue ni la primera ni la última.

Mark. Como si lo conociera.

—Pero él es un genio.

Jareth se ríe por lo bajo y alza las cejas, como si cuestionara mi afirmación. *Quizá sí lo conoce.*

—Háblame de lo que hiciste, Isadora. —Su tono es suave, seductor, y mi cuerpo reacciona como si me acabaran de echar afrodisíaco en la piel.

Es injusto.

—Conocí a un grupo de personas mayores muy amables. Logré que hablaran sobre la pérdida de memoria a esa edad y lo siguiente que escucho es que las contraseñas son un problema. Algunos las escriben en un post-it.

—Joder —murmura, frotándose los ojos—. ¿Quiénes?

—No es culpa suya.

—¿Quiénes? —repite, esta vez como una orden.

—No pienso darte sus nombres.

Jareth suspira mirando al techo, como si le estuviera pidiendo ayuda a algún dios para lidiar conmigo.

—Me costaría tres segundos averiguarlo. Lo sabes, ¿no?

—Aunque los adivines, me los llevo a la tumba.

—¿La que estás cavando tú solita? —Se levanta y rodea el escritorio hasta apoyarse en una esquina—. Has descubierto una vulnerabilidad enorme, te felicito. Pero déjame proteger la empresa.

—Solo da un paseo por la oficina, Jareth. Mira los escritorios. Verás quién tiene sus contraseñas bien y quién no.

—Para eso te pago a ti.

Me levanto y me pongo a su altura, sus ojos se afilan con mi movimiento, atentos a cuánta distancia hay entre los dos. No es mucha.

—¿Me estás pidiendo que deje a alguien sin trabajo?

—La única despedida aquí serás tú si no me lo dices. —Se cruza de brazos, pero luego suspira, sujetándose del escritorio como si le fallaran las fuerzas, *o la restricción*—. Te prometo que nadie va a perder su empleo, Isadora.

Lo analizo, clavando la vista en sus ojos, su nariz, su mandíbula. Alzo una ceja con intención.

—Lo tengo que pensar…

Eso lo irrita, pero lo deja correr. Solo para contraatacar con otra cosa.

—¿Con quién hablabas tan contenta antes?

Alerta. Peligro.

—¿Desde cuándo te importa?

—Bueno, hacerte sonreír no es tarea fácil. Me intriga saber quién tiene ese poder.

Miente y me encanta.

—Era César, estaba de buen humor esta vez. Vamos a vernos esta noche.

Jareth asiente, sin abrir la boca.

—Recuerda que, cuando intente hacerte sentir menos, tú eres mucho más de lo que él cree —dice mientras vuelve a su silla.

—Gracias por el consejo no solicitado. ¿Tienes algo más para mí? Aún es temprano.

—Tengo varias cosas —responde, abriendo el portátil—. Por ahora, habla con Nanami. Siempre va con retraso. Ah, y, por cierto: esta noche volveré tarde.

La intriga me consume. Me muerdo los labios para no hacerle mil preguntas.

—Supongo que no nos veremos, entonces.

—Supones bien.



No solo tengo que lidiar con toda la tempestad sofocante que Isadora arrastra como si fuese su jodida sombra personal, sino que además tengo que aguantar a un Bernardo deprimido, un Álex con una obsesión enfermiza por el dinero y un Archie que bebe como si le fuese la vida en ello.

Estamos en el Rose & Wolf, el pub al que solemos venir una o dos veces por semana a fingir que no estamos emocionalmente hechos polvo.

Es temporada alta, así que está a reventar de turistas ilusos que creen que el clima de hoy convierte esta ciudad en un lugar ideal para echar raíces.

Spoiler: se equivocan. No vengáis. Nadie os quiere aquí.

—Buenardo, me vas a contagiar esa depresión —suelta Archie mirando su vaso vacío, como si por arte de magia fuera a lograr que se rellenase solo.

—Lo siento, chicos. Ya se me pasará —responde Bernardo, tan hundido que me dan ganas de estamparme la cabeza contra la barra.

Harriet ha decidido borrarlo de su vida como si fuera correo no deseado. Después de haberle hecho la vida imposible, ahora lo ha

dejado con cara de cachorro apaleado y un vaso de Guinness como única compañía.

—¿Qué crees que le pasa ahora? —pregunto, midiendo mis palabras como quien juega con fuego.

Bernardo se encoge de hombros.

—Cree que está mejor sola, así que respeto su decisión.

—¿Eso es lo que tú quieres también? —lo invito a reflexionar, porque verlo así, apagado, me remueve algo. Él, que siempre ha sido el alma de cualquier sitio, ahora parece un golden retriever en modo ahorro de energía.

Me mira a los ojos, pocas veces lo hace, y con un deje de desafío, responde:

—Es lo que ella quiere.

Vale. Hasta aquí ha llegado mi interés.

Empiezan a hablar de tonterías para distraer al golden, pero yo desconecto. Miro el móvil, buscándola. Buscando su nombre como un imbécil, como si eso fuese a hacer que apareciera de repente un mensaje suyo.

Obviamente, no hay ninguno.

Isadora puede mirarme como si el mundo se tambalease cuando estoy cerca, pero luego se esfuerza en fingir que le importo una mierda.

Aunque sé que no es verdad.

A veces los dos olvidamos que estamos en bandos opuestos de una vieja guerra, una que empezó con decisiones de mierda y cicatrices que prefiero no hurgar.

Todavía no puedo olvidar la vergüenza que sentí al ver mis dibujos expuestos, aunque ella no reaccionó como creí cuando los descubrió, noté el dolor en sus ojos cuando vio otras mujeres, mujeres que yo no había dibujado porque antes de ella no hubo nadie que me invadiese la cabeza así.

Esos dibujos estuvieron cerca del fuego, a punto de ser incinerados, pero eran lo último que tenía de ella, sabía que no volvería a verla, así que los guardé y están literalmente bajo llave, lejos de las manos de cualquiera que intente destruirme como lo hizo su hermano.

Me pregunto si alguna vez lo enfrentó y le preguntó de dónde sacó esos dibujos o simplemente optó por el desconocimiento.

Sujeto mi vaso con rabia, recordando mi venganza para con César y mis ganas de destruirlo, que no se esfumaron ni perdieron fuerza desde ese día.

Saber que Isadora está reunida con el tipo que debería haberse llamado míster Narciso, me genera el impulso de comprobar cómo está yendo su noche, ¿puedo hacerlo como alguien normal? Sí, podría, pero no soy normal, tampoco ella.

Y antes de darme cuenta, estoy escribiéndole un mensaje que no creí que iba a escribir en mi puta vida, pero aparentemente negarle cosas se siente antinatural.

Así que aquí va:

Estimado empleado, te escribo con esmero.
Tu falta de talento supera lo que tolero.
Llegas con retraso y culpas al tráfico,
tus excusas baratas ya rozan lo trágico.
Ni una sola idea brillante has dado,
tu presencia en la empresa es tiempo desperdiciado.
Con gran emoción (y algo de alegría),
te anuncio que hoy termina mi agonía.
Recoge tus cosas, no olvides la planta,
y sal por la puerta, que aquí nadie te aguanta.

—¿Qué escribes, Jareth? ¿La Biblia 2.0? —pregunta Archie mirando por encima de mi hombro.

Por eso se gana un merecido codazo hasta que logro alejarlo.

—Trabajo, sigue bebiendo, Archie, es lo único en lo que eres bueno.

—¡Ey! —grita Bernardo—. ¡No está bueno el insulto gratis, Jar!

Alex niega con la cabeza, pero me mira con sospecha. Él es el único de los tres que conoce mi plan para César, aunque no conoce el porqué, solo sabe que lo tengo entre ceja y ceja y que pronto acabaré con él.

Sé que me excedí un poco, por eso miro a Archie de soslayo y murmuro un «lo siento».

La respuesta de Isadora llega a los pocos segundos.

ISADORA:

Eso fue lo más bonito que leí en mi vida. 🥲 Gracias.

¿Te falta mucho?

ISADORA:

¿Por qué?, ¿me extrañas?

No, la lobotomía después de terminar contigo hizo efecto.

Guardo el móvil en el traje e ignoro la vibración por su respuesta.

Alex está hablando.

—¿Qué pensáis sobre trabajar con la familia? —dice, llevándose el pelo hacia atrás, sus ondas lo ignoran y caen sobre su rostro de vuelta. Sé que estuvo en su bote todo el fin de semana, tiene la frente roja, el pelo más claro de lo normal.

—Mala idea —respondo, haciendo un esfuerzo inhumano por integrarme en esta conversación sin sentido.

—Es difícil —agrega Bernardo—, cuando mi primo Astor intentó trabajar con mi tío, tenían las peores discusiones.

Archie deja su vaso sobre la mesa dramáticamente.

—¿Quién te pidió trabajo?

Alex niega con la cabeza.

—Mi madre está preocupada por Willa, dice que no hace nada con su vida y quiere que la contrate.

—Oh, dulce Willa —susurra Archie—, ¿qué es de ella? ¿Tienes una foto actual?

Alex lo patea por debajo de la mesa.

Willa es la hermana adoptiva de Alex, varios años menor que él; no tengo idea de qué mierda hace con su vida, ni me importa.

—¡Auch! —Se masajea la pantorrilla—. ¿Qué pasa? No es tu hermana, no está prohibida como Ruby. —Mi codo vuelve a clavarse en sus costillas.

—¡Dejad de pegarme!

—Deja de comportarte como una polla pasada de hormonas —espeto, sintiendo el móvil vibrar otra vez.

No lo soporto más, tengo el aparato entre las manos en segundos.

ISADORA:

¿Esa es la nueva cirugía estética famosa? Estoy ahorrando para el Botox; dicen que ahora es mejor que los diamantes.

Ni se te ocurra.

ISADORA:

Mi cuerpo, mi decisión.

Tu cuerpo no te pertenece cuando estoy en la misma habitación, los dos sabemos eso.

Los tres puntos se desplazan por la pantalla hasta que desaparecen.

Gané.

—Archie, escúchame bien. Si intentas algo con Willa… —Alex lo mira con una intensidad que desconozco en él. Normalmente es todo amor y paz, a pesar del tamaño y la nariz rota.

—Ya entendí, tienes la fantasía del hermanastro —replica Archie con disimulo.

Alex se levanta bruscamente, pero Bernardo lo agarra por el brazo y lo devuelve a su asiento con firmeza.

Archie suelta una carcajada irritante.

—¡Fue un chiste! Relájate, hermano.

—Cierra la boca de una puta vez —advierte Alex, señalándolo con el dedo.

Toda esta actitud violenta hace que arquee una ceja en sospecha.

No se si estoy en desacuerdo con Archie ahora.

Bernardo, en un desesperado intento por desactivar la bomba que Archie acaba de encender, pregunta con evidente nerviosismo:

—¿De qué podría trabajar ella, Alex?

—No lo sé aún —responde más calmado, aunque claramente frustrado—. Tengo que hablar con Recursos Humanos, que me den opciones.

—¿Y por qué tanto drama? —intervengo, alzando una ceja—. Simplemente métela en algún lugar donde no tengas que cruzártela.

No como hice yo, que la tengo en la mira día y noche.

Alex se queda pensativo, rascándose la barba de un modo tan insistente que me recuerda a un perro con pulgas.

—Lo pensé, pero solo lo hago por mi madre, para que deje de preocuparse tanto por ella.

Archie aprovecha la pausa para sacar su móvil y se lo acerca a Alex con una sonrisa sospechosa.

—Su LinkedIn dice que hace monólogos.

Alex le arranca el teléfono de la mano con un movimiento brusco, tan fuerte que casi lo lanza al otro lado de la mesa.

—¿Por qué mierda estás buscando a Willa en LinkedIn?

—Tranquilo, ni siquiera la tengo agregada —se defiende Archie señalando la pantalla—. Solo revisé su perfil para ver cuáles eran sus habilidades… según ella.

—¿Monólogos? —pregunto con incredulidad—. ¿Tu hermanastra es comediante *hippie*?

Alex ignora mi comentario, totalmente absorto en la pantalla, con el ceño fruncido como si tratara de descifrar un complicado acertijo.

En ese momento me llega otro mensaje de mi maldita perdición y vuelvo a transportarme lejos de este bar por el resto de la noche.



Isadora

Sigo olvidando que no tengo la puta contraseña de esta puerta blindada. Estoy buscando el móvil en mi bolso cuando escucho pasos detrás. Su ritmo es pausado, seguro. Me doy la vuelta y, como si lo hubiese invocado con solo pensar en él, aparece Jareth al fondo del pasillo oscuro, manifestándose como un villano en el momento clave de la película. Tiene la corbata suelta y esa forma de caminar que dice: «Sabes que seré un problema».

Lo es, joder, estoy segura de que el alcohol en mi torrente sanguíneo ya lo decidió.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —pregunto, haciendo como si no compartiéramos dirección postal.

—Vivo aquí. Tú, en cambio…, pensé que te quedabas a dormir donde César. ¿Lo pasaste bien o volvió a traumarte?

—Fue una cena nutritiva —le respondo sin pestañear.

Se queda quieto a un par de pasos, con esa expresión que mezcla sarcasmo con tormenta.

—¿Nutritiva? Qué curioso. Pensé que solo usabas ese adjetivo cuando hablabas de tu crema hidratante.

—Se nota que no hablas mucho con mujeres, Jareth.

Él se ríe por lo bajo, sin gracia. Mete la contraseña, pero no entra.

Yo tampoco.

El pasillo parece encoger.

—¿Bebiste? —le pregunto, notando el leve rojo en sus mejillas usualmente pálidas.

—Un poco. ¿Tú?

—Una copa, pero era algo fuerte, no sé cómo lo llamó, algún licor importado.

—¿Puedes caminar o te llevo?

Arqueo una ceja, sospechando de este Jareth, esta versión inhibida y descarada.

—¿No te parece peligroso?

—¿El qué? —pregunta abriendo la puerta—. ¿Esto?

Su mano envuelve mi cintura y me levanta con rapidez, me sostengo de su cuello entre un grito y el vértigo que siento por estar en el aire.

—¡No estoy tan borracha, Jareth!

—No, yo lo estoy, es la única razón por la que te estoy tocando. —Entra a su piso, la única luz tenue es la de la cocina, pero Jareth camina con propósito hacia su habitación.

Quiero preguntarle qué está haciendo, pero lo observo con interés, disfrutando de la confusión mental. Se detiene cuando abre la puerta y entiende que está llevándome a su habitación.

—Nos estamos complicando la vida —advierto.

—¿Y si quiero complicármela? —responde mirándome a los ojos en el pasillo oscuro.

Se queda quieto.

Nadie se mueve hasta que retrocede y me deja en la puerta de mi habitación.

—Buenas noches, Isadora —dice finalmente, con la voz más grave y contenida que le he escuchado.

Entra a su habitación y… la puerta queda entornada. Ni abierta ni cerrada.

Como si fuera una invitación.

Como si me estuviera retando.

Y lo peor… es que parte de mí quiere perder.



La puerta se queda ahí, entornada. Como una ceja arqueada, una provocación.

Y yo no tengo fuerza de voluntad cuando se trata de provocaciones del hombre que nunca superé.

Así que extiendo la mano y la empujo.

La madera cede sin resistencia, como si también estuviera esperando que lo hiciera.

La habitación está en penumbra, pero la luz cálida de la lámpara de pie se filtra desde el fondo. Puedo oír el sonido apagado del hielo chocando en un vaso, su silueta de espaldas a mí. Está sirviéndose un whiskey como si no se hubiese preparado para esto… y, al mismo tiempo, como si lo hubiese estado esperando toda la noche.

—Sabes que eso parecía una invitación, ¿no? —pregunto desde el marco, fingiendo seguridad, aunque me tiemblan los dedos.

—Y sin embargo dudaste —responde sin girarse.

—Solo quería asegurarme de que no era una trampa.

—¿Y si lo era?

—Entonces he caído horriblemente. —Cierro la puerta detrás de mí.

Clic.

Jareth se gira, sus ojos se arrastran por mi cuerpo como si lo conocieran de memoria y aun así estuvieran descubriéndolo por primera vez. Él no sonríe, nunca lo hace cuando está decidiendo si va a ser un caballero o un error que recordaré durante años.

—Podrías irte ahora —sugiere, moviendo el vaso lentamente, el sonido del hielo es tranquilizador—. Fingir que fue un accidente, que no viste la puerta entreabierta.

—Podría —digo, dando un paso más hacia él—. Pero no lo haré.

—Entonces dime algo, Isadora. ¿A qué has venido?

La pregunta es simple. La carga, no.

Me acerco con la calma de alguien que disimula no estar al borde del abismo. Me detengo frente a él, tan cerca que siento el calor de su piel y el perfume que me trastorna.

—No lo sé —susurro—. ¿Desde cuándo tomas el whiskey con hielo?

—No es para mí. —Me pasa el vaso y, sin pensarlo, me lo llevo a la boca rápidamente y tomo el líquido amargo. Apoyo el vaso con fuerza sobre un aparador y, en ese mismo momento, él deja de contenerse.

Me toma de la cintura como si ya no hubiera nada que fingir, no hay tiempo que perder. La guerra fría que hemos tenido durante este tiempo se derrite en segundos. Sus labios no me rozan, me toman como si supiera que después de esta noche ya no podremos volver a la normalidad.

Y es que no hay normalidad después de esto.

Solo nosotros.

Solo el caos.

Solo ese maldito error que sabíamos que iba a pasar desde el primer día.

Me besa como si no pudiera perder ni un segundo más. Pareciera que eso fuese lo único que ha querido hacer desde que me vio después de todos estos años y, honestamente, se le nota.

No hay sutileza, no hay exploración lenta.

Hay urgencia, como fue siempre entre los dos.

Sus manos aprietan mis pechos, masajeándolos circularmente.

Una pared aparece detrás de mí y su cuerpo me empuja contra ella como si necesitara recordarme que esto es real, que yo estoy aquí y él también.

—Estás jugando con algo peligroso —murmura contra mi boca, con la respiración agitada.

—¿Con que? —le respondo, deslizando los dedos por los botones de su camisa, uno a uno, sin apuro, como si la calma fuera castigo.

—Con mi puta cordura. —Me muerde el labio inferior y tira. Casi gimo, *casi.*

—Perfecto. —Lo miro fijamente a los ojos—. Te entrego la mía, así estamos a mano.

—Joder.

Y eso basta para que me cargue. Me sostiene como si no pesara nada, y yo odio lo mucho que me gusta eso. Enrosco las piernas en su cintura con memoria muscular.

Me lleva a su cama, me deja caer y se arrodilla frente a mí, pero no como un caballero, no. Como un hombre a punto de pecar y encantado con la idea.

—Hazme una promesa —dice, su voz ronca, mientras baja lentamente la cremallera de mi vaquero.

—¿Ahora?

—Ahora. Antes de que no podamos parar.

—Depende de lo que me pidas.

—Prométeme que no importa cuánto te arrepientas de esto, de mí, mañana no volverás a la calle, a ponerte en peligro otra vez.

Por primera vez, Jareth me muestra un lado nuevo, la parte secreta de él, a la que todavía le importo.

—Lo prometo.

Relaja los hombros, mi vaquero termina en el suelo, sus manos suben.

Mis miedos… se callan, como si supieran que ya es tarde para huir.

Cuando sus labios vuelven a encontrar los míos, lo hacen con una desesperación contenida durante años.

Yo desabrocho su camisa y la deslizo hacia abajo, le acaricio la piel como si la hubiera extrañado en cada maldito sueño. Y lo hice, más veces de las que me gustaría admitir.

El calor. La suavidad.

Algo me distrae, una mancha en su pecho, no, no una mancha, un tatuaje. Me enfoco en él, pero su aliento se funde con el mío, distrayéndome por completo.

Todo ese tiempo que estuvimos juntos, rogaba por que me tomase, pero Jareth era demasiado consciente de lo que podía significar, por eso siempre mantuvo esa última barrera entre los dos.

No sé qué significa que se haya decidido ahora, o le importo menos o demasiado.

No creo que lo entienda nunca.

Su boca recorre mi cuello con apuro, desliza la lengua, y el frío me invade la piel, haciendo que me estremezca; su risa profunda y maléfica retumba en mi oído derecho.

—¿Soy demasiado para ti, Isadora? —se burla mientras baja mi sostén gastado y con un agujero bajo la axila; Jareth no lo nota. Mis pechos se desparraman y sus ojos siguen el movimiento con hambre insaciable.

—Nunca fuiste demasiado para mí, Sullivan.

—Mocosa insolente —gime cuando sus labios chocan con los míos. Con una mano sujeta posesivamente mi parte más sensible y aprieta hasta sentir lo empapada que estoy a través de las bragas—. ¿Crees que puedes conmigo? ¿Crees que puedes domarme como un cachorro inocente? —Aparta la tela con los dedos y, sin advertencia, los entierra completamente en mí—. No pudiste con mi intensidad en aquel momento, ¿qué te hace pensar que puedes hacerlo ahora?

Sus dedos entran y salen frenéticamente, mi voz desapareció, y yo busco de dónde sujetarme sin éxito, por eso Jareth junta mis muñecas y las clava sobre mi cabeza con la fuerza de su brazo.

Mi cuerpo se arquea.

Los ojos de Jareth observan con obsesión mi cara de placer.

—Mira lo empapada que estás por mí —dice, con una mezcla de furia y asombro—. ¿Hace cuánto tiempo deseabas que te follara?

—No seas engreído—murmullo sobre sus labios, luego los muerdo, haciendo que Jareth pierda más el control y me bese con fuerza—. El único que le tenía miedo al sexo eras tú.

Jareth gruñe, con los ojos encendidos de deseo y rabia. Su boca baja, rodea mis pechos. Los muerde. Tira de los pezones con fuerza hasta dejarlos sensibles, temblando.

—Yo no le tengo miedo a follarte, Isadora. Le tengo miedo a no poder parar una vez que empiece.

Y, por primera vez, le creo.

—No estabas lista para esto —murmura y se lleva los dedos a la boca con descaro.

Los lame. Cierra los ojos y por un momento parece perdido dentro del sabor.

Y entonces, sin darme tiempo a prepararme para nada, me abre las piernas con determinación y se lanza entre ellas. Su lengua encuentra su camino con un ritmo salvaje, sin tacto, como si hubiese esperado demasiado tiempo para esto y ahora se negara a contenerse.

—¡Joder! —grito, arqueando la espalda, tratando de huir y de quedarme al mismo tiempo.

Pero Jareth ya no es el hombre frío y estoico que presume control, este es un hombre devorando, reclamando, volviéndose adicto.

Y todo esto (sorprendentemente, escandalosamente) me está volviendo loca.

Cuando sus dedos vuelven a entrar, su lengua se concentra en el nudo de nervios que parece estar a punto de estallar y yo lo sujeto con afecto del pelo y lo guío exactamente donde quiero que esté.

Siento que el cuerpo me da una última sacudida. Luego… detono.

Pierdo el control.

La voz.

El tiempo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, Jareth ya se ha levantado y camina hacia el baño.

Y yo me quedo allí, desnuda, jadeando, con los codos clavados en la cama, sintiendo el frío de la habitación como una bofetada.

¿Se va? ¿Esto es todo?

Pero vuelve.

Vuelve con pasos firmes, rápidos, y una sola palabra colgando de sus labios:

—Condón —dice mientras lo señala.

Y sin más, sin preguntar, me tira de las piernas y me mueve como si fuese una muñeca.

Se acomoda entre mis muslos.

Lo siento contra mí. Duro, preparado, absolutamente confiado.

—Creí que Jareth era más de posturas exóticas —me burlo, intentando recuperar el control.

Pero apenas empieza a hundirse en mí, me deja sin aire.

Literalmente.

Su tamaño… no lo había olvidado, lo tuve en la boca y fue un reto, así que sabía que iba a ser un problema tenerlo dentro de mí, pero no sabía que me iba a partir el alma.

—¿Y perderme tu cara mientras te doy el mejor polvo de tu vida? —Su voz se vuelve grave, obscena, deliciosa—. No lo permitiría, Isadora.

No puedo responder. No puedo pensar.

Solo lo siento moviéndose dentro de mí con la cadencia perfecta de alguien que quiere poseerme hasta la médula.

Me sujeta la barbilla, obligándome a levantar la vista.

—Mírame —ordena—. Quiero ver cómo te rompes para mí.

Y entonces me besa, no, me invade.

Su lengua entra en mi boca con el mismo ritmo en que entra en mi cuerpo: exigente, impúdico, irrefrenable.

Lo abrazo con las piernas, queriendo que no se vaya jamás; él las toma y las aprieta contra su cadera.

Jareth tiene el control y lo sabe, le encanta.

Sus ojos negros me sostienen con una mezcla peligrosa de deseo y poder, y yo, como una idiota agradecida, me dejo llevar directo al incendio.

—Esto es a lo que renunciaste cuando decidiste creerle al imbécil de tu hermano —gruñe, penetrándome con más fuerza, más violencia.

—Cállate. No arruines el momento —contraataco, empujándolo lejos de mí para subirme sobre sus piernas.

Sin pudor, le sujeto la polla y la deslizo en mí de un solo movimiento; me siento sobre él como una maldita dama coronándose.

Los ojos de Jareth se van hacia atrás; gruñe como un animal al borde de la locura, aferrándose a mis muslos como si se estuviera conteniendo por instinto.

Me sostengo del cabezal de la cama; mis pechos rebotan frente a su rostro, y sube las manos para atraparlos, para apretarlos con una mezcla de necesidad y devoción. Luego las baja, las clava en mis caderas mientras me observa montarlo con admiración mal disimulada y una media sonrisa insolente.

—¿De qué mierda te ríes? —pregunto sin frenar el ritmo.

—Dije que iba a llamarte reina Isadora el día que te sentaras sobre mi cara.

—Pero no lo estoy… ¡Ahh!

Con una agilidad inhumana, se desliza fuera de mí y se zambulle entre mis piernas antes de que pueda protestar.

Literalmente estoy sentada en su rostro.

—¡No, Jareth! Estaba a punto de…

No le importa.

Su boca incorregible vuelve a enterrarse en mí y, en menos de cinco segundos, estoy gritando su nombre; mis uñas arañan la madera del cabezal mientras todo mi cuerpo se sacude de placer.

Ni siquiera he recuperado el aliento o la conciencia cuando lo siento de nuevo, duro, implacable, entrando con un golpe seco.

Mágicamente estoy en cuatro, mis manos siguen en el cabezal.

Las suyas se hunden en mis caderas, mi culo completamente expuesto.

Estoy de rodillas sobre la cama; Jareth me embiste con una irreverencia brutal.

—Joder, reina…, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Follarme? —respondo entre gemidos.

—Oh, sí. Toda la puta noche, todo el puto día. Hasta que no puedas caminar.

Veo movimiento a un lado y, al girar la cabeza, descubro nuestro reflejo en la ventana.

Las luces de la ciudad brillan detrás de nosotros como testigos mudos.

Y él… él se ve poderoso, posesivo, como un dios reclamando lo suyo.

Gimo solo de verlo así, y, al notar que estoy mirando, Jareth me toma del pelo y tira hacia atrás.

Recuerdo que había un dibujo con esta posición exacta.

—Grita mi nombre —ordena, con la voz rota de deseo.

—Jareth…

—¡Más fuerte!

—¡Jareth! —sollozo.

—Oh, joder…

Sus movimientos se detienen, su cuerpo se tensa; su agarre se vuelve casi doloroso mientras se corre dentro de mí, sin poder detenerse, sin quererlo tampoco.

Me suelta el pelo y se deja caer sobre mi espalda; apoya la frente sudada entre mis omóplatos, aún jadeando, aún dentro.

Silencio. Respiración. Cuerpos agotados.

Y entonces, en un susurro cargado de triunfo, murmura:

—Buena chica.



Soy un experto en fingir que nada ha pasado.

Nada extraordinario.

Nada interesante, ni sensual… ni escandalosamente pornográfico. Por eso, cuando desperté con su cuerpo desnudo a mi lado, no pensé, actué por inercia.

Me levanté haciendo una fuerza sobrehumana, me vestí con la ropa deportiva más al alcance que encontré y vine aquí, al gimnasio del edificio, a intentar dejar la mente en blanco.

Pero no importa cuánta velocidad le meta a la cinta, no importa cuánto me quemen los pulmones, ni el sudor que me ciegue la vista.

Sigo pensando en ella.

Me encuentro en el reflejo del cristal, la bahía frente a mí comienza a despertarse, los barcos se desperezan en silencio y yo murmuro:

—Maldito débil.

Me lo merezco, soy un idiota por dejarme llevar. Por, durante un solo segundo, mandarlo todo a la mierda y rendirme a mi única adicción.

Sabía que no iba a poder detenerme.

Lo sabía y lo hice igual.

Me forcé a que fuese algo carnal, crudo. Puramente físico. Me prohibí decir palabras de afecto. Me tragué las ganas de rogarle, de tentarla, de suplicarle que vuelva de rodillas… pidiéndome perdón por haber dudado de mí cuando yo le prometí el mundo entero.

No dije nada de eso.

Solo me mostré lo más frío que pude, intenté que creyera que era solo un asunto pendiente, un desliz.

Y lo peor es que ella nunca sabrá que fue doloroso tenerla así, cuando lo que había planeado en aquel entonces… era darle algo distinto.

Algo que se sintiera como quedarse.

Con un golpe seco, detengo la cinta y anclo los pies a los costados, recordando (casi con pánico) que Mónica llega temprano y que Isadora no conoce lo que es despertar naturalmente.

Echo a correr hacia el ascensor y, en cuanto las puertas se abren, me lanzo hacia mi piso.

Justo al entrar, escucho un grito.

Dos, en realidad.

—¡Joder!

Mónica se tapa los ojos en el marco de la puerta, Isadora se cubre el cuerpo desnudo con una sábana.

Y yo… yo estoy ahí, parado como un completo imbécil.

—Mónica… —Me acerco para abrazarla, para girar su cuerpo en dirección contraria—. Quizá podrías empezar por otra habitación…

Ella, ofuscada, atraviesa el salón y se centra en la cocina, ocupándose de cualquier cosa para no hablar antes de que yo abra la boca; la conozco, está programada de esa manera.

—Lo siento —digo—. Se me olvidó por completo que venías…

Cierra la nevera.

Se gira.

—¿Qué estás haciendo?

—No lo sé —respondo en un susurro.

El volumen de la vergüenza.

—Tienes treinta años, claro que lo sabes —espeta, conteniendo una furia maternal—. ¿Recuerdas lo que pasó cuando te dejó?

Mónica fue la única persona que permití que me viera en ese estado.

La devastación total cuando Isadora decidió arrancarme de su vida. Días enteros en la cama, sin moverme, sin comer y sin entrenar.

Nunca la superé y no sé a quién pretendía engañar.

Mónica me sostiene la mirada unos segundos más y, entonces, sin necesidad de elevar el tono, deja caer la frase que me rompe en dos:

—La próxima vez que decidas volver al punto de partida… asegúrate de que no vas a volver a abandonarte.

Se da la vuelta, saca una sartén y rompe un huevo con una tranquilidad asesina. Y yo me quedo ahí, con el alma entre los dientes.

Porque Mónica no necesita gritar para tener razón.



La espero en el coche.

Le mandé un mensaje avisando que estaría abajo, escondido, hasta que esté lista para salir.

El piso se sentía sofocante entre la furia contenida de Mónica y el silencio absoluto de Isadora.

Cuando se sube, lleva sus vaqueros de siempre, una chaqueta encima y el pelo más liso de lo habitual, suelto, salvaje.

Y el impulso de dibujarla sube por mi cuello como fiebre.

Siempre fue algo que me gustó hacer, la perfección de su rostro me fascinó desde el primer día.

Mis ojos vagan sobre ella.

El cerebro me traiciona: me lanza imágenes de la noche anterior, mi mano en su piel, sus gemidos, mis embestidas.

Sacudo la cabeza. Vuelvo al presente.

Estoy a punto de abrir la boca cuando ella se me adelanta.

—Ya lo sé, te arrepentiste. No te preocupes, Jareth. No me vas a romper el corazón —dice con voz fría y distante.

Me quedo callado, no porque no tenga nada que decir, sino porque sus palabras me sacuden.

Tardo unos segundos en recomponerme.

—No es como me siento ahora mismo —respondo—. ¿Tú te sientes así?

Me mira.

Su mirada choca con la mía con esa firmeza que siempre tuvo, sin miedo.

—No.

Trago y reprimo la emoción, esa emoción patética que siempre estuvo conmigo cuando ella está presente.

—Olvidé que Mónica siempre empieza por mi habitación cuando viene.

—No pasa nada, no será la primera ni la última vez que alguien me vea en paños menores.

Está insinuando que ha estado en otras camas o que lo volverá a estar.

Y no me gusta.

No quiero que esté en ninguna cama que no sea la mía, joder.

Pero no puedo decirlo, no puedo dejarlo salir.

—Eso no eran paños menores. Era completa desnudez —aclaro mientras carraspeo, sofocado por el recuerdo, por la necesidad de volver a tocarla.

Enciendo el coche para distraerme.

Isadora me observa.

Media sonrisa.

Su ego debe estar por las nubes.

—¿Qué misión imposible tienes para mí hoy?

El coche avanza hacia la luz del día. Las calles están saturadas, es viernes, todo el mundo entra en la ciudad y no hay sitio para nadie.

—Es algo más compleja que las anteriores —advierto.

—Creo que ya he demostrado que puedo con lo complejo. Pude contigo, imagínate… —chista por lo bajo.

El tráfico se detiene, ocho coches bloquean la intersección y todos tocan el claxon como si eso fuese a ayudar.

—No pudiste conmigo, Isadora. Por eso estamos donde estamos —respondo con una tranquilidad alarmante.

No debería ponerme cómodo. No puedo dejarme llevar.

Mi respuesta la silencia, pero solo un instante.

—Pude anoche…

—Apenas. ¿O debo recordarte que te desplomaste en mi cama segundos después de correrte? —replico, y añado—: En la segunda ronda.

—Fue un día largo. No… no suelo cansarme tan rápido.

—¿Podrías admitir, solo por una vez, que mi polla te agotó?

—Podría, pero no sería verdad.

—¿Y desde cuándo la verdad es importante para ti?

Silencio.

Solo el pódcast de fondo y los claxonazos.

Sé que debería pedir perdón, sé cuándo me paso.

—Oye… —empiezo.

—Tienes razón. No supe ver con claridad en aquel momento —susurra, y me deja clavado—. Cuando dejé de llorar y mis ojos se desinflamaron, encontré los dibujos que César había pegado en la pared. Estaban en la basura y con otros ojos pude distinguir los que habías hecho tú… de los que eran falsos.

Un claxon a menos de un metro me arranca del trance. El tráfico se había despejado y yo ni me había enterado.

Acelero en silencio.

No sé qué decir sin que suene a reproche.

—Nunca confronté a mi hermano —admite, con vergüenza. Mira por la ventanilla, evitando el contacto visual conmigo—. Sabía que, si lo hacía, me sacaría de su vida para siempre.

—Lo sé —digo en voz baja, sin apartar los ojos de la calle—. Así se comportan los narcisistas. Te manipulan hasta que sientes que la relación pende de un hilo que solo tú sostienes.

Ella se gira hacia mí, sorprendida.

—Así es exactamente como me sentía. ¿Cómo lo supiste?

Si ella me está dando un poco de verdad, sería injusto cerrarme del todo.

—Lo estudié cuando Ruby llegó a mi vida. Su madre era así; reconocí ciertos rasgos en César. Ruby hacía lo imposible para no perderla: soportaba insultos, mentiras online, humillaciones. Un día, harto, le pregunté por qué no le decía nada y su respuesta me rompió. Me dijo: «En el momento en que la enfrento, me deja de hablar. Y si no vuelvo arrastrándome…, pasan los días y sigue sin hablarme».

—Qué jodida idiota —masculla ella, y no puedo evitar sonreír.

—¿Te enfada?

—Por supuesto, es su madre. ¡No puede hacerle eso!

—César es tu hermano. Tampoco puede. —Se hace un silencio—. Lo detesto por manipularte, por alejarte de… —*joder, Jareth*— de mí.

—¿Por qué crees que lo hizo?

—Porque personas como ellos no soportan verte bien. Necesitan que te sientas débil para que siempre vuelvas a ellos.

—Tiene sentido lo que dices.

—Lo sé. Odio tener siempre la razón —añado, para aliviar la tensión.

En ese momento, por fin, llegamos a la oficina.

—Yo también —responde ella.

Pero no sonríe.



Isadora

Jareth camina delante de mí y me siento en el desfile del regimiento militar.

Todos parecen agachar la cabeza, mirar para otro lado con incomodidad al verlo, incluso cambiar de camino los que venían hacia él.

Hazte la fama y échate a dormir, dicen.

Yo voy detrás de él, un poco perdida, sin saber a dónde mierda tengo que ir hoy o qué acto heroico (según mis estándares) tendré que hacer.

Nanami lo intercepta a unos metros de su despacho y él se detiene a conversar con ella, Jareth responde en un tono más alto que su secretaria, pareciera que ella susurra.

—Espérame en el despacho —ordena.

Sin abrir la boca, sigo mi camino y me desplomo en los cómodos sillones.

Esta vida de oficina no está nada mal, la gente verdaderamente no aprecia las comodidades que tiene: no estar de pie todo el día, ni terminar con los pies hinchados, no tener que limpiar los baños que usa, ni temerles a las reseñas de una estrella por no sonreír lo suficiente.

Joder, en Yen's tan solo teníamos un taburete de plástico en la cocina donde a veces nos sentábamos, con los calores y vapores del lugar.

Entrelazo los dedos en la nuca y suspiro, apreciando el presente, disfrutando de esto antes de que desaparezca, pero mi suspiro se corta cuando la puerta se abre de golpe.

Pero no es Jareth.

Este tipo no tiene nada parecido al gruñón con el que trabajo (y follo, aparentemente), su pelo es rubio, su piel dorada —probablemente gracias a alguna playa de México—, sus ojos celestes, sus dientes irrealmente blancos.

Un Ken vestido de traje con complejo de dios.

Este espécimen solía venir con frecuencia a Yen's, son los que no dejan propina a pesar de tener un Rolex en la muñeca.

El tipo rodea el escritorio y comienza a abrir los cajones de Jareth frenéticamente.

¿Qué mierda está pasando?

Carraspeo un par de veces hasta que se sobresalta.

—¡Oh! No te había visto. Hola. —Su tono nervioso.

Arqueo una ceja.

—Hola.

Me quedo en silencio esperando que diga algo como «¡Me confundí de despacho! ¡Qué idiota!» y se vaya, pero él camina hacia mí y extiende la mano.

—Soy Arthur Weber.

—Isa —digo a secas mientras estrecho la mano con él. —¿Buscabas… a Jareth?

Mira a su alrededor, claramente nervioso.

—Sí, de hecho, estoy esperándolo, tenemos una reunión ahora. —Mira su reloj, me equivoqué de marca, no es un Rolex, es uno digital—. Iba a jugarle una broma, por eso… —Señala detrás de él los cajones que estaba inspeccionando.

Yo lo miro de arriba a abajo, con cierto desdén.

No le creo ni un poco.

—¿Eres… empleada de Leonet?

Esta es la pregunta que no quiero responder, algo en mi instinto dice que no lo haga.

—¿No lo es todo el país acaso? —bromeo y él responde con una carcajada exagerada.

Entrando un poco más en confianza, se acomoda en el sillón junto a mí, lo que me obliga a sentarme erguida, algo que nunca sucede.

—Es verdad que la compañía ha crecido enormemente —comienza como si me interesara el tema, hay un poco de ego en la habitación—, creo que a veces no soy consciente de hasta dónde hemos llegado en tan poco tiempo.

¿De qué mierda habla? No tengo ni idea, solo sé que lo dejo hablar.

—Es una locura —dejo el bocado ahí, a ver si con eso pica.

—Lo es, lo es —continúa, poniéndose más cómodo, alargando el brazo por el respaldo hasta alcanzar mi hombro—. Mi padre siempre dijo que debía seguir mis sueños —su mirada perdida—, y eso hice, aposté por mí y mira lo que logré.

—Guau… —digo, simulando estar embelesada.

Él parece creerse mi acto.

El brazo de Arthur sigue ahí, rozándome el hombro como si fuésemos viejos amigos. Yo intento decidir si fingir una sonrisa educada o si lanzarle una indirecta tan afilada que necesite puntos de sutura.

Y entonces, se abre la puerta con una determinación que hace temblar el marco.

Jareth entra.

Camina como si el mundo le debiera espacio, como si cada paso suyo fuera una advertencia.

Sus ojos barren la habitación; primero caen en mí, luego en Arthur y, finalmente, en esa maldita mano que sigue tocándome.

Arthur se endereza, incómodo.

Yo… solo me acomodo con una lentitud calculada, la misma que usas cuando te encuentras con un oso en medio del bosque.

—Weber —dice Jareth, seco.

—¡Jareth! —exclama Arthur con una sonrisa de vendedor barato —. Solo estaba charlando con esta encantadora dama.

Los ojos de Jareth no se mueven de él. Ni una mueca, ni una palabra amable hasta que, de pronto, parece despertar y se prepara para sentarse.

—No sabía que eras zurdo —dice en voz baja, como si hablase consigo mismo.

—¿Zurdo?

Jareth señala la mano de Arthur, aún descansando con descaro sobre mi hombro.

—No debes tenerle mucho aprecio a tu mano derecha si decidiste dejarla sobre el hombro de Isadora. O te la arranco yo o ella. Tú decides.

Arthur se ríe, creyendo que Jareth está bromeando, pero quita la mano igual.

—Lo siento, pequeña —dice—. Olvido que Recursos Humanos ahora se llama «Régimen Humano», ya no puedes ni hacer chistes hoy en día.

—No, no puedes —sentencia Jareth, sus ojos tan negros que hasta me inhiben cuando se posan sobre mí—. Isadora, ¿te pidió algo este hombre?

—No, solo intentaba impresionarme —respondo, levantándome con agilidad del sillón.

El rubio sonríe, incómodo; Jareth, en cambio, no.

—¿Y lo logró?

—Ni cerca estuvo.

Mi respuesta parece satisfacerlo, aunque no dice una palabra.

Arthur se ríe por compromiso y se pone de pie.

—Bueno, creo que os dejo a solas —anuncio—. Luego nos vemos, señor Sullivan.

Jareth levanta una ceja, sorprendido por el apodo, sus ojos se encienden de golpe, prometiendo un buen momento.

Quizá la follada de ayer me volvió blanda, pero me gusta haberlo descolocado un poco.

—Vuelve en una hora.

—Sí, señor.



Me duelen las muelas de tanto apretar la mandíbula.

Fallé en contener mis celos, se me escaparon, Arthur lo notó, y lo peor: Isadora también.

Ahora sabe que me tiene comiendo de la palma de la mano, y no puedo permitirme ese lujo.

No con ella.

Arthur habla con ese aire de superioridad barata, como si se la hubiera comprado con un cupón en Temu, y mientras lo escucho, no dejo de preguntarme: ¿de qué coño hablaron cuando yo no estaba? Claro, yo no sabía que Arthur estaba en el edificio. De haberlo sabido, no habría enviado a Isadora a mi despacho.

Lo cierto es que, más allá de los negocios, no quiero que nadie la vea como una «posibilidad». Ni como amante ni como algo para una noche; Isadora no es una variable disponible en esta ecuación.

Ni siquiera para mí, *creo.*

—¿Nada de lo que te estoy diciendo te tienta? —pregunta Arthur, con los dedos entrelazados sobre su estómago, las piernas cruzadas y el pie haciendo círculos en el aire. Ese tic suyo me crispa los nervios.

Insiste en que obtenga todas las acciones de la compañía; ya tengo un ochenta por ciento.

No sería la primera vez que adquiero una participación absoluta en una compañía emergente.

Él lo sabe, de hecho, por eso está aquí, sabe que tengo el capital y el historial. Sabe que, si algo me interesa, no lo dejo pasar, y por eso me lo sirve en bandeja.

Pero lo que me inquieta no es lo que me ofrece, es lo que calla. ¿Por qué quiere deshacerse de su participación tan rápido? Después de todo, acaba de contratarme para perfeccionar este espacio, ese es mi trabajo aquí, preparar a la compañía para lo que sea que esté por venir.

¿Por qué tanta urgencia en que sea yo quien lo compre?

Las *startups* rentables no se sueltan así como así. Los fundadores no abandonan el barco a menos que haya una filtración de agua que no pueden controlar… o que hayan visto una tormenta en el horizonte y prefieran saltar antes de hundirse con el resto.

Arthur sonríe, como si tuviera el control, pero yo he aprendido que, en esta mesa, quien sonríe primero, normalmente está perdiendo.

No me trago su discurso.

La rentabilidad está ahí, sí. Crecimiento sostenido los últimos tres trimestres, métricas saludables, baja rotación de personal, incluso la cultura empresarial parece sólida, al menos en el papel.

Pero hay algo que no cuadra, algo que se me escapa, cosa que no debería ocurrir.

Arthur no se comporta como un tipo que quiere maximizar beneficios, se comporta como alguien que quiere largarse cuanto antes, como si necesitara alejarse de algo.

Por eso, en cuanto termina su tedioso monólogo, le agradezco con la cortesía mínima necesaria, lo acompaño hasta la puerta de mi despacho y, apenas se cierra, marco el número de Alex.

—¿Qué sabes de Arthur Weber?

—Que trabajas con él y que tiene clamidia. ¿Por qué lo preguntas?

—No quiero saber cómo estás tan seguro de lo de la clamidia —digo por lo bajo mientras me refriego los ojos—. Está desesperado por vender, necesito a tu amigo, ese de dudosa procedencia.

—¿Qué quieres saber? Creí que el que más conocimiento tenía sobre *startups* eras tú.

—Aparentemente, algo se me escapó, necesito saber todo: debida diligencia no oficial, rumores, demandas laborales, deudas ocultas, relaciones con el consejo de administración. Y si han tenido alguna auditoría externa, quiero ver los detalles.

—¿Crees que hay algo sucio?

—Creo que Arthur no es idiota y, sin embargo, está vendiendo como si lo fuera.

—Déjame hablar con él, te llamo luego.

Cuando cuelgo, Isadora entra al despacho. Primero mira alrededor, como quien escanea la escena de un crimen.

—Ya se fue —le aviso sin moverme de la silla.

Tengo necesidad de apartarme del escritorio, sentarla sobre mis piernas y besarla, pero estoy quieto.

Duro en más de un sentido.

—Ese tipo es raro —comenta, cerrando la puerta con la cadera.

Por supuesto, mis ojos se pierden en ese movimiento y ahí se quedan unos segundos más de lo necesario.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, girando el bolígrafo entre los dedos. Quiera admitirlo o no, Isadora tiene el don de calar a la gente con rapidez.

—Entró y empezó a revisar tus cajones como si estuviera buscando algo. —Se acerca al escritorio y señala los tres primeros—. Estos. No encontró nada, creo, o al menos no siguió, porque justo me topé con él aquí.

—Interesante… —digo, por dentro mi cabeza ya está en modo estrategia.

Quizá no estaba buscando algo, quizá quería dejar algo.

Abro los cajones y reviso con cuidado. Nada está fuera de lugar, nada nuevo, nada que no reconozca como mío.

—¿Estás en peligro? —suelta de repente, con un tono más grave. La miro y me encuentro con sus ojos turquesa.

Firmeza. Instinto. Alarma.

—¿Acaso estás preocupada por mí?

Se cruza de brazos de inmediato.

Defensa activada.

—No, solo creo que…

Me levanto, despacio. Me coloco a su altura, me encanta que midamos lo mismo, así no tengo que inclinarme para intimidarla.

—¿Crees que… mi carrera está en peligro? —Los dedos me arden por tocarle el rostro—. ¿Crees que puedes salvarme?

Da un paso atrás por reflejo, pero le sujeto la cadera.

La retengo.

—Si te vas a reír de mí, entonces vete a la mierda —advierte.

—¿Y si lo que voy a hacer es besarte?

Sus ojos se clavan en los míos durante un segundo que dura siglos. Se humedece los labios con la lengua.

Está lista.

—¿Realmente quieres que toda la oficina se entere de que te tiras a tu empleada?

Miro hacia el cristal, la única que nos observa es Nanami, con el disimulo de un niño de dos años jugando al escondite.

Busco el botón en el escritorio que oscurece los cristales, dándome privacidad.

—Nadie nos ve ahora —susurro, sin apartar la vista de Isadora—. Además, tú no eres cualquier empleada.

—Ah, ¿no?

—No, tú eres la única que puede arruinarme.

Ella se queda quieta.

No responde, pero tampoco se va, y eso ya es una respuesta.

La mano en su cadera se desliza con sigilo, mis dedos rozan la tela de su chaqueta y luego la curva de su cintura. La otra sube despacio, midiendo el terreno, como si tocarla fuese a activar un sistema de alarma.

Y, aun así, lo hago.

Le acaricio la mejilla y ella no se aparta.

—Dime que no quieres esto —susurro, mi boca a centímetros de la suya.

Sus labios se entreabren.

Sus pupilas se dilatan.

Sus dedos se apoyan sobre mi pecho, no para empujarme, sino para anclarse.

—No quiero esto.

Lo dice, pero su voz tiembla y soy adicto a ese temblor.

—Mientes fatal —murmuro, y entonces la beso.

No hay ternura ni promesas.

Solo la desesperación de dos idiotas que creen que pueden tocarse sin volver a romperse.

Su boca es mi ancla y mi condena.

Mi lengua encuentra la suya con la certeza de quien ya ha estado ahí mil veces.

Me clava las uñas en la nuca, pega su cuerpo al mío, y todo lo que fuimos, todo lo que dolió, se deshace por un instante bajo ese beso.

La levanto sin esfuerzo y la apoyo sobre el escritorio. Ella me rodea la cintura con las piernas.

Su chaqueta cae al suelo.

Deslizo la mano bajo su camiseta hasta encontrarme con sus pechos, aprieto mientras ella gime y arquea la espalda para buscarme.

Joder, es una adicción, una batalla perdida.

—Te follaré aquí y ahora —advierto sobre su oído—. Sin condón, tapándote la boca con mi corbata para que los gritos no salgan de este despacho, y tú soportarás mi polla como la buena chica que eres, ¿alguna pregunta, Isadora?

Ella niega con la cabeza, sus ojos llenos de placer, mis dedos están buscando los botones de los pantalones.

Desabrocho los primeros mientras la beso, y entonces… el móvil vibra.

Una vez.

Dos. Tres veces.

Me separo de ella, jadeando, la frente contra la suya.

El nombre de Alex parpadea en la pantalla.

Mierda.

—Tienes que contestar —dice Isadora, su voz ronca, los labios hinchados, el juicio colgando de un hilo.

—Lo sé, pero preferiría incendiar el despacho.

—Pues hazlo rápido, antes de que me arrepienta de todo esto.

Bajo la mirada, no quiero soltarla, pero si Alex llama tres veces seguidas… es porque hay algo grande.

Muy grande.

Respiro hondo y contesto.

—Háblame, Alex.



Isadora

Tras presenciar la llamada más silenciosa y lúgubre de mi vida, Jareth corta el móvil y, como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros dos minutos atrás, me suelta mi siguiente misión.

Tengo un *pendrive* en la mano que, aparentemente, debo insertar en los servidores de la compañía. Estos están en otra planta: la de los técnicos, un grupo de testosterona obsesionado con las placas de vídeo que, según Jareth, hará lo que sea por ganarse la atención de una mujer. Le pregunté al menos diez veces si esto era legal; las diez veces respondió que sí, pero, sinceramente, lo dudo muchísimo.

Mientras espero el ascensor y hago girar el *pendrive* dentro del bolsillo derecho, pienso en la actitud que tuvo Jareth hace un rato.

Había olvidado cuán territorial podía ser… y cuánto me gustaba.

Sí, lo dije.

Tendré que resolver mis problemas psicológicos respecto a eso, pero sentir (aunque haya sido por un instante) que le pertenecía a alguien, me calentó el pecho como una fogata inesperada.

Si tengo que ser honesta, Jareth fue la única persona en mi vida con la que sentí que no tenía que arrastrarme para conseguir

atención; que ser yo era suficiente. Estaba ahí, y me miraba como si fuera la única mujer que caminaba sobre la Tierra.

En cambio, mi familia siempre exigió perfección, y si esta no existía, entonces yo tampoco. Logré dejar de buscar desesperadamente la aprobación de mis padres hace años…, pero la de mi hermano, esa es difícil de eliminar. Es como si estuviera ensamblada de esa forma y no supiera cómo desprogramarme.

Joder, ya hablo como uno de estos idiotas de San Francisco.

—¡Isadora! —me llaman desde atrás.

Charles camina con la agilidad encantadora de un hombre mayor. Hoy lleva un chaleco verde oscuro y pantalones marrones.

—¡Ey, Charles! —saludo fingiendo más entusiasmo del que siento; no es que no me alegre verlo, pero todavía cargo con la culpa de haber invadido su ordenador—. ¿Qué haces por aquí?

Esta no es su área y esta oficina es un maldito laberinto.

—Tengo una reunión dentro de poco, pero quería darte las gracias por lo que hiciste el otro día.

El estómago se me cae a los pies.

—¿Lo que hice? —me hago la tonta.

—Sí, el señor Sullivan me llamó y me explicó con mucha amabilidad cómo seguir el ritmo con las contraseñas. Honestamente, me dijeron que el tipo era un ogro, pero resultó ser un muchacho de lo más amable.

—Oh… —musito, confundida. No suelo escuchar a nadie hablar así de Jareth.

Al notar mi desconcierto, Charles amplía la información:

—Sí, me dijo que tú le comentaste lo engorroso que es para nosotros mantener tantas contraseñas. Y nos proporcionó herramientas para generarlas de manera segura, sin necesidad de anotarlas. No te culpo por llevar el problema a la mesa; yo hubiera hecho lo mismo.

—Bueno…, me alegra que te haya servido.

—Y habló muy bien de ti, dijo que tienes un gran futuro en la compañía y que estaba apostando por un proyecto de una aplicación o algo del estilo, no lo sé, yo solo entiendo de números —sonríe

ampliamente—, así que no te estreses, estás haciendo un gran trabajo.

—¿Dijo eso de verdad?

—No tengas dudas —responde mientras baja la voz, buscando complicidad—. Entre tú y yo, creo que es más que admiración lo que siente. No paraba de decir tu nombre y tú sabes lo que eso significa.

Reprimo la sonrisa con todos los músculos de la cara, aunque fallo horriblemente.

—Significa que trabajamos juntos, nada más.

Las puertas del ascensor finalmente se abren.

—Soy un hombre mayor, Isa, escucha mis palabras —dice mientras se aleja—: lo tienes a tus pies.

Entro en el ascensor con la frase rebotando en la mente y, cuando alzo la vista y me veo reflejada en el espejo, me descubro sonriendo.



Las puertas del ascensor se abren con un chirrido de película de terror.

El aire es más frío aquí abajo, luces blancas, tubos fluorescentes, olor a plástico recalentado y desodorante caducado.

Esta es definitivamente la planta de soporte técnico.

Camino por el pasillo como quien entra en territorio desconocido, o peor, en un club de varones que no han tenido contacto con ninguna mujer en años. Algunos me miran al pasar; otros intentan disimular, pero se les nota en la forma en que se les tensan los hombros.

No soy bienvenida aquí.

Al menos no todavía, pero eso está a punto de cambiar.

Llego a un cubículo donde un chico con cascos gigantes y una camiseta de *Rick y Morty* escribe ruidosamente como si le fuera la vida en ello.

—Hola —digo, dulce, fingiendo estar más perdida de lo que estoy.

Se quita un auricular con desconfianza.

—¿Sí?

—Tú eres de los que saben todo lo que pasa en esta planta, ¿verdad?

Él parpadea, sorprendido.

—Depende… ¿por qué lo preguntas?

—Tengo una curiosidad tonta —comento con una sonrisa—. Jareth me habló de los servidores, dijo que eran como… la joya de la corona de este lugar y vosotros una especie de reyes.

Su atención se fija en el objeto.

—¿Jareth Sullivan te habló de los servidores?

—Sí, pero ya sabes cómo es… Solo me lo mencionó y cambió de tema; yo me quedé con la intriga —me inclino un poco sobre su escritorio, como si compartiera un secreto.

Se le seca la garganta, literalmente tiene que tragar con fuerza.

—Bueno…, es que no muchos tienen acceso, es un área sensible.

—¿Y tú sí? —pregunto, abriendo los ojos como si acabara de encontrar a mi superhéroe personal.

Se endereza en la silla, inflando el pecho.

—Por supuesto. Tengo nivel tres de autorización.

—Guau —pronuncio, con la misma voz que usé con Arthur.

Otro técnico que escuchaba la conversación se asoma desde el cubículo contiguo.

—¿Quieres que te los mostremos? —sugiere.

—¿Podemos? ¿No es peligroso? —cuestiono con una mano en el pecho.

—Nah, solo un vistazo. No vas a tocar nada, ¿verdad? —pregunta el de los cascos.

—¿Yo? Ni loca. No sé ni cómo se enchufa una impresora.

Ambos se ríen, encantados con mi estupidez, y yo sonrío como quien no tiene nada bajo la manga.

Caminamos por un pasillo helado hasta una sala custodiada solo por un lector de tarjetas que uno de ellos desbloquea sin pensar.

—¿Y nadie revisa quién entra? —pregunto, jugando con mi pelo.

—Bah, somos los mismos de siempre —responde uno.

—¿Y si alguien se cuela?

—¿Quién se va a colar en la planta de soporte técnico?

Claro, nadie.

Excepto yo.

La puerta se abre, el ruido blanco de los ventiladores me golpea.

—Ahí están —dice uno, señalando la hilera de torres negras con lucecitas parpadeando.

—Es impresionante… —murmuro.

Y lo es.

Lo suficiente como para que mis dos guías se pongan a hablar entre ellos sobre sistemas de refrigeración y protocolos redundantes.

Yo me acerco con cuidado, acaricio la carcasa de uno de los servidores como si fuera una obra de arte.

Ellos no me prestan atención, ganar sobre qué tipo de refrigeración es más eficiente tiene prioridad.

Y entonces, sin que nadie me vea, deslizo el *pendrive* en el puerto.

Un clic.

Una descarga de adrenalina.

Sigo sonriendo.

Cuando se dan la vuelta, ya estoy fingiendo estar más interesada en los cables que en lo que acabo de hacer.

—De verdad, chicos, esto ha sido genial, gracias por la excursión privada.

—Cuando quieras —responde uno, como si acabara de invitarme al *backstage* de un concierto de rock.

—¿Hay cámaras aquí dentro? —pregunto con una sonrisa ladeada, mirando al techo. Encuentro una con una luz roja parpadeando.

—Sí… pero no con sonido. ¿Por qué?

—Nada, curiosidad. —Sonrío a la cámara y después saco la lengua.

Y salgo de la sala con la certeza absoluta de que acabo de demostrar el punto exacto que Jareth quería probar: con un poco de

carisma y cero autorización, se puede acceder al corazón de la compañía sin que nadie lo impida.



Cuando las puertas del ascensor se abren en la planta ejecutiva, camino con la satisfacción de quien acaba de cometer un crimen y no solo no fue atrapada, sino que además recibió aplausos.

Tengo las manos en los bolsillos y una sonrisa que no se me borra.

Hasta que entro al despacho de Jareth.

Y lo veo ahí.

Apoyado contra su escritorio, los brazos cruzados, esa mirada entre «me excitas» y «me das ganas de despedirte».

Mierda.

—¿Cómo te fue en tu paseo turístico por los servidores? —pregunta, sin moverse.

—Bien… —respondo, midiendo cada palabra—. Me mostraron el lugar con mucha amabilidad.

—Imagino, los técnicos tienen debilidad por las cosas que no entienden —dice en voz baja—, y tú, Isadora, eres bastante compleja.

Camino hacia el sillón, como si no me importara, pero el pecho me late como si acabara de correr una maratón.

—¿Vas a preguntarme si puse el *pendrive*? —Me desplomo allí, aprovechando que el tamaño del sofá va acorde a mi altura.

—No, sería una pérdida de tiempo. —Se aparta del escritorio, camina lento hacia mí—. Lo vi todo.

¡Lo sabía! Cada vez que sentía la mirada de Jareth sobre mí, algo en mi cuerpo me decía que no alucinaba.

—¿Qué creías? ¿Que no iba a vigilar cómo ponías un archivo delicado en el núcleo de mis servidores?

Se detiene frente a mí y mira hacia abajo como un dios todopoderoso. Hay una satisfacción peligrosa en sus ojos.

—¿Estás enfadado porque te saqué la lengua? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma.

—Estoy… —exhala, como si se tragara una palabra que no quiere usar— impresionado.

—¿Eso es bueno?

—Eso es aterrador.

—¿Para quién?

—Para mí.

Sus palabras caen como piedras.

Se queda en silencio un segundo más, y luego suelta:

—Isadora, ¿sabes qué es lo más grave de todo esto?

—¿Qué?

—Que tuve que ver cómo con esa voz y esa sonrisa jugabas a ser inocente mientras desarmabas mi seguridad como si fuera un juego de niños.

—¿Y?

Jareth se agacha y en cuclillas se coloca entre mis piernas que están bien abiertas y de manera poco femenina. Pero eso no me hace sentir menos sensual; en este momento, es él quien despierta cada rincón de mi cuerpo.

—Y ahora quiero verte hacerlo de nuevo, pero esta vez conmigo.

Me tiembla algo dentro, no sé si es miedo o deseo. *O ambos.*

—¿El qué? ¿Seducirte o desarmarte?

Él sonríe, oscuro.

—Las dos cosas.



Ella se muerde el labio y estoy a punto de perder la cabeza.

—¿En qué momento decidiste dejarme entrar otra vez? —pregunta.

Los dos sabemos que había una pared entre nosotros.

Hasta ayer, hasta que la tuve en mis manos.

Ahora descansan en sus piernas largas, como si tocarla fuese algo automático. Instintivo.

Es una gran pregunta.

¿Qué cambió de ayer a hoy?

¿Solo con follarla era suficiente para volverme un cavernícola otra vez?

De querer mantenerla a distancia, ahora no puedo dejar de mirarla.

De tocarla.

De pensar en ella.

Joder, no me reconozco.

«¿Recuerdas lo que pasó cuando te dejó?», la voz de Mónica atraviesa todo lo que mi cuerpo quiere hacerle a esta mujer.

Me levanto.

Camino de vuelta a mi escritorio.

Mi bipolaridad ya es tan evidente que ni me molesto en disimularla.

—Vives en mi casa, Isadora —digo mientras me aliso la camisa antes de sentarme—. No hay puerta más literal que esa.

—Sin embargo, no tengo la contraseña —murmura.

—Eso es porque nunca la descubriste. Hazlo de una vez y tendrás la libertad de entrar cuando quieras.

La espío de reojo y la veo pensarlo en serio.

Adorable y peligrosamente hermosa.

Quiero arrancarme los ojos con una cuchara por sentir todo lo que siento ahora mismo.

Todavía no puedo creer lo fácil que fue entrar a los servidores de esta empresa. Todo por querer impresionar a una mujer.

¿No es eso lo que haces tú todo el tiempo?

Silencio.

Estoy trabajando.

Este *pendrive*, aparte de demostrar que la seguridad de Leonet da pena, me está dando justo lo que Alex y yo llevamos buscando desde esta mañana.

Conozco la historia oficial de la compañía, sé quién la fundó, pero necesito ver lo que hay detrás.

—¿Qué más tengo que hacer hoy? —pregunta ella, interrumpiendo mi lectura obsesiva.

—Necesito esta información. —Señalo la pantalla—. No tengo tiempo para procesarla, pero tú sí. Llévate mi portátil, no lo voy a usar ahora.

—¿Y qué se supone que debo procesar? —Se levanta y se acerca.

Su proximidad activa todos mis putos nervios y cuando se agacha para mirar la pantalla, la observo con la boca entreabierta.

—Jareth.

—Perdón. —Me reincorporo rápido y señalo el texto.

—Busca el historial de la empresa. Me interesan los gastos de hace cinco años, en concreto. Desde el papel higiénico hasta una impresora 3D. Cuando veas algo raro, márcalo con el resaltador, luego me lo muestras.

Me levanto para buscar el móvil sobre el escritorio.

—¿Te vas? —pregunta, con tono inocente.

Me detengo en seco, a un paso de la puerta.

—Sí, ¿por qué?

—Nada, ¿me quedo aquí?

Sí. A donde perteneces.

—Sí. Cuantos menos ojos sobre ese archivo, mejor. Volveré en una hora, más o menos. Luego ya podemos ir a casa.

Cierro los ojos un segundo después de decirlo. «Ir a casa».

Qué idiota.

Más arrastrado no puedo sonar.

—Hoy no iré directa. Tengo cosas que hacer —responde, cortante.

Me giro despacio.

—¿Cosas?

Que no sea César otra vez. Que no sea César otra vez.

Ella se sienta cómodamente en mi silla, sintiéndose dueña de mí otra vez.

—Estoy preocupada por mi amiga Kat, no consigo localizarla. Voy a volver al barrio donde vivía, a ver si alguien sabe algo.

Kat. Ya me la había mencionado.

—Te acompaño —digo, abriendo la puerta.

—Jareth…

—No era una pregunta.



San Francisco no tiene término medio.

O te enamora con sus colinas y esa luz dorada que se cuela entre los edificios al atardecer…

O te arrastra por sus aceras rotas y su olor a orina mezclado con el pan recién hecho de alguna panadería hípster con pretensiones de bohemia.

Pero esta es mi ciudad, aquí nací, aquí me toca estar, aunque la critique a diario.

No iría a ningún otro lado.

Aquí moriré, probablemente solo, pero forrado. Al menos Ruby heredará mi fortuna y no dependerá del idiota de nuestro padre.

Por cierto, tengo una cena por su cumpleaños dentro de poco, y ya estoy haciendo gimnasia mental para sobrevivirla sin homicidios.

Ahora mismo caminamos por Tenderloin. La parte de la ciudad que nadie incluye en las postales, la parte donde las grietas del sistema no se maquillan con filtros.

Aquí no hay nadie «tomando matcha y haciendo *journaling*», aquí se sobrevive.

Isadora camina a mi lado, paso firme, gesto tenso. No estamos en una zona amable, si alguien te mira demasiado, no es porque le gustes.

Más bien, corre.

Se detiene junto a un carrito cargado de bolsas.

Un hombre mayor, con barba blanca y un gorro de lana, la mira con desconfianza.

—Hola, señor —dice ella, con ese tono cálido que le sale sin esfuerzo—. Busco a una amiga, se llama Kat, Alta, morena, con una mochila verde militar. ¿La ha visto?

El hombre la observa durante un largo segundo. Luego me mira a mí, al traje, a los zapatos. Todo en mí grita que no pertenezco a este lugar.

—¿El guardaespaldas o el novio?

—Ambas cosas —respondo sin pestañear.

Isadora gira el rostro y me lanza una mirada que podría derretir acero, yo me encojo de hombros. Me da igual. No pienso fingir que no estoy donde estoy por ella. ¿Por qué otra razón vendría a esta parte de la ciudad?

—¿La morena? ¿La que tocaba canciones de Nirvana con una flauta rota?

Los ojos de Isadora se iluminan.

—¡Sí! ¡Esa misma! ¿La ha visto?

—Hace un par de semanas. Discutía con un tipo, alto, con gorra azul, parecía de ICE. Mala espina, no la he vuelto a ver.

—¿Recuerda en qué calle?

—Estaba en SoMa, creo, no recuerdo la esquina, pero escúchame bien, guapa… —La señala con un dedo huesudo—. Si de verdad quieres encontrarla, busca donde la ciudad huele peor, ella siempre decía que la gente que necesita ayuda no se esconde donde hay flores.

Isadora le agradece con la voz apagada y yo me quedo pensando.

En mi entorno, cuando la gente se hunde, lo último que hace es esconderse.

Sonríe más.

Finge más.

Gasta más.

Esconde su miseria en trajes caros y copas de vino de mil dólares.

Aquí, todo es lo contrario, quizá por eso me incomoda tanto.

Seguimos caminando.

Isadora está frustrada, lo noto en sus silencios, en cómo aprieta los puños dentro de la chaqueta como si pudiera exprimir las emociones.

—¿Estás bien? —digo, sabiendo que es una pregunta estúpida, pero no sé cómo abarcar el tema.

No sé qué tan importante sea esta Kat y tampoco si está en problemas.

No la quiero a Isadora en esos ambientes.

—No. Me jode no poder hacer más. Kat me ayudó, me escuchó hablar sin sentido durante horas y me intentó instruir en el tema de vivir en la calle, me dio consejos muy buenos y ahora ni siquiera puedo encontrarla, sé que se está escondiendo.

De solo recordar que Isadora pasó tiempo en la calle hace que quiera prender fuego a esta ciudad.

—¿De quién?

—De la familia de su marido. Es una historia larga… y trágica.

Miro la calle, interminable y empinada, el atardecer se filtra entre los edificios.

—Tenemos tiempo.

Ella me mira desconfiada, hace bien, normalmente no me importa una mierda nadie.

Pero a ella sí, y eso no puedo evitarlo. Ni aunque lo intente.

—Ella decía que era millonaria, por el marido, pero este tuvo un accidente muy sospechoso hace dos años. La familia del tipo la dejó sin un céntimo. Acabó en la calle porque ahí, al menos, podía desaparecer.

—¿Qué tipo de accidente?

—Una regata, en Francia, tuvo un accidente y no lo encontraron nunca.

Me detengo.

Mi cerebro conecta los puntos.

—No se llamaba Alan Marks, ¿no?

—No lo sé, nunca me dijo su nombre.

Joder.

El caso fue famoso.

Empresario tecnológico, muerte dudosa en una regata. El rumor era que la familia lo arregló todo por la herencia.

Nos detenemos junto a un callejón, una mujer joven duerme entre cartones. A su lado, una pila de mantas, libros viejos y una cafetera rota.

—Disculpe —dice Isadora, agachándose sin dudar. La mujer abre los ojos con un sobresalto.

Yo me mantengo a un paso, atento a todo.

—No tengo nada para robar —se apresura a responder ella.

—No quiero robarle, busco a una amiga, Kat, morena, mochila verde, toca la flauta…

La mujer asiente despacio.

—La vi, hace poco, estaba rara. Más flaca que nunca y un tipo la buscaba.

—¿Dónde?

—Mission, cerca del mural del dragón azul, dormía ahí…, pero hace días que no aparece.

Isadora le da las gracias con la voz rota.

Volvemos al coche en silencio y cuando se sienta, baja la cabeza, se apoya en las rodillas y encorva la espalda.

No llora, pero está a punto.

Saco una botella de agua, se la paso y la bebe de un sorbo.

—No me gusta nada todo esto —murmura.

—No, parece que estaba metida en algo —digo pensativamente —. ¿Quieres que vayamos a Mission?

—¿No estás harto de caminar? —pregunta espiándome entre sus pelos negros.

Apoya la cabeza en mi hombro sin permiso y no hace falta que lo obtenga.

—No, caminar contigo siempre fue entretenido —respondo.

Se ríe muy bajito.

Una carcajada triste, como si no se lo esperase, y ahí, entre los ruidos de la ciudad, el olor a calle mojada y los bocinazos a lo lejos… me dejo caer en ese momento.

Me dejo cuidar por ella *y la cuido*; tendría que haberlo hecho toda mi vida.



Isadora

El archivo que Jareth me dio para procesar está ahora en mi móvil, brillando en la oscuridad de mi habitación mientras finjo dormir.

Desde el otro lado del pasillo, escucho cómo habla con sus hijos bonsáis con suavidad en su voz profunda y seria.

Todavía no puedo creer lo mucho que los ama, les habla, a veces pone música clásica, limpia las hojas y mide la humedad de la tierra con un aparatito.

Nunca creí que Jareth tuviera un perfil tan sereno y cuidador.

Y yo aquí, desvelada, rompiéndome los ojos, leyendo letras en tamaño cuatro puntos.

¿Por qué traje el archivo? Porque vi el nombre de mi hermano.

Por lo poco que entendí hasta ahora, la compañía fue fundada por César hace tres años, pero quebró al poco tiempo. Arthur la compró por centavos y se quedó como CEO hasta hoy.

Pero no por mucho más, aparentemente.

La empresa tiene más abogados que empleados, y eso me hace sospechar que aquí hay gato encerrado, o varios.

Algo raro pasa, Arthur quiere deshacerse de la compañía y, por alguna razón (una que no alcanzo a entender), quiere que sea Jareth quien tome las riendas.

No sé exactamente qué estoy buscando, solo sé que no puedo dejar de revisar contratos viejos en la base de datos interna, algunos archivos PDF, comprobantes de compras y demás. La mayoría son aburridos: cláusulas estándar, firmas de rutina, letras pequeñas y pretenciosas.

Hasta que algo no cuadra.

Un contrato del año pasado con un proveedor que jamás apareció en los reportes. El monto es millonario con aprobación directa de Jareth.

Firmado por él, o eso dice.

Abro otro documento que sí sé que firmó, el trazo es firme, limpio, como si su pulso tuviera una amplia experiencia tras años dibujando sus retratos perfectos.

El nuevo documento… no, tiene algo torcido, forzado, como si alguien hubiera querido imitar el movimiento sin entender que el control de Jareth no se puede falsificar.

Amplío la imagen, comparo letra por letra.

Definitivamente, no es la misma firma.

Y entonces me recorre un escalofrío conocido.

César solía firmar cosas por mí cuando éramos niños, papeles del colegio, autorizaciones, notas… cosas pequeñas. Y cada vez que lo enfrentaba, decía lo mismo: «Lo hice para protegerte».

Lo mismo que dijo cuando arruinó mi relación con Jareth.

Lo mismo que dijo cuando sacó un crédito a mi nombre y me dejó con la deuda.

Lo mismo, siempre.

Me siento estúpida, ciega, negadora.

César hizo esto toda la vida y yo siempre lo perdoné.

Me siento en la cama y me cubro la boca con las manos.

Jareth podría estar en problemas serios y todo por esta guerra absurda entre ellos. Esta rivalidad que él cree inofensiva, pero que César juega como un ajedrecista impasible.

Abro el contacto de César en el móvil, estoy a un segundo de enfrentarlo, de decirle que lo sé, que pare, pero mi dedo se detiene justo antes de pulsar el botón de llamada.

Con César no se improvisa, con César hay que ir con pruebas, datos, con la verdad en la mano y el corazón blindado.

Entonces escucho los pasos de Jareth detenerse frente a mi puerta.

Mi corazón se acelera.

La luz está apagada, quizá sigue de largo, quizá…

—¿Estás despierta? —murmura desde el marco, con esa voz suave que parece usar solo cuando cree que no lo estoy escuchando.

Por alguna razón, eso me rompe el corazón.

—Sí —respondo, apagando el móvil y deslizándolo debajo de la almohada.

La puerta se abre despacio, Jareth aparece con un polo negro, los brazos cruzados y la mirada difícil de leer en la penumbra.

No sé si puede verme bien, pero aun así, habla.

—Mañana es el cumpleaños de Ruby. Me llamó hace un rato para pedirte que vayas a la cena que organiza en casa de mi padre.

Ahora sí, se me parte el alma.

—Claro, dile que me guarde un lugar.

—No hace falta —responde, con una mezcla de rabia y tristeza que me sacude por dentro—. Esa mesa siempre está vacía. Mi padre estará allí, quiero que lo sepas.

—No te preocupes, si puedo con el hijo, puedo con el padre.

Suelta una risa leve, áspera, sincera.

—Eso lo veremos mañana. Buenas noches, Isadora.

—Buenas noches, Jareth.



Estuve todo el día en la oficina leyendo archivos como si participara en un triatlón de conspiraciones corporativas.

No quiero sonar paranoica, pero todo apunta a que están incriminando a Jareth. Y él… está completamente a ciegas.

No puedo permitirlo.

No soy una heroína, ni de lejos, pero mi hermano cruzó una línea que ya no sé si tiene retorno.

Lo más extraño es que César no haya hecho nada aún. ¿No sabe que trabajo para Jareth? ¿O finge no saberlo porque le conviene? Cuando fui a su casa no hizo una sola pregunta sobre mi nuevo trabajo, no sé si es que asumió que sigo trabajando en cafeterías o simplemente le importa una mierda.

O… también es posible que sepa que trabajo para Jareth y no se anime a enfrentarme.

Arthur está claramente metido hasta el cuello, y sin embargo actúa como si no le alcanzara la energía ni para fingir dignidad.

Durante el día, Jareth está ausente, literal y emocionalmente, pero Tate aparece con su séquito de diseñadores de interiores, metros, muestras de pintura y una actitud pretenciosa que me recuerda por qué nunca podría trabajar en decoración.

Según Jareth, «todos los diseñadores son iguales: gente con trauma, gusto y exceso de opiniones».

Al mediodía almuerzo con Tate.

Él come una ensalada sofisticada, delicada y perfecta, mientras mi plato parece salido de una cárcel, pero al menos sabe a comida y sé que dentro de media hora no estaré con hambre, como él.

—Me dejó de un día para otro, sin explicación —dice, como si no necesitara respirar para hablar—. Pero me vengué.

—¿Cómo?

—Estuve con su mejor amigo. Sí, suena cruel, pero nadie me deja así, ya sabes que mi ego puede competir con el de tu ex.

Me río, lo conozco demasiado, lo vi en bata comiendo helado del bote con cuchara sopera.

—¿Y tú? —pregunta de pronto, con tono casual—. ¿Ya tuviste sexo con Jareth?

Escupo el puré de patatas como si fuera una bomba biológica. Gracias al cielo, Tate lleva gafas y el proyectil se detiene en el cristal.

—Eso es un sí, asumo —dice con voz baja mientras se limpia las gafas con una servilleta.

—¿Cómo lo supiste? —susurro, mirando alrededor como si fuéramos espías encubiertos. Estamos en el café de la esquina, donde robé la tarjeta, pero aquí viene medio Leonet.

—Vamos, ¿quién puede trabajar con su ex y no caer? Especialmente si el ex es Jareth, con ese estilo de ogro sexy torturado.

—Algo cambió desde que pasó lo que pasó —admito, casi en voz baja—. Ya no es tan…

—¿Frío? ¿Venenoso?

—Exacto.

Tate suspira, teatral, como siempre.

—No puede evitarlo, siempre fue diferente contigo. Lo que pasa es que ahora estás viendo la versión que todos conocemos: la de la coraza. Pero tú ya conociste lo que hay debajo. Y, spoiler: no todos tenemos acceso al osito de peluche.

—No sé si tanto como un osito… —digo, girando el tenedor entre los dedos—, pero sí.

—Y siempre estuvo absolutamente enamorado de ti.

No contesto porque eso… *duele.*

Pensar que fue real lo que tuvimos y que lo dejé ir.

Como si Jareth fuera reemplazable.

—¿Puedes decirme eso que mencionaste la otra vez? Lo de que él pagaba mi alquiler…

—Pagaba el ochenta por ciento, tu ponías el otro veinte, eso fue lo que acordó con Kevin cuando te mudaste. Me pidió que guardara el secreto, pero vamos…, ¿quién confía en mí? Soy un colador emocional.

—Nunca me lo dijo —comento pensativa.

—Lo imaginé. Jareth es todo acción, cero palabras. Si lo analizas, su idioma son los hechos, los gestos, las decisiones silenciosas —explica mientras con el tenedor apuñala la ensalada.

Miro mi plato, viendo más de lo que hay encima.

Quizá ese sea su lenguaje y sea hora de que yo hable el mismo.



¿Qué le regalas a una niña que lo tiene todo y una herencia multimillonaria?

Pues una tarta casera.

Jareth me miró con desaprobación cuando le conté mi idea de camino a casa, pero me siguió el juego.

Y cuando Mónica desocupa la cocina y evacua los perímetros del piso, comienzo con la preparación.

Empiezo a batir la mezcla mientras Jareth cuida sus bonsáis y escucha música, suena *Holding back the years* de Simply Red.

La canción lenta y melosa suena por todo el piso, y cuando volteo para comprobar la temperatura del horno tecnológico (inentendible) que tiene, me topo con él.

Estira la mano y espera por mí a que la coja. Entonces me envuelve por la cintura y comienza a bailar lento conmigo.

No dice nada, simplemente me mira a los ojos con curiosidad.

—¿Qué has hecho con los dibujos? —pregunto con un tono relajado, quiero que entienda que para mí no eran un problema.

—Si lo que temes es que salgan a la luz, no te ofusques, esos dibujos dejaron de existir hace mucho tiempo.

—¿Todos?

Su mirada dice que sabe a lo que voy.

—Casi todos.

Asiento pensativamente, la canción cambia y suena *More than words* de Extreme.

—¿Dónde están los que sobrevivieron a tu ira?

Jareth detiene su movimiento lento para abrirse la camisa, y cuando aparta el lado derecho y me muestra el pecho, me congelo.

El tatuaje no parece nuevo, el color ya pasó de negro a un gris tenue.

Observo con incredulidad la imagen plasmada en su piel. La figura es delicada, etérea, una mujer con expresión desafiante, la

cabeza ligeramente echada hacia atrás, sus labios entreabiertos como si estuviera a punto de exhalar o quizá soltar una maldición en voz baja. Tiene algo frágil, pero al mismo tiempo parece estar hecha de acero, una contradicción perfectamente capturada en cada línea fina del tatuaje.

Reconozco la postura orgullosa y vulnerable a la vez, la melena cayendo sobre sus hombros. Parece estar coronada por espinas, como si él hubiera querido decir que ella (yo; puedo reconocer mi rostro en un espejo) es una especie de reina, pero que cualquier intento de acercarse terminaría inevitablemente en dolor.

—¿Qué significa? —susurro, intentando sonar dura, pero la ternura se abre paso en mi voz.

Él se tensa bajo mi toque, pero no dice nada. Sus ojos están fijos en otro punto, cualquier punto, menos en mí.

—Que siempre estuviste conmigo, eso significa. —Intenta cerrar la camisa, pero lo detengo, acariciando con el pulgar el dibujo.

—Explícate.

—Siempre fui tu súbdito y siempre tuviste poder sobre mí. Incluso en ese día nefasto, donde me miraste con repulsión, fui tuyo. Este tatuaje significa que puedo sobrevivir sin ti, pero no quiero hacerlo, Isadora.

La música se detiene, mi corazón también.

Lo beso con fuerza, encerrando su rostro con mis manos, y él se funde conmigo, sujetándome fuertemente contra él.

—Esos dibujos no me dieron asco, Jareth, si algo provocaron en mí, fue fascinación, no sabía que tenías ese talento y odiaría pensar que mi hermano te lo arrebató.

Se ríe sin gracia.

—No volví a dibujar después de ese día. —Se cierra la camisa sin perderme de vista—. Pero lo haría de vuelta si tú me lo pides.

—Necesito que lo hagas.

Me observa con sospecha, no sabe si quemarse con fuego otra vez, pero finalmente asiente.

—Lo que digas, amor.

El horno hace un ruido y me sobresalto. Jareth se ríe de mí y me aparta lentamente para sacar la tarta del horno.

—¿Supongo que quieres decorar esto?



Decoré la tarta con los colores del equipo favorito de Ruby: azul y dorado. La velita que compré tiene forma de pelota de baloncesto.

La llevo sobre las piernas mientras tarareo *Can't get enough of your love, babe* de Barry White, que suena en el coche.

—Deberías volver a cantar —dice Jareth, sin mirarme.

Fuera, la lluvia cae con rabia. Las gotas golpean el parabrisas mientras el coche avanza por un camino oscuro flanqueado por pinos altos y frondosos.

En el maletero hay al menos tres bolsas de marcas de lujo, aparte de una cajita azul, chiquita y delicada, que Jareth se guardó en el bolsillo interior del traje.

—¿Por qué dejaste de cantar? —pregunta mientras el limpiaparabrisas marca el ritmo de la canción.

—No lo sé, ya no es lo mismo —*sin tus aplausos en el público*, pienso—. Pero quién sabe… Cuando esté lista, quizá vuelva.

—¿Y qué haces cuando estás estresada?

Me detengo, pienso y no viene nada a la cabeza.

—Creo que… nada.

—Deberías, es importante.

No le pregunto qué hace él, no lo necesito. Jareth parece tener soluciones para todo. Rutinas para cada trauma.

Frialdad para cada cicatriz.

Cuando llegamos a la mansión, detiene el coche sobre la grama, justo antes del sendero de piedras. El motor se apaga.

La lluvia ahora es más intensa, ruido de agua cayendo a baldazos sobre un mundo que no sabe callarse.

—Probablemente te ataque —dice, sin mirarme.

—¿Quién? —me sobresalto, observando mi alrededor—. ¿Ruby? Si es por la tarta, no pienso ofenderme. Soy sensible, no frágil.

—No, le va a encantar, me refiero a mi padre, siempre fue agresivo al hablar, pero con los años se volvió peor. Si dice algo hiriente, no lo escuches, es un idiota.

—¿Y con Ruby?

—Con ella es otra persona, ya lo vas a ver.

Sale del coche, abre un paraguas negro elegante y camina hasta mi puerta. No sé si es caballerosidad o logística, pero se lo agradezco.

Cuando abre la puerta, me levanto con cuidado, ya que la tarta ocupa mis dos manos. Él me sostiene del brazo con firmeza para estabilizarme.

Sus ojos me recorren como si estuviera confirmando que sigo ahí.

—¿Sabes cuántas veces intenté traerte aquí y no pude?

—¿Por qué?

—Porque me aterraba que mi padre te hiciera pasar un mal rato. Tenía pesadillas con todas las formas posibles en que podrías alejarte de mí, analicé cada escenario donde yo cometía el error fatal.

—Y sin embargo…

—Y sin embargo lo que te alejó de mí fue una mentira.

Su voz se rompe un poco al decirlo, solo un poco, pero suficiente para que me rompa yo también.

Y yo, con las manos llenas, sin poder tocarlo, me inclino hacia delante y lo beso.

Con la lluvia golpeando el paraguas.

Con el frío en la nuca.

Con el corazón pidiéndome a gritos que le ruegue volver.

El beso es lento, contenido, como si ambos tuviéramos miedo de despertarnos.

Hasta que escuchamos una voz detrás de nosotros.

—¿Debería volver más tarde o ya habéis terminado de comeros la boca?

Nos separamos de golpe, la tarta casi se me cae.

Jareth se pone derecho como un soldado atrapado en falta.

Ruby está parada bajo el alero del porche, con un paraguas cerrado en una mano, una sonrisa de medio lado y esa ceja levantada que podría ganar premios.

—Hola, Isa, estás preciosa. ¿Trajiste algo que no sea tensión sexual?

—Una tarta —respondo, deseando que la tierra me trague, pero sin perder la compostura.

—Perfecto, papá compró todo menos postre, estás salvando la noche.

Jareth se aclara la garganta y le hace un gesto a su hermana para que nos deje pasar.

—No hace falta que digas nada —le susurra Ruby mientras le pasa por el costado—. Pero… ya era hora.

Él no responde, pero sonríe.



La mansión de mi padre es un templo al exceso.

Todo huele a cuero caro, madera lustrada y flores recién cambiadas por el personal de servicio que no se ve, pero está en todas partes. Las ventanas son tan grandes que da la sensación de que alguien siempre te está mirando desde fuera…

Odio estar aquí, odio los recuerdos que me trae de eterna soledad y eco constante de mis pasos a través de los pasillos.

La mesa del comedor que ocupa casi toda la sala es de caoba oscura, brillante como el ego de su dueño.

Y en el centro: nada.

Ni velas, ni flores, ni un mínimo esfuerzo decorativo, solo el espacio reservado para él.

Le propuse a Ruby celebrarlo en mi piso, pero ella sabe cuánto detesto que mi padre venga y señale con el dedo todo lo que le parece mal o no es de su estilo.

Estamos sentados los tres en la mesa. Ruby saca fotos a su tarta mientras le pregunta a Isadora cómo se le ocurrió, las dos conversan y yo las observo interactuar.

Mentiría si dijese que no fantaseé con un momento así de vez en cuando.

—¿Dónde está la música? —dice Isadora mirando a su alrededor —. ¡Aquí falta algo!

—¡Oh! —grita Ruby levantándose rápidamente.

—Oh no… —susurro llevándome una copa de vino a los labios, ya sé lo que viene.

Isadora me mira con preocupación hasta que la música comienza a sonar en el sistema de sonido que mi padre le compró a Ruby cuando quiso tener clases de baile en casa.

—Eso que escuchas es *Chk chk boom* de Stray Kids, la banda favorita de Ruby —grito para que Isadora pueda escucharme.

Ruby hace la coreografía con mucho entusiasmo e Isadora se levanta corriendo para seguirla.

—¡Oye, me gusta esto!

— ¡Son lo mejor del mundo! —grita Ruby mientras baila y se agita—. ¡Jareth me llevó a verlos con pase VIP! ¡Tengo fotos con ellos!

—¡Me muero! ¡Enséñamelas!

Cuando la canción se termina, comienza otra, pero las dos se sientan y ojean las fotos de ese día.

Isadora me mira con ternura cuando ve una y me la muestra.

Ruby está a mi lado con una diadema de la banda y una camiseta con uno de los coreanos que le gusta haciendo el símbolo de la paz con los dedos, mientras yo estoy quieto, sin un solo gesto en el rostro y de traje.

—Fue una completa tortura ese día —digo.

—No te creo —responde Isadora—, seguro os lo pasasteis genial.

Cuando mi padre se acerca, tras una «reunión muy importante» de la que vuelve oliendo a whiskey, vanidad y despotismo, saluda a Ruby con un beso en la frente como si fuera la primera vez que la ve en todo el día.

—Feliz cumpleaños, hija —dice—. ¿Puedes bajar un poco el volumen?

Ruby asiente y con el control remoto lo baja solo un poco.

—Papá, ella es mi amiga Isadora —dice, señalando a la mujer que, a estas alturas, ya me tiene el sistema nervioso en jaque.

Mi padre, que es más rápido que un adolescente cerrando pestañas de incógnito, me lanza una mirada. Hace la cuenta mental en segundos: Isadora no tiene edad de ser amiga de Ruby, tiene la edad exacta para ser mi pareja.

Yo lo encaro con la mirada, desafiante, preparado para su comentario venenoso.

Pero me sorprende.

Le sonríe levemente, una sonrisa que debe haberle costado muchísimo, y extiende la mano.

—Un gusto, Isadora. Asumo que esa tarta la has hecho tú —dice, mirando el pastel decorado con los colores del equipo de Ruby, justo en el extremo de la mesa… donde él suele sentarse, según sus propios mandamientos familiares.

¿Sabía que iba a molestarle? Por supuesto, la dejé ahí aposta. No hará un escándalo ahora, lo guardará para más tarde, como siempre.

Isadora asiente, pero sus hombros están tensos, alerta. Está acostumbrada a las tormentas disfrazadas de cordialidad, como yo.

—Perfecto, yo olvidé encargarla. ¿Y la comida? —añade, mirando hacia la cocina como si pudiera convocarla con solo levantar la ceja.

—¡Espera! Los regalos —salta Ruby, mirándome como una cría de dieciocho años que sabe que su hermano millonario puede hacer magia.

Con una sonrisa ladeada, deslizo varias bolsas sobre la mesa. Ella las abre con un entusiasmo amable. Hasta que saco la caja pequeña del bolsillo interior de mi chaqueta y se la entrego.

—¡¿Un coche?! —grita al ver la llave.

Se levanta de golpe y me abraza. No ocurre a menudo, pero cuando pasa, lo aprovecho.

La tengo entre los brazos unos segundos. Huelo su champú de cereza y su energía nerviosa.

Todavía es una niña, pero una que crece rápido.

Nunca podré olvidar el día que la conocí, estaba cautivado por sus formas, su humor y lo que más recuerdo fue lo rápido que conectamos. Como si los dos hubiéramos estado sedientos de lazos familiares.

Cuando la suelto, miro a Isadora, nos observa desde el otro lado de la mesa, en sus ojos hay ternura y orgullo.

Esa mirada me incomoda más que una discusión con mi padre sobre sentimientos, porque me ve como alguien bueno y no estoy seguro de merecerlo.

Mi padre también me observa, pero lo suyo no es ternura ni orgullo, es desaprobación.

Él había dicho que le compraría el coche, lo mencionó hace días solo para tener algo que arrojar como una ofrenda cuando Ruby lo reclamase.

Ahora se lo tiene que meter en el culo y espero que use aceite.

—Comenzarás la universidad pronto y, si no tienes coche, no podrás moverte por la ciudad —justifico, sin mirarlo—. Está esperándote en Boston, tendrás que recogerlo cuando llegues.

—¡Qué emoción! —dice Ruby, sentándose con una sonrisa real.

Durante años, él se negó a comprarle un coche. Decía que yo había tenido uno a los dieciséis y eso me convirtió en un malcriado insoportable.

Tenía razón, pero esa no era excusa.

—¿A qué universidad irás? —pregunta Isadora.

—Harvard —responde mi padre orgulloso, como si él fuese el admitido.

Ella quería quedarse en San Francisco. Lo sé porque me lo contó y fue nuestro plan desde el principio, pero él se negó sin dar razones.

Y ella no tuvo alternativa, ya que es él quien paga su educación.

—Impresionante —dice Isadora con sinceridad, sonriendo.

—¿Y tú, Isadora? ¿A qué te dedicas?

La sonrisa de ella se desvanece en segundos. Esa pregunta, viniendo de él, es un campo minado.

Contesto antes de que pueda hacerlo:

—Trabaja en Leonet, en el área de seguridad.

Mi padre capta el matiz protector en mi voz y lo registra como quien toma nota para usarlo después.

—Oh, trabajas con Jareth.

—Si por trabajar se refiere a estar bajo el mismo techo, entonces sí —apunta Isadora, guiñándome un ojo.

Un gesto tan simple, tan suyo, pero que me lanza una descarga eléctrica directa a la columna vertebral. El mismo sentimiento de pertenencia que sentía antes, y ahí entiendo que Isadora nunca se retiró de mi corazón, simplemente lo congeló hasta encontrarme otra vez.

Y eso trae una ola de emoción que quiero ignorar, pero es imposible, consume todo mi cuerpo.

Y no sé qué hacer con ella.



Las únicas que hablan sin parar son ellas.

El donador legal de espermatozoides (mi padre) se mantiene callado durante la mayor parte de la cena. Lo encuentro mirando el móvil de vez en cuando, como si tuviera asuntos más importantes que el último cumpleaños que pasará con su hija menor.

Ruby siempre dijo que, en cuanto cumpliese dieciocho, saldría pintando de este infierno.

Quién sabe si volverá o si un día aparece en mi casa con dos maletas y esa forma suya de invadir sin pedir permiso.

—¿Puedes enseñarme? Nunca comí una tarta tan rica —dice Ruby, mirando a Isadora.

—Claro, cuando quieras. Ya sabes dónde vivo —responde ella.

Las dos se ríen, el sonido es ligero, casi tierno, hasta que mi padre decide participar.

—¿Has ido a su casa? —pregunta, sin levantar la voz, pero con la puntería de una daga bien lanzada—. No recuerdo haberte dado permiso, Ruby.

El ambiente se tensa como una cuerda vieja a punto de romperse.

Intervengo.

—Isadora vive conmigo.

Silencio.

Mi padre me mira intentando ocultar su sorpresa.

—¿Contigo?

—Sí.

—¿Sois pareja acaso?

Su tono no es de curiosidad, es de desprecio, y la adrenalina me sube como lava por la garganta.

Por esto nunca la traje.

Porque para él, ver a una mujer con vaqueros rotos, chaqueta de cuero y el pelo negro es un error de cálculo.

Una mancha en el legado Sullivan.

—¿No es obvio? Muy perspicaz para los negocios, padre, pero para leer situaciones sociales básicas… bastante necio. —Me llevo la copa de vino a los labios.

Isadora se queda con la boca abierta, Ruby se cubre la cara para disimular la risa, pero se le escapa igual, y por primera vez en años, la mesa familiar se tambalea. No por gritos, sino por la verdad.

—Nunca me dijiste que tenías pareja —acusa.

—Nunca te interesaste por mi vida. ¿Por qué empezar ahora?

Mi padre se levanta, la silla cruje detrás de él haciendo eco por los techos altos.

—Jareth. A mi despacho, ahora.

La mandíbula se me tensa, mi pulso es una bomba sin cable rojo que cortar, pero esta vez… no cedo.

—No, estoy en el cumpleaños de mi hermana. El último que pasará con nosotros antes de irse a la universidad, por si no habías caído en cuenta.

El silencio es más denso que el aire. La mansión, con sus paredes frías y su olor a madera vieja, contiene la respiración.

—Déjame aquí —continúo—, con las únicas dos personas en esta mesa que me brindan un poco de felicidad, padre.

Mi voz no tiembla, suena concluyente y eso lo mata más que cualquier grito.

Mi padre me sostiene la mirada durante unos segundos, no dice nada, luego se marcha.

Sin decir adiós, sin mirar atrás. Solo el sonido de sus pasos alejándose por el pasillo. El eco de un hombre que lleva perdiendo hace años, pero hoy por primera vez… lo sabe.



Ruby intenta sostener la conversación con Isadora, haciendo esfuerzos heroicos por mantener la sonrisa, pero sus ojos siguen saltando hacia el pasillo, donde nuestro padre desapareció.

Ahora me siento culpable por arruinar su día, así que me excuso sin decir palabra y salgo hacia la terraza, aprovechando que la lluvia se calmó por unas horas.

Necesito oxígeno.

Necesito no estar bajo el techo de esta pesadilla.

Apoyo los codos en la barandilla de piedra, la vista desde aquí es perfecta, justo como a él le gusta: simétrica, valiosa, calculada.

No hay una planta fuera de lugar.

Suspiro pesadamente, intentando reprimir los pensamientos lastimosos que resurgen en mi mente, preguntas sin respuesta como ¿por qué tuve que lidiar con un ser tan horrible como mi padre? Por qué no pude nacer en una familia normal, con problemas normales como quién elige película esa noche, quién va a hacer la compra o quién se comió la última porción de tarta.

Una familia como la de Bernardo o como la de Alex, donde funcionan, se quieren, se llaman para el cumpleaños y organizan viajes para, aunque sea, verse unas horas.

No, a mí me tocó el padre que ve a los hijos como una cuenta de banco donde depositar su dinero, el trofeo que se expone una vez y luego se olvida en la vitrina.

Quizá mi tarea no sea lamentarme por lo que no tuve, quizá mi tarea sea remediarlo, construyendo lo que siempre deseé tener.

Mi cerebro hace cortocircuito en ese momento, nunca en mi vida pensé en tener una familia, ni hijos, ni nada que no fuera centrarme

en mí y mis objetivos.

Supongo que los pasos que escucho detrás tienen mucho que ver con esta nueva y descabellada idea. Sus pasos no son livianos, no son torpes. Son de ella, y cierro los ojos porque sé que le debo una explicación de lo que acabo de decir.

Acabo de llamarla mía delante de mi familia, sin tener una charla de por medio, sin un solo aviso.

Le doy pena, soy un cachorro desesperado por amor, después de todo.

—Me pregunto si la escena la tenía planeada o fue improvisada —expresa Isadora desde la puerta, cruzada de brazos.

—En el mundo Sullivan nada es improvisado —respondo sin girarme.

—Podrías haber ido con él, dejar salir todo lo que tienes para decirle.

—¿Y terminar de arruinarle el cumpleaños a mi hermana? No soy tan idiota.

Ella se acerca despacio, camina hasta quedar a mi lado. No habla, lo cual es peor, porque en ese silencio, mi coraza empieza a latir fuerte.

—Nunca te había visto así —dice por fin—. Tan… tú.

—¿Así cómo?

—Como alguien que siente algo y no intenta enterrarlo bajo sarcasmo, contratos o whiskey de diez mil dólares.

—¿Decepcionada?

—No, impresionada.

La miro y lo sé, me ha visto.

Me ha visto exactamente como soy ahora mismo: un hijo con la rabia masticada, con el alma en carne viva, y, sin embargo, se queda.

—¿Sabes qué fue lo peor? —susurro—. Que pensé en ti cuando le dije que no.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Porque si me quedaba en silencio, ibas a pensar que ese hombre me define y no podía permitirlo.

Ella baja la mirada, recorre el jardín simétrico, luego la levanta, da un paso y, sin pedir permiso, me rodea con los brazos.

No intenta arreglarme, no me dice que soy un idiota por querer demostrar algo solo cuando ella está en la misma habitación, únicamente me sostiene.

La dejo abrazarme y esta vez no quiero que me suelte.



Isadora

Después de un par de horas de charla, de prueba de regalos y risas descontracturantes tras la tensión del ambiente, despedimos a Ruby, que corre de vuelta a la mansión, cubriéndose torpemente la cabeza con las manos, como si eso realmente fuera a protegerla del diluvio universal que nos cae encima.

Otra vez.

Dijo que perdió el paraguas entre la puerta y los dos pasos siguientes que hizo, no entiendo cómo.

Hemos quedado en que pronto vendrá al piso de Jareth para que le enseñe cómo hacer la famosa tarta, y ella a mí cómo manejar el temperamento Sullivan. Aunque sospecho que para eso necesitaré un milagro o al menos unas cuantas copas de vino.

La lluvia cae con furia contra el coche, golpeando el techo y el parabrisas en un repiqueteo tan violento que parece querer perforar el metal. Apenas logramos distinguir unos metros delante de nosotros; las luces del coche intentan inútilmente abrir paso entre la tormenta, mientras el interminable camino de la mansión parece más oscuro y tétrico que antes.

Jareth conduce concentrado al máximo, con los nudillos blancos aferrados al volante como si la vida misma dependiera de ello (y en

este caso, literalmente depende). Intento no fijarme demasiado en lo atractivo que se ve así de serio, porque la última vez que lo hice terminé tropezándome sobre su cama.

Los truenos rugen como bestias hambrientas y cada relámpago estalla con tal intensidad que ilumina brevemente el interior del coche como los destellos de una película de terror. Cada vez que sucede, no puedo evitar sobresaltarme y maldecir por lo bajo, disimulando lo poco valiente que en realidad soy.

—¿Estás bien? —pregunta Jareth apoyando una mano sobre mi pierna izquierda.

—Perfectamente —respondo, fingiendo tranquilidad—. Siempre soñé con morir electrocutada en medio de la nada.

Siento la comisura de sus labios subir con disimulo, apenas una insinuación de sonrisa que hace que se me encoja algo en el pecho.

—No morirás electrocutada dentro de un coche, Isadora, preocúpate más por los árboles.

—Genial, nuevo miedo desbloqueado —gruño mirando por la ventanilla con inquietud.

Los árboles aquí parecen eternos de lo altos que son.

Me sorprendo cuando Jareth me sujeta la mano con fuerza, la otra sigue en el volante, y observo el gesto con una nueva sensación.

Una nueva esperanza.

Parece que hoy derribé el último muro de Jareth.

—Cuando era pequeño las tormentas me asustaban, los árboles se movían tanto que parecía que iban a caerse sobre la casa.

—¿Y qué hacías cuando llovía?

—¿A qué te refieres? —pregunta con curiosidad.

—Yo, cuando tenía miedo de algo, iba a la habitación de César y dormía en su cama hasta que se me pasaba el miedo.

—Oh… no. Mi padre no estaba nunca en casa y llegar hasta el ala de los empleados era más traumático que salir de mi habitación. A veces me escondía en el vestidor, pero eso es todo.

Le sujeto la mano con más fuerza.

Es fácil olvidar que alguien como Jareth (que se muestra confiado y seguro en todo momento) fue un niño con miedo

también. Y que no haya tenido a nadie para consolarlo me destruye por dentro.

—¿Y Ruby? ¿Qué hacía ella cuando tenía miedo?

—Me llamaba y yo venía.

—¿En temporales como este?

—Sí, una vez hubo un terremoto, uno leve, pero fue en mitad de la noche, yo me desperté en mi cama, sintiendo que el piso se sacudía y lo primero que hice fue buscar el móvil para llamarla, pero ella me estaba llamando al mismo tiempo —se ríe recordando la situación—. Vivió conmigo una semana después de eso; mi padre nunca se enteró porque estaba fuera del país y tuvimos que sobornar a la niñera para que no dijera nada.

—¡Oh, Dios! ¡Jareth!

Él se ríe liviano, con complicidad al recordar momentos con su hermana, y eso me hace darme cuenta de que el hecho de que Ruby esté a punto de comenzar la universidad no debe ser algo fácil.

—¿Es duro para ti ver partir a Ruby?

Suspira, exhalando el aire lentamente.

—Ella quería estudiar en la ciudad, vivir conmigo durante ese tiempo, pero mi padre insistió en que no lo hiciera.

—¿Crees que lo hizo a propósito?

—Literalmente la mandó al otro extremo del país, no me creo sus excusas sobre que Harvard es la mejor universidad, Berkeley es una de las mejores también.

—No respondiste mi pregunta, Sullivan… —Un trueno golpea el cielo, debo haberme sobresaltado, porque Jareth me sujeta la mano con más fuerza.

—Es muy duro verla irse. Ella es lo único que me hace sentir humano a veces.



Al bajar del coche, vuelve a sujetarme de la mano con una naturalidad alarmante, como si lo hiciera siempre, como si realmente perteneciera ahí. El estacionamiento está inquietantemente silencioso después de la ruidosa tormenta, pero en mi cabeza saltan alarmas a todo volumen: ¡Peligro! ¡Peligro! Aquí está pasando algo serio.

Cuando las puertas del ascensor se cierran, Jareth me atrae hacia él con firmeza y apoya la frente contra la mía. Me quedo completamente inmóvil, apenas respirando, mientras él cierra los ojos y susurra:

—No importa cuántas veces me rompas el corazón, siempre serás la pieza que lo mantenga entero, Isadora Taylor.

La garganta se me cierra y el mundo se vuelve borroso justo antes de que su boca busque desesperadamente la mía. Como siempre, mi cuerpo traicionero responde al instante, amoldándose a su calor, ignorando cualquier indicio de dignidad que pudiera quedarme.

Mi espalda choca suavemente contra la pared del ascensor; él toma mi rostro entre sus manos, profundizando el beso hasta hacerlo posesivo, suplicante, descontrolado. Mis manos se aferran a su camisa mientras me pierdo por completo en él, en la locura de que me bese así, como si necesitara desesperadamente recordarme que siempre he sido suya.

Las puertas se abren, e interrumpimos el acto con brusquedad.

Caminamos hacia su piso sin realmente mirar a dónde vamos, mi cerebro aún en modo piloto automático después de semejante asalto emocional. Al detenernos frente a la pantalla para ingresar el código, entrecierro los ojos, intentando descifrar esos números que ahora mismo podrían ser kanji antiguo.

Él ingresa el código con rapidez y me lanza una mirada entre divertida y ofendida.

—¿Qué significa? —pregunto, confundida.

—¿No lo reconoces? —replica, abriendo la puerta con una sonrisa amarga—. Se nota que no fue tan importante ese día para ti como lo fue para mí.

Al entrar, la ciudad brilla intensamente a través del ventanal, lanzando destellos que iluminan el piso en penumbras.

—¿Debería? —susurro, insegura, siguiéndolo hasta que él se detiene, mirando hacia la oscuridad que nos separa del mundo exterior.

—Es la fecha del día en que te vi en Yen's después de cinco años sin verte.

Me quedo clavada en el sitio, incapaz de avanzar.

—¿Por qué? —pregunto con un hilo de voz que delata demasiado mis emociones.

Él se acerca lentamente al ventanal, los hombros tensos, las manos hundidas en los bolsillos, contemplando las luces de la ciudad como si ahí estuvieran todas las respuestas que no puede decirme a la cara.

—Porque supe inmediatamente que ese día lo cambiaría todo —admite en voz baja, casi resignado—. Supe que había un antes y un después, porque Bernardo está obsesionado con Harriet, y lo más probable es que terminen casándose, lo que significaba que iba a tenerte cerca para siempre. Mejor poner esa contraseña, que no iba a olvidarla en la vida. —Me mira finalmente sobre su hombro con una expresión que me deja sin aliento—. Si volvías a mi vida, sabía que no podría resistirme.

Me quedo congelada, sintiendo cómo el corazón me golpea el pecho en un intento patético por romper mis defensas, esas que intento fingir que todavía tengo.

Porque, maldita sea, él tiene razón. Ya no nos resistimos, ni él ni yo, y eso es lo que realmente me aterra.

La confesión queda suspendida en el aire, demasiado pesada, demasiado real. Una parte de mí quiere desesperadamente reírse, lanzar alguna de mis típicas ironías para rebajar esta tensión insoportable. Pero la otra parte, esa que tanto esfuerzo pongo en ocultar, ansía rendirse finalmente, abandonarse a lo que mi corazón lleva gritando demasiado tiempo.

—No puedo prometerte que nunca te haré daño, pero puedo prometerte que siempre regresaré —susurro.

—Podrías destrozarme, Isadora—dice con resignación—, y aun así me entregaría a ti una y otra vez.

Su boca vuelve a encontrar la mía como si nunca hubiéramos dejado de besarnos. El cristal frío del ventanal contrasta bruscamente con el calor fogoso del cuerpo de Jareth, que se presiona contra mí, borrando cualquier distancia posible.

Sus manos recorren mi cuerpo con avidez, casi con violencia, arrancándome la chaqueta y la camiseta negra en un movimiento tan decidido que ambas prendas terminan tiradas en el suelo sin remedio. Un estremecimiento me recorre la piel cuando hunde el rostro entre mis pechos, lamiéndolos con desesperación hasta que un ruido agudo revela que la tela del sostén acaba de romperse bajo su impaciencia.

El sonido de la lluvia contra el vidrio se vuelve una canción mientras que sus manos me cubren los senos, apretándolos con posesividad, y yo, con dedos temblorosos y hambrientos, le desabotono la camisa con torpeza. Cuando logro descubrir finalmente su torso esculpido y veo mi rostro tatuado en su piel, un gemido escapa de mis labios sin permiso; lo admiro descaradamente. Jareth gruñe, me atrapa la barbilla con la mano y me empuja contra el cristal con una fuerza que me roba el aliento.

—No vuelvas a mirarme así, Isadora. Me vuelves loco —dice con un tono que pretende ser regaño, pero en realidad es una súplica.

—Entonces deja de estar tan bueno —respondo, sin poder resistirme a provocarlo.

Su risa oscura vibra contra mi cuello, y antes de que pueda entender cómo ha sucedido, ambos estamos desnudos, completamente expuestos ante las luces de la ciudad. La adrenalina recorre cada centímetro de mi piel.

Jareth intenta mantener el control, pero esta vez decido adelantármele. Me deslizo lentamente hacia abajo, arrodillándome frente a él y atrapándolo con la boca.

—Joder, amor… —gime con voz quebrada mientras hunde los dedos en mi cabello para guiar mis movimientos, pero pronto se da cuenta de que el cristal detrás de mí le da la ventaja que busca. Empuja con decisión, sus ojos no están puestos en la ciudad, no

intenta sentirse el rey del mundo en su castillo en las nubes mientras una mujer le chupa; él se enfoca en mí como si yo fuera la única cosa que existiera en ese momento.

Su mirada, llena de posesividad, enciende cada fibra de mi cuerpo.

—No importa dónde te escondas, amor, siempre voy a encontrarte —advierte con una voz baja, peligrosa, fascinante—. Tu lugar está aquí, conmigo, ¿entendido?

Antes de poder contestarle, me levanta con facilidad, enreda mis piernas alrededor de sus caderas y apoya mi espalda desnuda contra el frío ventanal. Su cuerpo encaja perfectamente en el mío, entra en mí con una embestida certera que me arranca un grito profundo.

Nos movemos al unísono, las embestidas tornándose cada vez más rápidas, más frenéticas, casi descontroladas. Una parte racional teme que el cristal no soporte nuestra pasión desbordada, pero a Jareth parece importarle poco. En este momento, para él solo existo yo, y esa convicción me excita aún más.

—Joder, amor —jadea contra mi boca—. Desde el día que compré este piso, solo podía pensar en follarte contra este maldito cristal.

—¿Cumple tus expectativas? —lo provoco, jadeando, aferrándome desesperadamente a sus hombros.

—Las supera con creces —murmura sobre mis labios justo antes de besarme con una intensidad feroz; su lengua explora cada rincón de mi boca en el beso más ardiente y obsceno que jamás he experimentado.

—Jareth… —gimo, sintiendo que estoy al borde del abismo, literalmente, miro sobre mi hombro, estoy en altura y la ciudad se ve pequeña.

—Córrete conmigo dentro —ordena con voz ronca y dominante, mirándome directamente a los ojos—. Quiero sentir cómo me estrujas, cómo me haces tuyo.

Unos segundos después, el orgasmo me golpea con tanta fuerza que pierdo toda cordura, y grito su nombre mientras él se hunde aún más profundo, llegando justo después que yo, estremeciéndose y pronunciando mi nombre como si fuera una plegaria desesperada contra mi cuello.

La respiración de ambos es agitada mientras recuperamos lentamente la consciencia del mundo alrededor.

Sin embargo, él se niega a soltarme y hunde el rostro en mi pelo mientras murmura con una voz más vulnerable de lo que jamás había oído:

—No sé cómo dejar de amarte, Isadora, y no pienso intentarlo nunca más.



En momentos como este, habría cogido el coche y me habría perdido por la ciudad hasta el amanecer.

Pero la última vez que lo hice… volví con ella.

Y ahora, su cuerpo tibio a mi lado convierte la idea de dejar esta cama en un pecado.

Puro. Absoluto. Irredimible.

Anoche no solo confesamos verdades que ninguno se atrevía a decir. No solo follamos como animales contra la ventana, sobre la isla de la cocina y, finalmente, en mi cama.

No.

Lo hicimos todas esas veces sin condón y, lo más inquietante: ninguno de los dos se alarmó.

No creo que se haya dado cuenta aún. Quizá porque su cuerpo todavía vibra con el eco de todo lo que pasó o quizá porque en el fondo… tampoco le importó.

Algo en mí se activó al darme cuenta de esa decisión inconsciente.

Algo primitivo, cavernoso.

Oscuro.

Una posesión más profunda que cualquier otra que haya sentido jamás.

Aparentemente, tengo una nueva perversión, y es ella.

Sin barreras.

Ella, en mi vida para siempre.

Ella, con nuestros hijos en su vientre.

Me cubro el rostro con la mano. *¿He perdido por completo la cordura?*

Nunca quise tener hijos, nunca quise compartir nada que no pudiera controlar. ¿En qué momento cambió eso? Pero claro…, esto no es nuevo.

Siempre fui un enfermo con Isadora. Obsesionado.

Me desviví por ella en silencio, en caos y en rabia; ahora, simplemente, he vuelto a caer. En el mismo agujero, en el mismo patrón.

A estas alturas, lo tengo tatuado en el corazón, o en el pecho, mejor dicho.

Ella es parte de mí, no quiero que deje de serlo y, sinceramente…, no creo que sea capaz de resistirme.

No otra vez.

Solo debo encargarme de que César no vuelva a arruinar lo que teníamos.

Cuando despierto de vuelta son pasadas las seis, me levanto despacio, sin hacer ruido, como si el más mínimo movimiento pudiese romper algo. Camino por la habitación a oscuras, con la única luz entrando desde la ventana.

Me apoyo en el marco de la puerta del vestidor, desde donde la veo.

Isadora duerme boca abajo, con una pierna fuera de la sábana y el pelo negro desparramado sobre la almohada. Una de sus manos descansa donde hace horas tenía mi pecho, y su espalda se eleva suavemente con cada respiración.

Podría quedarme todo el día mirándola. Memorizando los detalles de su cuerpo desnudo bajo mis sábanas, pero no es deseo lo que me tiene paralizado.

Es miedo.

Miedo a cuánto la necesito, a cómo todo en ella me calma… y me destruye al mismo tiempo.

Ya no se trata solo de que esté en mi cama, se trata de lo que quiero en mi vida. Todos los días, sin condiciones, y eso me aterra, porque nunca he conocido la sensación de sostener lo que quiero sin perderlo, sin que se vaya de mi vida.

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

No debería sentirme así, no debería mirar a una mujer como si fuera mi hogar y sin embargo…

Ella se remueve entre sueños, como si me sintiera desde la distancia.

Gira el rostro, frunce el ceño, sus labios murmuran algo que no llego a entender.

No importa cuántas veces me lo prohíba.

No importa cuántas reglas me imponga, Isadora ya está en mí, siempre lo estuvo, solo estaba esperando.

Pero inevitablemente me pregunto qué pasaría si su vida fuese otra, si tuviera una rutina estable, dinero en su cuenta de banco, sin deudas, sin un hermano que la manipula.

¿Querría igual tenerme en su vida? ¿O soy solo una red donde caer?



En la calle, el mundo sigue igual.

El tráfico es el mismo.

Los semáforos siguen sincronizados.

Mission Street continúa pintoresca, con la neblina matutina descansando sobre los edificios como una sábana de costumbre.

Pero yo no estoy igual, y él tampoco.

Jareth volvió del gimnasio y me despertó con un beso en la frente. Después se metió a la ducha… y me llevó con él, me pidió que fuera silenciosa (Mónica estaba en la cocina), y lo hicimos bajo el agua tibia mientras susurraba palabras llenas de amor.

Ahora vamos camino a la oficina, Jareth conduce con los hombros relajados, su mano descansando sobre mi muslo. De fondo, un pódcast murmura cosas que él probablemente ni escucha, más que contenido, parece acompañamiento: ruido blanco para un hombre que no sabe funcionar en silencio.

Él no es el mismo que ayer.

Yo tampoco.

Y por eso, cuando entramos al edificio y él desaparece rumbo a una sala de conferencias llena de gente que habla como si tuviera acciones en el Apocalipsis, yo me dirijo directa a Nanami.

Ella levanta la mirada de su escritorio, con esa inocencia casi escénica en los ojos.

—Hola —dice, dulce—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Sonrío como una serpiente.

—Estoy buscando unos papeles…, algo sobre los sueldos del departamento de limpieza. Jareth insiste en que quiere revisar algo. ¿Sabes dónde puedo encontrar esa información?

Ella me devuelve la sonrisa con la misma forma.

—¿De este año?

—Creo que sí, no lo sé… Siento que me inventó una tarea solo para darme algo que hacer. Ya sabes cómo es.

—Totalmente, tiene mente de jefe: si te ve sin nada en las manos, te da trabajo.

—¡Lo notaste también! —finjo asombro—. Si quiere que funcione bien, debería darme al menos quince minutos de recreo, como en la escuela.

—Eso lo dije una vez y casi me lanza la tablet a la cabeza.

Las dos reímos.

Complicidad femenina, o al menos, eso cree ella.

Mira hacia ambos lados, como si estuviéramos compartiendo un secreto de Estado.

—Una vez me mandó a limpiar los depósitos.

—¡No! —susurro, fingiendo horror—. ¿Aquí en el edificio?

—No, en Oakland. Las empresas como esta tienen depósitos allí, cerca del puerto, donde guardan todo. Luego, mágicamente, todo se prende fuego, ya sabes cómo es.

—Por supuesto. —*No tengo ni idea*—. ¿Y cuánto tiempo te llevó limpiarlo?

—Como cuatro horas.

—¡Qué horror! Te debe un ascenso por eso.

Ella revira los ojos como quien ya perdió la esperanza.

—En fin… ¿Cuál era tu pregunta?

—Si sabías dónde encontrar los sueldos.

—Ah, claro, deberías ir al departamento de contabilidad. Ellos deberían tener todo lo relacionado con pagos internos.

—Perfecto. Gracias, Nanami.

—¡Suerte con tu misión secreta! —dice en broma.

Yo sonrío, *si supiera.*



El departamento de contabilidad está silencioso, demasiado para mi gusto, con olor a papel viejo, café tibio y aire acondicionado mal regulado.

Camino entre los escritorios con un propósito hasta ver una cabeza blanca detrás de una pila de carpetas.

—¿Charles?

La cabeza se eleva. Charles parpadea dos veces y me sonríe, como si le alegrara que alguien se acordara de su nombre.

—¡Isadora! —dice, con esa voz grave de hombre que ya no tiene prisa—. ¿Viniste a traernos caos o encanto?

—Un poco de ambos, me temo.

—Me parece justo. Ven, siéntate. —Me hace un gesto con la mano, señalando una silla que cruje cuando me siento. Él se acomoda los anteojos sobre la punta de la nariz y toma su taza de café con movimientos lentos.

—¿Dónde están los demás? —pregunto observando la oficina desolada.

—No están muertos, si es lo que pensaste.

Libero una carcajada.

—No, juro que no.

—A Diane los hijos le regalaron un reloj digital, está obsesionada con eso de contar pasos —gruñe por lo bajo—. De los demás no tengo ni idea. ¿Qué te trae por aquí?

—Estoy buscando información sobre los sueldos del personal de limpieza, alguien me dijo que podrías ayudarme.

Charles asiente, como si todo tuviera sentido, aunque sabe que no.

—¿Y qué esperas encontrar?

Mierda, no se les escapa una a los adultos mayores.

—Francamente, no lo sé. Solo estoy siguiendo una pista —me sincero.

Él me observa por un momento, como si pudiera ver algo más allá de lo que digo.

Luego se pone de pie, abre un archivador enorme con esfuerzo y comienza a rebuscar.

—Los sueldos del personal externo no están aquí. Lo que tenemos son copias de los pagos autorizados, pero no los contratos completos.

—¿Y dónde están esos?

—En el depósito. El original, no el que usan para las visitas.

—¿Visitas?

—A veces traen inversores a mostrarles los «archivos», como si la compañía se manejara con carpetas de cartulina todavía. El verdadero depósito está en una propiedad en el puerto, nadie va allí salvo que tenga que enterrar algo… o desenterrarlo.

Me le quedo mirando.

Él sonríe con una lentitud casi pícara.

—¿Sabías que el depósito de esta empresa tiene cámaras falsas? —agrega de pasada.

—¿Me estás diciendo que puedo entrar al depósito?

Charles se encoge de hombros, se aleja y, tras abrir un cajón escondido en la parte inferior de su escritorio, saca una llave pequeña envuelta en cinta azul.

—Este acceso se desactivó oficialmente hace dos años —dice, guiñándome un ojo—. Pero olvidaron avisarle a la cerradura.

—¿Estás seguro de que puedo…?

—Estoy seguro de que no llegué hasta esta edad para empezar a seguir órdenes que no tienen sentido.

Y tú… —dice, mirándome con más ternura que juicio— tú tienes cara de que estás intentando salvar algo que vale la pena.

Agarro la llave sin dudarlo.

—Gracias, Charles.

—Trae café la próxima vez y una buena historia, me aburren los balances.



El portón se abre con un chillido metálico que retumba en el pecho. El interior es… exactamente como lo imaginé. Un pasillo largo, brutalmente recto, se extiende frente a mí. A ambos lados, una hilera de puertas metálicas corrugadas, todas iguales. Cada una con su número y su candado.

Frías. Impersonales.

No hay ventanas, ni ventilación visible. Solo tubos fluorescentes que zumban con la intensidad de un secreto mal guardado.

El suelo es de cemento desnudo, con algunas manchas viejas, grietas finas y el eco de mis pasos acompañándome como un recuerdo que no se calla.

La luz es blanca, sin alma.

El aire, denso, con ese olor particular a papel envejecido y metal oxidado.

Saco mi móvil para revisar la nota con el número exacto del contenedor que Charles mencionó.

Unidad 276.

Camino contando puertas, con el corazón golpeando dentro del pecho. Cuando llego, me detengo frente a la cerradura. La llave que me dio Charles encaja sin resistencia. Como si hubiera estado esperando este momento.

El candado se libera.

Respiro hondo.

Empujo.

Dentro hay cajas, muchas. Algunas etiquetadas con números, otras con iniciales. Un par llevan sellos de «CONFIDENCIAL» y el logotipo descolorido de Leonet en la esquina.

Arranco el proceso quitándome la chaqueta y explorando caja por caja, leyendo las etiquetas, archivos aburridos, transacciones; nada parece fuera de lo normal, dentro de mi escaso conocimiento.

Y entonces lo veo.

Una caja, más vieja que las demás, con polvo acumulado y una etiqueta escrita a mano.

«CT & IT — Archivos operativos».

Sospecho que son mis iniciales y las de mi hermano. El corazón me da un vuelco porque quiero estar equivocada y algo me dice que no lo estoy.

Me siento en el suelo y con paciencia abro la caja; está llena de documentos, carpetas, papeles con sellos y firmas que parecen eternos. Pero lo que llama mi atención es una tablet vieja, envuelta en plástico de burbujas y con una etiqueta que dice «INTERNA — No desechar».

No tiene cargador, pero tiene puerto USB, y como si fuese algo declarado por el destino, recuerdo a Jareth regañándome por no tener un cargador universal. Lo encuentro en la mochila, hecho un enjambre, y en cuanto lo conecto a un enchufe, la tablet se enciende.

Pantalla azul, luego, el logo de Leonet, antiguo y pixelado.

El sistema es lento, pero accedo. Busco archivos recientes, encuentro carpetas, archivos corruptos y la copia de seguridad de una conversación. La pantalla se llena de mensajes, chats archivados de una aplicación corporativa, capturas guardadas, fechadas, agrupadas.

Leo:

17 de marzo, 10:12 AM

Arthur: No sé si esto va a funcionar.

CT: Claro que va a funcionar, solo tienes que seguir el plan tal cual como lo expliqué.

Arthur: Estás usando a tu hermana.

CT: Mi hermana cree que puede salvar a todos. Lo va a entender después.

Arthur: Y si Jareth sospecha…

CT: Que sospeche, no tiene pruebas. Finalmente vamos a exponer lo ineficiente que es, a ver si el padre se guarda sus

palabras de una vez por todas.

Arthur: ¿Y si alguien encuentra los archivos?

CT: Están bien escondidos, borra esto de todas maneras.

24 de marzo, 2:07 PM

Arthur: No me gusta esto. Están muy cerca últimamente.

CT: ¿Quién?

Arthur: Tu hermana y él.

CT: Ja. Entonces mejor, cuanto más enamorado esté, más le va a doler.

Arthur: No quiero tener problemas C.

CT: No te preocupes. Ella no ve venir nada, está ocupada teniendo una crisis, ¿por qué crees que está con Jareth?

Me quedo congelada. No siento las piernas, no siento las manos, solo el corazón queriendo salirse del pecho.

No por el miedo; por la rabia, por la vergüenza, por la culpa.

Por todo lo que no vi.

Apoyo la espalda contra la pared metálica del depósito. La tablet cae a mi regazo como una confesión.

Mi hermano planeó esto con su mejor sonrisa. Como si todo lo que hubo entre Jareth y yo fuese una pieza más de su venganza.

Y yo…

Yo me enamoré de nuevo mientras él nos enterraba.

—¿Isa? —volteo inmediatamente—. ¿Qué haces aquí?

César está en la puerta.



Camino junto a Debra, una de las pocas personas en esta oficina con visión y proyección reales para Leonet. Hablamos sobre lo discutido en la última reunión mientras avanzamos por uno de los pasillos principales.

Estoy distraído, con mi cabeza planeando cosas que involucran a Isadora y su cuerpo desnudo, cuando no veo a quién viene de frente y lo empujo, de lleno.

Me giro, sabiendo que fui yo el culpable.

Pero el tipo (alto, delgado, con gafas antiguas y un aire de bibliotecario amable) se disculpa primero.

—Lo siento, señor Sullivan.

—Charles —digo, sujetándolo suavemente por el brazo—. Lo siento, no te vi.

—No se preocupe —responde, y me lanza una sonrisa demasiado cálida.

No sé qué hacer con ella, no es condescendiente, no es falsa.

Es… humana.

Y yo, claramente, no estoy hecho para eso. Por eso, digo lo primero que se me ocurre.

—¿Estás… bien?

Por un segundo, juro que la oficina entera se silencia.

Como si ver a Jareth Sullivan preocuparse por un empleado fuese motivo suficiente para detener la producción. Hay teorías conspirativas online sobre que soy un robot humanizado, más de uno aquí lo cree, estoy seguro.

—Sí, sí, claro —responde Charles, aún sonriendo.

—Jareth, debo irme —interviene Debra, que ha observado toda la escena—. Hablamos luego.

—Sí, claro. Nos vemos la próxima semana.

Charles observa nuestra interacción con una expresión curiosa. Cuando Debra se aleja, sigue ahí.

Mirándome.

Sonriéndome.

Ahora es mucho más incómodo y él lo sabe.

—Bueno… —Empiezo a alejarme.

—Isadora es una chica muy amable —dice, sin aviso.

Me doy la vuelta lentamente.

—Lo es —respondo, sin entender hacia dónde va.

—Responsable, atenta a los detalles…

—Sí… Claro que sí.

—Ella ve más allá, creo —baja la voz—. Encuentra cosas en los archivos que nadie más ve.

Y eso me paraliza.

Lo miro fijamente.

—¿Qué quieres decir? —pregunto en un susurro.

Él inclina un poco la cabeza.

—Que está intentando ayudarle y creo que está en el camino correcto. Uno que va… hacia el puerto.

Mi corazón se detiene.

—¿Isadora está en el depósito? —Miro alrededor, buscándola entre las personas.

Nada.

Charles asiente y me sostiene del brazo ahora.

—Por las dudas, vaya a buscarla.

—Joder.

Me doy la vuelta.

Corro hacia el ascensor.

Algo sabe Charles, algo de lo que estuve investigando y preparando para acabar con el estúpido y patético plan de César y Arthur.

Solo que fallé en decirle a Isadora que estoy al tanto de todo.



—¿Qué haces aquí?

Su voz me hiela la espalda dolorida, después de estar mal sentada todo este rato.

César está apoyado en el marco de la puerta, impecable, con un traje que pretende ser nuevo, pero no engaña a nadie.

Mis ojos se van directos al dobladillo descosido. Él también lo nota y, sin decir nada, lo arranca de un tirón, como si eliminándolo pudiera borrar la verdad catastrófica: César está en la ruina.

—Estoy trabajando —respondo, incorporándome despacio.

La tablet sigue en mi mano.

—No pudiste evitarlo, te has vendido a Jareth por un trabajo de mierda. Deja esa tablet donde la encontraste.

Lo dice justo cuando ve que me la estoy guardando en la mochila.

—Al menos yo tengo un trabajo —respondo con frialdad.

Eso lo deja pasmado. Nunca le había contestado así, nunca me había atrevido a enfrentarlo.

—¿Estás insinuando que yo no?

—Dímelo tú. Cuéntame, ¿de qué vives exactamente?

César da un paso hacia mí, yo doy uno hacia atrás.

Me mira como si yo fuera la traidora, como si la que hubiese cruzado una línea fuera yo.

—¿Qué haces? Soy tu hermano.

—¿Pensaste en eso cuando sacaste créditos a mi nombre? ¿Cuando firmaste por mí? ¿Por Jareth? ¿O solo te acuerdas de la sangre cuando te conviene?

—¡Estoy intentando daros la vida que os merecéis, Isadora!

—¡¿A quién?! ¡Lo único que me has dado son deudas! ¿Sabías que estuve a punto de dormir en la calle? ¿Que no te alquilan ni un trastero con un mal historial crediticio?

Se queda boquiabierto. Por primera vez, parece no tener una respuesta arrogante.

—¿Por qué no me llamaste?

—¡Lo hice! Nunca cogiste el teléfono. ¿Pero sabes quién sí me ayudó?

César pone los ojos en blanco.

—Cuéntame cómo el héroe te salvó, a ver. Jareth es el hombre más patético que conozco.

—¡Pero es más hombre que tú, César!

Da un paso brusco, rápido, intimidante; me aparto justo a tiempo.

No intenta golpearme, solo quiere asustarme, pero no le queda nada que pueda darme miedo.

—Lárgate antes de que haga algo de lo que me arrepienta —gruñe, con voz rasgada.

—No me voy sin esta prueba, Jareth tiene que saber lo que estás tramando.

—¿Alguna vez has oído la palabra lealtad?

—Te lo pregunto yo a ti. ¿Cómo era? «Mi hermana cree que puede salvar a todos»… Te equivocaste, César. Ya no intento salvar a todos, solo a uno, al único hombre al que le debo todo.

—¡Dámelo!

Se lanza sobre mí. Intento girar, proteger la tablet con el cuerpo, pero me alcanza. Caemos juntos sobre varias cajas apiladas. El golpe hace que papeles y carpetas salgan volando por todo el almacén.

Él cae encima, su cuerpo me aplasta contra el cartón.

No puedo respirar.

—¡Quítate! —grito, sin apenas aire—. ¡No… puedo… respirar!

—Dame la tablet —dice, como si no me oyera, mientras mis fuerzas empiezan a fallar. Mi visión se nubla, las piernas no responden.

De repente, el peso desaparece, el aire vuelve, cruel y áspero, como una bofetada en los pulmones.

Me incorporo como puedo y entonces lo veo.

César está en el suelo y Jareth encima de él, sujetándole el cuello con ambas manos.

—Como no tienes ni puta idea de lo que es la empatía, te voy a enseñar lo que se siente quedarse sin oxígeno —dice Jareth con los dientes apretados, la voz llena de rabia contenida.

César patalea.

Su cara empieza a volverse amoratada.

Las manos se le aferran a las de Jareth en un intento inútil por liberarse.

—Jareth… —susurro, jadeando.

Una mano me agarra del brazo.

Es Alex, no sé en qué momento ha llegado.

—Tranquila. No va a hacerle nada —susurra el gigante.

Jareth se acerca más al oído de César, sus palabras son cuchillas:

—Tienes el ego tan inflado y la cabeza tan podrida que pensaste que no me enteraría de tu patético plan, creíste que todos somos tan idiotas como tú.

—Jareth, ya está… —intento decir, pero Alex me contiene con una mirada firme.

—La policía está en la puerta, rodeando todas las salidas, salúdales de mi parte cuando salgas huyendo… como el niñato cobarde que eres.

César se queda sin aire justo cuando Jareth lo suelta, y tal como predijo, se levanta y sale corriendo sin mirar atrás, sin mirar si yo estoy bien, o si corro detrás de él.

Ahí me doy cuenta de que ese hombre ya no es mi hermano, es solo alguien con mi apellido.

Jareth camina hacia mí con decisión, con una meta, y me envuelve el rostro con sus manos; sus ojos negros, rabiosos, me miran intensamente.

—¡¿Por qué te has puesto en peligro?!

—Quería ayudarte… —respondo, apoyando las manos en sus antebrazos.

Jareth abre la boca, pero la cierra sin decir nada. Me mira, confuso, y entonces me abraza con fuerza, atrayéndome contra su pecho.

—¿Estás bien? Siento mucho que hayas visto el peor lado de tu hermano.

—Era necesario.

No me suelta, al contrario, me aprieta con más fuerza, como si necesitara asegurarse de que sigo aquí.

Hasta que Alex carraspea detrás de nosotros.

Nos separamos y lo encontramos de pie, con el pelo recogido en una coleta perfecta y una ceja arqueada con una expresión que mezcla juicio y desconcierto.

—Tenéis una explicación enorme que dar.

Sigo olvidando que nadie sabía nada de nuestra historia.

—Isadora fue mi primer amor —dice Jareth, sin apartar la vista de mí—. Solo estaba esperando que volviera.

Deja un beso en mi pelo y me rodea los hombros con el brazo.

—O sea, que ya os conocíais de antes.

—Así es, la conocí cuando vivía con César. Él nunca soportó que estuviéramos juntos, la engañó para que creyera algo de mí que no era verdad.

Nos miramos, sabiendo exactamente cuán estúpidos fuimos, cuánto nos dejamos perder.

—¿De ahí viene la obsesión de César contigo? —pregunta Alex.

—Sí, desde aquel día, me prometí no dejarlo en paz, fue lamentable… perder tanta energía en él, cuando debería haberme centrado en ella. Y César no se quedó atrás, planeó todo esto para incriminarme, pero todo eso terminó hoy.

—No puedo creer que mi hermano intentara meterte en la cárcel —susurro.

—Yo sí —interviene Alex, apoyado contra la puerta—. Ese tipo está loco, perdona si es tu hermano, Isa, pero llevamos años tras él; siempre intentó sabotear los negocios de Jareth. Aunque él tampoco se quedó corto, tu novio compró Leonet solo para fastidiarle.

Lo miro, atónita.

—¿Eres el dueño?

—Soy el accionista mayoritario, Arthur quería venderme su parte.

—¿Y todas esas veces que me dijiste que no eras el jefe de la empresa… eran mentira?

—No, técnicamente, no soy el CEO.

—Colecciona compañías como hobby —añade Alex, metiéndose las manos en los bolsillos. Me pregunto si manda a hacer su ropa, porque su tamaño no es normal—. Mientras los mortales curramos día y noche para que la nuestra no se hunda. La única que tenemos.

—Eres millonario, Alex. Deja de quejarte —responde Jareth, saliendo del almacén.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —pregunto, siguiéndole.

—Charles me lo dijo, supongo que fue quien te dio acceso al lugar.

—¿Crees que sospechaba algo?

—Estoy seguro, le debo una jubilación anticipada —dice, cogiéndome la mano—. Vamos, amor.

—¿Y las pruebas?

—Alex tiene todo, no te preocupes, lo teníamos preparado desde hace tiempo.

Salimos los tres caminando en silencio, hasta que nos topamos con la escena de película.

Tres patrullas bloquean la salida.

Mi hermano está dentro de uno de los coches, gritando cosas ininteligibles.

—Mucho músculo, pero cero resistencia —dice Alex al verlo. Le lanza un saludo burlón con una sonrisa.

Eso hace que César se ponga aún peor, no me hace feliz verlo así, pero… ¿cuántas veces tiene que hacerte daño alguien para que por fin te alejes?

No pienso volver a ceder territorio mental cuando se trate de él.

Al pasar junto al coche, escucho mi nombre a gritos. Jareth me atrae hacia su pecho y me lleva directamente hasta su coche.

—No te preocupes, no presentaré cargos, solo se llevará un susto.

—¿Por qué harías eso? —pregunto, sorprendida.

—Porque sé que te dolería… y lo último que quiero es hacerte daño.

—Creí que me odiabas —me río, casi sin creerle.

Sus ojos, ya no tan crueles como antes, me miran de soslayo.

—Incluso cuando te odié…, te amé más de lo que debería, Isadora Taylor.



El piso de Jareth está en silencio cuando llegamos, otras veces él se encarga de solucionar eso, pone música o la televisión.

No esta vez, este es otro tipo de silencio, es el de después.

Después del caos.

Después de haber sobrevivido a algo.

Me quito las zapatillas junto a la puerta mientras él deja las llaves en la encimera y se desabrocha el primer botón de la camisa.

El gesto parece insignificante, pero dice más de lo que se atreve a confesar con palabras.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta, sin mirarme del todo.

—Solo agua.

Sirve dos vasos y me acerca uno, dejándolo en la mesa junto al sofá.

Nos sentamos uno al lado del otro, sin barreras entre nosotros.

Pasamos unos segundos así, en silencio, mirando la ciudad desde el ventanal.

—Pensé en buscarte mil veces —confiesa—. Pero cada vez que lo hacía, me acordaba de tu cara el día que todo pasó y se me rompía algo dentro, otra vez. Quiero que entiendas por qué tenía tanto

miedo, Isadora. Yo nunca fui elegido, no fui elegido por mi madre, quien se fue dejando un niño atrás; no fui elegido por mi padre, quien me soportó hasta que cumplí la mayoría de edad. Pero contigo sentía que al fin le pertenecía a alguien, que mi lugar era contigo. —Sus ojos se mantienen fijos en la ciudad—. Fue muy fácil que dejaras de creerme, fue fácil convertirme en un extraño ante tus ojos, y eso me dolió más que nada en esta vida, porque para mí tú lo eras todo.

—Me fui porque creí en él, porque era mi hermano y porque tú solo te cerraste.

—Lo sé y me odio por eso, debí haber insistido, tendría que haberte demostrado cuáles eran míos y cuáles falsos.

Me atrevo a apoyarme en su hombro. Él se queda quieto, como si no quisiera romper el momento, pero luego su brazo se desliza por mi espalda, envolviéndome como si fuera la cosa más preciada que tiene.

Quizá lo sea.

—Siempre supe que eras tú —murmura—, incluso cuando trataba de convencerme de que no. Por eso quiero darle otra oportunidad a esto, no me importa si esta vez me destruye, no sé cómo dejar de amarte.

Me abrazo a su cintura, como si aún necesitara comprobar que está aquí.

Levanto la cabeza y le acaricio la mandíbula tensa. Finalmente, sus ojos vuelven a mirarme.

—Nunca más, Jareth.

Algo se rompe en su mirada.

—¿Te vas a quedar? —pregunta, casi en un susurro.

—Ya estoy aquí, ¿no?

—No. Me refiero a quedarte… de verdad.

Sonrío y apoyo mi frente en la suya.

—Si vuelvo a irme, será contigo.

Jareth suspira con alivio y yo también.

El beso es dulce.

Sus manos suben por mi espalda, me acercan más, hasta quedar sentada en sus piernas. Yo me aferro a su pelo, le tiro con fuerza, y

él gime contra mi boca.

Los dedos le tiemblan cuando me quita la camiseta.

Los míos no son mejores. No consigo desabrocharle los botones con torpeza y rabia, así que él mismo se la arranca, y la tela cruje entre nosotros.

—Jareth…

—No hables —me corta con voz áspera—. Con lo que has hecho hoy, no necesito más palabras, tus acciones lo dijeron todo, ahora solo necesito tocarte, sentirte mía, sin miedo a que te vayas por esa puerta.

Me desnuda despacio, pero con tensión en las manos, como si se peleara consigo mismo entre el deseo y el respeto como siempre ha hecho.

Cuando me tiene sentada sobre él, completamente expuesta, me mira.

Largo.

Con una devoción que duele.

—Siempre fuiste mi debilidad… —susurra.

Me tumba en el sofá sin dejar de besarme; su cuerpo se funde con el mío. Es cálido, firme, decidido, me toca como si fuera su derecho, como si le recordara a mi piel que es su dueño.

Los movimientos se vuelven más desesperados, más sucios, más vivos.

—Odio sentir que pierdo el control cuando estoy contigo —jadea contra mi cuello, su polla enterrada profundamente entre mis piernas—. Pero es hora de que lo acepte, siempre fui adicto a ti, joder, eres mía, Isadora, lo juro, no te dejaré ir, ¿estás dispuesta a estar con este loco para toda la vida?

—Siempre lo estuve.

Y nos dejamos caer.

Juntos.

Como dos promesas que nunca debieron alejarse.

Sudor, aliento, susurros, mordidas. Todo lo que se dijo, lo que se calló, lo que se supuso… queda atrás.

Y solo quedamos nosotros, como la primera vez.

Pero ahora, más valientes.

Y mucho más peligrosos, porque este amor no es uno color de rosas, este amor tiene fuego, posesión y hambre voraz por el otro, este amor nos une y es para toda la vida.



—Mi propuesta quizá te suene rara —digo desde la cama.

Isadora está encerrada bajo mi cuerpo.

Son las ocho y todavía no he salido de aquí, algo impensado para mis estándares, pero últimamente mi vida parece cambiar a cada minuto y necesito adaptarme antes de que me arrastre por completo.

—Tengo miedo de preguntar —responde con una expresión cautelosa.

Le doy un toque en la nariz.

—Solo escúchame primero —murmuro, dejando un beso sobre su pecho desnudo—. Tu primera paga está a punto de llegar, ya tienes seguro médico, y créeme que tus tareas en Leonet están lejos de terminar.

—¿Podrías decirme qué estás pensando antes de que me dé un ataque de ansiedad? —ordena con una mezcla de nerviosismo y humor.

—Qué impaciente —digo con una sonrisa traviesa; le muerdo con suavidad un pezón, arrancándole un pequeño gemido—. Creo que antes de comprometernos completamente deberías vivir la vida con la que siempre soñaste.

Ella frunce el ceño, claramente confundida.

—Tú eres lo que siempre soñé tener, Jareth.

Mi estómago da un vuelco al escuchar esas palabras, sin embargo, me recompongo rápido y mantengo mi pensamiento inicial.

—No, amor. Recuerdo muy bien lo que querías: vivir sola, tener una rutina propia, independencia total, creo que deberías hacerlo de verdad.

Se incorpora en la cama y la sonrisa juguetona desaparece rápidamente de su rostro. Yo me alejo un poco para darle espacio.

—¿Me estás echando?

—Sí, y lo peor es que realmente creo que te estoy haciendo un favor —respondo con seriedad—. Créeme, nadie más que yo quiere encerrarte aquí y no soltarte jamás. De hecho, si mal no recuerdo, es exactamente lo que hice el primer día.

—Por favor, no me lo recuerdes —resopla, fingiendo molestia, aunque sus ojos brillan con humor.

En aquel momento creí que solo quería joderle el día, pero supongo que mi inconsciente hizo de las suyas de vuelta.

—Necesito asegurarme de que hayas vivido todo lo que deseabas antes de que decidas estar conmigo de forma definitiva —continúo, acariciándole con dulzura la mejilla.

Ella guarda silencio por un momento, considerando seriamente mis palabras.

—¿Eso significa que ya no te veré más?

Me río como un desquiciado, negando con la cabeza mientras juego despreocupado con uno de sus mechones de pelo.

—Estoy loco, amor, pero no soy idiota, alejarme de ti no es una opción, nos veremos cada vez que quieras, lo único que estoy diciendo es que necesitas tu espacio, un lugar para ti, sin nadie más; que tengas tu vida, tu tiempo y tu silencio. Ya sabes, *vivir.* Aprender quién eres sin alguien más, sin depender de nadie, un tiempo al menos, y cuando estés lista, vienes a vivir conmigo.

Isadora suspira, y puedo ver en su mirada que entiende a la perfección lo que intento decirle, aunque eso implique alejarla temporalmente de mí.

Lo que ella no sabe es que esta decisión probablemente me cueste más a mí que a ella.



Isadora eligió un pequeño adosado en el corazón de San Francisco. Viejo y algo estrecho para mi gusto, pero ella insiste en llamarlo «acogedor».

Subimos algunos muebles de segunda mano que encontró en un mercado cercano, a pesar de mi insistencia en comprar algo más nuevo. Isadora es así: obstinada hasta la médula. Observándola desde la puerta de su habitación mientras acomoda cojines en un sofá desgastado, no puedo evitar que la sonrisa irónica se dibuje en mis labios.

—¿Cómodo? —pregunto cruzando los brazos, arqueando una ceja en dirección al mueble que parece estar a punto de desarmarse.

—Más que tu sofá de diseñador. Este, al menos, tiene personalidad —responde ella con una mirada desafiante, golpeando los cojines para darles forma.

—Claro, la personalidad de alguien que murió hace treinta años.

Ella suelta una carcajada sincera, mirándome como si quisiera lanzarme uno de los cojines a la cara.

—Jareth Sullivan criticando mis muebles, nunca pensé vivir para ver esto.

—Disfrútalo, pero no te acostumbres —replico en tono seco, aunque mis labios se curvan ligeramente hacia arriba—. ¿Falta algo más? ¿Quizá una cafetera oxidada que combine con el ambiente?

Isadora se acerca y me golpea juguetona en el pecho con la palma abierta, aunque noto en su mirada algo más que simple diversión. Hay gratitud, emoción, quizá incluso algo de nostalgia.

—Gracias —dice en voz baja, suavizando la burla—. De verdad, necesitaba esto.

La observo, sorprendido por la naturalidad del momento, y finalmente asiento, incapaz de responder con ironía.

En poco tiempo, el pequeño espacio cobra vida propia, impregnado de ella en cada rincón, en cada detalle, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, empiezo a entender lo que significa encontrar un hogar.

Sí, mi piso está pensando para mí y solamente para mí, pero cobra vida cuando ella y Ruby lo habitan.

Por eso fue tan difícil hacerle esta propuesta, sin ella mi piso es una tortura.

—Necesito decirte algo —aclaro volviéndome serio.

—¿Hiciste el dibujo que te pedí?

—No, es sobre tus deudas, bueno, las que César te impuso.

Se aleja un paso.

No volvimos a hablar de César desde ese día; por lo que sé, lo asusté lo suficiente cuando lo esperé en la oscuridad de su casa, amenazándolo con meterlo en la cárcel hasta que tuviera ochenta años. Mi única condición fue que se fuera de California y no volviera a contactar con Isadora.

Volvió a su pueblo de Arkansas y trabaja de servicio técnico en un Best Buy.

—Jareth… no —advierte.

La sujeto de las caderas y la atraigo hacia mí otra vez.

—Está hecho, mis abogados disolvieron la mayoría, no te preocupes.

Ella se cubre el rostro.

—¡Dije que las pagaría yo!

—Sí, lo recuerdo —devuelvo quitando las manos de allí— y te dije que ibas a terminar el treinta de febrero. Deja que cuide de ti, amor. Ya está hecho de todas maneras, si quieres enfadarte, pues hazlo, espero aquí hasta que se te pase.

—No puedo contigo, Jareth…

—Puedes devolvérmelo si quieres, pero no en forma de dinero. —Ella conoce mi mente y sabe a dónde voy.

—¿Quieres estrenar la cama?



Como predije, Bernardo y Harriet se casan exactamente un año después de haberse conocido.

Soy el caballero de honor junto con Alex, Archie y Mason, quienes se ven ansiosos, especialmente Alex y Archie, que hacen comentarios más infantiles que Mason, que realmente tiene edad para hacerlos.

Isadora y Mila son las damas de honor de Harriet, quienes todavía no aparecieron en el altar y los chistes sobre que se dieron todas a la fuga no faltan.

Entonces la veo.

Isadora entra caminando con calma por el corredor de la iglesia con el vestido rosa que Harriet eligió para ella. Mi respiración se congela al instante. Ella nota mi expresión, me lanza un guiño descarado y camina al altar con una sonrisa traviesa que sé perfectamente que está destinada a torturarme.

—Para ya, depredador —murmura Alex entre dientes, con una sonrisa divertida—. Controla un poco esos instintos salvajes.

Bajo la cabeza ligeramente avergonzado al ver que el padre de Bernardo, Killian, me dedica una sonrisa cómplice desde la primera fila. Intento, sin éxito, fingir que no estoy absolutamente atrapado en la órbita de Isadora Taylor.

La ceremonia pasa rápidamente, y la fiesta se transforma en una celebración intensa. Isadora baila toda la noche, robándose miradas (principalmente la mía) desde cada rincón del salón mientras yo intento mantener algo de compostura, aferrado a una copa de champán.

En este tiempo en que vivió sola, nuestra relación encontró nuevos ritmos, nuevas rutinas. Los viernes se convirtieron en noches de películas acurrucados en su sofá incómodo, los domingos en largas caminatas por San Francisco, descubriendo nuevos rincones juntos. Isadora encontró un nuevo pasatiempo en las clases de

cerámica, aunque todavía sus platos tiemblan cuando cenamos. Poco a poco, nos construimos a nosotros mismos, esta vez desde cero.

—Oye, Archie…—llamo a mi amigo por obligación.— ¿Qué noticias hay de Kat?

Pareciera que mi pregunta lo incomoda inmensamente por unos segundos, luego pone una máscara en su rostro, relajado y sonriente.

—Cada día un poco mejor —dice con aires de grandeza—. No te preocupes, esta en buenas manos…

—Eso es exactamente lo que me preocupa.—murmuro.

De pronto, la música se detiene y todos regresan a sus mesas. Espero ansioso que Isadora regrese a mi lado para pedirle oficialmente el siguiente baile.

Pero no vuelve.

—¿Dónde está? —pregunto desconcertado, no tengo que aclarar de quién hablo, todos saben que ella es la única persona por la que preguntaría.

Alex señala discretamente al escenario con una media sonrisa mientras Archie susurra:

—Prepárate, creo que viene algo grande.

Las luces bajan suavemente, y ahí está Isadora, *mi Isadora*, parada frente al micrófono, nerviosa pero decidida. Mi sonrisa se ensancha al entender que por fin voy a escucharla cantar en un escenario; algo que ella siempre se negó a hacer desde que volvimos a estar juntos.

—Jareth Sullivan, esto es para ti.

Las primeras notas de *Just the way you are* llenan el salón, atravesándome como un rayo al corazón. Es la misma canción que le canté hace años en el karaoke, cuando supe que ella era la persona que siempre soñé tener a mi lado.

Siempre lo supe, por eso me dolió tanto cuando me dejó.

Me levanto de inmediato y camino decidido hacia el escenario, abriéndome paso suavemente entre las parejas que se mueven lentas al ritmo de la música. Ella canta, poniendo toda su alma en cada palabra, y yo no puedo apartar los ojos de ella.

La palabra *amor* no describe lo que siento en estos momentos, es mucho más que eso, es más profundo y significativo, algo que se mueve dentro de mi cuerpo y calienta todo mi ser con la intensidad de mil soles.

Cuando la canción termina, todo el salón estalla en aplausos. Isadora levanta las manos y pide silencio. El corazón se me acelera.

—Amor —dice mirándome con absoluta certeza, y por un instante la corbata parece sofocarme—. Le pedí permiso a los novios para cantarte esta canción.

Harriet y Bernardo están al lado del escenario, me miran con complicidad y una sonrisa de oreja a oreja; claramente, saben algo que yo no.

—Y mi intención era preguntarte: ¿quieres casarte conmigo?

El mundo parece detenerse en ese instante mientras todos guardan silencio. Algunos se miran sorprendidos; otros sonríen con ternura, pero yo solo puedo ver a Isadora, valiente y hermosa, mirándome desde lo alto del escenario con una vulnerabilidad que me atraviesa el alma.

Quizá haya quienes piensen que esto es impulsivo, arriesgado, o incluso de mal gusto por estar en una boda ajena. Pero para mí, no hay mayor declaración de amor que esta.

Se ha atrevido a ignorar las miradas, el juicio, cualquier miedo al ridículo, solo por mí.

—Ya era hora, Isadora Taylor —respondo, sin contener más mi sonrisa, mi voz resonando con claridad en el salón—. Por supuesto que quiero casarme contigo.

Todos explotan en aplausos y exclamaciones mientras subo al escenario para alcanzarla. Cuando nuestros labios se encuentran, sé que esta vez es para siempre.

Por fin alguien me elige frente a todos, sin dudas, sin secretos.

Por fin alguien me ama exactamente como soy.

Por fin, alguien se queda en mi vida.

Epílogo



El sol entra cálido por la ventana, iluminando suavemente los detalles de la mañana. Isadora camina descalza por la cocina, llevando sus platos de cerámica irregular con una pila de comida.

—¿Son seguros esos platos o necesito protección? —bromeo desde mi asiento, observándola con regocijo.

—Muy gracioso, Sullivan. Creo que estos están perfectamente equilibrados —responde ella, dejando con cuidado el plato frente a

mí y mirándolo con orgullo—. Bueno, quizá se inclinen un poquito a la izquierda.

Sonrío, negando con la cabeza, y tomo un sorbo del café que preparé minutos antes. Ella se sienta frente a mí, su cabello despeinado y su pijama demasiado grande hacen que el corazón se me encoja ligeramente.

No hay lugar en el mundo donde prefiera estar.

—¿Qué planes tienes hoy? —pregunta mientras observa con disimulo los dibujos que enmarcamos recientemente en la pared, retratos discretos y simples que hice de ella en distintas situaciones cotidianas.

Los menos discretos están en nuestra habitación.

—El plan incluye no movernos de aquí —respondo y estiro la mano para tomar la suya sobre la mesa; toco el anillo en su dedo y no me aburro de mirarlo—. Es domingo, es nuestra regla.

Ella sonríe satisfecha y entrelaza sus dedos con los míos.

—Jamás pensé que disfrutaría tanto de hacer nada contigo.

—Técnicamente no es nada, es vivir contigo, que es algo completamente distinto —replico con tono burlón.

—Al menos ya no te despiertas a las cinco de la mañana.

—¿Y eso culpa de quién es?

Con un dramatismo exagerado, pretende ofenderse.

—¡¿Y yo qué tengo que ver?!

—Eres demasiado tentadora —digo volviendo a mi desayuno tembloroso—. No puedo dormir si tú duermes desnuda.

—No puedo dejarlo ahora, lo tomé de costumbre cuando vivía sola y la libertad es increíble.

—Créeme, no me estoy quejando.

—¿Me acompañas a la farmacia luego? Tengo cosas que comprar.

—Hay una aplicación para eso, amor.

—Prefiero ir de modo analógico, si no te molesta.

—No me molesta, siempre fuiste medio hípster.

Ella revira los ojos fingiendo fastidio, pero la sonrisa radiante que se abre paso en su rostro delata que lo ha logrado otra vez: tiene mi corazón exactamente donde lo quiere. Este es el lugar donde

siempre estuvimos destinados a terminar, un domingo cualquiera, en una vida extraordinariamente ordinaria, juntos.



Isadora va llenando la cesta con productos mientras yo camino a su lado, distraído. Nunca he ido de compras en mi vida; ese era el trabajo de Mónica, quien se retiró definitivamente hace unos meses.

A veces me pregunto si tuvo que ver con la llegada de Isadora. En la boda me dijo que ya podía morir tranquila sabiendo que ahora tenía una familia.

Isadora, Ruby y yo.

Mi hermana está en su último año de universidad. Nos visita cada vez que tiene vacaciones o un fin de semana largo.

Cuando las tengo a las dos conmigo, juro que la vida tiene otro color, otro sonido.

Isadora se detiene frente al pasillo de cuidado femenino y analiza con mucho detenimiento. Al verla tan concentrada, decido meterme en sus asuntos.

—¿Qué buscas? —pregunto apoyando la barbilla en su hombro, siguiendo la dirección de su mirada—. Isadora…

—¿Ajá?

—¿Por qué estamos en el sector de pruebas de embarazo?

—¿Por qué crees? —contesta con una inocencia que no le creo.

Decidimos dejar el tema en manos del destino, por eso el corazón me empieza a latir con más fuerza.

—Isadora… —Le sujeto el brazo, mi voz ya sin tono de broma—. No juegues conmigo, amor.

Finalmente sus ojos (mi paraíso) se posan en los míos.

—Tengo un atraso —dice por fin.

Me quedo quieto.

La boca se me seca.

—¿Y me lo dices así, sin más?

—No quiero ilusionarme…

Tiene razón. Ya pasamos por varios atrasos, y la mayoría fueron falsas alarmas.

—Vamos —digo arrastrándola suavemente por el pasillo hacia las cajas.

—¡Jareth! —Se ríe—. ¡No he terminado de comprar!

—Sí lo hiciste. Vamos.



La prueba está en el baño, descansando sobre el mármol como si fuera una bomba de tiempo. El temporizador del celular marca los segundos.

Cuatro minutos.

Cuatro minutos en los que no puedo dejar de caminar por el pasillo como un demente.

—Me estás poniendo nerviosa —dice desde la cama.

—¿Y tú crees que yo estoy tranquilo? —Me paso una mano por el pelo—. ¡Tú eres la que dejó la prueba ahí como si nada y luego se puso a mirar Reels!

—Alguien tiene que mantenerse moderna en esta casa.

Me lanza una sonrisa nerviosa y yo se la devuelvo. Esto somos nosotros: ansiedad, amor, sarcasmo… y ahora, tal vez, algo más.

Cuando suena el temporizador, nos quedamos quietos.

Nadie se mueve.

Ni siquiera el aire se atreve a circular entre nosotros.

—¿Vas tú o voy yo? —pregunta.

—Voy yo —respondo, caminando hacia el baño como si estuviera cruzando un campo minado.

Entro. Miro. Parpadeo.

Y salgo, con la prueba en la mano. El amor de mi vida se pone de pie lentamente, como si temiera que el más mínimo movimiento cambie la respuesta que ya está escrita.

No digo nada, solo levanto la prueba y se la muestro.

Dos líneas.

Ella se queda inmóvil.

Yo también.

Y entonces rompe a llorar.

Un sollozo sincero y tierno que me parte el alma y me la recompone al mismo tiempo. Camino hasta ella, la envuelvo entre mis brazos y la aprieto fuerte, como si pudiera protegerla de absolutamente todo.

—¿Es real esta vez? —susurra.

—Sí, amor, esta vez sí.

—Tengo miedo.

—Yo también, pero contigo, todo miedo vale la pena.

Nos quedamos así por unos segundos, pegados, sintiendo cómo nuestros latidos se sincronizan. Luego, como si lo hubiéramos ensayado mil veces en otra vida, Isadora pone mi mano sobre su vientre y, aunque es pronto, aunque no hay nada todavía más que posibilidad, juro que puedo sentirlo.

—¿Cómo lo vas a llamar si es nene? —pregunta con voz nasal y temblorosa.

—Jareth Segundo —respondo sin dudar.

Ella me golpea en el hombro.

—Ridículo.

—¿Y si es nena?

Sonríe a través de las lágrimas.

—Isadora, no hay mejor nombre.

—Tendremos que negociar —digo, y la beso en la frente.

—Ya sabes que siempre gano.

—Sí, pero me gusta perder contigo. Te amo, Isadora Taylor, te amo desde el minuto uno.

—Te amo, Jareth Sullivan, desde el minuto uno.

No hay orquesta, ni fuegos artificiales.

Solo ella, yo, un domingo cualquiera y una nueva historia por comenzar.

Supongo que era inevitable, ella me desarmó, me reconstruyó… y ahora quiere replicarme.

Buena suerte, mundo.

FIN.

ADELANTO **ASUNTO PROHIBIDO**:

Capítulo 1 – Alexander

—Eso no es una carrera real, mamá —me quejo, frotándome los ojos con fastidio. El café frío frente a mí parece burlarse—. Necesita algo que la mantenga alejada de los problemas. Algo serio.

Estoy disfrutando del silencio en mi despacho, saboreando esa paz que solo proporcionan los escritorios caros y los muebles de cuero, cuando mi madre decide llamar para arruinarme el día.

—Ella cree que puede ganar dinero con eso.

—Sí, claro. Y yo soy el príncipe heredero de Mónaco. No tiene ni un céntimo en la cuenta —suspirando, ya sé exactamente a dónde va esta conversación.

—Por eso te llamo, hijo. Necesita ayuda. Sus comienzos no fueron fáciles.

Claro que lo sé. Lo recuerdo mejor que nadie porque, sorpresa, fui yo quien la metió en esta maravillosa familia.

Qué ironía.

—Ya sé cómo empezó todo, mamá. Gracias a mí, Willa es ahora tu hija —respondo con teatralidad—. ¿Y qué quieres que haga? ¿Le ofrezco un puesto en la empresa?

Por supuesto que hay espacio. Pero tener a Willa cerca sería una tortura para mi salud mental.

—Déjame pensarlo.

—Eres un buen hermano.

«Hermano». Qué chiste más cruel.

—¿Ella sabe que estás pidiendo esto?

—No. Es muy orgullosa. Si se entera...

Orgullo no es exactamente la palabra que yo usaría. Mi madre no tiene ni idea del placer perverso que siente Willa al torturarme lentamente.

—Hablaré con Recursos Humanos.

—Te lo agradezco, cariño.

Ni te imaginas lo que pienso cada vez que te oigo decir "tu hija".

—¿Qué dijiste que hace? ¿Teatro?

—Monólogos. O stand-up, también le llaman.

—Ah, genial. Otro comediante frustrado. ¿Qué la hace pensar que tiene gracia?

Mi madre suspira con una paciencia que, honestamente, me irrita.

—Quizá sí la tenga...

—Lo dudo muchísimo, pero lo resolveré yo.

Cuelgo y me dejo caer contra el respaldo del sillón. La charla me ha drenado el alma.

La historia de Willa comienza cuando yo voy al instituto.

***

Mi padre (mi nuevo padre, el que me adopta como a un hijo porque se enamora de mi madre) decide enviarme a un colegio privado. Uno de esos con apellidos bordados en los uniformes, probablemente con la esperanza de que deje de parecer un salvaje.

Para llegar, tenia que coger el BART todos los días. Me encantaba el tren. Me hacia sentir independiente.

Responsable. Adulto.

Ambición.

Siempre la tengo. Porque crecí en la más absoluta pobreza.

Si no fuera por mi padre y su dinero, habría perdido a mi madre por culpa de una enfermedad asquerosa.

Así que me juré a mí mismo hacer todo el dinero del mundo.

Mi padre es empresario textil. Tenia cadenas de tiendas de ropa para adolescentes y niños. Pero vivíamos en un barrio de clase media, porque decía que quería que me críe “como alguien normal”.

Y durante años, eso hicimos.

El problema eran los vecinos.

Complicados, por decirlo bonito.

Si fuera por mí, usaría otras palabras. Palabras mucho más afiladas.

La casa de al lado era una pesadilla. Gritos. Puertas golpeadas. Cristales rotos.

Mi padre llamó a la policía más de una vez, pero nunca pasaba nada. El hombre estaba una noche en la comisaría y volvía al día siguiente.

La niña que vivía allí era pequeña, con una cabeza más grande que el cuerpo, y una mochila que parecía de plomo.

Me la crucé a veces cuando iba con su madre hacia la estación. Siempre iba con la mirada baja.

La he escuchado llorar mil veces cuando aparecía por la ventana tapándose los oídos en la cama. Nunca supe qué estaba oyendo, pero odiaba verla asi con cada célula de mi cuerpo.

Le pedí a mis padres que hagan algo. Siempre me decían lo mismo: que no pueden. Que está en manos de las autoridades.

Hasta que un día, en la estación donde solía bajarme, mientras recargaba la tarjeta para volver a casa, sentí que alguien tiraba de mi camiseta.

Me di la vuelta y ahí estaba.

Mi vecina.

Los ojos hinchados de tanto llorar.

El pelo castaño, enredado como una selva desordenada.

—Tú eres mi vecino, ¿no? —dijo entre sollozos.

—Sí —me agaché de inmediato. Mirando a todos lados, buscando a los padres—. ¿Qué ha pasado?

No había nadie. Solo ella.

Y tiembla.

Mi cuerpo actúa solo. La abrazo.

Mi madre decía que crecía demasiado rápido para tener dieciséis. En ese momento, me daba igual.

Esa niña necesitaba consuelo.

Y yo se lo di.

Sentía lo frágil que era contra mí.

—Dime qué pasó —insisti—. ¿Dónde está tu madre?

La estación vibraba con vida: pasos, voces, puertas que se abren y se cierran. El altavoz anuncia que el tren llega en cinco minutos.

La tomé de la mano y la llevé a uno de los bancos verdes de metal.

—¿Dónde está tu madre? —repiti, ya de rodillas frente a ella.

—En mi casa…

¿Y qué coño hacía una niña sola en una estación de tren?

—¿Y tu padre?

—También.

Nada cuadra.

—¿Cómo te llamas?

Se limpiaba una lágrima con el dorso de la mano.

—Willa.

—Willa, yo soy Alexander. ¿Quieres que llame a la policía?

Sus ojos se abrieron de golpe, cargados de pánico.

—No. No, no, por favor.

—Está bien. Pero dime: ¿cómo llegaste hasta aquí? Estamos lejos del barrio.

—Le dije a mi mamá que podía ir sola al colegio y se enfadó.

—¿Y...?

—Me dijo que, si tanto quiero ir sola, me vuelva sola. Pero ahora no sé a dónde ir.

Ese puchero me partía algo por dentro.

—Tranquila. Yo te llevaré.

Sujeté su mano. Era minúscula comparada con la mía.

Tenemos seis años de diferencia, pero me sentía completamente adulto a su lado.

El tren llegó.

—Este es el que nos lleva. La estación donde tenemos que bajar se llama Walnut Creek, ¿recuerdas?

—Oh, sí… —susurró.

Nos sentamos. Ella lo observaba todo con ojos nuevos, como si fuera la primera vez que subía.

Pero yo sabia que no lo era.

Su mano seguia agarrada a la mía.

Intenté soltarla, no me dejaba.

Me miraba de reojo, pero no decía nada.

Yo tampoco.

Al bajar, caminamos de la mano. Una cuadra antes de llegar, me detuve.

—¿Quieres venir a mi casa? Mi madre me espera con leche y galletas.

Ella lo pensaba, evaluando la jugada.

—¿Es por eso que eres tan grande? ¿Tomas leche todos los días?

—Sí. Todos los días.

—Entonces sí. ¿Qué galletas tiene?

Empecé a hablarle de las galletas caseras de mi madre. Eso la distrae.

Mientras tanto, rezaba para que su madre no salga y la vea.

Queria protegerla.

Nunca olvidaré la cara de mi madre cuando entré con Willa de la mano.

Lo entiendió todo en un segundo.

La recibió como una reina y llamó a la policía.

Lo que sigue… fue duro.

Los padres son detenidos y Willa termina en un orfanato.

Pero mi madre movió cielo y tierra para traerla.

Mi padre utilizó a todos sus contactos.

Los tres sabiamos que Willa no va a sufrir ni un día más. Y así, entre risas nerviosas y galletas calientes, empieza nuestra historia.

Una historia que se vuelve desastrosa con los años.

Una historia que cambia y con ella, nosotros.

Cosas que no me atrevo a decir.

Cosas que no deberíamos haber hecho.

Por eso ahora, mi contacto con ella es mínimo. Por no decir nulo.

Desde aquel Año Nuevo, no le hablo.

Mis padres no notan la tensión cuando estamos en la misma habitación.

Pero cuando nuestras miradas se cruzan...

Joder.

Y ahora, Willa va a trabajar aquí.

En mi territorio.

En mi vida.

Volviéndome absolutamente loco.

Con un suspiro, cojo el teléfono y marco.

—Hola, hermano… —dice del otro lado, sabiendo perfectamente qué botones tocar.

Que Dios me ayude.

Quieres conocer la historia de Alexander? Puedes encontrarla aquí!

Agradecimientos

Decir "gracias" se queda cortísimo. En realidad, si pudiera, erigiría estatuas, escribiría canciones y contrataría mariachis en su honor (con trajes bordados y todo). Pero como el presupuesto no da para tanto, dejo estas palabras con todo mi corazón:

A **Natalia Ortega**, mi editora, mi traductora de pensamientos desordenados. Si este libro tiene sentido, es porque ella tomó mis ideas caóticas y las transformó en frases coherentes. Una maga con el Word. Gracias, Nati, por hacer magia una vez más y por tener el superpoder de entender lo que *quise decir*, incluso cuando ni yo lo tenía claro.

A las talentosas chicas de **Books&Moods**, que diseñaron una portada que hizo suspirar a más de una lectora. Su creatividad no tiene techo, y si alguna vez se postulan para gobernar el mundo editorial, yo voto por ellas con las dos manos.

Al equipo de **Essensly Books**, por acompañarme desde hace años con ese entusiasmo contagioso que le ponen a todo. Son las cheerleaders de las autoras autopublicadas, pero sin pompones y con mucho más profesionalismo. ¡Gracias por tanto!

Y a **Yensi y Danita**, mis soldadas fieles. Siempre firmes, siempre listas, como si fueran parte de mi ejército personal de motivación, memes, y contención emocional. No sé qué haría sin ustedes, pero seguro escribiría menos y lloraría más.

Y por último, pero no menos importante (más bien, lo más importante):

Lectora querida:

Gracias por elegir esta historia entre miles, por darle una oportunidad a mis personajes, por enamorarte, sufrir, reírte o insultarme en voz alta (sí, lo sé, ese capítulo dolió).

Gracias por cada mensaje, cada reseña, cada captura de pantalla que compartís. Aunque no nos conozcamos en persona, tu apoyo me llega y me abraza.

Y si te robé aunque sea una carcajada, un suspiro o una noche de insomnio… misión cumplida.

Nos leemos en la próxima locura.

Con cariño infinito,

Marcia DM. ♡

Y ya que estás aquí...

Con el corazón todavía blandito por esta historia, te dejo una sugerencia con mucho amor:

Deja una reseña.

Piensalo así: es como dejarme una propina... pero gratis.

Y para una autora independiente, cada reseña cuenta más que el café de la mañana (y eso ya es decir mucho).

Es lo que hace que mis libros lleguen a más lectoras, que los algoritmos me miren con cariño y que yo siga escribiendo con el doble de ilusión.

Así que si esta historia te hizo sentir algo (lo que sea), cuentalo. En dos palabras, en un párrafo, en emojis. Todo vale. (No uses este 🍆)😂

Gracias por estar, por leer, por ser parte de esta locura romántica.

Nos reencontramos pronto… en otra historia, en otro desastre emocional cuidadosamente escrito.

Otras Obras de Marcia DM

Romance Contemporaneo

Saga Hermano Walker

Amor y Odio en Manhattan.

Segunda Oportunidad en Miami

Rivales en Dallas.

San Francisco Inesperado

Walker Segunda Generación:

El Color del Anhelo

El Color del Pecado

El Color del Odio

El Color del Impulso

Titanes de San Francisco

Asunto Pendiente

Asunto Prohibido.

Saga El clan de los corazones fríos:

El hotel de los corazones perdidos

Romance oscuro

Saga Resiliente

Resiliencia

Stamina

Deber

Rage

Carter

Saga King Security:

Mentiras Robadas

Hecha de Veneno

Hecho de Tragedia

Romance distopico:

La Marca Del Silver Wolf

Romance Paranormal:

Príncipe Oscuro

Acerca de la Autora

Marcia DM es una argentina que vive en Estados Unidos hace 10 años. En su travesía por encontrar nuevos territorios, Marcia retomó un gran amor que era la escritura y hoy lleva publicados 19 libros en español y 4 en inglés.



Marcia vive en la humedad de Florida, le gusta mucho la decoración de interiores, hacer proyectos en su casa (sus manos lo pueden demostrar) y dibujar.

Puedes seguirla en tus redes sociales favoritas!